

LA ÚLTIMA GALOPADA

Thomas Eidson



Frontera



Lectulandia

La última galopada (1995) es una novela intencionadamente crepuscular. La acción nos sitúa en una granja en Nuevo México. Corre el año 1886 cuando Brake Baldwin, sentado en el porche de su rancho, lee en el periódico un titular entusiasta: «El Salvaje Oeste ha muerto». Cae la tarde y se aproxima una tormenta. En medio del viento y los truenos cabalga un enorme jinete casi fantasmal. Es blanco, tiene unos setenta años y viste como un piel roja. Se detiene ante Brake y le pregunta si ese es el hogar de los Baldwin. Le advierte que ha visto huellas de una partida de apaches por los alrededores. El misterio lo envuelve todo. Inesperadamente, Maggie, la mujer de Brake, reconoce al viejo y, sin dar explicaciones, pide a su marido que lo eche del rancho. El viejo está moribundo, al parecer, ha venido a morir allí...

Así comienza esta novela plena de aventura, terror y misterio.

La última galopada fue llevada al cine en 2003 con el título de *The Missing* (*Desapariciones*), dirigida por Ron Howard e interpretada por Tommy Lee Jones y Cate Blanchett.

Lectulandia

Thomas Eidson

La última galopada

Frontera - 10

ePub r1.0

Titivillus 09.12.15

Título original: *The Last Ride*

Thomas Eidson, 1995

Traducción: Marta Lila Murillo

Ilustración de cubierta: Howard Terpning *The Apache Fire Makers*

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Están a punto de cumplirse tres años desde que la Colección FRONTERA inició su andadura y los nueve títulos aparecidos hasta el momento responden bien a los objetivos que nos planteamos inicialmente. De momento hemos publicado a Dorothy M. Johnson, en opinión de los propios escritores del género, la mejor escritora de cuentos de western del siglo xx; a Ernest Haycox y Louis L'Amour, los más populares autores de este tipo de narrativa de la segunda mitad del pasado siglo; también hemos puesto a disposición de los lectores españoles *Bajo cielos inmensos*, la gran novela del premio Pulitzer A. B. Guthrie, un título «canónico» de la literatura del Oeste... Y, en general, han ido apareciendo en la aún corta vida de la colección autores y obras escogidas entre lo mejor y más representativo de este género literario.

Y la intención es seguir rescatando para el lector español, en buenas ediciones, los grandes clásicos de la literatura western. Y sin embargo, llegando al significativo décimo título, hemos tenido una ocurrencia. La ocurrencia de editar a un escritor que aún no tiene acomodo en las grandes enciclopedias de este género; a un autor, Thomas Eidson, que no es uno de esos escritores que conocen tanto el aficionado abuelo como el aficionado nieto. *La última galopada (The Last Ride)*, su novela, constituye una excepción en esa ilustre lista de obras y autores consagrados que le han precedido y ahora le acompañan en esta colección Frontera.

Y lo primero que tiene carácter de excepcionalidad en este caso —permítasenos el apunte humorístico— es el hecho de que Eidson todavía está vivo. Incluso hemos podido hablar con él. Como es lógico, una circunstancia común a la mayoría de autores publicados en una colección de clásicos es la de haber abandonado ya el mundo de los vivos. De ellos nos quedan, eso sí, como suele decirse, «sus obras, que los hacen pervivir entre nosotros», lo cual no deja de ser un agradable consuelo para el lector... Nuestra selección de títulos y autores se ha nutrido hasta el momento de obras aparecidas entre los años treinta y los años setenta del siglo xx; un periodo espléndido para la narrativa western, pero que aún no nos había permitido estar pendientes de la futura novela de tal o cual autor que nos fascina. En el caso de Thomas Eidson, además de esa agradable circunstancia vital que permite preguntarse qué escribirá el año que viene, y el otro, y el otro, se da otra característica que lo aleja de los parámetros habituales a sus compañeros de colección. A diferencia de L'Amour, Haycox y otros autores que hemos publicado hasta ahora, Eidson no es un escritor profesional. Nuestro autor es un importante miembro del staff directivo de “Fidelity”, la empresa número uno en fondos de inversión en Estados Unidos. Solo tiene seis novelas publicadas, y confesaba en una no muy lejana entrevista que, de momento, aunque su pasión es la escritura y dedica disciplinadamente un determinado número de horas al día a escribir, no se plantea convertirse en escritor a

tiempo completo. Resaltada la peculiaridad de este décimo título de la colección, señalar que en lo que sí se ha mantenido fiel a su tradición la colección Frontera es en su intención de publicar clásicos del western; y es que, tanto *La última galopada* (1995) como la primera novela de su autor, *St. Agnes' Stand* (1994), van camino, si no lo son ya, de convertirse en clásicos.

Hay tantos escritores de western en el olvido que cuesta un tanto dejar en la sala de espera a Noel Loomis, William Cook, Borden Chase o Frank Gruber y darle prioridad a escritores como Eidson, con escasa obra y que aún están en activo y creciendo. Sobre todo en el ámbito de una colección de rescate de clásicos... pero la tentación respecto a *La última galopada* era casi invencible. Primero, porque *Desapariciones*, la excelente película de Ron Howard, con Tommy Lee Jones y Cate Blanchett, con su carga de terror, elementos sobrenaturales y violencia ya ponía sobre aviso de que algo potente y peculiar había tras ese argumento. Segundo, porque la indisimulada afición de Valdemar/Frontera por la cuestión apache, nos predisponía en favor de echarle un vistazo a esta novela. Cuando luego leemos que el autor es un alto ejecutivo más que un escritor profesional, que confiesa haber escrito su primera novela en las salas de espera de los aeropuertos, la curiosidad, teñida de desconfianza, se intensifica. Y si finalmente descubres que su primera novela, escrita esperando aviones, *St. Agnes' Stand*, recibió el premio de la Asociación Profesional de Escritores de Western —el Spur (Espuela)— a la mejor «primera novela» de 1994... inevitablemente decides echarle un vistazo a *The Last Ride*. El resultado de toda esta curiosidad, y de la posterior lectura que generó, fue la decisión de incorporarla a la colección Frontera, casi como el primer «clásico moderno» de la misma. Quizá resulte un poco prematuro tildar a Eidson de clásico, pero es que parece que a los aficionados al western —al literario y al cinematográfico— Eidson se nos viene encima rápidamente. Por de pronto, a la ya referida *Desapariciones* de Ron Howard, puede sumársele en breve una versión fílmica de *St. Agnes' Stand*, de manos de Michael Winterbottom o quizá del propio Martin Scorsese; de ambas posibilidades se ha hablado. Y de su tercera novela, *All God's Children*, un western como los dos anteriores, se ha hecho con los derechos Steven Spielberg. Da la impresión de que, aparte de su mayor o menor prestigio como escritor, Eidson y su visión del western le está resultando interesante a quienes buscan historias que tengan algo de innovador y peculiar.

Para los devotos de *La venganza de Ulzana*, (Robert Aldrich, 1971) o la novela *La noche de los gigantes* (*The Stalking Moon*) de Theodore V. Olsen, el aspecto mítico, fantástico y terrorífico asociado a los apaches, es con frecuencia un elemento importante. El ascetismo extremo, la crueldad, las danzas de máscaras con extrañas excrecencias, el apoderamiento de la fortaleza del enemigo mediante crueles rituales, el terror que despiertan... realidad histórica o creación literaria, los convierten en la amenaza por excelencia. Si se intenta profundizar un tanto en qué hay de cierto en los estereotipos que la ficción ha acumulado sobre los apaches, no se suele llegar a

conclusiones claras.

Las fuentes indigenistas hablan de calumnias de sus exterminadores blancos o de confundir circunstancias excepcionales con comportamientos habituales. Pekka Hamalainen, que los menciona profusamente en su estudio sobre los comanches, presenta a unos apaches en perpetua retirada ante sus más numerosos, mejor montados y mejor armados rivales comanches. W. R. Burnett, en el prefacio a su novela *Adobe Walls*, inspirada en el enfrentamiento entre Al Sieber y Victorio, califica a los apaches como los espartanos de entre los pieles rojas por sus virtudes militares; David Roberts en *Las Guerras Apaches* habla de la cualidad cuasi mística que habían de tener sus grandes caudillos e incluso de las facultades prácticamente paranormales de las que hacía gala Lozen, la jefe guerrera apache; Cozzens, el viajero que deja testimonio escrito de su recorrido por territorio apache entre 1858 y 1860, solo dos años antes de la guerra abierta que estalla entre apaches y blancos, recoge noticias de un cruel ritual de sacrificio, tortura y muerte al que someten los apaches a una cautiva blanca... Sobre un fondo histórico, no sabemos exactamente con cuánto de cierto, el cine y la literatura han tejido el entramado narrativo de la mística y el terror apache. Y a incidir en ese fascinante universo narrativo, y además con un gran sesgo hacia sus componentes más oscuros y terroríficos, parecía apuntar *La última galopada* de Eidson. Y en buena parte sí que esos aromas se reflejan, no solo en esta novela de Eidson, sino en el resto de su obras western. Con apaches o sin apaches por medio, en Thomas Eidson encontramos a un autor interesado, no solo por la historia del Viejo Oeste, sino también por el fenómeno religioso, las creencias, los códigos culturales, el enfrentamiento entre el cristianismo y el paganismo, la existencia de lo sobrenatural, los dilemas éticos, el sentido de los lazos familiares y un buen montón de materiales «inmateriales», por decirlo así.

No es que estas temáticas estuvieran ausentes del western. No solo las éticas, hasta las religiosas abundan en una narrativa donde tan fácil es encontrarse con indios paganos, colonos puritanos, católicos y mormones... Pero en Eidson esos componentes no aparecen solo porque el realismo de la reconstrucción histórica ha de mostrarlos, sino porque al autor le preocupan esas cuestiones y las incorpora a sus tramas como elemento fundamental de las mismas. En una entrevista en la que Eidson comentaba sobre sus ancestros pioneros en la Frontera, recordaba cómo su abuela, de niña, había visto desde su granja, hacia 1890, a un grupo de jinetes indios vigilando y cómo su madre había hecho salir a los niños por la trasera de la casa para esconderse y luego le había disparado al perro para que no los siguiese y revelase su escondite. O cómo otro abuelo o bisabuelo suyo abandonó a su familia por miedo a contagiarlos cuando contrajo la tuberculosis y solo volvió al final de sus días para despedirse. Para Eidson un sentido ético y moral es necesario. Tiene la impresión de que en nuestros días se está perdiendo en aras de racionalizar cualquier conducta y comenta que le gusta reflejar esas cuestiones morales en ese mundo de pioneros, tan salvaje que sin esa existencia de un sentido moral habría sido inhabitable.

Su primera novela, la galardonada con el Spur Award, contaba la historia de Nat Swanson allá por el año 1858. Nat, tras matar a un hombre en una pelea, perseguido por los amigos de este, se interna en el desierto. En su huida acaba encontrando a un grupo de monjas católicas, acompañadas por unos chiquillos y asediadas por una partida de guerra apache. La decisión de quedarse e intentar salvarlos, su descreimiento y los encontronazos ideológicos con la hermana que capitanea el grupo, nos dan un western con ramalazos cuasi teológicos. La religiosa piensa que Swanson es un milagro, la respuesta que Dios ha dado a sus desesperadas peticiones de auxilio. Swanson, de inicio un descreído, se asoma a creer ante la inminencia de dejar de existir y la angustia de que nada quede de uno en el mundo. Y los apaches, mientras, empiezan a preguntarse si esas brujas vestidas de negro que rezan por la vida de los demás tienen grandes poderes mágicos, puesto que parece imposible vencer la resistencia del grupo de blancos y exterminarlos. Una aventura argumentalmente muy clásica —hay decenas de novelas y relatos de asedio apache—, pero con elementos novedosos en cuanto a la incorporación de preocupaciones de índole religiosa y moral. Una novela curiosa e impactante que le valió la atención de todo el universo western. Y con ella inicia una trayectoria narrativa donde esos sesgos morales y supranaturales vienen estando permanentemente presentes. En *Hannah's Gift* es una mística mujer que «oye voces» la que intenta rescatar a un «fuera de la ley». En *All God's Childrens* una granjera cuáquera intenta sacar adelante su granja, con la ayuda de una marginada familia de origen japonés y un fugitivo negro, en un pueblo metodista que le es totalmente hostil. Y, abundando en todo ello, *La última galopada*, donde lo sobrenatural, la religión, el enfrentamiento cultural, los sueños, el chamanismo, la culpa y el mal lo sobrevuelan todo.

Por argumento y sentimientos, la novela de Eidson es una novela crepuscular. Intencionadamente crepuscular, incluso «exageradamente» crepuscular. Estamos en una granja en Nuevo México. Corre el año 1886, precisamente el año de la rendición definitiva de Gerónimo, y Brake Baldwin, sentado en el porche de su rancho, lee en el periódico un entusiasta titular: «El Salvaje Oeste ha muerto», la modernidad se abre paso. Incluso la casa de los Baldwin ya no es una covacha rústica. Dispone de paredes enlucidas, grandes lámparas que cuelgan del techo, quinqués... un ambiente civilizado y casi confortable. Lily, la hija mayor de los Baldwin, de 17 años, ha regresado hace pocos días de un buen colegio para señoritas en Denver. James, que tiene quince años y trabaja con el ganado, juega con la miniatura de un tren. Pero según cae la tarde y se aproxima la tormenta, aparece acercándose a la casa, entre viento y truenos, un enorme jinete casi fantasmal. Sería de aspecto quijotesco si no fuera siniestro y terrible. Casi dos metros, intensamente enjuto, vestido más de piel roja de mil tribus que de blanco... y lacónico, hoscamente lacónico y amenazante. Y con una tos que ocasionalmente le desgarrá el pecho y que parece se lo llevará a la tumba a no mucho tardar. Armado a la antigua usanza. De unos setenta años... «la gente había dejado de vestir así hacía al menos cuarenta años», piensa Brake. Le

acompañan una mula, un perro y un pequeño y viejo pony indio que parece incapaz de sostenerlo. Se llama Samuel Jones. Pregunta si este es el hogar de los Baldwin, y comenta que ha visto huellas de una «partida» por los alrededores del rancho. Dice que hace años cabalgó con los chihene... «un hombre blanco que ha cabalgado con apaches... Otro viejo embustero», piensa Maggie, la mujer de Brake. Y el misterio lo envuelve todo. Cuando insospechadamente Maggie reconoce al viejo, solo quiere una cosa: que su marido lo expulse. Lo odia. No lo quiere en su casa y se niega a contar a Brake por qué. El pasado, amenazante, está corporeizándose de mil maneras. El Viejo y Salvaje Oeste ha terminado, venía a decir con entusiasmo el periódico, pero llega un representante de ese pasado, como un fantasma que se hubiera abierto camino hasta el presente desde años atrás; un atavismo de otro tiempo. El viejo también se acaba. Está moribundo y ha venido, no se sabe por qué, a morir aquí. Los indios y los bandoleros no preocupan desde hace muchos años, pero se han encontrado señales de una partida de merodeadores y una vaga amenaza, que todos perciben, flota sobre el rancho mientras arrecian la tormenta y la niebla. Y también hay algo en el pasado que relaciona a su esposa con Samuel Jones, de una manera posiblemente trágica, que Brake no consigue desvelar. Y sobre todo esto: presagios, sensaciones, movimientos que no se ven, pero se perciben un poco más allá de donde alcanza la vista... Y la religión, las creencias. El viejo Samuel Jones es un renegado que abandonó el cristianismo para hacerse chamán entre los apaches; Maggie es una ferviente cristiana que no solo aborrece al viejo renegado, sino que teme la influencia que este pueda ejercer, con su paganismo y sus hechicerías indias, sobre sus hijos. Sin embargo, cuando toda esa ominosidad, cuando toda esa amenaza indefinible se concreta —y desde luego que lo hace—, Samuel Jones, sus saberes de piel roja y sus poderes chamánicos son casi lo único con lo que Maggie puede contar para hacer frente a la situación.

Quizá *La última galopada* no sea una novela perfecta. Hay muy pocas novelas perfectas en la historia de la literatura; de cualquier tipo de literatura. Pero su primera mitad es realmente soberbia. Plena de aventura, terror, misterio y poder de evocación. Casi hipnótica. Luego sigue siendo una gran novela de aventuras. Mágica a veces, terrorífica en otras ocasiones, e incidiendo cada vez con mayor intensidad en las preocupaciones morales del autor y en el enfrentamiento paganismo/cristianismo que Jones y Maggie representan y a cuyas creencias acuden respectivamente en petición de ayuda ante una situación cada vez más desesperada y desalentadora. Quizá sea un tanto excesivamente agónica en su tramo final y desvele en demasía los misterios planteados. El no haberlo hecho así era una opción también muy estimable. En parte esa fue la opción de Ron Howard, el director de la adaptación cinematográfica de la novela, *Desapariciones*. El director atenúa el enfrentamiento de creencias; reescribe algún episodio, simplifica sentimientos, da una visión de los hechos más rápida, más concentrada, un tanto más aventurera y un tanto menos compleja que la propuesta por el novelista. Y el resultado para nada es malo. Es otra opción y de visión muy

recomendable. Pero a veces, volviendo a la novela de Eidson, lo no bien cerrado, las preguntas no totalmente respondidas, quedan muy bien. Con estos crípticos párrafos —lo reconozco— abandono ya esta presentación ante el peligro de acabar por comentar cosas que no deben adelantarse y les dejo con *La última galopada*. En todo caso, una novela tan peculiar, con tantos momentos memorables y tanto de reelaboración del género, que era imposible no traerla aquí.

Que la disfruten.

Alfredo Lara López

LA ÚLTIMA GALOPADA



Para mi madre y mi padre,
GENEVIEVE y RICHARD
Ninguno de nosotros olvidará jamás Erwin Street.

Brake Baldwin divisó al jinete cuando este salió al galope de entre los arbustos de tamariz. Se bajó los anteojos para comprobar por encima del periódico si el extraño finalmente se aproximaba, luego volvió a subírselos y siguió leyendo. Eran ya las últimas horas de la tarde y unas nubes tormentosas se apiñaban en el cielo encapotado. Un chotacabras piaba desde las colinas tras el establo. El sonido cesó... no sabía por qué. Los álamos de gruesos troncos junto al arroyo oscurecían entre la penumbra mientras la noche envolvía el pequeño valle de Nuevo México donde estaba situado el rancho.

Volvió a leer el titular del periódico: EL PRESIDENTE DECLARA LA MUERTE DEL SALVAJE OESTE. Asombroso. Así de simple: ya había acabado. 1886 y adiós... con un chasquido de dedos. Santa Fe se preparaba, decía el diario, para celebrar una exposición de invenciones modernas y un concierto en la antigua Plaza. Eso sí que iba a valer la pena verlo, pensó.

La yegua alazana en el pasto relinchaba al caballo del extraño, pero no recibió respuesta. Baldwin volvió a levantar la mirada: el jinete se movía lentamente a la luz moribunda, mientras el viento soplaba con fuerza anunciando la inminente tormenta. En esta ocasión, mantuvo la mirada en el jinete durante más tiempo y se percató de algo diferente, pero el crepúsculo tormentoso ya había avanzado demasiado para poder ver bien en la distancia.

Incómodo por la tensión que sentía en los hombros, Baldwin farfulló el refrán que solía repetir su abuela: no naciste en el bosque para tenerle miedo a un búho. El hombre y el caballo ahora atravesaban el huerto mientras los árboles silbaban en la creciente tormenta. La cabeza del animal estaba agachada y parecía a punto de derrumbarse. Detrás de él, escuchó que se abría la puerta del establo. Mannito también había visto al jinete. El viejo mexicano contaba casi setenta y cinco años, pero tenía los sentidos bien afinados de alguien que había envejecido esquivando a mescaleros y chiricahuas y a sus hermanos los apaches. Afortunadamente, aquellos días ya no eran nada más que recuerdos mezquinos. Tal vez el periódico tenía razón, tal vez el Salvaje Oeste estaba muerto.

Escuchó otra puerta y el sonido de contraventanas cerrándose. Y supo que Maggie estaba allá atrás, cuidando a la mujer y a sus hijos. Había estado ocupándose de ellos tres las veinticuatro horas desde hacía días. No era una doctora titulada, pero había trabajado de enfermera durante más de veinte años y estas labores se le daban mejor que a la mayoría en su pequeño dispensario. Casi todos sus pacientes eran mexicanos pobres como la mujer y sus hijos.

El jinete apareció lentamente de entre las sombras y Baldwin fijó la mirada en él,

intentando sonreír, pero el maltrecho rifle Sharps apoyado en la silla de montar hizo que su semblante se mantuviera serio. Distinguía un dibujo que había sido tatuado en la culata del viejo rifle con tachuelas de latón, al estilo indio. Dobló el periódico y se lo metió bajo el brazo al tiempo que bajaba lentamente la mano, y aquel instinto le sorprendió, ya que no había empuñado una pistola desde hacía años.

—Malo^[1]—susurró Mannito—. Malo.

El pequeño mexicano, que sujetaba el sombrero con la mano en contra del viento, miraba con los ojos entornados al extraño a través de la noche oscura; luego se giró y se escabulló entre las sombras, probablemente a por su escopeta, pensó Baldwin.

El rancharo permaneció erguido. El jinete había detenido su caballo a unas cuantas yardas y estaba sentado allí, mirándole.

—Buenas noches —dijo Baldwin.

El hombre asintió. Los ojos de Baldwin se movían lentamente sobre él. Era viejo, probablemente de unos setenta años, y grande, casi dos metros de altura, muy delgado pero con algo de barriga. Era imposible saber si era blanco o mestizo. En otro tiempo debió de tener la complexión de un toro salvaje... ahora era todo huesos, crestas y valles. Su rostro curtido se había tostado oscureciéndose a un tono ocre y parecía remendado con trozos de arcilla húmeda que no encajaban unos con otros totalmente; su pesada nariz estaba rota, tal vez en más de una ocasión, y parecía cansado o borracho, o ambas cosas. Su atuendo era extravagante: fronterizo, indio y mexicano. La gente había dejado de vestir así hacía al menos cuarenta años. Los ojos de Baldwin regresaron a las facciones brutales del rostro del hombre.

Un pequeño terrier negro y blanco, del tamaño de un sacabotas, estaba posado sobre la grupa del caballo con el pelo ondeando al viento tormentoso, haciéndole parecerse al perro del circo que Baldwin vio en una ocasión. Sin previo aviso dio un salto en el aire, se desplomó sobre el suelo y luego trotó nerviosamente alrededor de las piernas del rancharo —justo fuera del alcance de una patada— gruñendo como si pesara cien libras en lugar de diez.

—¿Muerde? —aulló Baldwin levantando la voz sobre el creciente rugido de la tempestad.

El anciano asintió otra vez, revelándose ante los ojos de Baldwin durante unos segundos como un demonio que galopaba en aquel oscuro viento. Llevaba un poncho medicina de curandero pawnee hecho de un misterioso ante azul y cubierto de brillantes estrellas doradas de seda bordadas y ribetes de color negro. Una belleza. Un par de manoplas ocultaban unas manos gigantescas y llevaba un pañuelo largo y negro atado alrededor de su delgado cuello con un medallón de plata; lo más extraño de todo era que llevaba las piernas desnudas y tan solo las cubría un largo taparrabos. Su cuerpo estaba dolorosamente esquelético. Baldwin se mordisqueó el interior de los labios durante unos segundos preguntándose quién demonios era aquel viejo desgraciado. Parecía haber salido de un espectáculo del Salvaje Oeste; todo en él parecía viejo, como si él y sus animales procedieran de algún desfiladero atávico más

allá del tiempo.

—Preferiría que no me mordiese.

—Chaco —llamó el extraño con firmeza, reprimiendo una tos en su garganta.

Unos relámpagos brillaron por encima de las colinas a sus espaldas, iluminando el duro semblante del gigante durante unos segundos; luego se escuchó el redoble lento de un trueno que recorría el valle. El pequeño perro había dejado de gruñir cuando el extraño lo llamó y ahora levantó la pata donde Baldwin estaba y orinó un hilillo amarillo que Baldwin juzgó que iba dirigido a él; luego el perrillo corrió hacia delante, pegó un gran salto, se apoyó en el estribo del hombre, se retorció, se apoyó momentáneamente en su muslo y luego, tras inclinarse el hombre a un lado apartándose ligeramente y dejándole paso, saltó ágilmente de nuevo a su posición sobre la grupa del caballo. Ocurrió tan rápidamente que Baldwin no estaba seguro de cómo lo había hecho.

—Muy hábil.

El viejo no respondió.

Alguien encendió el quinqué de la cocina del rancho y la luz que salió por la ventana hizo que la funda y la canana del extraño resplandecieran en la noche, cada pulgada decorada con plata de monedas mexicanas toscamente labrada. Se le veía zarrapastroso y viejo, pero curtido, con ojos pequeños y negros, y llevaba un arsenal lo suficientemente surtido para aniquilar la mitad del Ejército mexicano. Baldwin se preguntó si no era solo fachada. El viejo miraba hacia la ventana de la cocina.

—¿Quiere cenar con nosotros? —preguntó Baldwin a contra viento.

La pequeña torda, que estaba con los ojos entrecerrados, dio un respingo al oír su voz en el vendaval. Era una yegua huesuda y vieja como su jinete... un poni indio chickasaw; mucha sangre española y no menos cantidad de sangre salvaje corría por sus venas. La seguía una mula joven alazana que mordisqueaba juguetonamente el estribo del anciano.

—Alice —dijo este apartando al animal, el cual obedeció a regañadientes.

Buen truco, lograr que una mula obedezca como un perrillo, pensó Baldwin.

—¿Es este el hogar de los Baldwin?

Las palabras del anciano sonaron farragosas, pero se entendían con su voz profunda con acento indio.

El ranchero se limitó a observarle mientras se sujetaba el sombrero con más fuerza contra la cabeza.

—Me lo dijo un hombre en la carretera —añadió el viejo gigante, sofocando otra tos fuerte que le hizo doblarse de dolor ante sus ojos, tras lo cual dio un trago a una botella de whisky.

—¿Cómo se llama? —preguntó Baldwin.

—Samuel Jones.

Baldwin lo examinó unos segundos más y luego dijo:

—Brake Baldwin. A esas dos bestias les vendría bien comer algo.

Baldwin se dirigió al establo, sabiendo que Mannito le cubría las espaldas desde dentro, y supuso que el extraño probablemente también lo sabía. No se parecía a ningún peregrino. Ni de lejos. Baldwin se paró y echó la mirada hacia atrás. El extraño seguía mirando la ventana de la cocina, como si estuviera hipnotizado por la luz, y su cabello y ropas se sacudían violentamente contra las ráfagas de viento.

—Hay pisadas frescas en esas colinas —informó el anciano sin apartar la mirada de la casa.

—Vagabundos, probablemente —exclamó Baldwin por encima del creciente vendaval.

—Ocho monturas. Ninguna herrada —el extraño calló y siguió mirando a la ventana—. Una avanzadilla. Nada de vagabundos.

Baldwin sintió otra vez la tensión en sus hombros y se la intentó sacudir pensando que el anciano solo intentaba ganarse su confianza. Hace años algunos bandidos mexicanos les habían estado molestando, y antes de estos los indios. Pero todo se había calmado y últimamente reinaba la paz. Se giró y volvió a dirigirse al establo. El extraño echó una última ojeada a la ventana, luego espoleó la torda y le siguió. El interior era más silencioso, y en algún lugar allí dentro en la oscuridad Baldwin escuchó a Mannito intentando reprimir una risotada.

—¿Es eso un mexicano? —preguntó el anciano.

Baldwin le miró unos segundos y luego dijo:

—La respuesta es que trabaja para mí.

—Entonces dígame que no se ría de mí.

El extraño tosió con fuerza, como si intentara expeler algo de los pulmones; luego comenzó a respirar con rápidas bocanadas como un pavo dando vueltas bajo el sol.

—He dicho que trabaja para mí. No causará problemas. Si le resulta difícil de entender, entonces será mejor que continúe su camino.

Mannito salió de las sombras blandiendo la escopeta. Chaco salió disparado hacia sus botas.

—¡Alto! —rugió el mexicano—. ¡Para!

El diminuto perro se sentó y levantó las patas delanteras como si suplicara por su vida.

El extraño pareció sorprendido de que el perro se hubiera rendido tan rápidamente y observó a Mannito durante unos segundos mientras el hombrecillo le devolvía la mirada sonriente; luego se echó otro largo trago de la botella de whisky que llevaba y a continuación se dirigió a la ventana del establo y miró otra vez a la casa. Volvió a encenderse un relámpago, que iluminaba los rasgos adustos y marcados de aquel rostro curtido... ese hombre, pensó Baldwin, parecía el perfecto candidato para un linchamiento. Luego el viento del sureste volvió a soplar y la lluvia azotó con fuerza el tejado y las paredes.

Baldwin desató la silla de montar mexicana de la panza de la torda mientras observaba al viejo gigante por encima de la grupa del animal. La silla era enorme;

con un pesado cuerno chapado en plata y unos estribos *tapaderos* largos y con protectores.

—¿Le interesa algo? —preguntó el rancharo.

—Solo miraba.

—Solo es una casa.

El anciano no dijo nada.

—Por estas tierras estamos acostumbrados a los cuernos lisos, no los mexicanos —dijo Baldwin al tiempo que acariciaba la plata finamente tallada y observaba el apellido español grabado en el metal.

El extraño se giró y lo observó unos segundos.

—Su dueño intentó quitarme la vida.

Baldwin lo miró y no supo si le estaba tomando el pelo, pero supo que el anciano no era mexicano, ni mucho menos.

—¿Qué le ocurrió?

—Yo cabalgaba con los chíhene —dijo el extraño haciendo caso omiso a la pregunta.

Apaches de Warm Spring. Ese era un nuevo giro de los acontecimientos... la mayoría de vagabundos de la vieja ruta por aquellos lares se pavoneaban de haber cabalgado con aquellos forajidos. No insistió, suponía que el vejestorio, en cualquier caso, no iba a confesar haber robado o asesinado al hombre.

—Mannito cepillará sus monturas.

—No, que mantenga sus manos bien lejos de mis animales.

Baldwin clavó la mirada en el rostro correoso del anciano, en los ojos diminutos y profundamente hundidos que, de alguna manera, parecía que hubieran visto demasiado en la vida. Terminó de examinarlo con parsimonia de abajo arriba, imaginando que en otro tiempo aquel hombre podría haber supuesto un verdadero problema, y luego dijo:

—Por favor, señor, no empiece otra vez.

El viejo gigante se arrimó a la torda y comenzó a frotar su escuálida grupa con un puñado de paja limpia mientras sujetaba la botella con la otra mano. Se asomó por encima de la pequeña yegua.

—No pasa nada. Pero no quiero que él toque mis animales. No confío en los mexicanos.

Baldwin observó que sus mandíbulas se tensaban mientras trabajaba.

—*Mucho mierda* —dijo Mannito, tras lo cual se giró sobre sus talones y se alejó.

—¿Qué significa? —preguntó Jones, con un tono de voz que aún era capaz de poner nervioso a un hombre.

—Olvídelo —dijo Baldwin.

Baldwin la observó bajo la luz amarillenta de los quinqués Rochester; recordó la noticia en el periódico que hablaba de los avances del futuro, los útiles y aparatos domésticos de la civilización y deseó que Maggie ya pudiera disfrutarlos. Había regresado de la enfermería y estaba de pie junto a los fogones de la cocina. Por detrás, su esbelta figura se insinuaba atractivamente a través del vestido de algodón y llevaba su espeso cabello castaño que brillaba a la luz del quinqué recogido a un lado y en una simple coleta. Muchos hombres presumían de lo hermosas que eran sus mujeres. Baldwin nunca lo hizo. Maggie había sido bendecida con tal abundancia de atributos que presumir hubiera resultado excesivo. Era la clase de mujer que lucía más bella bajo la brillante luz del sol.

Sus dos hijos mayores lo miraban. Terminó de ajustar la correa de su pistola, luego, con expresión traviesa, sostuvo un dedo sobre los labios. La casa era un conjunto de suaves sombras, combinaciones de marrones y rojos, y olía a madera quemada y a pan horneado. Maggie y él la habían construido con sus propias manos. Destilaba buen gusto y confort dentro de unas líneas austeras.

En el piso de abajo había una habitación grande y con una altura de dos pisos... dando la sensación de espacio amplio. Construidas con troncos con corteza, las pesadas paredes estaban cubiertas de adobe blanco y de ellas colgaban cabezas de ciervos y tapices indios. Unas lámparas colgaban de pesadas cadenas que pendían del techo y su luz creaba agradables remansos por toda la estancia.

Lily, su hija de diecisiete años, había regresado hacía unos días del Colegio Mayor para Chicas en Denver y leía frente a la enorme chimenea de piedra, donde ardía un reconfortante fuego. Había notado cambios en su hija. Para empezar, ahora ya era toda una mujer. Había visto una cajita entre sus pertenencias en la que se leía «Ensalzador del Busto Sin Igual»; se vestía más elegantemente y le llamaba «padre» en vez de «papá». Y, como casi todos los jóvenes casi adultos, pensaba que sabía más de lo que en realidad sabía. Aunque ella siempre había pensado que tenía una importante misión en la Creación. Él la observó unos segundos más. Había heredado en gran parte la belleza de su madre y esto era una suerte porque, a diferencia de Maggie, las apariencias eran importantes para Lily.

James estaba sentado frente a la mesa de la cocina, jugando con un tren a escala. Acababa de llegar de reparar cercas y todavía llevaba puesto el sombrero y las chaparreras y su soga estaba enrollada en el suelo. Tenía la espalda bastante ancha para sus quince años de edad. Baldwin le guiñó un ojo; se acercó de puntillas a Maggie por detrás y deslizó los brazos alrededor de su cintura, con la camisa aún húmeda por la lluvia.

Ella se tensó y luego sonrió.

—Sabía que estabas ahí. Ve a secarte... la cena está lista.

—El hermano mayor de Gerónimo se va a unir a nosotros para la cena.

—¿Quién?

—Un falso indio loco. Tiene el rostro más cruel que jamás haya visto. Y le acompaña una extraña procesión de animales.

Ella se giró sobre sus talones entre sus brazos y le sonrió.

—¿Estás de broma?

A pesar de todos los veranos e inviernos, su cutis solo empezaba a mostrar unas suaves arrugas junto a las comisuras de los labios. Y bajo los ojos. Conservaba todavía una gran belleza.

—No. Tiene aspecto de animal. Blanco. Vestido como un medio indio. Se jacta de haber cabalgado con los chíhéne. Parece enfermo y bebe demasiado... sospecho que ha venido para recibir tratamiento médico.

Lily se había unido a la conversación y permaneció de pie arrugando su atractivo rostro de suave y blanca piel. Tenía que hacer tremendos esfuerzos para mantenerse protegida del sol en aquellas tierras.

—Un hombre blanco que ha cabalgado con apaches... otro viejo embustero.

—Lily, es domingo —la reprendió su madre, y luego volvió a sonreír y miró a su marido—. Será divertido tener compañía.

La lluvia se fue tan rápido como había llegado, Jones estaba sentado sobre una bala de heno con el ceño fruncido y la mirada clavada en la boca del cañón de la escopeta de Dorothy Baldwin cuando Baldwin regresó al establo. El pequeño terrier tiraba con fuerza de las perneras de los pantalones de la niña.

—¿Dot?

—He atrapado a este indio. Señor... aparte su maldito perro de mí o le meteré un tiro.

La joven mula empujaba a la joven por la espalda con gesto amistoso.

Baldwin oyó a Mannito reír disimuladamente en las sombras. Además, escuchó las mismas dos palabras: «*Mucho mierda*». El anciano las escuchó también y lanzó una mirada furibunda al pequeño mexicano.

—Chaco —siseó Jones.

El perro soltó a su presa y saltó sobre la bala de heno.

—Dot, ven aquí, por favor —dijo Baldwin, tras lo cual se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Intentó no sonreír. La mula joven seguía a Dot como si fuera un perro grande y la empujaba juguetonamente por detrás. Con once años de edad y toda una polvorilla de cabello pelirrojo, ojos brillantes y el rostro quemado por el sol, Dorothy Baldwin embestía a la vida con rabia. Era alta y desgarbada y parecía a medio hacer. Sin duda algún día sería bonita, pero por el momento tan solo era flacucha y con aspecto de chico. Apartó a un lado a la mula con un suave empujón.

—Ese hombre es nuestro invitado... uno no puede ir por ahí apuntando con armas cargadas a cualquiera —dijo Baldwin—. Ya hemos hablado de esto antes.

—De acuerdo. Pero parece peligroso. ¿Lo has visto de cerca?

—Ese no es motivo para apuntar a un hombre con un arma amartillada. Solo mantente alejada de él. Y vigila tu lengua.

El perrillo salió corriendo hacia la casa frente a ellos, se sentó y se puso a mirarlos con expresión de lástima, temblando como si estuviera en medio de una ventisca. Alice la mula les habría seguido dentro si Dot no la hubiera parado. Maggie empezó a reírse.

Baldwin se percató de que Jones se había rascado el barro de la ropa y, cuando se quitó el sombrero, era evidente que se había engominado su larga melena. Sujetaba un ramo deslavazado de flores del desierto en una de sus enormes manos y olía a whisky y a tabaco, pero también a algún tipo de loción de olor dulzón. Llevaba atado a la cabeza un pañuelo rojo al estilo apache. Era como un pavo real de aspecto fiero. Y nervioso. Durante unos segundos Baldwin tuvo la impresión de que iba a salir corriendo.

Maggie estaba colocando un plato de galletas sobre la mesa y se reía del perrillo cuando entró el anciano. La mujer levantó la mirada con una sonrisa de bienvenida. Luego, cuando sus ojos se cruzaron con los del extraño, su rostro de repente cambió y la sonrisa desapareció. Lily había retrocedido y ahora estaba de pie con una mano en el cuello.

—Maggie, este es Samuel Jones.

Maggie Baldwin siguió apoyada sobre la mesa mientras un crucifijo se balanceaba lentamente de su cuello.

—¿Maggie?

Entonces, ella se irguió del todo.

—Ama —dijo el anciano con voz temblorosa.

Maggie examinó el semblante del hombre. Luego, con una voz queda que Baldwin nunca antes había oído, y no quería volver a oír, dijo:

—Sácalo de esta casa.

—¿Maggie?

—¡Sácalo de esta casa!

Samuel Jones dejó las flores y huyó de allí con su pequeño perro.

Al oír los golpes en la puerta, Maggie se giró hacia la ventana abierta del dormitorio y miró a la oscuridad, mientras se frotaba lentamente las manos como si le dolieran. Sabía que su marido estaba en el vano de la puerta, a

sus espaldas. No se volvió hacia él.

Recordaba cosas sobre las que no había pensado desde hacía más de veinticinco años, y no le gustaba estar pensando en ellas ahora. Se frotó la cara, luego se pasó los dedos por el pelo.

—No es indio —dijo Baldwin.

—Lo sé.

—Te llamó Ama.

Maggie sacudió la cabeza.

Baldwin esperó un rato antes de volver a hablar.

—¿Quién es?

Ella no respondió.

—¿Maggie?

—No quiero hablar —las palabras sonaron como si le dolieran.

—Maggie, esto es absurdo.

Ella se volvió y lo miró a los ojos.

—Por favor. No vuelvas a decirme nunca más que nada relacionado con ese viejo es absurdo.

Cuando Baldwin regresó al establo, Jones y Mannito tenían las armas desenfundadas. Se estaba convirtiendo en una mala costumbre y a Baldwin no le gustaba. El mexicano estaba agachado cerca de las alforjas del extraño, con su antigua escopeta apuntada hacia el hombre en un ángulo que amenazaba con separar la parte superior del cuerpo de la inferior; Jones estaba de pie y sostenía una pequeña pistola de galería chapada en plata en su enorme puño con una mueca brutal en el rostro. Baldwin se sorprendió al ver que el viejo llevaba una pistola escondida. Era un tipo lleno de recursos, sí señor... y aunque estaba viejo y enfermo, Baldwin presentía que, en caso de tener que hacerlo, resultaría difícil abatirlo.

—El mexicano estaba hurgando en mis cosas —dijo el anciano con un bajo susurro sepulcral. Luego empezó a toser con fuerza.

—*Bandito* —dijo Mannito.

—Nadie te ha dado vela en este entierro —replicó Jones intentando recobrar el aliento.

—Bajad ahora mismo esas armas —les espetó Baldwin.

Baldwin intentó ver dónde guardaba Jones la pequeña pistola, pero este se giró sobre sus talones y la deslizó a su escondite sin que Baldwin pudiera verlo. Muy hábil.

—Mannito... déjanos a solas.

—*Mucho mierda* —contestó el mexicano por encima del hombro mientras se alejaba.

—¿Qué significa?

—Me importa un rábano lo que significa —Baldwin calló unos segundos—. ¿Qué relación tiene con mi esposa?

El viejo lo ignoró, mientras amontonaba y guardaba de nuevo las pertenencias que Mannito había sacado de las alforjas; la columna vertebral y los omoplatos se le marcaban dolorosamente bajo la camisa, y su cuello era delgado y se veía curtido. Desprendía una especie de cruda dignidad y Baldwin sintió lástima por él. No supo por qué. Sabía que no iba a decirle nada sobre Maggie. Y por algún motivo, eso le gustó de él.

—Puede quedarse un día o dos... tan solo manténgase alejado de mi familia.

En algún lugar allá fuera, en la oscuridad, un caballo relinchó. Baldwin apagó el quinqué y salió a la noche extrañándose por su propio recelo. Algo que no podía describir estaba accionando una alarma en su cerebro. Escuchó un percutor amartillándose a sus espaldas. Jones había salido sigilosamente del establo y se había quedado oculto tras las sombras más profundas junto a la entrada, donde no podía ser visto. No tiene un pelo de tonto, pensó Baldwin. El maltrecho Sharps estaba apoyado sobre la parte interior del codo en una postura bastante natural.

Mannito salió a continuación con la escopeta lista y se situó cerca del enorme gigante, compartiendo sombras con él. Baldwin supuso que lo que fuera que estuviera preocupándole, también estaba corroyendo a aquellos dos. Componían una extraña estampa: un par de guerreros atávicos dispares... ignorándose mutuamente con encono. El semblante del viejo gigante era más fiero que cualquiera que hubiera visto jamás. Allí de pie, mientras le observaba, Baldwin se volvió a preguntar si Jones era tan solo fachada. Se volvió hacia los pastos oscurecidos.

La gran yegua alazana tenía las orejas en punta y hacia delante y miraba fijamente hacia la noche. Su potrillo miraba en la misma dirección.

Baldwin no veía nada, pero estaba bastante seguro de que un extraño caballo merodeaba por alguna parte.

—¿Hola? —llamó en la oscuridad.

Silencio.

—Venga y cene algo caliente con nosotros —aulló Baldwin a la noche.

No obtuvo respuesta. Pero sintió que algo se movía fuera de su rango de visión. Tal vez un jinete, imaginó, o quizás simplemente un caballo salvaje.

—Están ahí fuera —dijo el anciano, y las palabras sonaron a mal agüero.

Mannito asintió.

—En todo caso, hay algo —replicó Baldwin.

La puerta principal de la casa se abrió y Maggie salió con su maletín de medicinas. Parecía cansada y eso le preocupó a Baldwin, porque raras veces la había visto indispuesta o agotada. Pareció vacilar a la luz que se derramaba por las ventanas de la casa, luego descendió los escalones del porche y caminó lentamente entre las sombras en dirección a la caseta de adobe de un solo cuarto situada a unas cincuenta yardas en la parte trasera de la casa principal. Las gentes del lugar llamaban a aquella

caseta la sala de enfermos de Baldwin. El viejo Jones giró sobre sus talones y la siguió con la mirada. Baldwin no supo qué pensar de él. Ni de Maggie.

Mannito se alejó en dirección a la caseta de adobe y Baldwin supo que el hombrecillo esperaría hasta que Maggie estuviera de regreso sana y salva en la casa antes de irse a dormir. Jones lo siguió. Baldwin empuñó el rifle y se fue a dar una vuelta en la oscuridad. No encontró nada.

Maggie se pasó toda la noche en la sala de enfermos y ahora estaba arrodillada junto a la cama de la mujer mexicana, intentando que tomara un poco de caldo, pero la mujer lo rechazaba y giraba la cabeza débilmente apartándola de la almohada. El sol de la mañana ya entraba a raudales por la puerta y por las ventanas de la caseta, haciendo que la habitación brillara y se viera limpia, y se reflejaba en las hileras de frascos de medicinas que había sobre la mesa.

Maggie enjugó la frente de la mujer y acarició su largo y húmedo cabello durante unos segundos, luego se acercó a las camas de los niños. Un niño y una niña, de seis y siete años. Estaban flacos y demacrados, ardían con fiebre y tenían las ropas empapadas de sudor. Ninguno estaba consciente. Esto la asustaba. No tenía ni idea de qué debía hacer. No iban a durar mucho en esas condiciones, con fiebres tan altas. Había visto a niños pequeños morir en cuestión de horas en esas condiciones.

Luchó por reprimir el creciente pánico que invadía su pecho. Había intentado curarles haciéndolos sudar, para lo cual encendió la pequeña estufa de la caseta de adobe y cerró las ventanas, pero la fiebre no remitió y sus temperaturas se dispararon. Les había administrado láudano, acetato de plomo y bismuto, porque, con la diarrea y la deshidratación, la enfermedad presentaba todos los síntomas del cólera. Pero no sirvió de nada. Y raras veces los enfermos de cólera sobrevivían más de uno o dos días, como máximo. Maggie cerró los ojos, se frotó el rostro y se sintió desesperada.

Tomó su Biblia, se arrodilló junto a la cama de los niños y leyó en voz alta el Salmo 23, luego recitó el Padrenuestro. Exhausta por los tres días de constantes cuidados, se derrumbó en la mecedora que había en el centro de la habitación y cayó en un sueño inquieto en el que aparecían su madre y su hermana. Se dejó llevar por la corriente del sueño hasta que percibió que algo no iba bien.

Se despertó con un respingo. El puñado de lirios del desierto se alzaba dentro de una lata de café vacía sobre la mesa de medicinas. Los ojos de Maggie se volvieron rápidamente hacia la cama donde el niño mexicano estaba tumbado. Había un arco de juguete decorado con plumas y cuentas de colores y tres flechas apoyadas en este. Maggie pudo ver por las marcas en la madera que había sido tallado recientemente. Entonces se tensó al sentir que había alguien más en el cuarto con ella y se giró hacia la cama de la niña. Samuel Jones estaba allí, inclinado sobre la pequeña.

—¿Qué haces?

Jones se enderezó y sostuvo en alto una pequeña muñeca de madera para que Maggie la viera. Estaba pintada con rojos, verdes y azules. Él sonrió y volvió a inclinarse sobre la niña.

—Hopi Tihus —dijo, mientras colocaba la pequeña figura de madera en las manos de la niña.

—No tienes ningún derecho a estar aquí dentro —dijo Maggie.

Jones se acercó a la lata de las flores y las arregló. Parecía casi cómico, intentando colocar los delicados tallos con esas manazas. Al acabar, se volvió y echó un vistazo a la enfermería.

—Está muy bien.

—Por favor, sal de aquí.

Vestido con su taparrabos indio y su poncho medicina azul con flecos de cuentas de colores parecía un salvaje. Él asintió y alargó el brazo hacia ella. Mannito se encontraba detrás de él, en la entrada.

—Hierva este líquido y dáselo a ellos, Ama —dijo al tiempo que sujetaba un pequeño saco de piel.

Ella se enervó al oír el nombre.

—Por favor, no me llames así —esperó unos segundos—. Y no me fío de nada que venga de ti.

Él se giró, entregó la bolsita a Mannito y se marchó. El pequeño mexicano entró en la enfermería mientras examinaba el contenido del pequeño saco.

—¿Qué es? —preguntó Maggie.

—No lo sé —contestó el mexicano mientras vertía un poco en la palma de la mano—. Plantas secas —dijo arrugando la cara—. ... cosas de *Insectos*.

Mannito miró a los niños.

—*Pobres hijos* —se compadeció, y luego ofreció a Maggie el saquito—. Pobres niños.

—¿Es que crees que debo administrárselo?

—No les hará daño, *señora* —dijo él, tras lo cual se dio la vuelta y se marchó.

Maggie entonces oyó que Jones empezaba a cantar:

—¡Hey-a-a-hey! ¡Hey-a-a-hey!

Se asomó por la puerta y lo vio sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo, fumando una larga pipa india y con semblante muy solemne. Maggie cerró los ojos y sacudió la cabeza. Tomó de nuevo la Biblia y la abrazó con más fuerza, como si fuera un talismán que la protegiera de aquel canto pagano.

Samuel Jones regresó al establo y se quedó allí toda la tarde hasta que llegó la penumbra del crepúsculo. Durante ese tiempo estuvo limpiando sus cueros: extendió en el suelo su silla de montar, la brida, los arreos de la

carga de la mula, las botas, las manoplas, la pistolera y cartucheras, y los limpió con trapos y pequeños cepillos, y luego los untó meticulosamente con grasa de montura.

Dot estaba tumbada sobre su barriga encima de una bala de heno de avena, leyendo un libro y observándolo. Nunca había visto a nadie limpiar su equipo con tanto cuidado y meticulosidad, repasando los bordes y surcos para limpiar toda la suciedad con una navaja pequeña, y masajeando en profundidad el aceite en el cuero. La joven estaba impresionada por la solemnidad de sus gestos. Mannito ofreció a Jones un poco de aceite mexicano. Jones sacudió la cabeza y le miró con enfado. Dot advirtió que gran parte de su equipo era viejo, pero el cuidado que había recibido obviamente había sido meticuloso y había resistido bien el paso de los años, parchado y recosido periódicamente con nuevos trozos de piel sin curtir, cada pieza oscura y maleable parecía una obra de arte añeja.

Cuando acabó con el cuero, colocó su arsenal de armas sobre un trozo de lona y se puso a limpiarlas con el mismo cuidado y meticulosidad... Las engrasó, comprobó los muelles y apretó los tornillos; afiló las hojas de sus cuchillos, hachas de guerra y puntas de flecha. Por alguna razón que era incapaz de explicar, Dot disfrutaba cerca de él, viéndole trabajar. Chaco permanecía a su lado, abandonándolo solo para visitar al viejo mexicano de vez en cuando, pero siempre regresaba rápidamente. El poni y la mula también permanecían cerca de él, como si fueran sus mascotas domésticas... una manada de animales extrañamente fieles.

A Dot le gustaba la vieja yegua de pelaje gris ratón grulla, que era como llamaban a ese color por aquellas tierras. A pesar de estar exhausta, con las partas torcidas y escuálida, la pequeña yegua era una luchadora nata; la niña supuso que debía serlo para cargar al hombre alto y su pesada silla chapada en plata por aquellas tierras áridas. Y había algo en ella, algo parecido al orgullo, que la niña podía distinguir en las profundidades de los lechosos pozos de sus ojos. No era un rocín cabeza hueca, o al menos eso le parecía a Dot. Otros podrían hacer cabriolas, pero la torda, pensó, era un animal excelente. En cuanto a la mula Alice, era simplemente una divina dulzura; Dot jamás había visto bestia más feliz y displicente que ella, y nunca parecía taimada o malhumorada. Pero en cuanto al pequeño perro ratonero, la joven no le tenía en ninguna estima. Era egoísta, engreído y un miserable.

Dot observaba al anciano limpiando su rifle. Sus duras facciones aún le asustaban un poco, pero se estaba acostumbrando a sus largos silencios y no se los tomaba a mal, incluso cuando se negaba a responder a sus preguntas. Detestaba las toses que le impedían respirar y le hacían resollar al intentar recobrar el aliento, como si estuviera ahogándose; era la única vez que parecía perder el control, pero Dot se iba acostumbrado a esos ataques de tos. Él nunca hacía comentarios sobre esos ataques, pero a Dot no le cabía duda de que algo no andaba bien en su cuerpo.

Tan embelesada estaba por el anciano que solo abandonó el establo cuando su madre tocó la campana impacientemente por tercera vez. Luego comió a toda prisa hasta que su padre le dijo que masticara despacio. No le gustaba el silencio que

reinaba en la mesa. Siempre mantenían animadas conversaciones. Se preguntó cómo era posible que aquel anciano tuviera el poder de cambiar la manera en la que hablaban unos con otros. Resultaba extraño. El anciano no era una persona normal, concluyó Dot. Y eso le gustaba.

De vuelta al establo, se apoyó sobre una bala de heno, examinándolo durante un rato, luego se puso a leer su libro otra vez. Mannito y Baldwin habían comenzado a herrar los caballos a la luz del quinqué, con el fogón encendido y reluciente y el establo lleno de olores a madera ardiendo, a animales y a pienso. Era su lugar favorito. Amaba los sonidos, los olores, la actividad.

Cuando terminó de guardar las armas, Jones hizo algo que la sorprendió; se dirigió al compartimento donde su padre le había dicho que podía acomodarse y regresó con un libro en la mano y unas diminutas gafas en la otra. Dot imaginó que el libro debió de sorprenderles a todos, porque Mannito y su padre se quedaron sosteniendo el casco del gran caballo ruano en el aire mientras miraban al anciano durante tanto tiempo que el animal estuvo a punto de caerse. Jones los ignoró, se colocó las gafas sobre su rostro curtido al tiempo que se sentaba sobre una bala de heno y se enfrascaba en la lectura. Cuanto más lo miraba, aquellos ojillos concentrados tras las pequeñas gafas, más curiosidad sentía Dot. Tenía un aspecto extraño vestido de indio y leyendo las páginas del libro como si estuviera sentado en la Biblioteca Pública de Santa Fe. Finalmente, ya no pudo aguantar más la curiosidad.

—¿Qué lees?

—Un libro —respondió Jones sin levantar la mirada.

Ella se ruborizó y comenzó a decir algo ingenioso sobre sus malas maneras y entonces vio a su padre sonriéndole y la ira se evaporó. Cuando Mannito salió a la oscuridad, Baldwin vio que miraba al viejo gigante y susurraba otra vez, «*Mucho mierda*». Si Jones escuchó las palabras, no dejó que se notara.

—Ata bien a ese potro —le ordenó Baldwin—. O se quemará aquí dentro.

La alazana forcejeó un poco, preocupada por su cría, tirando de la cabeza y danzando, hasta que Baldwin sujetó la sogá con un ballestrinque en la nariz y la tensó. El animal no parecía estar por la labor y se resignó nerviosamente sometiéndose a la familiar rutina del herraje. La habían arrinconado contra el lateral del compartimento y Mannito se apoyó contra ella empujando con el hombro sobre la otra pata para poder levantar fácilmente la pezuña deseada. Era un hombre nervudo y ágil y se movía rápido, rascando, cortando y limando, eliminando el exceso de pezuña y dando forma a lo que quedaba con cuidado de no cortar la ranilla. A continuación, tomó las herraduras de metal nuevas que compraban a una compañía de Saint Louis, comprobó las dimensiones sobre la pezuña de la torda hasta encontrar la que mejor se ajustaba. Una vez elegida, sujetó la herradura con unas tenazas largas y la enterró bajo las brasas ardientes del fogón mientras Baldwin bombeaba el fuelle.

Pronto el metal comenzó a brillar con destellos rosados y Mannito sacó la herradura de las brasas y empezó a golpearla con su pequeño martillo pilón. A Dot le

encantaba el ritmo del golpeteo, el rebote del martillo sobre el yunque mientras Mannito trabajaba. El hombre volvió a probar la herradura sobre la pezuña, propinó dos martillazos más al metal y luego, satisfecho, la hundió en un cubo de agua haciendo que esta hirviera y siseara. Apoyándose de nuevo contra el caballo, se inclinó junto a este, levantó la pezuña con el martillo en la mano y unos clavos que sobresalían de su boca y rápidamente clavó la herradura en la pezuña, a continuación, cortó y limó las cabezas de los clavos. Baldwin calmó a la yegua, hablándole y acariciándole las orejas.

El rancho miró la rabadilla de Mannito mientras el mexicano trabajaba.

—¿Qué significa *mucho mierda*? —preguntó en voz baja.

El hombrecillo levantó la mirada y dijo:

—Mucha mierda, señor.

—Perfecto —dijo Baldwin—. No quiero más problemas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, *Señor Brake* —respondió Mannito sonriente.

Baldwin seguía sosteniendo la cabeza de la alazana y cuando Mannito estaba inclinado y acababa de levantar la última pezuña apoyándola en su muslo cubierto con un mandil, el potrillo chilló. No era un relincho normal, tampoco, sino un relincho agudo de dolor y miedo.

La alazana explotó al oírlo, lanzando coces y corcoveando, enviando a Mannito al suelo y arrastrando a Baldwin por el establo mientras este la sujetaba por el ronzal. Dot trepó a un montón de heno para ponerse en lugar seguro. Buscó con la mirada al anciano. Había desaparecido en su compartimento y unos segundos más tarde regresó con su Sharps y se deslizó en la noche.

—La luz —indicó a Baldwin mirando hacia atrás por encima del hombro.

El rancho y Mannito le siguieron hacia la oscuridad. Era fácil verlo: aquel pelaje entrecano crispado en la noche recortándose contra las sombras más oscuras. El lobo había intentado morder el gáznate del potrillo, pero falló y le agarró por la cruz.

—Maldita bestia descarada —dijo Baldwin.

El lobo desapareció en las sombras y Chaco salió corriendo indignado tras él. El viejo silbó al pequeño perro, este trotó hasta detenerse y levantó una pata junto a un poste. Jones se inclinó e introdujo el Sharps a través de los tablones de la cerca y se colocó la maltrecha culata en el hombro. Baldwin había entrecerrado los ojos intentando seguir el borrón claro de pelo como un rayo a través del prado en penumbra. Lo perdió. Creyó verlo de nuevo. No. Era demasiado tarde.

Si el anciano hubiera querido disparar, debería haberlo hecho rápidamente en cuanto salió del establo. Pero Baldwin supuso que sus reflejos estaban demasiado mermados para eso. Afortunadamente, no se había puesto demasiado nervioso y no había disparado al potrillo por error.

Jones continuó de pie inclinado hacia delante y mirando por el largo y pesado cañón del viejo rifle hacia la noche. Baldwin no dudó ni un segundo que el rifle podía alcanzar esa distancia, pero era imposible distinguir nada en la oscuridad.

—Demasiado rápido para nosotros —dijo Baldwin, intentando restarle importancia y evitar al anciano la vergüenza de no haber disparado. Mannito asintió. Chaco ladró altanero. El viejo mexicano se rio de él.

—No serías tan chulito si ese lobo hubiera parado de correr —le dijo Dot al perrillo. No le tenía mucha simpatía desde que le mordió la pernera del pantalón.

Baldwin se estaba acercando al tembloroso potrillo y la alazana cuando el Sharps detonó en la negrura, brillando como un rayo y pillando por sorpresa al rancharo, que se apartó a un lado.

—¡Dios Todopoderoso!... ¡Jones! ¿Qué diablos haces disparando a la oscuri...?

El grito aislado en la lejanía hizo callar a Baldwin y que este se girase hacia el anciano. Y en ese momento le miró de una forma distinta... y le miraría para siempre de una forma distinta. Primero el libro, luego ese tiro en la oscuridad. Sin duda era un tipo extraño al que no se debía menospreciar. Y difícil de entender. Quizás el disparo fue pura casualidad, pero había algo en la manera en la que el anciano se levantó lentamente, expulsó el cartucho largo y caliente de la culata y lo guardó con cuidado en su cartuchera para recargarlo, que indicaba que no lo era. El viejo gigante podía apañárselas perfectamente. De hecho, en ese instante Baldwin se preguntó si, a pesar de su avanzada edad y estar tan cerca de la muerte, él sería capaz de matar a Jones si tuviera que hacerlo. La idea le pareció absurda y se preguntó entonces por qué se le habría pasado por la cabeza. Pero de una cosa sí estaba seguro: Jones era peligroso.

—¡Madre de Dios! —eso es todo lo que Mannito fue capaz de decir—. ¡Madre de Dios! —repetía una y otra vez.

—Qué hijo de perra —murmuró Dot.

—Dot —la reprendió Baldwin severamente.

—Lo siento.

—Pensé que usaba gafas —dijo el rancharo dirigiéndose a Jones cuando el viejo se volvió y comenzó a caminar hacia el establo.

—Son gafas de cerca. Veo bien de lejos.

—Y tanto que sí.

La puerta del rancho se abrió y Maggie salió al porche; llevaba una escopeta.

—Brake —llamó al tiempo que escudriñaba la oscuridad.

—No pasa nada, Maggie. El señor Jones ha disparado a un lobo.

Maggie no respondió en un primer momento. Luego dijo:

—Se le da bien matar cosas —replicó, tras lo cual regresó dentro.

Baldwin observó el perfil del hombre, pero su expresión no había cambiado. Dot parecía confundida por el comentario de su madre y Baldwin posó una mano sobre su hombro y lo apretó suavemente.

Con unos quinqués y a caballo, Mannito y Baldwin encontraron y remataron al lobo herido en la cadera en la ladera sur. Unas veinte yardas más, y el animal hubiera alcanzado el resguardo de la línea de árboles. Calcularon que el disparo lo alcanzó desde una distancia de unos mil pies. En total oscuridad. Solo había veinte yardas hasta los árboles. Tras examinar la escena, el rancharo supo que no había sido un tiro de suerte. El anciano esperó hasta que el lobo alcanzó la ladera y empezó a trepar... sabiendo que tendría que recobrar el aliento y se movería más lentamente y que en algún momento pararía y miraría hacia atrás, en dirección al peligro. Siempre lo hacían. Cuando creían estar seguros, siempre paraban y miraban hacia atrás. Ese era el momento que un cazador experimentado hubiera esperado, y eso exactamente era lo que había hecho Jones. Pero de noche... ¿Cómo había logrado verlo?

—Ese viejo bastardo no necesita mucho espacio para bailar —dijo a Mannito.

—*¡Madre de Dios!* —eso es todo lo que el mexicano fue capaz de articular sobre el espectacular disparo.

— DOS —

Los dos días que Baldwin dijo que Jones podía quedarse en su rancho se prolongaron a cuatro. El ranchero no estaba seguro de que hubiera un motivo, a menos que fuera por la lástima que sentía por el anciano. Supuso que era así. Eran las primeras horas de la mañana del cuarto día, el aire soplaba fresco y una bruma manaba de los tanques de riego. Baldwin estaba apoyado en una pala en el prado, observando a Maggie, que se alejaba lentamente de la casa hacia la ladera occidental. Se preguntó de nuevo quién podría ser aquel anciano y cómo encajaba en su vida. O cómo no encajaba.

Samuel Jones parecía tan bueno en conocimientos médicos como disparando... los dos niños mexicanos correteaban por el patio como si nunca hubieran estado enfermos. Su madre todavía guardaba cama, pero había mejorado. Sin embargo, el éxito del viejo gigante no ablandó a Maggie. Baldwin nunca la había visto comportarse como lo hizo con Samuel Jones. Estuvo en su contra desde el primer momento que lo vio. Era absurdo.

Podía ver el pequeño recinto vallado por el rabillo del ojo. Thelma, la hermana de Maggie, y Julia, la esposa de Mannito, estaban enterradas allí. Y Maggie visitaba sus tumbas siempre que algo le preocupaba.

Baldwin sujetó la pala con más fuerza. El anciano había salido del establo y avanzó con paso precavido en dirección a Maggie; la mula y el perrillo le seguían en fila india. Llevaba el pecho descubierto y un sombrero negro de cowboy, un peto sioux, un taparrabos y un par de botas de piel de ciervo... una estrafalaria combinación. Sus historias y atuendos indios procedían de un batiburrillo de tribus: pawnee, apache, sioux, navajo. Con un estilo rígido y pasado de moda y desconectado de la sociedad, Jones podría estar también perdiendo la chaveta. Y Baldwin sabía que bebía demasiado.

Maggie estaba de pie junto a la cerca de madera, con la cabeza inclinada y la Biblia entre las manos. Si sabía que el anciano estaba detrás de ella, no hizo ademán de advertir su presencia. Jones se quitó el sombrero e inclinó la cabeza de la misma manera. Ella siguió ignorándolo durante un largo rato. Se limitaron a permanecer allí de pie, hombro con hombro, como una pareja a punto de casarse, mientras la mula mordisqueaba las botas del anciano. Chaco estaba sentado junto a Maggie como si fuera su padrino en aquella boda de fantasía. Los dos niños mexicanos formaban una fila detrás de ellos, el niño con su arco de juguete y la pequeña con la muñeca tihu^[2], como si presintieran que aquel era un acontecimiento solemne. Baldwin cruzó el arroyo de un salto.

Maggie ahora hablaba con el anciano. Un segundo más tarde, como si fueran

actores de alguna extraña obra de teatro, ella giró sobre sus talones y le abofeteó, tras lo cual ambos se volvieron y se marcharon; Maggie a la casa y el anciano al establo.

Y eso fue todo. Baldwin podía aceptar muchas cosas, pero llegados al punto en el que Maggie abofeteaba a extraños que bebían demasiado, que llevaban maquinaria pesada y disparaban de la forma en la que lo hacía el anciano, consideró que ya había llegado el momento de pararlo.

Baldwin dejó que sus ojos se acostumbraran a la débil luz del establo. Mannito había salido a cabalgar con James y Dot para ayudar a parir a las vacas después de sacar el ganado. El establo estaba en silencio, unos rayos de sol surcaban las sombras desde las ventanas abiertas y unas cuantas moscas zumbaban perezosamente en el aire. Baldwin miró a su alrededor buscando al hombre. No lo vio.

—¿Jones?

Ninguna respuesta. Se giró y avanzó unos pasos por la hilera de cubículos. El anciano había estado durmiendo en el último sobre paja fresca que Mannito había esparcido para él. El mexicano tenía buen corazón. Curiosamente, pensó Baldwin, los dos guerreros atávicos parecían haber firmado una especie de tregua. No es que se hubieran hecho amigos, pero convivían cordialmente en el establo. Baldwin paró y escuchó. Chaco estaba gimoteando.

El anciano estaba tendido boca abajo dentro del cubículo y el perro estaba tumbado sobre él y le lamía la nuca. Chaco enseñó los dientes a Baldwin cuando este se arrodilló junto al hombre.

—No voy a hacerle daño, chico.

El perrillo gruñó pero no se movió cuando Baldwin buscó a ciegas el corazón de Jones. Le dio la vuelta y Chaco se apartó de un salto, todavía gruñendo junto a ellos. Un hilillo de sangre le caía de la comisura de los labios. Su corazón todavía latía con fuerza y respiraba. Baldwin lo apoyó contra una bala de heno, lo tapó con una manta india azul y esperó. El pequeño perro se sentó con expresión triste junto al anciano. Baldwin tuvo la sensación entonces de que Chaco había presenciado esa escena antes y que no le gustaba nada.

Jones se sacudió, se dio la vuelta y farfulló un rato. En dos ocasiones Baldwin oyó que llamaba a alguien, «Yopon». Perdido en su propio mundo de sombras, Samuel Jones luchaba desesperadamente contra algo que Baldwin no podía ver pero sí sentir.

Era un personaje extraño, pensó Baldwin, al tiempo que miraba a su alrededor. Bajo aquellos rasgos brutales había cierta sensibilidad y estilo. Había decorado el cubículo transformándolo en una especie de hogar. Había pahos sagrados —varas de oración de muchos colores decorados con plumas y figurillas kachinas— colgados de las paredes. Tres tribus del sureste las fabricaban: los pueblo, los apaches y los navajos, de manera que Baldwin no podía confirmar de dónde procedían estos. Un

manejo de mazorcas secas atado con un collar de cuentas colgaba junto a los pahos. Un arcón grande de cuero sin curtir parecía apache.

Se preguntó otra vez quién era aquel hombre, ese hombre a quien Maggie odiaba. Ella nunca había mencionado la existencia de ningún familiar con vida. Tras echar un vistazo al cubículo, Baldwin tuvo la sensación de estar sentado en el hogan^[3] sagrado de un chamán zuni o apache. ¿Era mestizo aquel anciano? Su atuendo era una extravagante acumulación de distintas tribus. Alineadas sobre un banco había seis botellas llenas de licor de mescal. Había llegado al rancho totalmente bebido y no había parado desde entonces. Tenía un problema con la bebida. Y Baldwin estaba convencido de que podría desentrañar el misterio.

Se miraron el uno al otro durante un rato cuando Jones recobró el conocimiento. El anciano estaba sentado y retiraba cuidadosamente la paja de la manta azul. Cuando acabó, la dobló con esmero y la guardó en el arcón de cuero. Baldwin le observó. Obviamente, la manta era importante para él.

Por fin, Baldwin dijo:

—¿Cuánto tiempo lleva así?

Samuel Jones no intentó irse por la tangente.

—Seis meses, quizás siete.

—¿Siente mucho dolor?

—Algo.

—¿Ha ido a que le vea un doctor?

—Ambos.

La expresión del rostro de Baldwin reveló que no le entendía.

—Apache y blanco.

—¿Y?

Jones sostuvo la mano en alto en un puño flojo con la palma hacia Baldwin, luego la bajó como si estuviera lanzando algo al suelo. Era el lenguaje de signos y Baldwin sabía que aquel gesto significaba «mal». Asintió al anciano, que se limitó a mirarle y a rascar la cabeza del perrillo. Chaco parecía feliz otra vez.

Maggie estaba sentada en la mecedora del porche, con la Biblia sobre el regazo, y entre las manos apretaba un trapo retorcido hasta que los nudillos se le tornaron de un color blanco crema. Baldwin permaneció en los escalones y la observó durante unos segundos; luego se dio la vuelta y examinó el valle. Ella miró más allá de él hacia las montañas de arenisca.

—Ha venido a morir —dijo.

Baldwin podía sentir los ojos de su mujer clavados en su nuca. Se giró y la miró. Estaba llorando sin emitir ningún sonido y las lágrimas le caían por las mejillas.

—¿Quién es, Maggie? ¿Por qué ha venido a morir aquí?

—No me importa —sollozó ella.

—Viajó a duras penas para poder acabar aquí —y la miró fijamente—. Por ti. Te llama Ama. ¿Quién es?

Maggie comenzó a convulsionarse con su llanto y se rodeó el cuerpo con los brazos como si tuviera frío. Él la sostuvo entre sus brazos mientras sollozaba. Cuando por fin dejó de llorar, se acercó a la barandilla y se quedó de pie contemplando las montañas en la distancia.

—¿Maggie?

—Es mi padre —su voz sonó exhausta.

Se sentaron juntos en el porche hasta que el sol cruzó el arroyo y empezó a desplomarse hacia las montañas de piedra roja. Lily salió un par de veces, pero Baldwin sacudió la cabeza y se volvió a meter dentro. Maggie estaba sentada con la cabeza entre las manos, mirando más allá del prado.

—Quiero que se vaya —dijo ella.

—Pensé que tus padres estaban muertos.

Maggie sacudió la cabeza lentamente. Permanecieron en silencio un rato, luego Maggie repitió:

—Quiero que se vaya.

—No, Maggie.

—¿Por qué?

—Porque está muriéndose.

—Puede morir en cualquier otro lugar. Llegó aquí por su propio pie y puede volver a irse de la misma manera.

—No podemos hacer eso.

—Yo sí puedo.

—No, no podemos. Y... —Baldwin dudó antes de seguir hablando— comerá con nosotros en casa.

Fue como si la hubiera abofeteado.

—No puedo permitir que ese hombre esté en nuestra casa. No puedo, Brake —sonaba desesperada.

Baldwin dio una larga calada a su cigarrillo, luego exhaló el humo con una larga bocanada.

—Tenemos que hacerlo, Maggie.

—No me pidas eso, por favor —gimió ella.

—Es tu padre, Margaret.

Ella empezó a llorar abundantemente de nuevo. Su voz sonó controlada cuando volvió a hablar.

—Yo tenía diez años cuando nos abandonó. Madre estaba embarazada de Thelma. Nunca tuvimos mucho... pero al menos teníamos algo. Teníamos una vieja granja. Poco después de que se marchara lo perdimos todo. Madre limpió casas de otras

familias, lavaba ropa por la noche, cocinaba para la compañía de ferrocarril.

Baldwin observó sus manos... se retorcían y tiraban del trapo con tal fuerza que pensó que iba a romper la tela.

—Ella nunca se rindió. Intentó darnos algo. Pero solo éramos nómadas, viajando de ciudad en ciudad. Siempre en su busca. Siempre embarcadas en una misión que ni Thelma ni yo entendíamos realmente. Ningún hogar. Ningún amigo. Lo único que teníamos era una condenada búsqueda —Maggie miró a la distancia—. Por aquel entonces lo quería, solía rezar de noche para que volviera. Rezaba todas las noches, Brake, hasta que me quedaba dormida. Pensaba que con solo desearlo, él regresaría a casa. Creía que todo se solucionaría si él volvía. Nunca lo hizo. Y ahora que ha regresado y veo quién es, sé que las cosas no se habrían solucionado si hubiera vuelto —Maggie inclinó la cabeza hacia delante sobre sus rodillas—. Creo que madre se quedó trastornada —dijo en voz baja—. Nunca dejó de comportarse como si él estuviera todavía con ella. Solía escucharla ya tarde de noche, hablándole como si estuviera en la habitación con ella, y me aterrorizaban esos sonidos. Llegué a odiarlo porque ella era incapaz de dejar de amarlo. Todavía le odio. Ella simplemente se hundió y murió —Maggie levantó el rostro y le miró—. Ese hombre por el que tanto te preocupas, Brake, mató a mi madre. No puedo permitir que se quede aquí.

Ella continuó con la cabeza apoyada en las rodillas durante un rato. Luego la levantó y miró a su esposo.

—Se juntó con una mujer india. Nos abandonó a mí y a mi madre por una prostituta india —dijo entre suaves sollozos—. No puedo permitir que se quede aquí —repitió.

Baldwin se quedó mirando los álamos que se balanceaban levemente en la suave brisa, luego la miró. Le pareció pequeña y añorada, sentada allí con los brazos alrededor de las rodillas, sujetando fuertemente la Biblia con una mano.

—Tenemos que hacerlo —dijo suavemente—. No se trata solo de tú y de él.

—¿No? ¿Entonces de quién se trata?

—De nuestros hijos. Ese anciano es su abuelo.

—¿Y?

—No podemos consentir que nos vean dejarle marchar, casi muerto, como si fuera un animal. Son su sangre. Tienen derecho a conocerlo... sea malo o bueno. Ni tú ni yo tenemos derecho a privarles de él —dejó pasar unos segundos en silencio—. Y lo conocerán en nuestra casa.

—Entonces viviré en el establo.

Baldwin examinó el rostro de su esposa y supo que lo decía en serio.

Lily había estado discutiendo con su padre durante la última media hora. Ahora estaba sentada y envarada junto a la chimenea, aprisionada entre su hermano y su hermana con aspecto de agotamiento y al borde de las lágrimas. Ni Dot ni James

habían pronunciado una sola palabra. Ni a favor ni en contra. Baldwin supuso que su incómodo silencio se debía a la sorpresa de descubrir que eran familia cercana de Jones. Pero sabía que había algo más en ese silencio. Estaban asustados por el triste semblante de su madre. Estaba sentada en una silla a poca distancia de ellos, absorbida en lo que parecían oscuros pensamientos. Habitualmente animada y habladora, su melancolía preocupaba a sus hijos pequeños más que las noticias que acababan de recibir. Sin embargo, Baldwin supuso que aceptarían a su nuevo abuelo muy pronto.

Pero al mirar a Lily y observar la fría determinación que había tras aquellos ojos, supo que negaría esa relación familiar durante mucho tiempo. Quizás, siempre. Simplemente, Samuel Jones no encajaba en su mundo. No encajaba para nada. Desde la adolescencia, Lily había querido que su vida fuera romántica, como las vidas sobre las que leía en las revistas. Se sentía mal por ella. Pero sentirse mal no iba a cambiar las cosas. Ni tampoco los castillos en el aire o las modas pasajeras. Y Jones era de su sangre.

Baldwin no olvidaba el hecho de que a su hija mayor le gustaban las cosas elegantes. Pero también sabía que ese tipo de personas pocas veces salían adelante en esas tierras salvajes. Debía enfrentarse a la realidad y no seguir creyendo que las cosas eran diferentes.

—No es mi abuelo —dijo ella, malhumorada.

—Sí, sí lo es. Y le tratarás con respeto —replicó Baldwin con firmeza.

—¿Madre?

Maggie levantó la mirada hacia Lily, pero no respondió. Ella y Brake nunca se entrometían en las relaciones de cada uno de ellos con los niños, y por muy enfadada que estuviera no iba a empezar a hacerlo ahora.

Brake, respetuosamente, le dio tiempo a su esposa a contestar. A continuación, tras cerciorarse de que no lo iba a hacer, le dijo a Lily:

—No hace falta que le preguntes a tu madre cómo debes comportarte con tu abuelo. Ninguno de vosotros tiene que hacerlo.

Era casi de noche cuando Dot se acercó a Samuel Jones, que se encontraba en el linde más lejano del maizal. La luna llena ascendía y brillaba sobre las altas plantas y salpicaba de luz al anciano. Se le veía misterioso en aquel pálido fulgor, sentado en el suelo con las piernas desnudas y un poncho medicina amarillo raído, cubierto de cuentas verdes de cristal y púas blancas de puercoespín; alrededor de la cintura llevaba enrollada una manta de color rojo chillón. Calzaba botas apache con las puntas hacia arriba, no llevaba sombrero y su largo cabello gris estaba atado en unas gruesas trenzas sujetas con suave piel de ciervo; de sus orejas colgaban unos enormes aros de latón. Sacudía una pequeña carraca de los navajos con una mano y cantaba en voz baja. Chaco estaba sentado junto a él. Ambos parecían estar mirando algo en las

sombras del valle. Pudo oler alcohol en su aliento.

Dot quería hablar con él, pero estaba un poco nerviosa. El anciano seguía teniendo el rostro más feroz que jamás hubiera visto. Pero se estaba acostumbrando a él. Se aclaró la garganta. Ni él ni el pequeño perro se movieron. Luego, de repente, empezó a sentirse rara... como si la estuvieran observando. Miró nerviosamente a la vastedad de sombras que la rodeaba, incapaz de sacudirse aquella extraña sensación. Nada. Pero, aun así, la inquietante sensación no la abandonaba. En algún lugar de la oscuridad algo espantó a una bandada de gorriones y los pajarillos iniciaron un escándalo con sus constantes gorjeos en la noche. Poco a poco, se apaciguaron. Se preguntó qué les habría asustado.

Prestó atención durante un rato, luego se sacudió la inquietud y se volvió hacia el anciano. Él la miraba por encima del hombro. Chaco le mostraba los dientes, como si estuviera sonriendo o, tal vez, mascando un limón.

Dot se acercó un poco más.

—¿Eres realmente mi abuelo?

—¿Es eso lo que dice tu madre?

—Eso es lo que ha dicho papá.

—Supongo que lo soy, sí —dijo asintiendo.

Dot cruzó los brazos y escudriñó el perfil del anciano, luego se volvió y examinó las jóvenes cañas de maíz durante un rato, reflexionando sobre varias cosas. Ella volvió a mirarle.

—¿Cómo debo llamarte? —preguntó.

Él no respondió.

—¿Cómo te llaman los otros?

—Jones.

Ella sacudió la cabeza.

—Mi papá me haría llamarte señor Jones o «Abuelo Jones». Y no suena bien, siendo parientes tan cercanos.

No respondió.

—Papá dice que en una ocasión viviste con los sioux.

Jones asintió.

—¿Cómo te llamaban?

—Devorador de tripas.

—No creo que ese nos vaya a valer —dijo ella rápidamente.

No podía imaginarse a sí misma sentada a la mesa junto a Lily y diciendo: «Devorador de tripas, pásame la salsa, por favor». Se rascó y reflexionó sobre el problema durante unos instantes.

—Quizás, solo «Abuelo» —se calló unos segundos—. ¿Te parece bien?

Él asintió y Dot le respondió asintiendo a su vez con una sonrisa. De repente, se alegró al pensar en llamar «abuelo» a aquel anciano salvaje. Había algo en él, algo que parecía peligroso y diferente, que hacía que le gustara estar a su alrededor y ser

de su sangre. No le importaba lo que Lily pensara.

—¿De dónde vienes?

—De las montañas.

—¿Cuáles?

—Sierra Madre, en México.

Dot entornó los ojos mientras lo miraba.

—¿Me tomas el pelo? —Dot sabía que Sierra Madre en México estaba al menos a unas seiscientas millas al sur. Seiscientas millas de seco erial. Le asombró el hecho de que el viejo tordo hubiera recorrido aquella distancia transportando la enorme silla plateada y a su abuelo.

Él alargó una mano enorme y acarició el lomo del perrillo; la mano era nudosa y estaba destrozada.

—¿Y has venido desde tan lejos para ver a mamá? —preguntó Dot con los ojos clavados en la vieja mano llena de manchas de la edad.

—Es mi hija —dijo, como si esas palabras lo explicaran todo.

Dot reflexionó unos segundos y luego dijo:

—¿Cómo es que no viniste antes?

El anciano no respondió.

Ambos prestaron atención al búho chico en el álamo cerca del arroyo. El ave merodeaba por el prado casi todas las noches. Lily la había bautizado Verónica. Los grillos chirriaban fuerte en el frío aire. Dot echó la cabeza hacia atrás y contempló las estrellas que parecían tan cercanas como si estuvieran al alcance de su mano, y retorció los dedos de los pies hundiéndolos en la arena. Amaba el rancho.

—Si eres indio, entonces yo también soy india, ¿verdad?

—Soy indio... pero no un indio de sangre.

—¿Cómo puede ser?

Él se señaló el pecho.

—Eso no es nada.

El anciano no respondió.

Dot sintió que había ganado ese punto. Y poco después comenzó a hablar otra vez, sintiéndose más cómoda con sus rasgos brutales.

—Mamá dice que no eres cristiano.

Él miró a la noche.

—¿Es cierto?

—Lo fui en otro tiempo.

Dot examinó su rostro, esperando a que se explicara. Como no lo hizo, continuó hablando.

—Nunca he conocido a un infiel.

Él asintió.

—¿Por qué estás sentado aquí en la oscuridad?

El anciano se tomó un largo rato para contestar, como si estuviera decidiendo si

echarla de allí o no.

—Estoy hablando con los poderes del espíritu.

—¿Quién es ese? —preguntó arrugando el ceño y lo miró como si pensara que, tal vez, estaba loco.

Él la miró durante unos segundos.

—Si no eres capaz de aprender cosas, entonces vete y déjame tranquilo —su voz sonó firme y profundamente seria.

Dot se puso las manos en las caderas con intención de replicar, luego cambió de idea y no supo por qué.

—¿Y de qué les hablas?

—De cosas. Cosas mías. Nada que te importe.

Dot cambió el peso del cuerpo a uno de sus pies descalzos y colocó el otro apoyado en el interior de la pierna, balanceándose como el flamenco que en una ocasión vio en uno de los libros de su madre.

—¿Dónde están? —Dot miró nerviosamente a su alrededor, pensando otra vez en los gorriones que habían sido molestados mientras dormían.

Jones había retomado su canto y no respondió. El fulgor de la luna incidía ahora directamente sobre él y a ella le pareció un hombre santo.

Dot se acuclilló y alargó distraída una mano para tocar al perrillo. Este le ladró mostrándole los dientes y ella saltó hacia atrás al tiempo que una gota de sangre manó de un dedo. Dot agitó la mano dolorida en el aire y luego se chupó el corte. El hechizo del momento se esfumó.

—Debería meterle un tiro —dijo furiosa. El perrillo la miró y parecía igual de furioso.

Jones no prestó atención a sus peleas.

Dot miró al anciano durante unos segundos. Le había dado la espalda y agitaba otra vez la carraca.

—Abuelo...

Jones no se giró.

—Abuelo, ¿puedes encontrar cosas?

No respondió.

—Con tu canto... ¿puedes encontrar cosas?

—¿Qué cosas? —preguntó por fin, sin mirarla ni dejar de agitar rítmicamente la carraca.

—¿Una gata?

—¿Cuánto hace que ha desaparecido el gato?

—Es una hembra. Hace dos semanas.

—Ha pasado mucho tiempo. A los coyotes les gustan los gatos de los hombres blancos. Comprobaré si sigue con vida.

Ella lo miró aliviada.

—Gracias. Se llama Harriet.

Volvió a cantar y luego rompió en un ataque de tos. Cuando hubo acabado, se sentó recobrando el aliento y observó la oscuridad.

—Mantente alejada de las colinas durante un tiempo.

—¿Por qué?

El hombre no dijo nada más. Ella pensó que su abuelo podía parecer en ocasiones un hombre malo, pero era divertido. Le gustaba el sonido de su canto.

—¿Me enseñarás medicina india?

Él desvió la mirada hacia las sombras con semblante serio, no enfadado ni molesto, solo silencioso y expectante, e iba a responder cuando la voz de Maggie le cortó.

—No, no lo hará. Y se meterá sus artes paganas donde le quepan. O tendrá que irse de este rancho.

Jones no se movió.

Dot se volvió y vio a su madre a unos pies de distancia, mirando al anciano.

—Mamá, necesito encontrar a Harriet.

—No la encontrarás con magia india. Solo conseguirás que tu alma enferme. Si quieres recuperar a Harriet, reza al Señor.

Ahora el viejo gigante se volvió y miró a Maggie con un semblante difícil de descifrar. La examinó hasta que ella se puso aún más furiosa.

—Si tienes algo que decir, dilo —le retó Maggie.

Él sacudió la cabeza lentamente.

Ella continuó fulminándolo con la mirada.

—No, adelante, por favor —dijo con tono sarcástico—. Di lo que sea que estés pensando.

Jones inclinó la cabeza hacia abajo y pareció estudiar detenidamente la tela de su manta.

—Dilo —repitió Maggie con firmeza—. Sé honesto por una vez en tu vida.

—¿Mamá? —Dot temblaba.

Jones levantó la mirada hacia el rostro de su hija, examinó sus elegantes rasgos y vio algo más, su testarudez, y supo que no iba a parar hasta que le dijera lo que estaba pensando.

—Solo pensaba en lo que le has dicho a la niña —dijo al fin.

—¿Qué pasa?

Él vaciló unos segundos, luego respondió:

—Que tenía que rezar al dios cristiano.

Dejó de hablar y era obvio que no quería continuar... que sentía que ya había ido demasiado lejos. Pero ya era tarde.

—Continúa —ordenó Maggie.

El anciano sopesó su respuesta con cuidado y luego dijo:

—No funcionará, eso es todo.

—¡Cómo te atreves! —explotó Maggie—. Dot, ve a casa, por favor.

Los dos observaron a la niña alejarse al trote. Cuando estuvo lo suficientemente lejos para no oírles, Maggie se giró lentamente hacia el anciano y lo miró enfurecida.

—Escucha, escapaste con una mujer india. Esa fue tu elección y es tu problema. Ahora estás aquí. Solo porque mi esposo tiene un gran corazón. Pero si empiezas a enseñar a Dot tus sacrílegas creencias... —Maggie calló y observó el rostro del anciano durante unos segundos—. Te mataré. Lo juro.

El anciano se giró y dirigió la mirada a la noche durante un rato antes de volver a mirarla.

—Aun así, no funcionará —dijo en voz baja—. Tu dios no encontrará a la gata.

—Yo puedo hablar con mi Dios siempre que quiera —dijo ella con tono cortante y la voz temblorosa por la ira. Se dio media vuelta y se alejó hacia el establo.

Él se puso a cantar una vez más y su voz se elevó en el aire nocturno al tiempo que sus ojos la seguían. Continuó con el sonsonete arrullador durante un buen rato tras la marcha de la mujer, invocando a su poder para que le dijera qué le producía esa irritante sensación de temor. ¿Sería simplemente una premonición de su muerte inminente? ¿O tal vez era su incapacidad de aceptar el hecho de que Maggie le odiara? De alguna manera, no creyó que fuera ninguna de las dos cosas.

Jones dejó de cantar, convencido de que no recibiría respuesta esa noche. Le costaba mantenerse en pie y respiraba con dolorosos jadeos, cuando su cuerpo se tensó de repente y sus ojos se centraron fijamente en una visión fugaz: el rostro de un hombre, un indio, un rostro más allá del tiempo y el espacio, flotando en el cielo nocturno. Y, acto seguido, desapareció. Los tres gorriones parloteaban de nuevo... luego se aposentaron otra vez en su percha.

Samuel Jones temblaba.

Un par de horas más tarde, Baldwin vio a Jones con aspecto de cordero degollado de pie bajo la luz de la luna y mirando por la puerta del establo a Maggie, mientras esta leía su Biblia sentada al resplandor del quinqué. El anciano la contemplaba con una especie de asombro reverencial. Era una locura, pero Baldwin ahora lo entendía mejor. En ese momento, Mannito salió del establo y se unió a Jones. Ninguno de los dos habló, dos centinelas solemnes en la noche. La pareja desigual de pie y en silencio, uno al lado del otro, erguidos y tensos, durante más de una hora. Luego Jones empezó a cantar. Y unos minutos más tarde, Mannito se unió al canto. Dos viejos, uno indio de corazón y el otro mexicano; dos viejos hombro con hombro en la oscuridad, cantando juntos como salvajes medio locos. Baldwin no sabía qué pensar.

Maggie estaba sentada sobre la paja del establo, intentando leer un pasaje del Nuevo

Testamento a la luz del quinqué y esforzándose sin lograrlo por bloquear el sonido estridente del canto de los ancianos, reprimiendo la ira que iba acumulándose en su pecho. ¿Por qué demonios Mannito se relacionaba con él? Los dos gimiendo en la oscuridad como un par de lunáticos. No era propio del pequeño mexicano. Maggie apretó los labios con fuerza por la frustración y se quedó mirando a un ratón que se escabullía entre las sombras junto a la pared del establo. Aquel hombre tenía la habilidad de contagiar a otros con sus locas creencias. Lo había visto antes.

Maggie intentó ignorar el olor a pino fresco que flotaba en el aire. La rama colgaba de las vigas del techo del establo. Cerró los ojos. Sabía que la había puesto él. Solía hacerlo en el viejo establo de la granja, siempre que ella y sus primos se quedaban a dormir allí fuera. A Maggie le sorprendió que él lo recordara. Era enebro piñonero, lo que significaba que había cabalgado varias millas hasta alcanzar tierras altas para encontrarlo. Daba igual. No cambiaba nada.

Desde luego, no borraba lo que sabía sobre la mujer india, o sobre su pecado contra su madre. Se imaginaba a la mujer con dientes podridos, pelo sucio y piojoso. Probablemente no se alejaba mucho de la realidad. Él les abandonó por una alimaña pagana. Maggie sacudió la cabeza.

Siguió esforzándose por acallar aquellos mantras monótonos, pero no pudo. Sujetó con más fuerza la Biblia y la abrió por donde su pulgar marcaba un pasaje de Lucas: «Pide y te será concedido».

Había estado leyendo esa misma línea una y otra vez mientras recordaba la provocación del anciano acerca de que Dios no sería de ayuda. Empezó a rezar, luego dudó.

Maggie había pedido muy pocas veces algo a Dios. De hecho, no recordaba haberle pedido nunca nada, a excepción de las ocasiones en las que los niños se habían puesto enfermos. Y si lo había hecho, no recordaba haber recibido jamás algo que se pareciera a una respuesta divina. Ese último pensamiento la atormentaba y cerró los ojos y la Biblia y presionó el pequeño libro con fuerza contra su pecho.

—Querido Dios. Puede que esto Te parezca una pequeñez, pero necesito Tu ayuda. Necesito demostrar a Dot que Tú la ayudarás si ella Te necesita.

Maggie se sintió estúpida y desagradecida al pedirle a Dios tal cosa. Comenzó a abrir los ojos, pero el canto estridente había aumentado de volumen y sujetó con más fuerza la Biblia, recobrando su determinación.

—Señor, necesito Tu ayuda para encontrar a Harriet, la gata.

El croar de las ranas del arroyo se escuchaba alto aquella noche de verano cuando Baldwin entró en el establo. Mannito se había retirado a su habitación en la parte trasera del cavernoso edificio. Los tres niños estaban en la casa, listos para irse a dormir. Jones estaba dormido, o lo parecía, envuelto en sus mantas indias en el suelo frente al establo con su leal y reducida camarilla de animales dormitando a su

alrededor.

Maggie estaba sentada todavía en la manta y leía la Biblia a la grata luz del quinqué, que emitía un débil siseo. El sonido no era lo bastante fuerte para acallar los apacibles ruidos de los caballos en sus cubículos y su calor animal se mezclaba agradablemente con el aire frío.

Baldwin sintió un ligero escalofrío entre los hombros. Algo en la oscuridad al otro lado de la puerta del establo, algo que parecía equivocado o fuera de lugar, todavía le inquietaba. Había intentado averiguar de qué se trataba, pero no lo logró y se sacudió aquella sensación de inquietud.

Aunque Maggie era consciente de que él estaba de pie frente a ella, se negó a levantar la mirada del libro. Él sonrió y se tumbó en la manta con un gemido juguetero. Ella continuó leyendo.

—¿Por qué no regresas a casa? —dijo en voz baja.

Ella sacudió la cabeza.

—Le pregunté si quería dormir dentro, pero no quiso.

—Se ha asilvestrado —dijo ella—. Y es testarudo.

—Oh —replicó Baldwin con una sonrisa—. Me alegro de que no hayas heredado nada de él.

Maggie giró la cabeza y lo miró, y entonces él se dio cuenta de que había dicho exactamente lo que no debía.

—Solo bromeaba —esperó que ella dijera algo, pero cuando no lo hizo, continuó—: Duerme al raso frente a la casa. Vuelve dentro.

—No puedo —su voz sonó suave pero decidida.

—¿Por qué? Él no está allí.

—Porque si lo hago es como si aceptara que él esté aquí. Y no lo haré, Brake. No permitiré que me arrebatara esa victoria.

Brake observó su perfil durante unos segundos.

—Esto no es una competición deportiva —hizo una pausa—. Piensa en los niños.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás para evitar que las lágrimas cayeran y examinó las sombras junto a las vigas del establo.

—Ya lo hago. Ellos no le conocen. Pero yo sí. No te gustaría que simplemente olvide lo que le ocurrió a mi madre.

Él la miró durante unos segundos, luego se aclaró la garganta y dijo:

—Sí, me gustaría.

A través de las gruesas paredes de adobe, escucharon a Jones iniciar su canto monótono. Maggie comenzó a sollozar violentamente y Brake la rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza contra su cuerpo.

—No puedo —sollozó—. Me duele como si acabara de pasar.

—Eso es solo por haberlo visto otra vez después de todos estos años... te sobrepondrás.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no hasta que se haya ido.

Baldwin contempló su bello rostro a la suave luz del quinqué, sintió otra vez una calidez en su interior y, a continuación, se estiró sobre la manta junto a ella.

—Tienes que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque estoy demasiado viejo para dormir sobre el duro suelo con el frío de estas noches.

Ella se rio y lloró al mismo tiempo, luego prestó atención a la suave letanía de Jones. Era un sonido extrañamente reconfortante, mezclado con las sacudidas rítmicas de la carraca. Un sonido que parecía tener la capacidad de flotar eternamente en la oscuridad.

Más tarde, esa misma noche, Lily estaba en su dormitorio de la planta baja cepillándose el cabello y contando las veces que lo cepillaba. Se peinaba doscientas cincuenta veces todas las noches, y se pasaba el cepillo cuidadosamente desde las raíces hasta las puntas de sus mechones castaños para darle brillo. La casa estaba en calma y total silencio. Su familia dormía en el piso de arriba. Todos menos su madre. Lily estaba orgullosa de que rechazara al anciano. Entonces sintió que se filtraba una leve brisa por la ventana abierta a sus espaldas y la tela de las cortinas crepitó suavemente.

Desgraciadamente, sus pensamientos se centraron de nuevo en Samuel Jones. Se preguntó qué pensarían sus compañeras de la escuela si supieran que era su abuelo. Se reirían. Simple y llanamente. Se estremeció al pensar en ello. Una cosa buena del rancho, quizás la única, era que estaba tan alejado de todo en plena naturaleza que sus amistades jamás la visitarían allí. Nunca sabrían de la existencia de Jones. Aquel lugar era como una diminuta mota de polvo en un vasto universo de arena. Al menos, eso impedía que sus compañeros de clase se topasen accidentalmente con Samuel Jones. Y, sin duda, ella no iba a contarles nada sobre él. Jamás. El anciano era una vergüenza.

Examinó sus elegantes rasgos en el espejo del aparador e intentó imaginar qué le diría su madre si descubriera el polisón. Podía adivinar lo que le diría su padre... o, al menos, cómo la miraría. Lo más probable es que lo zanjase todo con una broma. Y no sería graciosa. Decidió no decírselo a ninguno de los dos. Ya era mayor. Los polisones eran el último grito. Se lo pondría cuando regresara a la escuela.

Lily bajó los brazos para destensarlos. Seguía mirándose en el espejo y entonces notó por primera vez aquella sensación. Era como un cosquilleo en la nuca que le advertía que había alguien detrás de ella.

—Dot —dijo entonces—. No te acerques sigilosamente a mí. Sabes que no me gusta.

Lily se giró y le sorprendió ver que la habitación estaba vacía. La cortina ondeaba levemente empujada por la brisa nocturna. Volvió la mirada hacia el aparador y continuó cepillándose el cabello. Entonces desvió la mirada hacia el pequeño busto

de mármol de Lord Byron que su compañera de cuarto le había regalado el día que acabaron los estudios en la escuela. Sonrió. Sarah era una chica tan dulce. Lily se detuvo con el cepillo aún en el cabello y prestó atención. No podía acallar la inquietante sensación de que había alguien detrás de ella. Se giró de nuevo.

La habitación estaba vacía. Pero los ojos de Lily se volvieron hacia la cortina. Estaba recogida, pero tenía la persistente sensación de que había alguien allá fuera. Temblando, se acercó a la ventana y permaneció tiritando frente a ella. Alargó una mano y tiró de la cortina hacia atrás. No había nada más que la noche y el parloteo de un ave en la distancia.

— TRES —

—Puede encontrar cualquier cosa, solo soñando con ella. Invoca cosas —dijo Dot, exagerando la conversación con su abuelo mientras derramaba una hilera de guisantes de una vaina en un cuenco grande colocado frente a ella en el suelo—. Aunque sea un diamante diminuto enterrado bajo una montaña de arena, puede encontrarlo. Así de fácil —añadió, chascando los dedos.

—Es un mentiroso y un loco —dijo Lily.

—No deberías hablar así de él —dijo James por encima del hombro—. Es nuestro abuelo.

—El mío no.

Eran las últimas horas de la tarde y los tres andaban atareados en el enorme huerto junto al arroyo. Las largas hileras y emparrados de matas de un color verde oscuro —judías de verano, tomates, cebollas, calabacines, pimientos mexicanos y acelgas— parecían abarrotar el espacio del huerto, exuberantes en aquel calor y bajo el brillante sol de aquellas secas tierras. Dot no miraba las verduras; sus pensamientos estaban centrados en el atuendo de Lily. Esa era una de las cosas que Dot admiraba de su hermana.

Dot la examinó detenidamente, intentando que no se notara. Lily llevaba una preciosa blusa de corte varonil, con hombreras y mangas amplias que se abullonaban elegantemente en los hombros y una falda negra larga. Iba calzada con los botines nuevos negros de botonadura alta y piel de cabritillo. Estaba espléndida, pensó Dot. Llevaba el pelo castaño sedoso recogido al estilo parisino: un moño alto y el pelo peinado hacia atrás sin raya. Era la última moda en Nueva York y Europa, le había dicho Lily.

Dot pensaba que su hermana era una de las chicas más bonitas del mundo. Ella y Lily estaban sentadas con las piernas cruzadas sobre una manta pelando guisantes para la cena. James trabajaba cerca abriendo las zanjas de riego de las largas hileras de verduras.

—Ya oíste lo que dijo papá —continuó James, retirando barro de la primera zanja y observando el fino hilo de agua abriéndose paso en zigzag entre las plantas.

—Y tú viste la cara de mamá —replicó Lily—. No parecía nada feliz por ello. No dijo nada solo por no contradecir a padre.

—¿Y tú vas a hacerlo? —la retó James limpiándose el barro que tenía en la mejilla quemada por el sol.

—No. Simplemente no voy a aceptar a ese hombre como mi abuelo.

—Que no te guste no significa que no sea nuestro abuelo —dijo Dot con firmeza, derramando otra ristra de gruesos guisantes en el cuenco que compartían.

—Puede ser tu abuelo si quieres que lo sea, Dotty Baldwin, pero no va a ser el mío. No quiero tener nada que ver con ese viejo apestoso y sus chaladuras indias —dijo mientras se colocaba un mechón de cabello.

—Más te vale que papá no te oiga hablar de esa manera —la advirtió James, al tiempo que echaba paladas de barro a la zanja para cortar la entrada de agua del arroyo.

Lily le ignoró, volvió a ponerse el sombrero en la cabeza y alisó el largo lazo de raso. Dot estaba furiosa con ella por hablar de esa manera del abuelo. Pero Lily le gustaba. No solo era bonita, además era inteligente y aprovechaba las oportunidades cuando se le presentaban, como lo de ir a estudiar a Denver. Era cierto que se daba muchos aires... pero Lily siempre la trató bien. Le compraba cosas, libros y cuadros, y le hablaba como si fueran iguales. Se puso de nuevo a pelar guisantes. James estaba apoyado en la pala y ahora miraba a Lily.

—¿Por qué llevas puesto ese estúpido sombrero cuando el sol ya casi se ha puesto?

—Es lo elegante.

—Es una locura.

—No podrías entenderlo.

—Lo entendería si tuviera algún sentido —replicó James; luego entornó los ojos y miró fijamente el bello rostro de su hermana mayor.

—¿Qué estás mirando? —preguntó ella.

—Nada —dijo rápidamente, como si intentara ocultar un secreto; unos segundos más tarde, le lanzó otra mirada furtiva.

Lily empezó a sentirse incómoda.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, palpándose cuidadosamente las suaves mejillas.

James sacudió la cabeza.

—No es nada.

—James, dímelo.

—No, de verdad, no es nada. Ni siquiera estoy seguro.

—¿Seguro de qué? —preguntó Lily repentinamente alarmada.

—En serio, no creo que sea nada.

—James Baldwin... ¡Dímelo! —Lily parecía nerviosa.

—De acuerdo, pero no te enfades conmigo. Es solo que, a esta luz —dijo entornando de nuevo los ojos y examinando el rostro de su hermana desde un par de ángulos—, puedo ver tu parecido con el abuelo.

Lily se puso en pie de un salto y se alejó pisando el suelo con fuerza y en dirección a la casa, ciñendo su largo y vaporoso vestido alrededor de sus piernas. James estaba tirado en el suelo, riéndose.

—No te metas con Lily —le regañó Dot—. Y no bromees sobre el abuelo.

Jones estaba sentado en silencio a la mesa de la cena con la mirada clavada en el plato frente a él. Solo había fingido picar algo por cortesía. Baldwin examinó la mirada distante y abstraída en sus ojos y supo con certeza que el pobre viejo no duraría mucho más tiempo. Se preguntó qué estaría sintiendo en su vetusto corazón. Baldwin percibía que aquel hombre no estaba preparado para continuar viviendo, pero aun así no estaba totalmente listo para morir, como un reloj que va quedándose sin cuerda.

Jones no se movía ni una pulgada, solo miraba su plato. Parecía haberse retraído a algún remoto lugar en el interior de su mente para escapar de ese mundo. Baldwin no lo culpaba. Su mundo había desaparecido. El ranchero vio que al anciano le faltaba el meñique de una de sus enormes manos, y que estaban llenas de cicatrices. Eran las manos de un hombre que había luchado contra la tierra y sus habitantes cuerpo a cuerpo. ¿Quién era ese viejo desgraciado? ¿Y cómo había sido su vida, la vida de ese hombre que había engendrado a la mujer que amaba? Trágica, de una manera u otra. De eso sí estaba seguro. Ahí había historias y ninguna de ellas parecía bonita. ¿Por qué había abandonado a su esposa y sus hijos? ¿Es que, simplemente, estaba loco? Baldwin no lo creía. Supuso que el viejo gigante sabía lo que estaba haciendo, por muy extraño que pudiera parecer a otros. Lily estaba sentada en la silla de su madre, en un extremo de la mesa, con un vestido de cuello alto con ribetes, ignorando al anciano con un mohín en la boca.

—Recogeré los platos —dijo James.

—Antes de hacerlo, hijo —dijo Jones respirando con dificultad mientras se inclinaba a recoger un saco de arpillera del suelo—, tengo unas cosas.

Por lo visto, el anciano había ido a cenar con una serie de regalos y ahora los inspeccionaba con prisa, como si no le quedara tiempo para acabar. Baldwin supuso que tenía razón; a Jones no le quedaba mucho tiempo. Y era una pena.

El anciano metió la mano en el saco y extrajo un paquete del tamaño de un cojín tapado con un cuero sin curtir de colores brillantes. Miró a Lily y le ofreció el paquete. Ella se levantó con expresión azorada y parecía a punto de salir corriendo.

—Fue de mi esposa.

—¿De la abuela? —preguntó Lily con un tono de incredulidad en la voz.

El rostro del anciano se sonrojó.

—De Yopon —dijo en voz baja.

—No, gracias —dijo Lily.

—Lily, es un regalo —la voz de Baldwin sonó baja y controlada.

Lily tomó el paquete con la mano temblorosa y lo miró disgustada, como si estuviera sujetando algo desagradable.

—¿Qué es, Lil? —preguntó Dot, entusiasmada.

Cuando Lily desenvolvía el paquete, Baldwin vio que era la manta azul que había visto en el establo, y algo más... Lily abrió la boca y lanzó al suelo el bulto asqueada.

—¿Qué es eso?

—La garra de un águila. La manta perteneció a YoPON —informó el anciano solemnemente.

—¿Y para qué demonios querría tener una mujer esa cosa podrida? —su rostro se torció en una mueca de asco.

—Lil...

—Para darle fuerza —le interrumpió Jones—, y la habilidad de huir del peligro —examinó el rostro de Lily durante unos segundos—. Puede que lo necesites algún día.

—Es absurdo —dijo Lily mirando de repente por encima de todos ellos. Baldwin se volvió siguiendo su mirada y vio a Maggie en el vano de la puerta.

—Deja de contar a estos niños tus embustes indios.

—Margaret —dijo Baldwin.

Ella mantuvo la mirada clavada en el rostro del anciano.

—Brake, no te metas. No permitiré que les llene la cabeza a nuestros hijos con creencias paganas, glorificándose a sí mismo y al demonio. Solo es un hombre que abandonó a su abuela y a su madre por una squaw. Nada más que eso —Maggie se acercó a la mesa y miró con ira al anciano—. Reconócelo. Eres un blasfemo... un bígamo que quería más a los salvajes que a su propia familia.

Samuel Jones miraba inexpresivamente el plato, como si estuviera noqueado.

—Margaret, ya basta.

Jones levantó una mano para callar a Baldwin.

—No, no basta —continuó Maggie—. Pero ya no interrumpiré más el resto de su magnífica palabrería india.

A continuación, subió las escaleras y desapareció en su dormitorio, y unos segundos después pudieron escuchar su llanto.

Los ojos de Lily brillaron.

—¿Por qué no te vas? —dijo—. No eres uno de los nuestros.

—Lily —dijo Baldwin—, no eres tu madre. Y no voy a consentir que hables así en esta casa.

Lily se alejó rápidamente de la mesa hacia su dormitorio y cerró la puerta de un portazo.

Baldwin reprimió el instinto de ir tras ella; luego, Mannito suspiró profundamente y dijo:

—Ahhh, las *señoritas*, *bonitas criaturas*, ¿sí? Bellas, ¿sí?

La cordialidad rompió el encantamiento y el pequeño mexicano y James rieron nerviosamente. El anciano no se movió. Baldwin le ayudó a levantarse y le acompañó a la puerta. Dot lo vio renquear hacia la puerta y se secó los ojos con la manga.

Jones empezó a toser con fuerza cuando salió al aire nocturno, un sonido

profundo y acuoso. Baldwin lo sentó en la mecedora y se apoyó en la barandilla. La noche era fría y estrellada. Un coyote solitario ladraba cerca de la casa. Baldwin bajó los escalones del porche para echar un vistazo de cerca. Los ladridos cesaron.

Baldwin esperó un segundo y luego dijo:

—Maggie se ha equivocado al...

—No —Jones le miró severamente—. No quiero oír nada malo sobre Maggie. Es una chica estupenda. Estoy orgulloso de ella. Estaba en todo su derecho de decir lo que dijo.

Baldwin se limitó a asentir.

Cuando Mannito salió de la casa, se detuvo junto a Jones y le pasó la manta azul por encima de sus delgados hombros.

—Buenas noches, *viejo* —dijo, usando el término español.

Jones lo despidió encogiéndose de hombros.

Ya era pasada la medianoche. La bruma procedente del fondo del arroyo había envuelto el lugar rápidamente. Pocas veces sucedía, pero cuando sucedía el aire era como un río lleno de cieno. Brumas tan densas que en ellas se podía perder un hombre o una montaña.

Lily había recorrido lentamente el camino hacia la letrina exterior situada tras la enfermería con una vela y una de sus revistas de moda. La pequeña choza olía fatal y le recordaba todo lo que detestaba del rancho. La gente de las ciudades usaba sanitarios interiores. Ella había intentado convencer a su padre de que comprara uno, pero él se limitó a reírse.

Lily dejó de leer y echó un vistazo a las paredes que la rodeaban. El interior parecía más oscuro que de costumbre y las tablas avejentadas por el paso del tiempo ondeaban siniestramente a la tenue luz de la vela. Lily imaginó que la inquietante sensación era causada por la confusión de la bruma.

Llevaba puesta una cofia para evitar que el pelo se le erizara con la humedad, pero, súbitamente, su pelo dejó de importarle; el ala de la cofia la cegaba y se la quitó, se sentó más recta y la sujetó con su temblorosa mano sin estar segura de qué era lo que la inquietaba. Bajó la mirada al sombrero, obligándose a pensar en otras cosas. El sombrero era un ejemplo perfecto de todo lo que estaba mal en aquellas tierras agrestes. Su padre, y todos los hombres del territorio, llamaban a ese estilo de tocado «balde de carbón». Daba igual cuántas veces corrigiera a su padre, seguía siendo un sombrero balde de carbón.

Lily paró y prestó atención. Había escuchado un primer ruido tenue. Algo grande. Un caballo, quizás. Prestó más atención esperando escucharlo otra vez y se le aceleró el pulso. Nada. Solo era el viento. Soplaba bajando por las colinas de arenisca, punzante y gimiente, dolido y con tono femenino. Lo odiaba. Volvió de nuevo a su revista. Entonces, unos segundos después, volvió a escucharlo: leves pisadas en la

noche. Y, más que oírlas, las sintió.

—¿Hola?... ¿Mannito? —dijo en voz alta.

No hubo respuesta.

Lo llamó con voz más fuerte, pero luego se calló. Tal vez el anciano intentaba asustarla. Él sabía que no le gustaba a ella, que pensaba que era un fraude. Se sintió un poco mejor, segura de que era él.

La muchacha giró la cabeza lentamente para captar cualquier ruido. Nada. Solo la percepción fantasmal de alguien que se movía en la oscuridad. Lily reprimió el pánico que brotaba en su interior. La puerta no tenía cerrojo, solo un simple pestillo de madera que podía arrancarse de un tirón y dejarla sin escapatoria. Se preparó.

Se sentía la tensión en el extraño silencio que envolvía a la noche.

—¡Padre! ¡Mannito!

Lily permaneció a la escucha; sabía que estaba demasiado lejos de la casa de gruesas paredes y del establo para que pudieran oírla, pero esperaba que sus gritos ahuyentaran al anciano. Clavó la mirada en la puerta, con la sensación de que estaba a punto de ser arrancada de cuajo.

En ese momento salió corriendo a través del muro de niebla densa; permaneció agachada instintivamente y corrió hacia delante. Algo se movió frente a ella; algo oscuro que salió de la noche e intentó atraparla, pero falló.

Corrió, retorciéndose y regateando por puro terror, sin saber adónde se dirigía, solo corría sin atreverse a gritar. Entonces cayó y se derrumbó sobre la arena, y se dio cuenta de que el pánico la había desorientado; se había alejado de la casa y se dirigía hacia la ladera norte. Se acuclilló, con el corazón latiendo a un ritmo irregular en su pecho, y permaneció atenta a la espera de escuchar algún ruido en la oscuridad que la rodeaba.

Esperó allí un buen rato antes de volver a escuchar algo de nuevo. Pasos. Él la estaba buscando. Lily se hizo un ovillo en el suelo, intentando hacerse lo más pequeña posible. Entonces el sonido dejó de oírse.

Se desmayó cuando la tocó una mano. No se despertó hasta que sintió que unos brazos la transportaban y entonces salió de su deslumbrante pesadilla medio consciente.

—Nieta —dijo Jones—. Calla.

Baldwin observó al anciano. Estaban de pie en el establo y Lily acababa de acusar a Jones de acosarla en la oscuridad. El viento nocturno soplaba con fuerza en el exterior. Maggie había pasado los brazos por los hombros de sus hijas, abrazándolas contra su cuerpo y mirando iracunda a su padre.

Jones se había desnudado quedándose en taparrabos y botas de piel de ciervo y se estaba untando pintura roja en la cara. No prestaba atención a ninguno de ellos. El pequeño mexicano lo observaba atentamente.

Fuera, el viento iba transformándose en un fuerte vendaval y la niebla había desaparecido. Maggie y las niñas estaban cerca de la puerta, en el círculo de tenue luz que arrojaba el quinqué, como si les diera cierta sensación de seguridad. El mexicano se acercó a Baldwin.

—¿Qué piensas, Mannito?

El hombrecillo se giró y miró al viejo gigante, que tenía ahora el rostro y el cuerpo cubiertos con siniestros dibujos rojos y negros.

—Él no hizo nada, *señor*. Él la salvó en todo caso. Nada más.

—¿De qué?

Mannito siguió observando al anciano mientras este se preparaba para la batalla contra aquella cosa de la noche.

—No lo sé. Solo sé que conozco a este *viejo*, eso es todo.

Baldwin examinó el rostro del pequeño mexicano durante unos segundos y luego asintió. Jones llevaba su arco y sus flechas y se dirigía hacia la puerta. Lily se apartó de él abruptamente, como si temiera que fuera a rebanarle el gaznate. Maggie permaneció en su sitio.

—Brake —llamó hacia las sombras con la mirada aún clavada en la horrible cara roja del anciano—, intentó asustar a Lily.

—Mamá, no digas eso —le suplicó Dot.

Jones se paró frente a ellas.

—Nieta. Encontrarás tu gata en cinco días.

—Tonterías —replicó Maggie cortante.

Él se escabulló silenciosamente en la oscuridad a través de las punzantes cortinas de arena.

Samuel Jones no atrapó a la bestia nocturna. Ni tampoco encontró huellas a la mañana siguiente; la tormenta de arena había borrado cualquier rastro. Cualquier rastro excepto la borrosa pisada que le resultaba extraña. La vela y la revista de Lily seguían todavía en la pequeña choza. Su cofia había desaparecido. Baldwin pensó que el viento debió llevársela volando. Pero Jones no opinaba lo mismo. Ni tampoco creyó que el gorrión muerto que encontró detrás de las letrinas hubiera caído allí por causas naturales.

Dos días después, con el rosado borrón del amanecer, la pequeña yegua torda había desaparecido y Jones andaba dando tumbos por el establo. La tregua se rompió. Cargó contra Mannito en el corral; estampó al hombrecillo contra la pared, sacó el cuchillo y lo apretó contra la garganta del mexicano.

—¿Qué le has hecho? —bufó el anciano.

—¿Qué?

—¡No me hables en mexicano! Mi yegua... *caballo*... ¿Dónde está?

—*No sé*. No lo sé.

—Será mejor que lo digas si no quieres que te reviente los sesos.

—¿Tú *loco*? No veo tu yegua. Probablemente ha muerto. Es vieja.

—¡Más te vale que no sea cierto!

Jones lanzó al hombrecillo al suelo y salió del establo adentrándose en la noche; dobló la esquina del establo y silbó llamando a la vieja yegua. Baldwin y Lily habían partido temprano hacia los pastos altos del valle para vigilar las vacas, mientras James y Dot se fueron a por el correo en la cabeza de vía. La mula Alice rebuznaba en la distancia. Jones avanzó en su dirección.

La torda estaba tumbada sobre un costado en el prado, con la lengua fuera, muy hinchada y respirando con bocanadas rápidas pero superficiales. En algún momento durante la noche, se había escapado al campo de hierba cubierta de rocío y se había dado un festín. Alice corría frenéticamente en círculos a su alrededor, todavía rebuznando.

El anciano emitió un gemido que brotó de las profundidades de su pecho, al tiempo que se desplomó de rodillas junto a la yegua. Tenía la tripa casi el doble de grande de su tamaño habitual, y sobresalía por encima del espinazo por el flanco izquierdo. Jones supo que estaba muriéndose y que nada podría salvarla. Había visto morir a otros caballos por culpa del exuberante forraje verde de los blancos.

El pueblo pensaba que era la magia de brujas blancas lo que mataba a sus caballos. Pero él sabía que no era así. El asesino era el gas que reventaba la tripa del animal. Era una muerte horrible. No quería que la torda sufriera aquella agonía.

Sacó la pequeña pistola de su escondite y se sentó junto a ella, acariciando la testa del animal y recordando los años que habían pasado juntos. Habían cabalgado durante la peor parte de su vida. Ella nunca le falló. Él admiraba su resistencia y lealtad. Se le estaba haciendo un nudo en la garganta y sabía que lo que sentía por aquel animal era más que admiración. La pequeña yegua estaba sufriendo terriblemente, jadeaba con fuerza y el sudor cubría su cuerpo.

El mexicano se agachó junto al animal y colocó las manos por el centro de la enorme barriga y la palpó, golpeando con las yemas de los dedos la piel tensa. Chaco se acercó a la vieja yegua lentamente, oliéndola y gimiendo, luego se sentó junto al mexicano, tembloroso. Mannito siguió palpando el estómago de la yegua. Jones lo observó. El hombrecillo presionó con la mano entre la pata trasera y las costillas y la torda chilló y sacudió la cabeza. Alice se abalanzó hacia el mexicano y comenzó a morderle. El viejo mexicano la apartó con el brazo.

—¡Deja tranquila a la yegua! —gruñó Jones.

Mannito le ignoró y siguió explorando la barriga, luego se levantó y salió trotando hacia el establo. Chaco le siguió. Cuando regresó llevaba una pequeña caja de madera. El mexicano se acuclilló, rebuscó dentro de la caja, sacó unos cuantos

instrumentos de metal de extraño aspecto y los colocó ordenadamente a un lado, hasta que por fin encontró lo que buscaba. Parecía una aguja de sombrero de unos treinta centímetros de largo. A Jones no le gustó la expresión decidida en el rostro del viejo mexicano. Amartilló la pistola. La torda ya estaba sufriendo bastante y no iba a permitir que el mexicano la torturara más.

Mannito se quitó el sombrero, lo lanzó a sus espaldas y se subió las mangas. Su pelo era de un color blanquísimo. Jones lo miraba atentamente.

—Manten tus manos lejos de ella.

Jones colocó el cañón de la pistola contra el cráneo de la torda. Mannito se arrodilló entre las patas del animal. La yegua coceaba con los últimos estertores. Alice volvió a cargar contra el mexicano y le mordisqueó. El mexicano no le prestó atención.

Mannito volvió a tamborilear con las yemas de sus dedos huesudos el lomo hinchado y escuchó los órganos bajo la piel. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Giró la cabeza hacia Jones, concentrándose e intentando visualizar el punto crítico.

Al levantar la mirada al viejo gigante, Mannito supo que eran amigos, a pesar de que Samuel Jones no fuera consciente de ello. La idea de esa amistad con Jones se le hacía extraña al pequeño mexicano. Sin embargo, estaba seguro de que existía. No importaba que Jones no le hubiera dirigido ni una sola vez una palabra amable. Las palabras amables en realidad no eran nada. Mannito sabía que los dos compartían mucho más que palabras, compartían algo más que sus dos largas vidas. Se entendían entre sí de forma instintiva. Y el entendimiento, pensaba Mannito, era la base de una amistad verdadera. Había pruebas por todas partes. Ambos habían perdido a sus esposas, habían perdido a la mayoría de sus hijos, habían tenido unas vidas duras en soledad, lejos de los suyos. Eran hombres pobres, pero poseían otra clase de riqueza: creían en algo mucho más grande que ellos mismos. Esa era su verdadera riqueza. Mannito sentía que todas esas cosas los convertían en *amigos*.

Una de las principales pruebas de su amistad, como Mannito recordó, era que, desde la llegada de Jones, el viejo gigante se había ocupado de parte del trabajo del establo: removía el heno, limpiaba los cubículos y llenaba los abrevaderos. Mannito sentía un gran respeto por la actitud de su amigo. A pesar de estar mortalmente enfermo, no era un vago. Era un hombre de carácter que pagaba escrupulosamente lo que recibía. La semana anterior, Mannito encontró su *burro* Peso cuidadosamente cepillado y peinado, los cascos del animal limpios y pulidos y su pequeña cabezada curtida hábilmente empalmada con una correa de cuero sin curtir. Mannito se lo agradeció a Jones, complacido por reconocer esas pequeñas señales que delataban su amistad.

Desde ese día, Mannito hablaba con él allá donde estuvieran en el establo. Jones nunca respondía, pero Mannito notaba que le prestaba atención y calculaba y sopesaba las cosas que decía. Estas conversaciones a una sola banda ahuyentaban la soledad. Le habría gustado que el anciano hubiera reconocido su amistad.

—¡Te lo advierto! —bramó el anciano apuntando con la pistola a Mannito, al tiempo que luchaba por ponerse de pie—. Como le hagas daño te haré cachitos y los esparciré por todo el rancho.

Mannito volvió a mirar a la vieja yegua. Sabía que su amigo Jones no le dispararía, pero no estaba seguro de que no girara aquella pistola contra sí mismo y se levantara la tapa de los sesos si perdían a la torda. Las manos de Mannito temblaban. Nunca había intentado salvar a un caballo hinchado. El largo y delgado trocar metálico se resbalaba entre sus manos sudadas.

Levantó la mirada a Jones e intentó sonreír, rezó silenciosamente a la Madre de Jesús, luego se inclinó hacia delante y hundió el enorme pincho en la panza de la torda. Jones levantó la pequeña pistola; luego escuchó el largo *shhhhhh* y observó asombrado cómo la barriga de la yegua se hundía como una pelota pinchada.

Incluso más asombroso fue el efecto que causó en la vieja yegua. Dejó de jadear y gemir y se quedó inmóvil sobre la hierba. Unos minutos más tarde, se sacudió para ponerse en pie y comenzó a pastar de nuevo, como si no hubiera pasado nada. Jones la apartó de la hierba húmeda y bajó la mirada, atónito, al pequeño mexicano. Mannito estaba de cuclillas y le sonrió al mirarle, luego empezó a reírse; parecía un pequeño mono con la cara arrugada, enormemente emocionado por haber salvado a la vieja yegua.

—Condenadamente *bueno*, ¿verdad? —dijo el mexicano sujetando en alto la larga aguja—. Muy bueno.

Chaco bailaba sobre las patas traseras. Alice olisqueaba a la torda. Jones asintió, todavía impresionado por la milagrosa recuperación de la yegua. Mannito alargó la mano para sujetar la soga del animal.

—Yo paseo. Necesita moverse. Yo la vigilo. *Muy bueno* —dijo mientras pasaba la mano por el viejo poni—. Yo paseo —repitió alargando la mano aún más hacia Jones. Jones miró la mano del hombre y luego su rostro. Seguía impresionado.

—Yo paseo —dijo Mannito una vez más.

Jones siguió mirándolo. Por fin, le pasó la soga y asintió al hombrecillo otra vez, pero no habló. Fue suficiente. Mannito lo entendió.

—De nada, *viejo*.

La oscuridad se desplomó sobre la tierra. Baldwin y Lily no habían regresado de los pastos altos, donde habían ido a vigilar la manada. Jones empezaba a preocuparse. Baldwin era lo suficientemente inteligente. Desde la noche de la tormenta de arena, Jones se percató de que había ido armado con su pistola a todas partes y que se había mantenido siempre cerca de su hija mayor. Pero Baldwin no creía que nadie, a excepción de algún cowboy enamorado, hubiera perseguido a su Lily. Jones había intentado convencerle de lo contrario. También Mannito. Pero Baldwin no les hizo caso. Jones examinó las montañas de color óxido que rodeaban el pequeño valle,

esperando que la tozudez del ranchero no les hubiera metido a él y a la chica en problemas en algún lugar apartado de la ruta.

Testarudo y difícil de asustar, Baldwin era como la mayoría de los hombres que construyeron sus vidas en aquellas tierras salvajes. Esa era la razón de que el Pueblo lo pasara tan mal con ellos, Jones lo sabía. Hacían lo que tenían que hacer para sobrevivir. No eran malas gentes, solo toscos y autosuficientes. Y durante los últimos días las vacas de Brake Baldwin —el futuro de su familia— habían estado pariendo terneros y abandonándolos desatendidos por aquellas tierras agrestes. El ranchero sabía que algunos de esos animales morirían si no recibían su ayuda. Y ese fue el motivo de que Baldwin se dirigiera a los pastos altos, pasara lo que pasara, y se había llevado a su hija con él para poder vigilarla de cerca.

Mannito se quedó en la casa para cuidar a Maggie. El ranchero creía que Maggie estaba segura. Simplemente, se trataba de un cowboy enamorado de Lily. No cabía duda de que el físico de la joven podía atraer a un hombre. Pero Jones no pensaba que fuera este el caso. Creía que se trataba de otra cosa. Aunque no estaba seguro de lo que era.

Por conversaciones oídas en el establo, Jones sabía que James y Dot se habían llevado el carromato y pasarían la noche en la pequeña ciudad cabecera de vía. Así que, aquella tarde, después de comprobar que la torda se estaba recuperando realmente y de dejar al mexicano con Maggie, se montó en uno de los caballos de Baldwin y rastreó a los dos jóvenes durante un largo trecho en el desierto hasta convencerse de que estaban seguros. Tres veces cabalgó por un amplio radio alrededor del rastro que había dejado el carromato durante una milla para asegurarse de que no había pisadas de caballos siguiéndoles. Nada.

Convencido, regresó al rancho ya tarde con el cuerpo invadido por un agotamiento paralizante. Chaco ladró para anunciar su llegada desde su percha sobre la grupa. Maggie estaba sentada en el porche, sin hacer aprecio alguno de su presencia. Mannito estaba de pie, escondido en las sombras del establo, sujetando las riendas de un caballo fresco y con su vetusta escopeta colgada a la espalda. Alice rebuznaba alegremente.

—¿Los niños? —preguntó Mannito mientras montaba el caballo que sujetaba y señalaba la ciudad—. ¿Los niños?

Jones asintió.

—Salgo a buscar al *señor* Brake.

Se detuvo y miró atentamente el rostro de Jones y comenzó a decir algo más, pero entonces pareció pensárselo mejor. Jones podía ver que estaba tenso. Era un sentimiento que ambos compartían. Finalmente, Mannito tan solo sonrió y dijo:

—Buenas noches, *viejo*.

Jones no dijo nada.

Mannito lo miró unos segundos más, claramente dándole vueltas a algo en la cabeza. Luego tiró de las riendas, giró la montura y la espoleó con fuerza hacia las

colinas que desaparecían tras la creciente penumbra morada.

Jones le habría acompañado, pero no quería dejar sola a Maggie. Fuera lo que fuese, lo sucedido podía involucrarla también a ella. Siguió con la mirada durante un rato el pequeño punto en el que se había convertido el pequeño mexicano y su caballo al galope, intentando desentrañar qué era lo que el hombre le había querido decir. No estaba seguro. Pero, sin duda, había querido decirle algo.

Jones escudriñó las sombras que se espesaban en la casa a oscuras. La luna se elevaba por encima de la montaña. Maggie tenía razón: él no era uno de ellos. Por eso no regresó antes. No era justo para ella. No era justo que simplemente regresara a su vida después de todos estos años. Si no se estuviera muriendo, no habría venido. Pero se moría y había venido para verla por última vez. Ahora debía continuar su camino. Cualquiera idiota habría adivinado los sentimientos de ella. No la culpaba.

Pensando en ellos, llegó a la conclusión de que tal vez podría regresar al corazón del antiguo territorio chihéne. Aquella idea provocó una punzada de dolor en su interior. Yo pon y él habían estado allí hacía muchos años. Fue la última vez que estuvieron juntos y en libertad. Últimamente, se sorprendía muchas veces recordando sus andanzas. Se obligó a parar.

Se quedó fuera del establo, sintiendo un dolor físico como un agujero profundo en el pecho y giró sobre sí mismo en un pequeño círculo, examinando los árboles en penumbra, el establo, los prados y la casa. Quería recordar todo aquello, todo sobre ella, tanto tiempo como pudiera.

Echó un trago a la botella, luego la dejó en el suelo y se acercó torpemente a Maggie, sin saber dónde colocar las manos. Se paró delante del porche donde estaba sentada. Chaco le pisaba los talones. Jones la miró durante unos segundos y los ojos de la mujer se cruzaron con los suyos fugazmente, luego él se inclinó hacia delante y colocó un trozo de cuarzo blanquísimo sobre el escalón junto a los pies de ella.

—Lo encontré en las colinas. Pensé que podría gustarte.

Ella no dijo nada ni miró la piedra.

—El mexicano fue a buscarlos —dijo en voz baja—. Probablemente decidieron pasar la noche con el ganado, en lugar de regresar por la ruta de las colinas en la oscuridad.

Jones sabía que no era eso lo que había sucedido. Si pasaban la noche fuera era porque algo había ido mal. Los había visto preparar las sillas de montar y no vio que incluyeran nada para acampar: ni lona, ni bolsa de comida, ni sartenes, nada. Había visto que Dot guardaba el amuleto del águila en las alforjas de Lily cuando su hermana entró en la casa. Aquella niña tenía un gran corazón. Pero al salir Lily encontró el amuleto y lo lanzó al suelo furiosa. Dot lo recogió.

—Si no han regresado por la mañana, iré a buscarlos —dijo él, casi como si estuviera hablando consigo mismo—. Luego me marcharé —se giró hacia ella y la miró, y durante unos segundos pareció estar bebiéndosela con los ojos—. Solía pensar en ti —dijo en voz baja—. Sobre todo, por la noche. Pensaba dónde estarías y

cómo te sentirías.

Maggie no dijo nada durante un rato, simplemente continuó mirando por encima de él hacia las colinas. Cuando por fin habló, él no pudo ver su rostro.

—Ya no necesito nada de ti —dijo ella, y su voz sonó cansada—. Simplemente, vete.

El anciano pasó a su lado avanzando lentamente hacia el interior de la casa tras decidir que dormiría cerca de ella esa noche para poder vigilar, pero también porque quería dormir una noche en la casa de su hija. Chaco se sentó junto a ella.

Maggie contempló las sombras en descenso intentado borrar cualquier pensamiento sobre aquel hombre. Maggie había estado rezando a Dios por la gata. No había recibido ninguna señal. Ahora estaba convencida de que estaba muerta... convencida de que esa era la respuesta de Dios. Habían perdido a Harriet.

Se levantó y recogió la piedra de cuarzo, la examinó unos segundos y luego la lanzó con toda su fuerza hacia la oscuridad. Chaco saltó del porche tras la piedra, ladrando al tiempo que corría. Unos minutos más tarde el perrillo regresó con la piedra en la boca y la depositó a sus pies. Maggie se echó a llorar.

La luz matinal llegó a regañadientes al valle del rancho. Baldwin y los demás aún no habían regresado. Jones se despertó pronto, cuando aún era de noche, incapaz de dormir, sintiendo a un mismo tiempo el dolor penetrante y algo más... una ansiedad en algún recóndito lugar en el interior de su ser. Lentamente, se sacudió la sensación y salió rígidamente de debajo de las mantas. Había dormido en el suelo de la sala principal de la casa con el rifle junto a él. Maggie había dormido en el porche, en la mecedora. Él había estado escuchando el crujido durante la mayor parte de la noche. Ahora reinaba el silencio. Jones miró por la ventana y la vio durmiendo en la mecedora. Chaco estaba echado junto a ella. Jones se sentó y la observó un buen rato, escuchando el arrullo de una paloma de alas blancas.

Finalmente, se obligó a dejar de mirarla y se paseó por la casa vacía, moviéndose de una habitación a otra y examinando cosas que él sabía o adivinaba que le pertenecían a ella e intentando visualizarla en esas habitaciones con aquellos objetos y, en ocasiones, sosteniéndolos entre sus manos. Sabía que estaba tocando lo que no era suyo. Pero también sabía que la única forma en la que sería alguna vez parte de la vida de Maggie era a través de este último momento de intromisión. Esta era su única ocasión de estar a solas con ella... o, al menos, a solas dentro del mundo de ella. Eso tendría que bastarle. Lo entendía. Ella no le permitiría acercarse más.

Estaba escondido tras las sombras sobre la cómoda del dormitorio principal. Jones lo examinó, incapaz de moverse durante unos instantes y ajustándose las pequeñas gafas sobre la nariz. Era casi un sueño para él. Lo sujetó en las palmas de sus manos, confiando en lo que sabía que era un borroso recuerdo. Eso lo asustaba. Sabía que cuando abandonase ese cuarto, no lo volvería a ver nunca más. Esa fue la única vez en su vida que sintió la necesidad de robar. Pero no podía hacerlo. No a ella. Ya le había robado bastante de su vida.

Dejó que su mirada lo recorriera lentamente: un ferrotipo. Maggie de adolescente y su madre Susan. Jones no podía apartar la mirada de su rostro. Había sido una buena esposa y madre; sintió el familiar remordimiento y centró con todas sus fuerzas la mirada y sus pensamientos en ella. ¿Por qué Susan nunca se volvió a casar? Era toda una belleza de mujer. Sacudió apenado la cabeza, pues conocía la respuesta demasiado bien. Ya no importaba. Todo había acabado. No podía cambiar nada.

Aquellas dos imágenes por sí solas ya habrían bastado para entristecerle, pero había otra persona en el ferrotipo: una niña pequeña de cabello castaño y unos ocho o nueve años. Fue ella la que hizo añicos cualquier fortaleza que hubiera resistido en pie en su interior hasta ese momento y su mundo emocional se hundió. Un dolor agrídulce le atravesó mientras permanecía frente al aparador.

Nunca antes la había visto. Solo sabía que nació después de que él se marchara y que estaba muerta. Verla ahora era a un mismo tiempo un misterioso regalo y una maldición. Reprimió un gemido que brotó de su interior. Supo que se llamaba Thelma. Se le hizo un nudo en la garganta. Había sido el nombre de su madre. Jones sonrió melancólico: era típico de Susan haberle honrado de esa manera, incluso después de que él se hubiera deshonrado a sí mismo. Besó la fotografía de aquella niña que jamás besó en vida, ni conoció.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera apartar la mirada; observó con tanta atención el pequeño rostro que este comenzó a desdibujarse. Revivió momentos en los que no había pensado desde hacía mucho tiempo. ¿Por qué se marchó cuando tanto le necesitaban? Se irguió enderezándose totalmente y volvió a colocar la fotografía en su lugar. Sabía la respuesta. Y sabía que lo volvería a hacer. También era consciente con una dolorosa claridad de lo que había perdido. Y lo que había encontrado. Se quitó las gafas, luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cabalgaba envarado y avanzando con cuidado sobre la torda por la estrecha ruta que discurría entre los pinos de la ladera occidental. Chaco iba sentado en la grupa. Alice caminaba sin prisas detrás con todas las posesiones terrenales de Jones empaquetadas sobre su grupa. Ya no quería cabalgar más. Solo quería tumbarse y dormir. Estaba listo para iniciar la última y larga ruta.

Los dedos de Jones tamborileaban distraídamente sobre el viejo rifle Sharps y de vez en cuando echaba un trago a la botella y se giraba para mirar hacia el rancho allá abajo. Antes de partir, había intentado despedirse. Ella lo ignoró. Mejor así, pensó él. Eso le permitió mirarla con más atención. Jones había colocado la escopeta de Baldwin cargada sobre el regazo de ella, pero no le prestó ninguna atención. Ni una sola mirada.

Jones dejó escapar un breve suspiro y se obligó a dejar de pensar. Ya había acabado todo. Intentó visualizar el pequeño rostro de Thelma y, al intuírla vagamente,

le invadió la tristeza. Las cosas eran ahora tan distintas de como había creído en otro tiempo. La vida le había parecido tan viva, tan real y tangible, tan fácil de sobrellevar y transportar de un lado a otro. Pero ahora se había dado cuenta de que nunca fue así; de que había cosas de más valor que él nunca había disfrutado.

Un álamo con la corteza marcada por las zarpas de un oso se erguía moribundo junto al sendero y sus hojas caían silenciosamente empujadas por la brisa. Observó los rayos de sol que se reflejaban en el árbol, haciéndolo parecer un objeto brillante y espiritual al tiempo que sus hojas flotaban cayendo en trayectorias aleatorias sobre la tierra, separándose en el aire en sus viajes solitarios. En otro tiempo, ese árbol fue un todo, unido en una misma vida y causa; ahora estaba desmontándose y sus diferentes vidas morían diferentes muertes, cada una por separado. Él se sentía como ese árbol.

Solo había experimentado superficialmente la esencia de la vida, las cosas invisibles que atesoraban su verdadero significado y que a lo largo de los años tan solo le habían rozado como una suave brisa sobre la piel. Ahora se desprendían alejándose, dejándole que siguiera su camino sin ellas. Ahora estaba verdaderamente solo.

Las colinas estaban en calma y los ruidos de los animales sonaban fuertes y amenazadores. No importaba. Si más adelante se encontraba con problemas, quienquiera que fuera a causarlos ya sabía que se estaba aproximando, y también lo que transportaba y de dónde venía. Pensó otra vez en el rostro del indio —el rostro que había contemplado en la visión del maizal dos noches atrás— preguntándose quién era y qué querría... y por qué le inquietaba tanto.

Encontró el rastro de Baldwin y Lily sobre la roja tierra arcillosa del terreno sobre el pinar, luego observó las huellas de los cascos del caballo del viejo mexicano; el hombrecillo cabalgaba a un lado del sendero para poder leer las huellas sin arruinarlas. En un par de sitios observó que Mannito se había girado sentado sobre la silla y había examinado el camino por donde había venido para ver si le seguían. Pensó que el mexicano sabía lo que se hacía.

En cuanto Jones vio el cactus, amartilló el Sharps, entrecerró los ojos y examinó el sendero a través de los matorrales pisoteados. Permaneció inmóvil y escuchó. Bajo su cuerpo, sentía la tensión de la torda y observó sus orejas echadas hacia delante. Chaco gimió. Jones levantó una mano para callarlo.

El cabestro había sido desollado sobre unos matojos de hierba triguera; sus cuartos traseros habían desaparecido. Jones se acuclilló junto a los restos del esqueleto ignorando el zumbido de las moscas y la peste, al tiempo que contaba huellas y extraía toda la información que podía recoger por sus características. Había una mezcla de ellas. Todos calzaban mocasines... muy desgastados; no parecían una cuadrilla muy bien provista. Buscó las huellas del que había perseguido a Lily la noche de la tormenta de arena mientras un oscuro eco en su cabeza le incordiaba.

Sacó las gafas, se las colocó apresuradamente en los ojos y se inclinó acercándose a las pisadas polvorientas. Eran de diferentes estirpes: chokonen, chíhéne y

mescaleros, todos apaches, pero resultaban una peculiar y variopinta cuadrilla. No eran gentes dadas a mezclarse.

Ahora sus ojos, centrados tras las gafas, se movieron cuidadosamente sobre las huellas. Estudió el entrecruzado, los círculos repetidos, las trayectorias hacia delante y hacia atrás. Levantó la mirada al cielo e intentó visualizar a cada uno de los hombres memorizando sus andares, su tamaño, peso y hábitos. Cuando sintió que ya tenía una buena imagen, volvió a mirar a la tierra. Entonces vio el grupo de pisadas solitarias y entendió por qué la pisada le había parecido extraña aquella noche en el rancho.

Todos los apaches eran peligrosos, pero presentía que este, en concreto, era el peor. Jones se aproximó y examinó la huella, el pie derecho girado se arrastraba ligeramente. No era una herida reciente, probablemente el apache fuera cojo de nacimiento. Se preguntó qué era lo que le preocupaba de ese hombre. Era grande, pero de baja estatura. Había salpicaduras de polvo por delante de las pisadas, lo cual revelaba el enorme peso del indio. Jones calculó que debía de pesar al menos unos noventa kilos.

Se agachó, cerró los ojos y tocó la huella suavemente, interpretando sus pistas, sintiendo la perturbación en la tierra. El mal presentimiento volvió a invadirle y apartó la mano.

Pudo oler fuego y vio humo cerca de la copa de un roble. Se movió cautelosamente hacia allí. Una sombra oscura se balanceaba grotescamente de una rama del árbol. Se aproximó unos pasos intentando evitar la brisa y el olor nauseabundo que arrastraba. El objeto por fin se perfiló borrosamente: el pellejo del cabestro fresco. Había sido cosido formando una enorme bolsa y habían encendido un fuego debajo. El vestido de Lily estaba en el suelo, junto al fuego. «*Bastardos*», murmuró en mexicano, como si la palabra pudiera llegar a oídos de aquellos a quienes iba dirigida. Era un idioma que los apaches conocían bien.

Un humo espeso manaba de la hoguera y envolvía la piel y dificultaba la visión; luego se levantó una brisa y el humo se aclaró y entonces vio un pequeño pie ennegrecido que sobresalía de una raja en el borde cosido. Mientras observaba aquel pie y pensaba en la abuela y la madre de Lily, Jones juró encontrar al lisiado... y matarlo.

Respiró profundamente, luego retuvo el aire en los pulmones y cortó las puntadas de cordones verdes; las solapas del pellejo se abrieron del todo dejando escapar una nube de vapor de un olor putrefacto que a punto estuvo de hacerle vomitar y le obligó a echarse a un lado. La muerte, por lo general, nunca le había impresionado mucho. Pero esta lo hizo.

El cuerpo estaba hecho un ovillo y se veía desfigurado hasta el punto de hacerlo irreconocible. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que no era Lily. Levantó un

borde del pellejo y empujó el cuerpo hasta colocarlo boca arriba. Mannito. El pequeño mexicano estaba desnudo y cubierto de miles de diminutos pinchazos; pero no era eso lo que le había matado. Su muerte fue causada por el pellejo fresco. El fuego lo había secado lentamente haciéndolo menguar hasta que finalmente le fracturó las costillas y lo ahogó.

Jones examinó la cara destrozada del hombrecillo y notó cómo una desagradable sensación crecía en sus entrañas. Nunca había tenido mucho trato con mexicanos, pero este había sido en cierto sentido diferente. En tan solo unos días habían logrado alcanzar un silencioso entendimiento y sentía que el mexicano le habría sido fiel. Había algo en aquel hombrecillo que hizo que confiara en él. Sintió una presión creciente en el pecho y rápidamente se puso en pie. Había intimado con pocas personas a lo largo de su vida. Y por mucho que le costara entenderlo, creía que el hombrecillo podría haber sido una de ellas.

Ahora se había ido. El Cojo y los otros apaches lo habían torturado hasta matarlo. Jones sintió que la bestia en su interior se rebelaba y luchó por controlarla. Matar a un hombre era una cosa... torturarlo, otra. La irreverencia de aquel acto le preocupó.

Sacó la pipa de la alforja sobre la torda, la encendió y se acuclilló delante del cuerpo. Sopló humo sobre Mannito y entonó su canto funerario. Era un honor que jamás pensó que rendiría a un mexicano. Durante mucho tiempo permaneció sentado guardando el cadáver. Mannito había salvado a la torda, le había defendido. Y Jones supo instintivamente que el hombrecillo luchó por salvar a Lily. Esas cosas eran de suma importancia para Samuel Jones.

Jones se movió en cuclillas mientras recorría minuciosamente el terreno con la mirada. No encontraba por ningún sitio las pisadas del rancharo. Por lo visto no había llegado vivo tan lejos.

Chaco olisqueó el cuerpo de Mannito y luego se tumbó junto a él, gimiendo. Eso sorprendió al anciano. Aquel perro había visto muchas muertes en sus nueve años de vida. Y las había ignorado. Incluso la muerte de niños. Las había ignorado todas hasta ese día. Jones sopló humo sobre el cuerpo otra vez para purificarlo y cantó mientras Chaco gemía. El pequeño mexicano había sido diferente. No cabía duda.

Se alejó del cuerpo y volvió a acuclillarse para fumar, repasando lo que había ocurrido allí. Ellos tenían a la chica. Supuso que seguiría viva, durante un tiempo. Baldwin... probablemente estaba muerto. Con toda probabilidad, les tendieron una emboscada a él y a Lily, dispararon al rancharo y se llevaron a la joven y luego, más tarde, fueron sorprendidos por Mannito. De alguna forma, atraparon al pequeño mexicano vivo, lo desnudaron, pusieron una soga alrededor de su pecho y lo arrastraron de un lado a otro por encima de las matas de higos chumbos. Después, con miles de espinas de cactus clavadas en su cuerpo, le golpearon con palos y luego lo cosieron dentro del pellejo y lo colgaron del roble como una crisálida gigantesca.

Si conocía bien al hombre, este no dejó escapar ni un solo grito mientras le torturaban. Estaba hecho de otra pasta. Se hubiera merecido algo mejor. Jones

descubrió dónde se habían sentado y habían estado merodeando, bebiendo y fumando. Lily fue obligada a presenciar el asesinato. «*Bastardos*», volvió a murmurar. El apache cojo se había sentado a solas, orientado hacia Lily para vigilarla. Jones sintió que la bestia se revolvía otra vez en su interior y luchó contra el instinto de salir cabalgando tras ellos. Tenía que averiguar más cosas. Estaba demasiado débil para partir en una persecución a ciegas tras cualquier cosa. Y ellos esperaban esa persecución. Así que esperaría.

Mientras Jones estaba sentado junto a Mannito, vio que una enorme tarántula correteaba por el cuerpo de este. Las arañas eran seres sagrados y Jones sintió que era una premonición.

—Escucha, hermana araña... da fe de mis palabras. Vengaré a este hombre —vaciló unos segundos, luego dijo—: A este amigo.

Dejó de hablar y dirigió la mirada hacia las colinas lejanas que relucían bajo la brillante luz solar. Ahora fue consciente de lo que Mannito le había querido decir la noche anterior frente al establo. Que eran amigos. Jones se limpió la boca con la palma de la mano y bajó la mirada hacia el pequeño cuerpo.

—Te escuché —dijo; luego volvió a apartar la mirada y continuó su juramento—. Vengaré a este hombre. La tierra me oye, la araña me oye.

Exhaló humo en las cuatro direcciones.

Samuel Jones cerró los ojos e intentó descansar un momento bajo la escuálida sombra de un arbusto de mezquite. Pensaba en Lily y en sus posibilidades de salvarse cuando, súbitamente, la imagen del rostro del indio volvió a aparecer ante sus ojos y parecía ahora tan real que le hizo pegar un salto incorporándose, al tiempo que cogía su pistola y escudriñaba con los ojos entornados la maleza circundante. Nada. Jones se estremeció, se puso de pie y se sacudió el miedo dando unos cuantos pasos. Ahora sabía que aquel era el rostro del Cojo.

Tras bajar la mirada al cuerpo de Mannito, se preguntó dónde estarían las ropas del hombrecillo. Entonces se le iluminó la mente: habían obligado a Lily a ponérselas. Eran más o menos de la misma estatura. Solo podía significar una cosa. Los apaches no planeaban matarla, de manera que la vistieron para que pudiera cabalgar. Con suerte, la mantendrían con vida el tiempo suficiente. ¿Para qué? Sus poderes habían ido debilitándose durante los últimos meses. No tenía ni idea de por dónde empezar. Lo único que quería era tumbarse y descansar. Eso era lo único que ansiaba. Eso, y el amor de Maggie.

Samuel Jones exploró el terreno rocoso minuciosamente durante una hora, hasta que encontró a Baldwin con un disparo en el pecho y casi muerto a un cuarto de milla del árbol. Ató un travois a la torda, colocó al hombre herido encima y partió a las montañas; el cadáver de Mannito iba sobre la mula. A media bajada, se topó con un apache tendido en la tierra, casi totalmente decapitado con el machete de Mannito. Había estado en lo cierto, el hombrecillo había luchado con todas sus fuerzas para defender a Lily. Fue un guerrero digno de todo respeto.

— CUATRO —

Maggie no le sorprendió. Se comportó de forma digna y controlada, aunque sabía que por dentro se moría por la tensión. La miró por el rabillo del ojo mientras ella presionaba con fuerza el paño contra la herida de su esposo y luego le vendaba el pecho. Jones sostuvo al ranchero erguido sobre la cama y luego volvieron a apoyarlo con cuidado sobre la almohada.

Baldwin estaba inconsciente. Pero Jones creía que tenía posibilidades de salir con vida. Maggie ignoró su presencia. Ni cuando cabalgó hasta el porche, ni siquiera ahora que trabajaban hombro con hombro. La única palabra que había pronunciado Maggie la estaba volviendo a pronunciar suavemente en ese momento: «Lily». Era un viejo mantra de duelo que Jones había escuchado cientos de veces antes en diferentes lenguas, pero que siempre era el mismo. No había nada que él pudiera hacer para consolarla.

La miró cuando Maggie arrimó una silla a la cama, arrastrando con ella su botiquín y colocándolo en su regazo, sujetándolo como si su contenido fuera lo único capaz de salvar a su esposo. Jones quería abrazarla, reconfortarla. Había sentido esa misma acuciante necesidad durante los últimos treinta años. Pero ahora, teniéndola cerca, era un sentimiento casi abrumador. Alguna vez, cuando había sostenido a uno de sus otros hijos en sus brazos cuando eran pequeños, cerraba los ojos e imaginaba que la sostenía a ella. Había sido una forma de engañarse a sí mismo que le hacía llorar.

Se aclaró la garganta y examinó el rostro de su hija. Todavía podía ver a la niña que vio aquella última noche de hace treinta años. Era extraño... él era un anciano a punto de morir, ella una mujer adulta; no se habían visto desde hacía toda una vida, pero aun así seguían unidos como padre e hija pasara lo que pasara, siempre sería así. Jones cerró los ojos y le pidió fuerzas para poder darle consuelo.

Jones se movió para que ella reparara en su presencia.

—Ama. Yo ayudaré. Debo averiguar algunas cosas para conocerlos. Para saber lo que planean —se ofreció.

Ella se volvió y lo miró como si reparara en su presencia en el cuarto por primera vez.

—No. Lily y yo no te necesitamos. James y Dot se fueron a buscar ayuda. No te queremos aquí.

Sus palabras sonaron distantes. Jones abandonó el cuarto.

Regresó una hora más tarde y llamó suavemente a la puerta del dormitorio. Ella no respondió. Tras abrir la puerta lentamente, examinó el perfil del bello semblante de su hija. Ella se había vuelto a sentar en la silla y tenía los ojos puestos en Baldwin.

Las pesadas cortinas habían sido corridas para ocultar la luz del atardecer y la estancia se encontraba a oscuras y en silencio. Esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, luego entró y se acercó a los pies de la cama con su fardo medicina. Ataviado con su raído poncho medicina amarillo y un taparrabos blanco, tenía todo el aspecto de un chamán. Permaneció inmóvil, permitiendo que ella se acostumbrara a su presencia.

Había una vieja Biblia tirada a los pies de la cama. Supo entonces que ella había estado rezando sus oraciones cristianas. Imaginó que le proporcionaban consuelo. Levantó la mirada atravesando las tenues sombras de la habitación hacia donde un fino rayo de luz se filtraba por una rendija de las cortinas. Este rayo iluminaba una cruz pintada y un Cristo de pálido cuerpo que colgaba de la pared sobre la cabecera de la cama; la luz hacía que la pequeña figura pareciera viva y agonizando por su sufrimiento.

Los ojos de Jones permanecieron clavados en el pequeño icono. Se preguntó qué y por qué había creído alguna vez; sabía que su fe había disminuido hasta el punto en el que ya no sentía nada por la figurilla mexicana y el así llamado divino sacrificio por los hombres que representaba. No sentía nada por aquel símbolo desde hacía años. Era inútil intentarlo siquiera. En el pasado, hacía décadas, intentó desesperadamente acercarse a ese Dios, el Dios «Hágase-Tu-Voluntad», como lo llamaba Yopon. Pero no pasó nada. No le llegó ninguna respuesta. Fue condenado al silencio más absoluto. Jones apoyó sus anchos hombros contra la pared, apartó la mirada de la figura de madera y la dirigió a Maggie.

Ella no había apartado la mirada del rostro húmedo de Baldwin. La habitación estaba en silencio, a excepción de la respiración acuosa del hombre herido. Jones esparció con cuidado sus objetos medicina sobre el suelo —el pequeño nido de pájaro, una concha de tortuga, tres guijarros sagrados, las orejas de un coyote—, encendió su pipa de la paz y comenzó a cantar y soplar humo purificador sobre la cama. Ella seguía sin mirarle, pero se levantó lentamente sujetando una escoba en las manos, con los nudillos blancos por la presión, y observó el humo que flotaba sobre el rostro febril de su esposo.

—Por favor, sal de aquí —dijo en voz baja.

Él continuó cantando y ofreciendo humo hasta que ella la emprendió a golpes con la escoba. Él recogió sus bártulos con tanta parsimonia como le permitió la andanada de escobazos y se marchó. Jones sangraba por una herida en la cabeza. Ella lo siguió fuera de la casa y se paró en el porche.

—Coge tus creencias sacrílegas y márchate —dijo Maggie aturdida.

Jones cavó la tumba de Mannito en el terreno vallado y finalizó su canto funerario. Luego lavó el cuerpo destrozado del hombre. Cuando

acabó, se dirigió al establo y regresó con la manta azul que había intentado regalar a Lily. Permaneció de pie apretando aquella tela contra su rostro con los ojos cerrados, como si escuchara algo que le estaba susurrando.

«Yopon», fue todo lo que dijo. Se arrodilló y envolvió cuidadosamente con la manta el cuerpo del hombre, sintiendo una extraña melancolía. Durante un largo rato, él y Chaco permanecieron junto al hoyo; luego, el perrillo se arrimó al borde, miró hacia abajo y gimió al bulto azul que yacía en el fondo. Un rato después, Chaco se sentó dándole la espalda a la tumba y mirando a las colinas. Jones imaginó que su espíritu estaba entrando en comunión con el del mexicano. También ellos se habían hecho amigos. Se alegraba por ello. Chaco era sabio, por lo tanto el hombre sin duda fue genuinamente bueno.

Jones se agachó y pensó en el pequeño mexicano. Se aclaró la garganta y le habló, intentó responder algunas de las preguntas que el hombrecillo le había hecho cuando convivían en el establo. Habló en voz alta para que el hombre pudiera oír sus respuestas.

A continuación, sopló durante un largo rato su silbato sagrado de hueso de ala de águila, adornado con plumones de águila, invocando a los espíritus de las montañas para guiar al muerto. Luego rellenó el hoyo con tierra, luchando contra su incesante tos, e hizo una cruz de madera vieja que encontró cerca del establo y la clavó en el duro suelo. Pensó que el pequeño mexicano así lo hubiera querido. Cuando acabó, recitó una oración cristiana que recordaba, sintiéndose vacío al pronunciar las palabras. Se lo debía al hombrecillo. Luego colocó un poco de comida junto a la tumba para el largo viaje del mexicano y un puñado de maíz para hacer licor de tulapi. Habría matado al caballo del hombre para que pudiera cabalgar a través de la tierra de las sombras, pero los apaches lo habían robado. Jones se arrodilló y posó la mano sobre el montículo de tierra fresca.

—Buenas noches, *viejo* —dijo.

Jones construyó su cabaña ceremonial de sudar junto al arroyo. Estaba ya casi anocheciendo cuando acabó, y estaba exhausto. Recordó aquellos tiempos cuando podía trotar durante veinticinco millas con un calor abrasador y todavía le quedaba energía para luchar. Ya no. Nunca más. Era algo extraño, esta forma en que la vida se desinflaba; tan natural y tan fácilmente aceptada.

Estaba frente a la cabaña mirando a través de la luz moribunda del crepúsculo hacia el pequeño terreno vallado; algo había atraído su mirada allí. Sentía curiosidad. En las últimas horas había estado pensando repetidas veces en aquel pequeño cementerio, pero no sabía por qué. Le había dicho adiós al mexicano e invocó a los espíritus para que le guiaran. Ya había acabado. Pero debía hacer algo más.

Lentamente, echó a andar.

Bajó la mirada hacia la cruz durante un largo rato tras ajustarse torpemente las gafas. Las letras estaban grabadas en la madera ajada de la vieja cruz, apenas visibles. Se preguntó si las había detectado inconscientemente cuando estaba enterrando al mexicano o si el espíritu había sentido su presencia en el cementerio y lo llamaba. No importaba. Él estaba allí. El encuentro por fin había tenido lugar. Articuló las palabras: THELMA. Luego se tendió encima de su tumba, abrazó la tierra y permaneció allí un rato hablándole a ella hasta que finalmente se obligó a ponerse otra vez de pie.

Se quitó las pequeñas gafas y se quedó con la mirada clavada en el suelo, atónito ante el hecho de que hubieran pasado tantos años. Tantos años que la niñita del ferrotipo ya se había disuelto en la tierra. Otro hijo perdido. Ni siquiera sabía cómo había muerto. O si alguna vez pensó en él. Se apartó de la tumba. Tenía que irse. Era la única posibilidad que tenía su nieta de salvarse.

Más tarde encendió una pequeña hoguera con madera de mezquite en el centro de la cabaña y formó un círculo de piedras alrededor. Cuando se redujo a brasas candentes, acarreó agua del arroyo, entró y cerró la manta que colgaba de la entrada, se desnudó y se acuclilló; a continuación derramó agua pausadamente sobre las piedras candentes hasta que unas volutas asfixiantes de vapor se expandieron dentro de la cabaña. Sujetaba una de sus botellas y echó un trago largo. El calor aumentó hasta doler. Jones inició sus cantos mágicos para ahuyentar a los malos espíritus, el veneno, de su cuerpo y su alma... animándolos a abandonarlo a él y aquel crepitante lugar, ese lugar de tormento. Vertió más agua sobre las piedras, cantando «Hu, hu, hu, hu, hu». Sus pensamientos derivaron hacia el Cojo. Extrañamente, comenzó a visualizar un pequeño anillo que flotaba en la tenue luz dentro de la cabaña. Luego desapareció.

—Cabalgaban hacia el territorio de Utah —dijo el sheriff.

El hombre estaba montado en un caballo moteado grande y su rostro carnoso bajo un fedora negro era pesado y rosáceo.

A su alrededor, otros hombres comprobaban sus armas y sillas y se montaban en sus caballos en el patio del rancho. Chaco ladraba. Maggie estaba montada en el gran ruano de su esposo, haciendo caso omiso al representante de la ley y con los ojos clavados en el suelo.

El anciano iba descalzo y con el pecho desnudo, y estaba de pie con una manta enrollada por la cintura. Había estado tosiendo con fuerza mientras el sheriff hablaba. Se paró, aguantó la respiración, rodeó el caballo del hombre por detrás y se colocó junto a Maggie. Chaco le siguió.

—No se la llevarán al norte —le dijo a su hija.

Las palabras parecieron alejarse flotando en el aire de la mañana. Maggie siguió

mirando ciegamente a un punto en el suelo.

—Jesús, Jones, no insistas. Hemos revisado el terreno miles de veces. Se la llevaron al norte. Ya viste el rastro que dejaron.

Jones ignoró al hombre, se movió hacia el caballo de Maggie y levantó las cuatro pezuñas comprobando que las herraduras estaban seguras. Maggie se balanceaba cada vez que el gran ruano cambiaba el peso de una pata a otra, pero lo ignoró en cualquier otro sentido. Una vez convencido, Jones levantó la mirada hacia ella.

—No cabalgarán hacia el norte. Os están guiando en esa dirección. Para tenderos una emboscada. Luego tomarán la dirección hacia la que deseen viajar —calló unos segundos—. Uno de los hombres a los que perseguís...

Se detuvo, dudando sobre lo que quería decir y sabiendo tan solo que sus pensamientos se centraban otra vez en el apache lisiado. Jones se inclinó y pasó las manos por la cincha de la silla.

Se enderezó y salió corriendo hacia el establo.

James y Dot le observaban desde el porche. Ambos parecían profundamente preocupados. La señora Abby, una vecina ataviada con un vestido amarillo limpio y un delantal blanco, estaba de pie junto a los niños. Era una mujer robusta y de unos cincuenta años, de gestos amables y firmes al mismo tiempo. Maggie había enviado a James para avisarla. Su marido era comerciante de caballos y se encontraba en Tucson por un asunto de negocios. La señora Abby no intentó convencer a Maggie de que no cabalgara con el sheriff: ella habría hecho lo mismo si Lily hubiera sido su hija. Mientras tanto, ella se quedaría y cuidaría a Baldwin y a los niños.

Jones regresó con una correa larga de piel sin curtir y una navaja. Movié la pierna de Maggie y echó hacia atrás el estribo y desató la silla.

—¿Qué haces?

—Las costuras están mal. Perderás la silla cuando te pongas al galope.

Maggie le miró unos segundos como si fuera a decir algo, luego apartó la mirada y le dejó trabajar. Cuando hubo acabado, Jones se levantó, alargó la mano y acarició el lomo del ruano.

—Ama...

Maggie espolé con fuerza los flancos del animal.

—Que tu espíritu te proteja —le dijo él.

Jones regresó a la cabaña de sudar porque no había acabado sus purificaciones. Dot estaba sentada fuera, llorando. El vapor volvía a escapar por las rendijas de la pequeña edificación. Chaco gruñía y mordía las botas de la joven. Jones intentó ignorar el sonido de ambos para dejar que su mente vagara hacia la nada.

—Mi corazón está abierto. Invoco al Gran Misterio para estar listo y escuchar tu voz —entonó.

—Abuelo, ¿por qué mataron a Mannito?

—Él les obligó a hacerlo.

—No entiendo.

—Intentó salvar a tu hermana. Mató a uno de ellos. Mannito no habría parado si no le hubieran matado. Fue un hombre valiente.

—Pero ¿por qué tuvo que morir? —Dot comenzó a sollozar suavemente.

—No lo sé. Pero fue un valiente y su memoria debería ser honrada.

—Yo le quería mucho —calló unos segundos—. Tengo miedo. Mi papá está gravemente herido y Lily ha desaparecido.

Él cantó con más fuerza cerrando al tiempo los ojos por el calor.

—Todo ha cambiado. Nunca volverá a ser lo mismo —dejó de hablar un instante y luego añadió—: Abuelo. Nada volverá a ser como antes, ¿verdad?

—No, no lo será. Debes crear algo nuevo. Algo bueno. Eso es lo que quería el mexicano. Considéralo como un regalo para él.

Ella asintió y dejó de llorar, y se quedó pensativa. Pero enseguida volvió a sentirse molesta.

—¿Cómo es que no has ido a buscar a Lily con mamá y el sheriff? —había un leve tono de enfado en su voz—. Y si tú eres indio, como dices, ¿cómo es que no los atrapaste? Pensaba que tu medicina te permitía saber cosas —se quedó en silencio unos segundos—. Dijiste que Harriet estaba viva y que la encontraría.

—Dije que en cinco días —respondió Jones a través del vapor.

—Ya veremos —replicó Dot desafiante—. No creo que tu medicina india funcione.

Se hizo el silencio fuera de la cabaña durante unos minutos y, a continuación, Dot dijo:

—Mi papá habría ido con ellos —sonaba como si fuera a llorar otra vez—. Lily es tu nieta.

Él siguió cantando en voz baja.

Ya avanzada la mañana, dos días después del secuestro de Lily, Jones escuchó a Chaco gruñir y sintió que alguien se movía cerca de la cabaña. Imaginó que era Dot. Chaco estaba echado en la arena junto a sus pies y continuó gruñendo. Abrió los ojos lentamente a la brillante luz solar.

Maggie estaba frente a él, examinando su rostro. Él le devolvió la mirada intentando verla como la vio aquel último día. No pudo. Ninguno de los dos encontró palabras durante un rato.

Luego ella se dio media vuelta y examinó el pequeño valle.

—Los apaches mataron a cuatro hombres. Atraparon a uno de ellos por la noche. Gritó durante mucho tiempo —se detuvo unos segundos—. Lo encontramos al día siguiente —se volvió a girar y le vio respirar entrecortadamente—. No puedo permitir

que tengan a Lily.

Sonaba desesperada. Él asintió.

—Mataron al sheriff. Y el resto de hombres no quiere seguir.

—¿La viste?

Maggie negó con la cabeza.

—Pero se dirigen al norte. Te equivocaste.

—No —replicó él.

Ella ignoró su respuesta.

—Hemos telegrafiado a las autoridades de Arizona, Utah, Colorado y Texas. Y el ejército tiene patrullas buscándola —hizo una pausa—. Hemos encargado unas copias de su fotografía y las enviaremos a todas las ciudades que podamos ofreciendo una recompensa —dejó de hablar y examinó el rostro de Jones durante unos segundos—. ¿Funcionará?

—No lo sé.

Por muy honesta que fuera su respuesta, no era la que ella quería escuchar.

—Te da igual —dijo, y las palabras sonaron desesperadas.

Se dio media vuelta y comenzó a bajar la colina, tropezó y cayó, y luego retomó otra vez el descenso mirando al mundo como una sonámbula.

Samuel Jones permaneció montado en la torda delante de la vivienda del rancho durante un largo rato antes de que la señora Abby se percatara de su presencia por la ventana de la cocina. Salió al porche secándose las manos con un trapo y los demás la siguieron. Maggie había hecho las maletas para alojarse en el hotel de la ciudad y así estar más cerca de la oficina de telégrafos y de los informes que pudiera darle el sustituto del sheriff. La señora Abby y unos cuantos de los trabajadores de su rancho se quedarían con Brake y los niños.

Maggie permaneció en las sombras tras el umbral de la casa, sujetando una bandeja con comida. A pesar de estar abrumada por Lily y su esposo, no se vio capaz de dejar desatendidos a los pacientes del día y se había pasado la mañana curándolos y alimentándolos. Dot estaba de pie junto a la señora Abby en el porche. James bajó las escaleras y se dirigió al caballo. Jones y la vieja torda tenían un aspecto de lo más estrafalario. Jones sujetaba a la mula con una soga.

—Quiero ir a buscar a mi hermana —dijo James mirándole.

—No. Eso es lo que ellos esperan que hagas, y te matarán lentamente delante de ella. Quédate y cuida de tu familia. Eso es lo que tu padre querría —James se dispuso a replicarle, pero Jones levantó la mano—. Si tu padre no sobrevive... tú debes estar aquí —le ofreció la soga de la mula—. No puedo llevarme a Alice. Es joven y aún no sabe comportarse.

James cogió la soga.

—Podría ir contigo.

Jones no respondió.

—Señor Jones, debería descansar —dijo la señora Abby.

—Nada me ha sido revelado —contestó él, como si la mujer pudiera entender lo que quería decir.

—¿Adónde va a ir? —preguntó la mujer—. Usted no está bien.

Jones buscó con la mirada a Maggie. Era un borrón en las sombras ante sus ojos. «Las cosas que se han perdido —le dijo YoPON en una ocasión— deberían quedarse perdidas». Y tenía razón. Sin embargo, deseaba desesperadamente abrazar a aquella hija suya que tenía tan cerca.

—Si no tiene aún respuestas... ¿adónde irá? —volvió a preguntar la señora Abby.

—A un lugar sagrado. Allí buscaré las respuestas. Queda poco tiempo.

—Señor Jones, ya he visto antes a hombres enfermos. Usted lo está, y mucho. Es imposible que pueda hacer algo para solucionar lo que ha sucedido. Su cuerpo no le dejará hacerlo. ¿Lo entiende? Ya hemos alertado al Ejército y a las autoridades civiles. He enviado un telegrama a mi esposo, que está en Tucson, y estará de vuelta en un par de días. De una u otra forma daremos con Lily. Lo único que conseguirá será matarse.

Permanecieron en silencio examinándose mutuamente durante un largo minuto; luego la señora Abby bajó la mirada a Dot y dijo:

—Niña, ve a envolver ese pollo asado en un trapo y tráemelo.

La señora Abby miró a la torda.

—Señor Jones, no sé mucho de caballos, pero ese animal parece extenuado. Quizás debería llevarse el mío. Puede devolvérmelo cuando encuentre la respuesta que busca.

—Es muy amable. Pero no. Ambos hemos envejecido juntos —dijo con un tono distante en la voz—, y cabalgaremos juntos.

Ella asintió.

Dot regresó y entregó el pollo a la señora Abby, y luego se acercó a la yegua y sostuvo su cabeza apretada contra su pecho mientras le rascaba las orejas. El viejo animal cerró los ojos y pronto comenzó a roncar.

—Abuelo, no creo que pueda viajar muy lejos.

—Estará bien, niña. Ella jamás me perdonaría que la dejase aquí.

Algo en aquellas palabras le sonó razonable a Dot y apretó aún más la cabeza de la torda, triste pero feliz por el viejo animal.

A Jones siempre le habían gustado los atuendos raros, pero en aquel momento él y la torda se veían más estafalarios que nunca. El anciano llevaba solo un taparrabos negro satinado atado a la cintura con una larga faja verde, y sus botas apache. Se había cubierto la piel de un polvo blanco, como si se hubiera rebozado en harina, luego se pintó unas líneas largas rojas sobre el cuerpo y se cubrió el rostro con un pigmento rojo brillante. Llevaba el pelo canoso atado en largas trenzas y un alto y erizado penacho de puercoespín en la cabeza, o Pesa, de los lakota, que le cubría

desde la frente hasta el cuello huesudo, atado con dos delgados cordones de piel sin curtir bajo la barbilla. También llevaba sus grandes aretes en las orejas y ajorcas y brazaletes de latón.

Había clavado dos plumas de águila orgullosamente en el penacho. A pesar de estar flaco, viejo y enfermo, su apariencia seguía produciendo terror. Llevaba su hermosa pipa de argilita roja apoyada sobre el flaco antebrazo y el viejo rifle Sharps cruzado sobre la silla de montar. Chaco estaba sentado sobre la torda, detrás del anciano, dándoles la espalda a todos y con el hocico apuntando arrogantemente hacia el cielo. Dos pequeños puntos rojos de pigmento fresco brillaban sobre su pequeño lomo.

La torda desaliñada permaneció con la cabeza inclinada y apoyada contra el pecho de Dot, y llevaba la burda marca roja de una mano en su lomo y unas plumas enganchadas en su desaliñada crin. A pesar de parecer medio moribunda, la habían cepillado y peinado minuciosamente, y se la veía imponente engalanada como un poni de guerra. Jones descendió despacio de la silla, se dirigió a la mula y sostuvo su cabeza contra la suya durante un rato; luego le susurró algo en la oreja y regresó a la torda.

La señora Abby sacudió la cabeza lentamente.

—Señor Jones, hace ya un tiempo que no tenemos problemas por estas tierras, pero los malos sentimientos tardan tiempo en desaparecer. Esa ropa que lleva —le miró directamente a los ojos— podría causarle problemas.

—No me verán —contestó.

Jones levantó la mirada por encima de ellos hacia Maggie, que permanecía tras el umbral de la casa, todavía con la bandeja en las manos. Sin apartar la mirada de ella, Jones echó la mano hacia atrás, la introdujo en la alforja de cuero, sacó un pequeño recipiente de madera y se lo ofreció a la señora Abby.

—Ponga esto en las heridas de Baldwin. Mézclelo con agua y luego aplíquelo sobre las heridas y véndelas con fuerza.

—¿Qué es?

—Medicina Ute. Planta de aquilea. Es bueno para las heridas de bala.

Sus ojos seguían clavados en Maggie. Ella lo observaba entre las sombras de la casa. Rebuscó en la alforja otra vez y sacó una pequeña bolsa de terciopelo negro, raída por algunos sitios, y la sujetó en la mano durante un largo rato, como si estuviera decidiendo si entregarla o quedársela. Luego, se inclinó sobre la silla hacia Dot y dijo:

—Dale esto a tu madre.

—No quiero nada de ti —dijo Maggie desde las sombras.

—Ábrelo —le dijo a Dot—, y llévaselo a tu madre.

Dot intentó abrir torpemente la bolsa hasta que la señora Abby la ayudó a sacar un pequeño marco de plata. En él se veía un ferrotipo y una delgada cadena de plata. La señora Abby lo miró y luego levantó lentamente la mirada hacia Jones.

—¿Está seguro?

El anciano asintió y la señora Abby se lo dio a Dot, quien se alejó y se lo ofreció a su madre. Ella no quiso cogerlo.

—Es de nosotros tres, una semana antes de separarnos —le dijo a Maggie—. El collar era de tu madre.

—No nos separamos. Tú huiste. Como ahora. No vas a ir a ninguna montaña sagrada. Te vas a ir con tus amigos indios. Vas a dejar que tu nieta muera.

—No, no lo haré, mamá —gimió Dot, luego se giró, apretando con fuerza los labios y sujetando la fotografía y el collar con ambas manos, como si fueran objetos sagrados.

—Nieta —dijo Jones dirigiéndose a la joven.

Ella resopló y luego contestó:

—¿Sí?

—Que disfrutes de una buena vida. Cree. Y entonces encontrarás la medicina —la miró unos segundos y luego añadió—: Piensa en mí cuando la luna brille sobre el maíz.

Empezaron a caer lágrimas de los ojos de Dot. Se dio la vuelta, salió del porche y desapareció por la esquina de la casa. Jones siguió mirando el lugar, como si estuviera soñando despierto.

—Ella siempre pensará en usted —dijo la señora Abby.

Jones volvió a mirar a la mujer como si se hubiera olvidado de su presencia, y le sonrió levemente inclinando la cabeza y ladeando peligrosamente el penacho. Después se giró despacio sobre la silla hacia James. El joven estaba de pie junto al porche.

—Si no vas a buscar a Lily, dímelo —dijo James.

El anciano examinó el rostro del joven durante un largo rato antes de responder.

—Soy tu abuelo. Tomo decisiones. Equivocadas, tal vez. Pero son decisiones que un hombre debe tomar.

—¿Vas a buscar a Lily?

—Voy a buscar respuestas sobre ella.

—¿La encontrarás?

Jones volvió a mirar hacia el rectángulo en penumbra de la puerta de la casa.

—La vida no siempre es buena. Pero tú debes quedarte y cuidar a tu familia. Eso es importante.

—¡Desgraciado! —gritó Maggie; cruzó el umbral y lanzó una taza de café al anciano; la taza salió volando y pasó rozando la cabeza del hombre, que no se movió—. ¡Sal de este rancho!

—Margaret —exclamó la señora Abby acercándose a ella.

Maggie cogió otra taza y se dispuso a lanzársela.

—Marga...

—Mamá, mira... ¡Está viva!

Era la voz de Dot; la niña trotaba hacia ellos desde el establo y sujetaba un gato tricolor en sus brazos.

—¡El abuelo tenía razón! ¡Es el quinto día! ¡Harriet está viva! ¡La medicina india del abuelo funciona! ¡Él encontrará a Lily!

Maggie parecía aturdida y sus ojos se movían del gato al anciano y de nuevo al gato. Bajó la mano en la que sostenía la taza como si esta fuera demasiado pesada para sostenerla en alto. Él había dicho cinco días. Ella había estado contando los días. ¿Cómo lo había sabido?

Jones clavó los talones en la torda y comenzó a alejarse de la casa al trote. La mula intentó soltarse del poste para seguirle, y luego se puso a rebuznar.

—Encuétrala —le gritó James.

Jones no se volvió. Detuvo a la torda delante del terreno vallado e hizo signos en el lenguaje silencioso, a continuación, espoleó a la pequeña yegua hasta ponerla al trote.

La vieja yegua ya vadeaba el arroyo cuando Dot los alcanzó con el gato aún en sus brazos. Corrió junto al estribo de Jones.

—Abuelo —le llamó.

Él no bajó la mirada. Parecía estar contemplando las colinas.

—¿Vivirá mi papá?

Jones asintió y Dot sonrió a través de sus lágrimas. Ahora estaba convencida de que él podía predecir tales cosas con certeza.

—Quiero ayudarte a disparar a los hombres que se llevaron a Lily.

Jones clavó los talones en los flancos de la torda y el animal rompió en un lento medio galope. Dot corrió más rápido.

—Aunque Lily haya sido mala contigo, no se lo reproches —le gritó—. Tienes que intentar salvarla.

Jones tiró de las riendas hasta detener a la yegua y bajó la mirada a través de su máscara roja de pigmento hacia la joven y su gata.

Dot estudió las líneas ajadas del rostro de su abuelo. No podía leerle la mente, pero en el fondo de su corazón tenía la total certeza de que su madre se equivocaba con él, que él intentaría salvar a su hermana. Dot le quería, y se convenció en aquel instante de que su abuelo era invencible. Frotó la nariz de la torda con la palma abierta. La vieja yegua cerró los ojos y comenzó a amodorrarse.

Jones tosió con fuerza y azuzó a la yegua para que avanzara al paso. Dot le siguió hasta ponerse a su altura.

—Abuelo, quiero aprender medicina india que mate a hombres como los que se llevaron a Lily.

—Algún día regresaré y te la enseñaré. Pero no para matar. Para conocer y entender. Esa es la medicina más potente.

—Eso es mentira, ¿verdad? —Dot dejó de andar—. No vas a volver jamás, ¿verdad?

El anciano, el caballo y el perro, los tres, retomaron su camino y Dot se quedó mirándolos.

—Abuelo, te quiero —gritó—. Encuentra a Lily.

Él espoleó al animal y lo puso a medio galope. Dot se quedó mirando hasta que desapareció tras la línea de árboles. Ella lloraba y abrazaba a la gata.

—Por favor, abuelo —dijo en voz baja.

Alice ahora rebuznaba con fuerza.

—¡Encuéntrala! —aulló James en la distancia.

— CINCO —

Samuel Jones comenzó a cantar otra vez, preguntándose si la tierra y las piedras le escuchaban y por qué continuaba con aquello. Chaco estaba junto a él, la vieja torda dormía a la sombra de un afloramiento rocoso. El anciano dejó que su mirada inspeccionara aquel árido terreno mientras su mente vagaba por otros lugares. Sintió el deseo de rendirse al sol y al calor.

El terreno era accidentado y yermo. Arbustos de ambrosías y de gobernadora y no mucho más. Agujas de arenisca se elevaban cientos de pies desde el suelo del cañón, esculpidas a lo largo de milenios por la lluvia y el viento. Había estado viajando durante tres días para llegar a aquel lugar, sin estar seguro de dónde se encontraba, solo consciente de que se había adentrado en lo que los blancos llamaban los Pecos de Texas por los accidentes geográficos que había avistado el día anterior. Quizás se encontrara a unas ciento cincuenta millas al norte de la frontera mexicana, en algún lugar al sur de los manantiales de Balmorhea; esto último lo sabía porque se topó con ellos al amanecer. No era el lugar sagrado que había estado buscando. Ni tan siquiera se había acercado.

Al principio, cuando dio media vuelta y regresó sobre sus pasos atravesando las colinas, dirigiéndose al sur, luego al este, cambiando de dirección en los cañones, bordeando una montaña y luego otra, sintió confusión e incluso miedo. Entonces se dio cuenta de que ya nada importaba. Su vida estaba regresando a la tierra. Estaba siendo consumido, absorbido, por aquello de lo que procedía. Daba igual dónde tuviera lugar esta transformación. Ese pensamiento le produjo una fugaz sensación de paz. Chaco gimoteaba en un sueño agitado.

Jones alargó el brazo y posó la mano suavemente sobre su lomo, y el pequeño terrier se calló. Jones había estado comiendo lentamente trozos del pollo que la mujer le había dado. Sin embargo, la cabeza le daba vueltas y se sentía más débil que nunca en toda su vida. El sol se desplomaba sobre él con furia. Necesitaba agua, pero no quería moverse. Ahora quería ser absorbido por el flujo de la vida. Estaba listo.

Y entonces se durmió.

Despegó los párpados. Alguien se acercaba, cabalgando lentamente a través del estrecho cañón. A contraluz de los rayos matinales del sol no podía ver la figura con claridad. ¿Era el Cojo? La sola idea hizo que se le formara un nudo en el estómago. Entonces escuchó el rebuzno de Alice.

Dot se acercó a él. Llevaba el pelo recogido en una trenza, los mocasines y el collar que Jones le había regalado hacía unos días. Jones no sonrió.

—¿Has encontrado a Lily? —su voz sonaba fatigada.

Dot miraba a la vieja yegua que dormitaba a la sombra de las rocas.

Él negó con la cabeza. Vio que su nieta estaba enfadada, pero no era capaz de hacer lo que ella deseaba tan desesperadamente. Ella no lo entendía. Jones siguió examinando el rostro de la joven con sus viejos ojos. Había vivido con el Pueblo durante mucho tiempo. Entendía la determinación, la tenacidad y la cruel supervivencia, y sentía ese mismo nervio correoso en la niña que tenía frente a él. Dot era valiente y voluntariosa. Se sentía orgulloso de ella, pero también enfadado. La niña no tenía ninguna disciplina.

—¿Dónde están tu madre y tu hermano?

—En casa.

—¿Cómo me has encontrado?

—Alice.

La joven mula lo topó con la cabeza. Chaco brincaba entre las patas del animal, ladrando y corriendo a su alrededor en pequeños círculos.

—¿Cómo está tu padre?

Dot le lanzó una mirada nerviosa e interrogante.

—Está vivo. Como dijiste. Tú lo dijiste, ¿no es cierto?

—Sí, lo hice.

—Entonces, ¿por qué me preguntas por él? —replicó Dot.

—Solo preguntaba —respondió Jones en tono apaciguador. Dot se giró sobre la silla y contempló las altas montañas que rodeaban el pequeño espacio abierto de arena y arbustos en el que se encontraban.

—¿Es esta la montaña sagrada?

—No.

Ella volvió a mirarle a los ojos con desconfianza.

—Dijiste que ibas a encontrar la montaña sagrada.

—Sí.

—¿Y qué ha ocurrido?

—No he podido encontrarla.

—¿No has podido encontrarla? —repitió ella—. ¿Por qué no?

Jones la miró durante unos segundos.

—Porque me perdí.

—Tienes tu medicina. Tú encontraste a Harriet.

—No. Te dije que todavía estaba viva... eso fue todo. Y ya no tengo mi medicina.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha desaparecido.

—¿Por qué?

—Haces muchas preguntas.

—Tengo que hacerlas. Tengo que asegurarme de que encuentras a Lily.

Él se volvió y miró hacia las colinas. Ella siguió montada observando su nuca.

—Abuelo, ella morirá —dijo Dot con una profunda tristeza en la voz.

—Niña, no puedo. Ni siquiera pude encontrar la montaña sagrada. Lo haría si pudiera.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Dot.

—Abuelo, no puedes permitir que se la queden. Tengo miedo.

Se bajó de la mula y rodeó la delgada cintura del anciano con sus brazos. Él tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse erguido.

Jones se soltó de su abrazo y se sentó en la arena junto a ella. Comenzó a sentirse mareado y apoyó la cabeza entre las manos.

—¿Estás bien?

—Solo estoy viejo, niña.

Se sentó erguido y se giró para mirarla.

—No puedo. No tengo manera de hacerlo. Tienes que creerme.

Ella lloraba, pero sin hacer ruido, en el aire calmado de la tarde.

—Te concedería tu sueño si pudiera. Pero no me llega nada. No sé adónde se han llevado a tu hermana. No puedo encontrarla.

—Entonces, dime cómo hacerlo.

—Cuando seas mayor.

—¡Lily no puede esperar a que yo sea mayor!

Él no respondió.

—Por favor, abuelo —sollozó—. Al menos dime... deja que yo lo intente.

Jones miró hacia la cordillera de montañas azules en la distancia, escuchando a un pájaro que rasgaba hojas secas. Sin girarse hacia ella, dijo:

—No es tan fácil como te gustaría, niña.

—Me da igual. Sé que hay espíritus que me ayudarán a encontrar a Lily. Tú me lo dijiste.

Él volvió a mirarla. Aquellos ojos parecían apremiarlo. Examinó el rostro de la joven antes de hablar.

—El mundo no está fuera, está en tu cabeza... dentro de la única mente del espíritu. Todas las cosas están ahí dentro.

Dot le miró confundida.

—La vida debe ser refrendada. No hay límites en cuanto a lo que los espíritus pueden hacer por ti. Si crees. Si sabes que puedes hacer todo lo que sueñas. Cuando sepas eso... cuando realmente lo creas... cuando tus pensamientos sean puros, entonces el espíritu vendrá a ti.

—¿Quién es el espíritu?

—No lo sé. Solo tú lo puedes saber.

—Pero ¿cómo?

—Si crees, vendrá a ti cuando lo necesites.

De repente, el calor, la tensión y la fatiga se confabularon para hacer que Jones se durmiera donde estaba sentado. Un pájaro carpintero horadaba con un picoteo

constante un cactus cercano. Dot lo observó durante un rato; luego ella, también, cayó en un sueño inquieto, esperando soñar algo.

Pero no soñó.

«Un día más, un día menos», murmuraba Samuel Jones antes de despertarse. El pensamiento no le asustó, pero ahora se dio cuenta de que ya estaba parcelando su exiguo suministro de tiempo en horas y días. Había llegado a ese punto. Allí tendido, contemplando la delgada franja de cielo sobre las paredes del cañón, supo que de nuevo había estado soñando con círculos.

Jones se estiró sobre la arena y una punzada de dolor le atravesó el pecho y la espalda. Levantó la cabeza y se quedó atónito al ver a Maggie montada en su caballo a unas yardas de él; llevaba el sombrero echado hacia atrás y se la veía acalorada, polvorienta y hermosa. Dot estaba de pie junto a ella.

—Cabalgaste hasta aquí en la mula, así que vas a tener que cabalgar de regreso con ella —decía Maggie.

—Mamá, no me obligues.

—No tienes nada que hacer aquí.

—Él va a encontrarla.

—No, no lo hará. Dot, te romperá el corazón. Yo también le creí cuando tenía tu edad.

—Sí lo hará, mamá. Solo está intentando ver el lugar donde están Lily y aquellos hombres. Él es indio. Puede hacerlo. Luego irá a por ella y yo voy a ir con él.

Samuel Jones intentó ponerse de pie pero no pudo. Se quedó sentado sobre la arena mirándolas a ambas.

—Él es blanco. Y no hay nada detrás de su paganismo —dijo Maggie—. Lily se ha ido, Dot. Tal vez regrese algún día, o tal vez no. Debes ser consciente de ello.

—¡No! El abuelo puede encontrarla. Encontró a Harriet.

Dot se había dado la vuelta y ahora miraba al anciano con unos ojos enloquecidos que abarcaron al anciano. Jones apartó la mirada y la dirigió a las colinas.

—¿Por qué mientes a los niños? —le preguntó Maggie con voz cansada.

—¡No son mentiras! —gritó Dot—. Díselo, abuelo... dile que vas a encontrar a Lily.

Él volvió a mirar a Dot. Aquellos ojos. Le atravesaron de la misma manera que lo había hecho Maggie hace tres décadas, la mañana que él se marchó. Entonces, negó aquellos ojos. No podía hacerlo otra vez.

—Voy a encontrarla.

—Mamá... ¿has oído?

—Decirlo no es lo mismo que hacerlo. Ahora, monta en la mula.

Dot se había tirado sobre la arena junto al caballo de su madre. Maggie descabalgó, la rodeó con sus brazos y la sostuvo en su pecho durante unos minutos,

acunándola suavemente. Las dos lloraban. Jones reunió fuerzas para ponerse en pie y se acercó tambaleándose a Alice, conduciéndola donde estaban ellas sentadas.

—Niña, ve con tu madre —dijo—. Yo encontraré a tu hermana. Te doy mi palabra.

—¿Y de qué te ha servido tu palabra a lo largo de tu vida? —preguntó Maggie—. Crees que porque un gato ha regresado a casa posees poderes divinos, ¿verdad? Las cosas no funcionan de esa manera.

Jones ignoró sus palabras.

—Tu esposo vivirá.

Maggie examinó el rostro del anciano durante unos segundos.

—No eres Dios.

—Lo he soñado.

—Deberías dejar de soñar.

—Vivirá —repitió Jones.

Montaron sus caballos. Maggie azuzó el suyo hasta avanzar al paso, mirándolo por el rabillo del ojo y sintiéndose mejor por lo de Brake. Aunque no creía que su padre pudiera predecir tal cosa, la idea le dio cierta esperanza, y Maggie estaba realmente necesitada de esperanza de cualquier clase.

Chaco las siguió, gimiendo y mordisqueando levemente los talones de Alice hasta que el grupo penetró en la parte estrecha del cañón. Luego, se sentó y ladró como si estuviera maldiciéndolas.

Dot no echó la vista atrás.

Los rayos del sol se filtraban por las hojas del viejo álamo, haciendo que el agua del arroyo bailara y centelleara. Con un cauce de un pie de profundidad en ese punto y un caudal que procedía de las altas cumbres de la montaña marrón que se cernía a sus espaldas, las aguas se deslizaban veloces sobre suaves piedras y producía un agradable chapoteo —suave y apacible—, un sonido que sofocaba otro ruido. Ambas orillas del arroyo tenían bancos de gravilla y grandes rocas. Más atrás se erguían densas hileras de sauces del desierto y tamariscos que formaban una tupida pantalla que ocultaba el lugar y le proporcionaba una acogedora soledad.

Las hojas giraban sobre la superficie del agua, agrupándose como vastas flotas en los remansos y los estanques más profundos. En las alturas, una urraca graznaba desde un álamo, ruidosa y molesta en la quietud de la mañana.

El chico jugaba con una espada de madera y lanzaba pequeñas ramitas-barco desde la orilla y luego se erguía y fingía peleas blandiendo la pequeña arma contra enemigos imaginarios. Tenía siete u ocho años, era delgado y pecoso y con el cabello del color de la mantequilla. Alrededor de la cabeza se había atado una brillante

bandana verde y un trozo de lana roja en la cintura.

La mujer estaba arrodillada a unas cincuenta yardas del chico, lavando ropa en el arroyo y extendiéndola sobre las rocas para secarla. Era rubia y bonita, su cabello dorado reflejaba el sol, su cuerpo era ligero y de aspecto saludable bajo un vestido raído. La mujer cantaba en voz baja y el sonido flotaba apaciblemente por el arroyo.

Detrás de ella, al otro lado de un extenso prado, se alzaba la vivienda de un rancho. Dos mexicanos reparaban una valla cerca de allí.

El chico no advirtió el primer barco diminuto que apareció tras rebasar el meandro y que quedó boca abajo en la rápida corriente entre dos rocas. Pasó flotando por delante del chico mientras este andaba atareado construyendo el suyo. Estaba preparándose para fletar su pequeña obra náutica cuando un segundo barquito bajó flotando y sorteando las rocas. Fabricado con un trozo de corteza de árbol con un palo largo clavado dentro y una hoja verde grande ensartada en el palo como una vela, navegaba alto sobre el agua y parecía lo suficientemente resistente para el mar. El chico sonrió y levantó la mirada río arriba hacia el lugar donde el arroyo sorteaba una enorme roca.

—Papá, pensé que te habías ido a la ciudad —gritó el niño con júbilo.

Se levantó y salió corriendo hacia la roca. Su madre levantó la cabeza e intentó escuchar lo que estaba diciendo y, a continuación, siguió lavando la ropa.

El niño trotó feliz bordeando la roca, riendo por la excitación del juego y dándose de bruces con los pesados brazos de un hombre cojo que había estado acechándolo. El hombre lo derribó y lo arrastró a un remanso profundo de agua estancada cerca de la orilla del arroyo. El chico forcejeó chapoteando sobre la superficie del agua y su boca se abría y se cerraba como la de un pez sobre la arena. No tuvo oportunidad de gritar.

En pocos minutos todo volvió a la calma, el acechador se apartó a un lado de la roca y miró con atención a la mujer. Ella seguía lavando. Él sabía que cuando acabara llamaría al chico, y que cuando este no respondiera se acercaría para buscarlo. Entonces, la raptaría. Los caballos estaban atados en los matorrales río arriba.

Se giró hacia el agua a esperar, sintiendo una profunda satisfacción al observar el cabello rubio del niño ondeando lentamente en el remanso. No le gustaba llevárselas de día, pero el Otro lo había exigido. Pensó en la chica llamada Li-lii. Ahora ya solo necesitaba dos más. Había hecho un pacto con el líder de la banda apache. Él les proporcionaría siete mujeres blancas para venderlas en México... y ellos le darían quinientos cartuchos y una de las mujeres. Él había elegido a Li-lii.

Esperó bajo la brillante luz del sol apoyado en la roca, sudando profusamente bajo la capucha. La mujer estaba tardando más tiempo del que debiera. No le gustaba que los mexicanos estuvieran tan cerca, o no saber dónde estaba el esposo. El Otro le estaba azuzando.

Se apartó de la roca y se concentró en vigilar a la mujer, cuando, de repente, a punto estuvo de darse de bruces con una niña pequeña. Debió de salir de la casa. La

pequeña huyó corriendo antes de que pudiera atraparla, gritando y corriendo hacia la mujer, la cual se puso en pie y gritó. Furioso por ver sus planes frustrados, lanzó su lanza con fuerza, y esta atravesó la espalda de la niña, la perforó girando y se perdió tras la espesa maleza. El aire matinal volvió repentinamente a la vida con los gritos de la mujer.

El dolor atravesó la espalda de Jones como una bala caliente. Se sentó rápidamente y se frotó con cuidado la zona dolorida. Sorprendido por su intensidad, estaba casi convencido de que encontraría la picadura de un escorpión de roca. Pero no había nada. Sacudió la cabeza para aclarársela.

Maggie tenía razón. Se había pasado la vida mintiendo. Ahora lo había vuelto a hacer... prometió a la única persona en el mundo que aún creía en él que iba a hacer algo que no era capaz de hacer. Pronto la niña lo sabría. Se frotó el rostro con las manos. ¿Y qué importaba realmente?

Se obligó a intentar visualizar a Lily. ¿Dónde estaba? ¿Adónde la llevaban? No vio nada. Pero él seguiría intentándolo. Ese sería su último regalo a sus nietas.

Se tomó el whisky y escaló lentamente a un saliente desde el que se divisaba el pequeño recinto. Chaco le siguió. Jones compartió los últimos trozos de pollo con el perro. Luego bebió. Encendió su pipa y sopló humo a los cuatro costados de la tierra, invocando a los espíritus con su silbato de hueso de ala; sonó tenue y misterioso en la quietud de aquel lugar entre las rocas. Bebió más whisky y comenzó a sacudir su carraca y a cantar. Un delicioso y suave atontamiento inundó poco a poco sus miembros y su cerebro.

—Ven a mí, Creador de la Visión... lanzo mis manos hacia ti. Háblame de cosas que nunca veré, pero que debo saber. Vamos, espíritu guardián, a través de las sombras de los cañones.

Estaba profundamente abstraído en su trance. No se escuchaba ningún sonido; no vio nada. No vio a Dot cuando regresó al campamento en las primeras horas de la mañana. No la vio dando de beber y comer a la torda ni sintió el calor de las llamas de la pequeña y reconfortante hoguera delante de él. Siempre le había pasado. Pero ahora su aislamiento era incluso mayor. No tenía contacto con ninguno de los mundos. Estaba perdido.

Avanzó inconscientemente por los estadios de su trance de medicina aprendidos de memoria, buscando a tientas el tambor de piel de ciervo y golpeándolo suavemente en la oscuridad.

No vio nada. No vio a Dot imitándolo y tomando un largo trago de whisky. No escuchó sus arcadas cuando el fluido ardiente descendió por su joven garganta. Ella sujetaba su vieja y maltrecha carraca en las manos y la sacudía a un ritmo constante, canturreando lentamente: «Hu-hu-hu-hu-hu-hu...». Tras coger el abanico de

oraciones del anciano, lo agitó lentamente en el frío aire de la noche. Las ráfagas que lanzaba eran suaves y flotaban débilmente hacia los oscuros recovecos de las montañas.

Ella lo miraba atentamente con uno de sus ojos entreabierto e intentaba hacer todo lo que él hacía. El mundo comenzó a girar lentamente a su alrededor en una maravillosa danza en espiral de árboles, rocas y noche. El brillo rojizo del fuego era hipnótico. El anciano tocó su silbato de hueso e invocó a los espíritus de las montañas para que acudieran a él. Ella volvió a mover el abanico.

Dot se revolvía en un sueño inquieto frente a una gran hoguera en el claro y bajo el saliente donde Jones estaba sentado. Maggie había recorrido algo más de treinta millas hasta el campamento cuando se dio cuenta de que Dot se había escapado, y cubrió la mayor parte del trayecto por la noche. Estaba agotada y, quitándose el sombrero, se apoyó en una roca grande sorbiendo café y examinando las llamas; su belleza duradera asomaba bajo el barro y la fatiga.

A Jones la cabeza le estaba matando de dolor. Bajó trabajosamente por el estrecho sendero, luchando contra la sensación de desmayo y la pesada debilidad que invadía su cuerpo. No había tenido ninguna visión. Había escuchado a Yopon llamándolo en una ocasión. Y había visto a sus tres hijos... perdidos y vagando en la oscuridad de la Creación. El semblante de Thelma se había unido a los otros, flotando en un mundo de profunda negrura. Era una pesadilla que lo acosaba.

Tembló allí de pie, mirando de nuevo a Maggie, pero no se le había revelado ninguna visión que pudiera entender. Tuvo que parar y apoyarse en las rocas para no caer al suelo.

Maggie y él permanecieron mirándose. El rostro de ella seguía conteniendo todo el resentimiento del mundo... ella no iba a perdonar.

—¿Por qué has regresado? —preguntó él.

—Por favor —dijo con tono sarcástico—. No puedo creer que hayas hecho esto.

—Intenté recuperar mi poder.

—¿Es que no tienes ninguna decencia? Has emborrachado a tu nieta. Es solo una niña. Ella cree en ti.

—Mamá... —Dot estaba haciendo un esfuerzo por sentarse, gimiendo y sujetándose la cabeza—. Me siento mal.

Vomitó en la arena. Maggie mojó un pañuelo con agua y le limpió la cara, luego llenó una taza de café y se la puso en las manos.

—Aaaah. No me apetece. Abuelo... tómalo tú.

El anciano cogió la taza.

—En cuanto puedas cabalgar nos vamos a casa, Dot —dijo Maggie.

—No —sus ojos estaban puestos en su abuelo.

—Nieta. Otros tendrán que encontrar a Lily. Nosotros tan solo vamos a dar

vueltas por las colinas y el desierto buscándola.

—¿Abuelo?

—¿Sí, niña?

—Vi cosas.

—Viste las barbas del whisky. Eres joven, la bebida es potente. No deberías haberla tomado. Haces demasiadas cosas por tu cuenta.

Ella negó con la cabeza sacudiéndola con fuerza.

—Es fácil confundirse. Deseas verlo con todas tus fuerzas. Pero no debe confundirte.

Dot seguía mirándole, como si mirase a través de él. Jones examinó su rostro por encima del borde de la taza de café.

—Que hayas visto algo no significa que sea tu poder. No es tan fácil.

—Hice lo mismo que tú —murmuró Dot; sus ojos le miraron con una graciosa expresión aturdida—. Y funcionó.

—Niña —le advirtió Jones—, eso es solo lo que crees haber visto. Algunos lo buscan toda la vida. Y algunos ni siquiera lo encuentran.

Jones examinó sus ojos.

—Dotty —dijo Maggie suavemente.

—Mamá, sé dónde están.

Maggie negó con la cabeza.

Jones siguió mirando el rostro de la niña. Sacó una bolsa de tabaco y se lio un cigarrillo.

—Dime —dijo Jones finalmente.

Dot apartó la mirada y la dirigió hacia las montañas azules, y Jones sintió que la niña regresaba allí, y pudo ver que sus ojos se desenfocaban.

—Es difícil... pero yo...

El anciano entornó los ojos y la observó mientras la niña se esforzaba por poner palabras a aquellas sensaciones etéreas, y sintió pena por ella. También Maggie la observó con atención.

—¿Te viene algo a la mente? —preguntó él.

—Una libélula. Volaba.

—¿Adónde?

—A todos lados. El desierto. El río. Montañas. Ohhh —gimió—, pensé que sabía dónde estaba Lily.

Maggie quiso decir algo, pero Jones se puso la mano sobre la boca y ella se calló.

—Descríbelos.

—¿El qué? —preguntó Dot con voz somnolienta.

—Las montañas y el río. Háblame primero de las montañas.

Jones se dirigió a sus bártulos y regresó con la pipa y la carraca, se acuclilló junto al fuego, llenó la cazoleta de la pipa y la encendió. Sopló humo sobre Dot. Ella tosió y él mismo empezó a toser con fuerza. Chaco se tendió junto a él, colocó la cabeza

entre sus patas delanteras y miró a Dot y a Maggie con recelo mientras el anciano luchaba por respirar.

Cuando se recuperó, Jones comenzó a sacudir con fuerza la carraca y, a continuación, dijo en voz alta:

—Ahora podemos empezar el viaje. Acudimos a este lugar de silencio en tu busca. Baja tu mirada a nosotros. Crea para nosotros la visión que buscamos... Danos las respuestas que deseamos conocer desde hace tanto tiempo.

Dot gimió.

—Esto es un sacrilegio —Maggie apretó con fuerza el botiquín y su Biblia, como si le sirvieran de escudo protector contra aquel mal. Parecía confundida—. Dot, vámonos.

—No puedo —respondió Dot con los ojos clavados en la tierra—. Sé dónde está. Solo tengo que encontrarla de nuevo. Tienes que dejarme que lo haga —su voz sonaba somnolienta.

—No sabes dónde está Lily, hija. Solo crees que lo sabes —dijo Maggie.

—Deberías marcharte —dijo Jones mirando a Maggie—. Yo te la llevaré de vuelta.

—No. Si le has hecho daño... enseñándole tus brujerías paganas...

—No le he hecho daño. No deseaba esto para ella. Es demasiado difícil para un niño. Pero ahora ella está aquí y debemos ayudarla a entender lo que ha visto.

Maggie se sentó junto a su hija, la rodeó pasándole los brazos por los hombros y cerró los ojos.

—Dios —dijo en susurros.

Maggie abrazó más fuerte a Dot e intentó silenciar en su cabeza el sonido de la voz de Jones.

—Nieta. Las montañas...

Una hora más tarde, Jones volvió a acuclillarse, inhaló humo de la larga pipa y lo sopló sobre la niña dormida. Tenían poco o nada con lo que continuar. Jones supuso que el río era el Río Grande... pero este discurría serpenteante por cientos de millas entre Texas y México.

Quizás la arena del desierto y las rocas eran las tierras baldías de Castellan. Pero eso, también, era tan solo una suposición. Necesitaba más. Pensó otra vez en lo que había dicho Dot: «Es como una cruz». ¿Una cruz? No había ninguna iglesia a lo largo del río que él conociera. ¿Tumbas? Su mente dio un salto hacia delante y el corazón comenzó a latirle desbocado. ¿Estaba Lily ya muerta? ¿Estaba el espíritu de la niña simplemente dirigiéndolos al lugar de enterramiento de Lily?

Dot abrió los ojos y le miró directamente a él. La joven volvía a sonreír. El anciano le devolvió la sonrisa, mostrando su gran diente frontal de oro, todo él hecho de metal amarillo. Chaco gimoteó. Maggie se mordía las uñas.

—Puedo ver a Lily cabalgando —Dot dio una arcada seca, luego volvió a mirar a su abuelo—. Ella estará allí dentro de tres días, abuelo.

—¿Por qué crees que son tres días?

—No lo sé. Simplemente veía durante todo el tiempo el sol atravesando rápidamente el cielo. Tres veces —parecía asustada—. Abuelo, ¿tienes que creerme!

—Te creo, niña —dijo inclinándose hacia delante y abrazándola.

Maggie se apartó.

Se acuclilló bajo el sol brillante, escondido a los pies de las colinas, detrás de una casa solitaria, y dibujó un círculo en la arena. Era el tercer rancho con el que se había topado ese día. Este era bueno. La mujer era buena. La había visto a ella y a un hombre moviéndose por los alrededores de la casa un poco antes. Ella podría ser vendida a un precio razonable. No había ningún otro rancho o ciudad en veinte millas a la redonda y los únicos seres humanos presentes eran un trabajador y una niña pequeña. Cambió el peso del cuerpo lentamente, sintiendo un ímpetu familiar en sus músculos.

Dejó el mechón de pelo rubio en el suelo delante de él con ternura y lo rodeó cuidadosamente con un círculo de brillantes piedras de cuarzo, entonando las palabras conocidas. Era bueno. El Otro estaba libre otra vez e inmediatamente le metió prisa para que avanzara. Él se resistió. Esperaría hasta que oscureciera.

Samuel Jones estaba sentado contemplando la cruz que había trazado en la arena con un palo, y en su mente apareció de repente el apache lisiado. Volvió a sentir peligro y se preguntó por qué. Tomó un café y se obligó a dejar de preocuparse por aquel hombre. De momento, la cruz ya le causaba suficiente desconcierto. Estaba convencido de que se trataba del Río Grande, también estaba bastante seguro de que Dot hablaba del territorio al sur de los Pecos. Pero ¿dónde? ¿Qué cruz? ¿Una torre de iglesia, una tumba, un cruce de carreteras? No se le ocurría nada discernible.

La visión de la niña les había dado una ventaja de tres días antes de que la cuadrilla se adentrara en México. Tres días. Aunque supieran adónde se dirigían, todavía se encontraban a unas cien millas de la frontera. Tendrían que recorrer más de treinta millas al día a través de un calor intenso y un terreno accidentado si querían llegar a tiempo. Imposible. La torda no sobreviviría a eso. Lo intentaría, lo intentaría con todas sus fuerzas, pero simplemente no pensaba que pudiera lograrlo. Ni él tampoco.

Examinó a Dot, que temblaba junto a la hoguera bajo el vigilante ojo de su madre, convencida de que había contactado con el otro lado, que sus visiones de la libélula,

la cruz y Lily eran absolutamente reales. Y es que el hecho de que las visiones le hubieran llegado con tan poco esfuerzo revelaba la pureza de su gran corazón. Echó un vistazo al rostro de Maggie. Tenía todo el derecho de tener esa mirada agitada en sus ojos, pensó. Ella no creía en nada de todo aquello.

Jones pasó el palo por encima del crucifijo que había vuelto a dibujar a sus pies. Estaba de cuclillas sobre una roca pequeña, con las rodillas pegadas a los hombros y una taza de café en la mano. De repente, un fuerte dolor le atravesó el pecho y tuvo que esforzarse por mantenerse erguido, derramando parte del café al levantarse. Sus ojos siguieron la trayectoria del fluido marrón sobre los rastros de la cruz. Enfadado, se dispuso a regresar a la hoguera, luego se detuvo. El conocimiento pareció asaltarle. Eso era. Lanzó su sonrisa de diente de oro a Maggie y el rostro enrojecido de Jones le pareció bestial.

—Sé dónde estará Lily.

Maggie sacudió la cabeza.

—Estoy cansada de tus farsas indias. Se llevaron a Lily al norte... estás acabando con cualquier oportunidad de salvarla aquí abajo.

Maggie dejó que sus pensamientos regresaran a su oración por Brake y James.

—¿Dónde está, abuelo? —Dot se incorporó con dificultad; tenía la frente cubierta de gotas de sudor y el pelo apelmazado y húmedo—. ¿Qué era la cruz?

—Un río mexicano que atraviesa el Río Grande. La cruz la forman los cauces de los dos ríos. Los riscos están a una milla al sur de un lugar llamado Three Hills. Será allí donde vadeen el río.

—Sandeces —dijo Maggie.

Dot miró a su abuelo.

—Voy contigo.

Jones se tumbó sobre la arena. El ayuno, la cabaña de sudar, las largas noches de cantos, el alcohol, todo ello ahora se volvía en su contra. El mundo giraba ante sus ojos cansados. Entonces, repentinamente, sus pensamientos se centraron en el Cojo otra vez, y aquel extraño miedo empezó a corroerle la mente como un animal. Las visiones eran demasiado frecuentes y demasiado poderosas para seguir ignorándolas. Hizo un esfuerzo por ponerse en pie y rebuscó en el interior de sus bolsas de cuero.

—Niña, ponte esto en la cara y los brazos —dijo al tiempo que le ofrecía un saquito de cuero.

Maggie los observaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Dot.

—Tierra roja.

—¿Para qué?

—Para protegerte.

—¿De qué?

Jones vaciló.

—Del mal.

—¿Qué mal?

—Solo hazlo, o no podrás quedarte.

Dot abrió el saco. Maggie ahora se acercaba a ellos.

—Dot... —dijo con un tono firme en la voz.

—Hazlo, niña, o vete —repitió el anciano.

—Dot, nosotros no creemos en esa clase de cosas.

El viejo volvió a esforzarse para ponerse en pie, cogió la bolsita de las manos de Dot y untó el pigmento sobre el rostro tembloroso de la niña, y por sus brazos.

—¡Maldita sea! —gritó Maggie—. Ya es suficiente que hayas perdido tu alma... No enseñarás herejías a mi hija.

Jones se dio la vuelta y la encaró; sus duros rasgos reflejaron ira por primera vez desde su reencuentro. Maggie retrocedió un paso involuntariamente. Él lanzó el pigmento hacia ella.

—Margaret, pónitelo —dijo.

—No lo haré. Y tú, tú será mejor que reces por tu salvación y por lo que le hiciste a madre.

Las palabras lo detuvieron unos segundos. Luego, habló.

—Ama. Puede que tengas razón, pero eso no cambia nada. O te pones esto o te marchas. Estoy seguro de que tu fe resistirá esta prueba.

—No lo haré.

Jones la observó durante unos segundos y supo que no lo haría. El anciano regresó a sus alforjas y sacó un collar de piedras azules y un pequeño saco de piel y lanzó ambos objetos a Maggie.

—Entonces, ponte este collar y guarda la bolsita en el bolsillo.

—Es ridículo —replicó ella, cruzándose de brazos; a continuación, sacudió la cabeza—. Magia negra.

—Ama. Coge el collar y la bolsa, o me llevaré a la niña cuando duermas y desapareceré con ella. No nos encontrarás.

Maggie se giró y lanzó la mirada a la lejanía, mordiéndose el labio por la ira. Sabía que era capaz de hacer lo que decía. Finalmente, Maggie se giró, cogió las cosas que le ofrecía y se las metió en el bolsillo del abrigo.

El acechador permaneció en las sombras apoyado contra un lateral de la casa y observó a la mujer a través de la fina abertura de la cortina. Esperaría. Cerró los ojos y escuchó. La noche era silenciosa. Antes había oído hablar a la niña, pero durante un rato nadie más había hablado en la casa. Abrió los ojos otra vez y observó a la joven mujer a través de la rendija de luz de quinqué. Estaba preparándose para acostarse y lavándose la parte superior del cuerpo. Parecía relajada. No tenía ni idea de que estaba siendo observada.

No había escuchado al hombre desde hacía un rato. Quizás se había ido a la cama, pero algo dentro de su cabeza le decía que no. Había cazado blancos durante mucho tiempo. Era extraño que alguien que viviera en plena naturaleza se fuera a la cama sin salir fuera y escuchar atentamente la noche, para comprobar el ganado.

El acechador estaba apoyado levemente relajado contra la pared, cuando, de repente, una ráfaga de viento frío bajó de las colinas, lanzando con fuerza arena y hojas contra la casa. La mujer se giró rápidamente y miró a la ventana con expresión de sorpresa, y él se echó hacia atrás escondiéndose en las profundidades de las sombras. Luego escuchó otra vez la voz del hombre y supo de forma instintiva que iba a salir a contemplar la noche. El acechador se apartó de la ventana y se movió rápidamente hacia donde el perro yacía sobre un charco de sangre. Lo escondió entre los matorrales cercanos y luego desapareció en la oscura quietud del establo.

—¡Ven aquí, Kelsey! —aulló Bob Johnson.

Había estado llamando al perro durante los últimos cinco minutos. Probablemente andaría persiguiendo mapaches en el maizal otra vez, pensó Bob. Sin embargo, siempre acudía cuando le llamaba. Johnson bajó del porche y respiró profundamente el aire de la noche, oliendo las flores blancas de la pluma apache y los matorrales de creosota. El aire era puro y seco. Amaba ese lugar. Sabía que Ethel no estaba tan entusiasmada. Ella odiaba la soledad. Y ahora, con los niños cada vez mayores, no le faltaba parte de razón. Quizás deberían intentar vender la casa y trasladarse a una ciudad. Tal vez Colorado. Había oído que había buenas tierras por allí. Se estiró y levantó la mirada a la luna. Era una luna casi llena, unos hilos de nubes blancas pasaban sobre ella y el negro cielo estaba repleto de estrellas. Johnson se dispuso a subir los escalones del porche hacia la casa. Luego se detuvo, se dio media vuelta y miró el establo.

La puerta estaba ligeramente abierta y podía ver la débil luz de un quinqué con la llama baja, pero Hadley, el jornalero, no se había molestado en salir a ver qué ocurría. No era propio de él. Normalmente era tan entrometido que llegaba a resultar irritante.

Bob Johnson se acercó al establo, abrió la puerta aún más y se quedó clavado en

el suelo, con todos los músculos tensos. Ella estaba sentada en una bala de heno y le daba la espalda; llevaba la cabeza cubierta con un sombrero celeste. Johnson sonrió. El viejo Hadley debía estar viéndose con alguna mujer, por eso no había respondido a los gritos. Pero ¿de dónde había salido ella? No había ningún carro allá fuera. Debió de llegar a caballo, pero sin duda el perro le hubiera ladrado. Y la ciudad más cercana se encontraba a veinte millas.

Algo no cuadraba. Durante todos los años en los que Bill Hadley había trabajado allí, el ranchero jamás le había visto decir nada más que hola a una mujer. Aguzó el oído. El establo estaba en silencio y reinaba una extraña sensación de expectación. Incluso los animales parecían estar escuchando. No le gustaba. La mujer no se había movido. El quinqué ardía bajo en la pared frente a ella, arrojando un pequeño círculo sombrío de luz tenue, recortando su silueta y haciendo que el resto del interior del establo pareciera incluso más oscuro.

Johnson dio un paso adelante.

—¿Hadley? ¿Señora?

La mujer no se movió y continuó sentada como si se hubiera quedado petrificada por el terror. Él se movió a un lado, abriéndose paso entre las herramientas de la granja y acercándose lentamente a ella. Ahora sabía que algo no iba bien... pero no tenía ni idea de qué era. Recogió el martillo de herrero del yunque, entró en el tenue círculo de la luz del quinqué y observó el rostro bajo el sombrero. Era Hadley.

Le habían partido el cráneo en una salvaje V. Le habían colocado en esa posición: el sombrero atado bajo la barbilla, las piernas cruzadas y apoyadas en las balas de heno. Le habían rajado la cavidad torácica y su corazón había desaparecido.

Instintivamente, Johnson se giró hacia la pared de oscuridad que había a su espalda y recibió una puñalada profunda en las tripas. El cuchillo se movió rápido e implacable. Sus manos se abrieron y cerraron y el martillo cayó; intentó cerrar los puños para golpear el aterrador rostro con aspecto de máscara que le observaba en la oscuridad, pero no tenía fuerzas. «Dios», fue todo lo que logró decir. Quería sentarse, pero no sabía cómo.

El acechador abandonó el establo y avanzó por el porche tan sigilosamente como pudo, pero los tablones crujieron bajo su peso. Respiraba con fuerza. Se volvió a inclinar cerca de la ventana y miró dentro. La mujer peinaba el cabello de la niña. Esta debía tener unos cinco o seis años. Podrían darle algo por ella, si no lloraba y les causaba problemas. Pero si lo hacía, no valdría nada. Se dirigió a la puerta y tiró del pestillo tan silenciosamente como pudo.

—¿Robert? —llamó la mujer desde el dormitorio, su voz estaba embargada por el miedo.

Él se tensó; no habría ninguna sorpresa. De repente, la mujer se encontró frente a él, con la niña abrazada a su cintura y a una muñeca. La mujer intentó desesperadamente amartillar la pistola y apuntar. La niña dio media vuelta y corrió frenéticamente hacia el dormitorio. Él disparó sin dudarlo, alcanzando a la niña en un

costado y esta cayó en el suelo gritando y retorciéndose, su madre se quedó simplemente de pie y mirando fijamente el origen de la explosión, como si no pudiera comprender qué había ocurrido. Luego dejó caer la pistola, se derrumbó con las piernas extendidas y colocó a su hija herida sobre su regazo.

Habían cabalgado sin parar desde la mañana. Iban al paso o al trote. Jones marcaba el paso. Maggie y Dot se limitaban a seguirlo. Con frecuencia, durante los trotes, él se bajaba y se sujetaba al cuerno de la silla con solo una mano y corría junto a la vieja yegua con un paso largo como de pavo real. Eso es lo que hacía ahora, y parecía tener más energía... avanzaba hacia algún lugar con un propósito.

Los rayos vespertinos del sol del desierto abrasaban sus cuerpos con fiereza, pero parecía que nada podía detener al anciano ni a su pequeña yegua, ni su demente carrera con dientes rechinantes a través del territorio. Chaco hacía equilibrios detrás del anciano, sobre la grupa de la yegua. Dot los seguía montada en Alice con la pintura roja en la cara y los brazos. La mula mantenía la cabeza agachada y pegada a la grupa de la vieja yegua. Más alejada, como si estuviera decidida a quejarse a cada paso, cabalgaba Maggie. Se levantaban nubes de fino polvo que ondeaban sobre ella, recubriéndola de una película de sudor embarrado.

Era una tierra árida, casi todo arena, llanuras alcalinas y romerillo, un lugar de riadas repentinas y poco más. Jones supuso que todavía se encontraban a unas sesenta millas de la frontera de México. Una extensión imponente de dunas se alzaba como olas oceánicas en la lejanía; cactus y creosota más cerca. Había lagartos y algún que otro correcaminos y muchas reinitas en los matorrales. De vez en cuando los caballos o la mula daban una patada a una liebre. No mucho más. Era un terreno sediento y de escasas cosechas. En la distancia, en todas direcciones, se veían altas montañas yermas.

A Jones le dolían los pulmones y jadeaba con fuerza mientras andaba a grandes zancadas. Estaba perdiendo desesperadamente su energía y resistencia. Se había hecho a la idea de que Maggie nunca le dejaría explicarse. Ahora estaba intentando acostumbrarse al agotamiento que le invadía el cuerpo y la mente.

La torda también estaba empezando a apagarse, tropezándose con pequeñas cosas, la fatiga y la falta de agua le estaban pasando factura. Dot azuzó a la mula a medio galope y avanzó hasta alcanzar a la yegua y al anciano, que por entonces marchaban a un tortuoso trote. Parecía preocupada.

A cuarenta y siete grados centígrados, Mannito le había dicho que un hombre expuesto al sol del desierto podía durar un día sin agua. Un día. Ella no sabía cuánto tiempo podían aguantar los caballos o las mulas. Quizás más, o quizás menos. Lanzó la mirada a la lejanía observando cómo danzaba el aire bajo el sol implacable y

calculó que la temperatura debía de ser de unos cuarenta y seis grados. A ella y a su madre les quedaba un poco de agua, pero los animales no habían bebido desde la noche anterior.

—Necesitamos agua, abuelo. Y necesitamos dejar que la torda descanse.

Él no respondió. Ni tan siquiera la miró, solo continuó corriendo junto a la yegua gris.

—Si no conseguimos agua para estos animales, abuelo, van a morir bajo nuestras piernas —le advirtió.

Chaco ladró a la joven. Jones dijo algo a la yegua que Dot no pudo entender y la torda bajó la marcha hasta avanzar pesadamente al paso, con la cabeza rozando el suelo como si ya no pudiera cargar con su propio peso. Dot estaba preocupada por ella. Parecía derrotada.

El anciano dejó de andar y con los ojos entornados observó las colinas circundantes. Se movió lentamente dibujando un círculo, como si no tuviera ni idea de que Dot y Maggie estuvieran a unos cuantos pies de él bajo la abrasadora luz solar. Maggie le miró con recelo. El rostro del anciano todavía estaba rojo, asombrosamente seco para un hombre que había estado trotando bajo aquel calor junto a su montura, de manera intermitente, durante las últimas cuatro horas. Se cubrió los ojos con la mano y examinó una cordillera. De repente, pareció preocupado por algo.

—¿Abuelo?

—He estado aquí antes —dijo como abstraído.

—¿Hay agua?

Jones no respondió. Se apartó de la yegua y avanzó unas cuantas yardas en dirección a la lejana cordillera, de un color morado polvoriento bajo la bruma vespertina, y la observó como si fuera algo que no quería ver pero que no podía dejar de mirar.

—¿Por dónde? —le preguntó Dot.

El anciano se giró y miró las montañas que tenía a sus espaldas; sus largos brazos colgaban a ambos lados como si de repente se hubiera quedado aturdido por un golpe invisible. Las arrugas de su rostro, alrededor de los ojos y la boca, comenzaron a cambiar hasta que se dibujó un extraño semblante de pánico.

Dot azuzó a la mula y cabalgó hasta él. Alargó el brazo y puso una mano en el hombro del anciano.

—Abuelo, ¿qué ocurre?

—He estado aquí antes —volvió a murmurar.

—Eso es bueno. Entonces sabes dónde hay agua.

Esperó unos segundos para que él la mirara.

Maggie cabalgó junto a Dot y se quedó mirando con los ojos entornados al anciano.

—Cielo, tenemos problemas. O bien está sufriendo demencia por insolación o simplemente está demasiado viejo y débil mental. En cualquier caso, no tiene ni idea

de dónde estamos.

Dot sacudió la cabeza.

—No. El abuelo no está perdido. Solo está pensando. Nada más.

—Dot, no puedes hacer caso a ese viejo.

—No lo hago. Hago caso a otra cosa.

—¿Qué? —preguntó su madre, limpiándose el sudor de la frente con el brazo.

—No estoy segura.

Maggie escudriñó su semblante durante unos segundos.

—¿La libélula?

—Tal vez.

—Las libélulas no hablan.

Dot no contestó, y se giró de nuevo hacia Jones, que seguía examinando la lejanía.

—Abuelo, ¿tenemos que dar marcha atrás para conseguir agua?

El calor la aplastaba como un puño. El anciano la ignoró. Luego, lentamente, echó a andar hacia una cadena de colinas bajas de color pardo a una milla de distancia bajo la brillante luz del sol, moviéndose como si lo arrastrara una fuerza invisible contra su voluntad. Paró a la vieja yegua y volvió a montar, y a continuación se dirigió hacia las colinas pardas.

—¿Lo ves? No se ha perdido —dijo Dot.

Maggie se limitó a sacudir la cabeza.

La torda se desplomó sobre sus rodillas en la boca del cañón, Chaco saltaba de su grupa al suelo y de nuevo a la grupa con nerviosos brincos. Jones permaneció junto a ella, contemplando el cañón como si temiera que un oso pardo fuera a salir de allí rugiendo en cualquier momento. Parecía profundamente alterado, con la boca entreabierta y los ojos escudriñando las rocas de los alrededores en busca de alguna pista que Dot no llegaba a comprender.

Se acercó a gatas a la yegua y le dio de beber su última ración de agua, vertiéndola en la corona de su gorro de fieltro y sujetando la cabeza de la torda para que pudiera beber al tiempo que le hablaba. Cuando no quedó más agua, Dot se levantó para proporcionar con su cuerpo algo de sombra sobre la cabeza de la yegua y la abanicó con su sombrero. El calor era oprimente y Dot estaba empapada de sudor.

Buscó signos de la presencia de agua: manchas en las paredes del cañón, nubes de moscas, pájaros entrando en el lugar, cualquier síntoma de humedad, pero no vio nada que aliviara sus temores. Había planta de alcanfor y jara amarilla, y sabía que a estas plantas les gustaba el agua, pero también sabía que sus raíces podían penetrar la tierra a una profundidad de cientos de pies. El anciano seguía observando el cañón de aquella forma aturdida.

—¿Qué ocurre, abuelo? —preguntó Dot mientras se secaba el cuello con un pañuelo.

No respondió. La torda se agitó y permaneció en pie con el hocico inclinado hacia

el suelo. Dot la abrazó. Luego una brisa refrescante sopló procedente del cañón y fluyó como un río de aguas frías a través del aire caliente. Las orejas de Alice se aguzaron, la mula apuntó la nariz hacia arriba y respiró profundamente, luego resopló y salió corriendo. Dot la retuvo y se montó en la silla, luego se volvió a su madre sonriendo.

—¡Agua! —gritó.

Podía sentirla en las frías corrientes que fluían a su alrededor. Las tres monturas comenzaron a avanzar a paso ligero por el cañón. Dot tiró de las riendas de Alice para frenarla al paso y Maggie la alcanzó. Sin jinete, la torda salió corriendo adelantándose a ellas, y Chaco iba haciendo equilibrios y ladraba frenéticamente sobre su grupa. Dot miró atrás hacia el anciano. Este contemplaba idiotizado las descomunales empalizadas de arenisca que formaban el enorme cañón, profundamente afligido por algo.

—Abuelo, vamos —le llamó.

Era un lugar hermoso. Colinas romas con un cielo azul porcelana allá arriba, el aire húmedo y cargado de aromas de plantas y, más adentro, los sonidos de los pájaros y el viento entre las hojas. Dot vio chamiza y otras salicornias, señales infalibles de la presencia de agua en superficie, y entonces supo que no morirían de sed. Al menos, no allí.

A mundos de distancia del árido desierto que se extendía al otro lado de su entrada, el cañón estaba abarrotado de sauces y álamos, un tupido manto de abundante hierba tocosa, y en los claros Dot podía ver huellas de ciervo. Era maravilloso. Amapolas mexicanas, joyas de Arizona y margaritas de pies negros. Un paraíso escondido.

Dot echó la vista atrás por encima del hombro otra vez. El anciano no les seguía.

—¡Abuelo! —gritó, pero él no respondió—. Regresaré a por ti.

El aliento de Dot quedó congelado en su garganta cuando dobló la curva del cañón y vio los carromatos. Maggie sujetó las riendas del ruano hasta pararlo, el animal tiraba para seguir avanzando hacia el agua. Alice también bailoteaba. Dot sujetó las riendas con fuerza.

—¿Mamá?

—Pasó hace mucho tiempo.

El cañón estaba en silencio. Maggie continuó avanzando y Dot la siguió, incapaz de apartar la mirada de los carromatos. Había seis y las lonas estaban raídas y hechas jirones por los muchos años bajo el sol. Nada se movía.

Dot bajó con cuidado de la mula y caminó vacilante hacia los carromatos. Vio esqueletos en los asientos, bajo las literas de los carromatos, detrás de las rocas que no les habían servido de parapeto. Todavía iban vestidos, aunque las ropas no eran más que retales putrefactos. Los hombres habían muerto aferrados a sus armas y las mujeres a sus hijos. Los bueyes habían sido sacrificados a tiros en sus arreos... sus enormes costillas y espinazos desteñidos por el sol estaban expuestos al aire. Dot

avanzó lentamente por la hilera respirando agitadamente.

—¿Cómo es que nadie los ha enterrado?

—Somos los primeros en encontrarlos.

Dot se derrumbó junto a algo en la arena y comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás, gimiendo. Maggie se acercó a ella. Dot estaba sentada junto a los restos de una niña pequeña, de unos cinco o seis años, su vestido rojo estaba casi totalmente cubierto por la arena y todavía sostenía una muñeca en descomposición entre los huesos de sus dedos. Dot alargó una mano temblorosa y tocó la tela, luego la separó rápidamente como si le hubiera mordido. Maggie se arrodilló y la abrazó, escuchando un suave eco que flotaba en el viento del cañón... el viento lloraba como lo había hecho el día que murió su madre. Eran los susurros de sueños perdidos, pensó ella.

—Mamá, ¿por qué?

—Indios —dijo Maggie, como si esa palabra lo explicase.

Dot se puso en pie lentamente, se dirigió al carromato más cercano y sacó una pala oxidada de un lateral, luego regresó junto a la niña. Y comenzó a cavar.

Maggie no dijo nada. Miraba los carromatos. Dot sintió que algo iba mal y dejó de cavar, luego siguió la mirada de su madre hacia donde estaba el anciano sentado con las piernas cruzadas junto al último carromato, fumando su pipa y cantando con fuerza. De vez en cuando dejaba la pipa sobre el suelo y agitaba su carraca navajo. Luego rompió en un canto funerario que sonaba a hondo lamento y que hizo que a Dot se le pusieran los pelos de punta sobre su piel caliente.

Maggie echó a andar lentamente y con determinación hacia el anciano. Dot la siguió.

—¿Mamá?

No respondió, solo continuó andando hasta pararse directamente delante de Jones. Él se había desnudado el torso y solo llevaba el taparrabos y los mocasines y hablaba consigo mismo en un idioma que Dot no reconoció. Parecía estar delirando.

De pie sin sombrero bajo el duro sol de junio, Maggie lo miró con ojos entrecerrados mientras el anciano ofrecía el humo purificador y cantaba el canto funerario de los emigrantes. Cuando por fin habló, fue con una voz que su hija nunca había oído antes.

—Tú estuviste aquí.

Jones dejó de cantar y clavó la mirada frente a él como si reflexionara sobre sus palabras.

—Tú estuviste aquí, ¿verdad? ¿No es eso lo que has dicho? —la voz de Maggie fue subiendo de volumen—. Que tú habías estado aquí antes.

El viejo permaneció sentado en silencio sobre la arena.

—¿Abuelo?

Él comenzó a cantar otra vez.

—¡Estuviste aquí! ¡Ayudaste a masacrar a toda esta gente! —Maggie desenfundó su pistola y le apuntó—. ¡Y ahora estás celebrando tu maldita victoria india!

—Mamá, no —suplicó Dot; luego miró con desesperación a Jones—. Abuelo, díselo. Dile que tú no sabes nada de lo que pasó aquí. Dile que encontraste este sitio por accidente.

El anciano levantó la mirada hacia ella con una expresión aturdida.

—¿Abuelo?

Continuó mirando ciegamente su rostro, como si estuviera mirando a través de él hacia algo que había en el cielo. Luego se aclaró la garganta y dijo:

—Yo estuve aquí.

La detonación aturdió a Dot durante unos segundos. No se podía mover, ni podía verle claramente a través de la nube de humo.

—¡Mamá, no! —gritó Dot. El anciano seguía sentado. Dot se arrodillo bruscamente junto a él, temiendo mirarle—. ¿Abuelo? ¿Te ha dado?

—No. Apártate.

Dot miró con ira a su madre.

—¡Has intentado dispararle! ¿Por qué? Solo tiene insolación.

Jones ahora se esforzaba por ponerse en pie y finalmente volvió a sentarse en la arena con una mirada hechizada en los ojos.

Maggie dio medio vuelta y se dirigió lentamente hacia los animales con los hombros caídos. Jones ahora cantaba en voz baja mientras sus ojos examinaban las alturas del cañón. Chaco estaba sentado a su lado, temblando bajo la abrasadora luz del sol.

—No —dijo Dot.

Maggie se sentó a la sombra del cañón blandiendo todavía la pistola y mirándolo, pero la pugna en su interior se había esfumado. Durante unos instantes había querido destruirlo. Luego, a pesar de lo mucho que detestara lo que él le había hecho a su madre y a esa gente, sabía que no sería capaz de hacerlo.

En algún lugar de su interior estaba sintiendo cosas que no quería reconocer. Fueran lo que fuesen esos sentimientos, la desorientaban profundamente, removiéndose en su interior como una criatura que se escabulle de las ataduras de los sueños. Volvió a mirarlo, atraída de una manera curiosa hacia aquel anciano.

Luchando contra esas emociones, Maggie se esforzaba por encontrar razones para odiarle. Odiar sus costumbres indias. Dejó que su mente vagara y sus pensamientos retrocedieron once años hasta el día en que perdió a Thelma y a Julia, la esposa de Mannito. Sintió un escalofrío.

Los apaches salieron de las colinas a primera hora de la mañana. Brake y Mannito se habían ido a la parte alta del valle para marcar terneros. Las tres mujeres se habían levantado al alba y Thelma y Julia se turnaban para ordeñar la vaca delante del prado. Maggie se estremeció. Les dispararon allí, las mataron sin ningún motivo.

Miró a su alrededor, como si buscara una salida del recuerdo que había desatado.

Pero no había salida. Todavía podía verlas corriendo bajo la luz de la mañana y lanzando los brazos súbitamente hacia delante como si fueran saltimbanquis de un circo. Maggie contempló con tristeza las paredes de arenisca que la rodeaban.

Se moriría odiando a los indios. Aquellos que se habían llevado a Lily. La mujer. A todos ellos. Y su padre no era mejor. Él los había elegido a ellos. Un hombre de libre albedrío. Y, algún día, Maggie estaba segura de que ese hombre tendría que responder ante su Hacedor.

Dirigió la mirada hacia la fina franja de cielo azul sobre el cañón.

—Dios. Sé que existes. Ayúdame. Ayúdame a encontrar a Lily. Y ayúdame a saber qué debería hacer con él. Por favor.

Maggie escuchó el viento, esperando oír una voz celestial. No hubo nada. Entonces recordó el collar y la bolsita que él le había dado para protegerla de sus demonios absurdos. Se revolvió asqueada y los sacó del bolsillo y, a continuación, los enterró rápidamente en la arena, preguntándose si habían pertenecido a su fulana india. No importaba. Pero, tal vez, fueran la razón de que Dios no le hubiera respondido. Pidió perdón por haber llevado aquellos objetos paganos y luego volvió a rogar por alguna señal que le indicara dónde encontrar a Lily.

El anciano estaba terminando su paseo ritual a través de los carromatos, realizando una pequeña ceremonia en cada uno de ellos, soplando humo sagrado, cantando y entonando ensalmos. Maggie no dejó de observarle. «No existe ningún vínculo entre nosotros», dijo en voz baja, como si quisiera acallar las nuevas sensaciones que la atravesaban como vientos. Y para reforzar el antídoto, siguió pensando en cosas que le desagradaban de él.

Odiaba su hipocresía moralizante. Ahí estaba, gimoteando sus encantamientos paganos sobre los huesos de sus víctimas. Y no eran estas personas las únicas que él había matado y cuyas muertes había llorado. En primer lugar, estaba su madre. Y Maggie sabía que mucho tiempo atrás algo murió en lo más hondo de ella por culpa de él. Algo que su madre necesitaba desesperadamente para sentirse plena. Él permitió que sufriera y luego muriera. Ahora ya solo quedaba la terrible sensación de nostalgia en su interior.

La noche caía en el cañón cuando Dot regresó. Su cara y sus brazos seguían cubiertos del pigmento rojo y parecía agotada. Los ignoró a ambos y comenzó a arrancar matas de hierba y se las llevó a la torda. Luego cogió la pala oxidada y siguió cavando la tumba para la pequeña con una expresión de determinación en el rostro.

Jones se acercó donde estaba arrodillada la niña y su sombra la cubrió.

—He cantado sus cantos funerarios —dijo en voz baja—. Ya es suficiente.

Dot dejó de cavar y miró el interior del pequeño agujero en la tierra durante unos segundos, luego levantó lentamente la cabeza y lo miró a los ojos.

—No tienes ningún derecho. ¡Ningún derecho en absoluto a decir nada sobre

ellos!

—Debemos encontrar a Lily.

Ella sacudió la cabeza.

—Nos queda poco tiempo.

—Ya no te creo.

—Entonces cree en la libélula.

—Mamá tiene razón. Son todo tonterías.

Jones examinó su rostro durante unos segundos.

—Gracias a ella sabemos dónde está Lily. Tenemos un día, quizás dos. Después, ella desaparecerá en México.

Dot se tensó, pero no mostró ninguna señal de que fuera a responderle.

—Necesito tu poder —continuó él—. Tu hermana te necesita.

Dot se limitó a sacudir la cabeza con los ojos clavados en la nueva tumba. Jones la observó durante unos segundos y luego montó en la torda.

Samuel Jones penetró lentamente en el cañón desolado. Vireos ojiblanco trataban su canción vespertina desde los matorrales de mezquite. Había cabalgado solo la mayor parte de su vida, pero nunca tan solo, nunca antes había experimentado esa sensación de oscura soledad.

De repente, sus pensamientos vagaron al apache cojo y a una niña pequeña blanca que no conocía. Ni había visto nunca. Lo único que sabía con total certeza era que la niña estaba malherida. Quizás muerta. No sabía cómo lo sabía... simplemente, el pensamiento estaba allí, en su mente. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Es que su mente, a medida que iba desvaneciéndose, le hacía ver cosas que no existían? ¿Estaba simplemente recordando lo que ocurrió allí en aquel cañón hace tanto tiempo? No. Él no era del tipo de hombres que usaban la edad o la muerte como excusas. Pensaba en el lisiado y en una niña pequeña blanca y un acto desesperado. Algo que ya había ocurrido. De eso estaba seguro.

Un sentimiento de desesperanza lo envolvió... pensamientos sobre aquel hombre que distrajeran su atención. Luego el rostro de Lily apareció ante sus ojos flotando dentro de un extraño círculo de luz. Pestañeó y de repente el bello semblante y el círculo brillante desaparecieron. Jones espoleó la torda al trote.

Solo cavaron tumbas superficiales en la tierra para los niños más pequeños. E incluso así, ya era noche cerrada cuando por fin acabaron, y Dot jadeaba y gemía. No tenía nada que ver con el cansancio, solo con la necesidad de dejar escapar los terribles sentimientos atrapados en su interior.

Se arrodillaron y Maggie entornó los ojos bajo las sombras cada vez más profundas de la noche y leyó un pasaje de la Biblia. Después, Dot se levantó con

cansancio y la miró: la piel de su madre era como de alabastro y sus rasgos le recordaban a los de aquella diosa romana que Dot había contemplado miles de veces en el estereoscopio que tenían en casa. Bella, fuerte y digna. Maggie estaba cubierta de sudor y tierra, y parecía exhausta. Dot la amaba. Aunque Maggie no creyera en la visión, Dot sabía que no la abandonaría a ella ni la búsqueda.

—Gracias.

Maggie sonrió.

—Tienes un buen corazón. Nunca lo pierdas.

Volvieron a beber y luego Maggie se lavó y se puso ropa limpia. Después, dejaron a Alice y al ruano en el agua y les observaron absorber el líquido mientras los costados de sus barrigas se llenaban hasta que pareció que iban a reventar. Dot no se quitó el pigmento rojo. Y Maggie no la presionó.

—Deberíamos llegar a casa en tres o cuatro días.

Dot estaba de pie junto a Alice, frotando las orejas de la mula.

—No puedo —dijo.

Maggie simplemente permaneció sentada mirando la arena.

El rastro de Jones las condujo a las profundidades del bello y salvaje cañón a lo largo de muchas millas. Luego viraba bruscamente hacia un estrecho paso por la roja arenisca y comenzaba un ascenso por cumbres más altas. Cuando hubo suficiente luz de luna para ver, siguieron las marcas de los cascos de la torda en la tierra. Pero no era necesario. Alice seguía el olor y desentrañaba frenéticamente el rastro como un sabueso.

Continuaron incluso después de que la luna se perdiera tras nubes oscuras, haciendo imposible ver mucho. Alice continuó caminando fatigosamente, olisqueando y bufando sobre la senda; su paso era decidido y regular y Dot confiaba en su habilidad para descifrar el rastro en la vasta laguna de negrura que los rodeaba.

Habían abandonado las montañas y ahora avanzaban por ondulantes colinas y dunas de arena. Dot podía distinguir las siluetas de mezquites y unos cuantos robles Harvard. Aunque cabalgaban rodilla con rodilla, ella y su madre no hablaron durante un rato, hasta que Dot se giró y la miró.

—Va hacia el río —dijo Dot suavemente—. Lily está allí. El abuelo conoce el lugar que le describí y es allí a donde va.

Maggie no respondió.

— SIETE —

Los caballos habían estado avanzando por matorrales de salazaria y el frío aire nocturno picaba por el aroma especiado de las plantas. Con la luna tras las nubes, cualquier posibilidad de ver a cierta distancia había desaparecido. Escudriñando la oscuridad, Dot suponía que debía haber agua cerca porque podía distinguir las sombrías formas de álamos recortándose contra el horizonte. Los árboles le recordaron su hogar y sus pensamientos volaron dolorosamente a su padre, a Mannito y a Lily. Dos de ellos perdidos.

Se sacudió la tristeza y recordó cosas que solía hacer con Lily. Aunque era seis años mayor, su hermana siempre había tenido tiempo para ella: jugando con palitos o muñecas, con marionetas o aprendiendo versos, enseñándole a vestirse o simplemente hablando. Si algo le preocupaba, siempre acudía a Lily. Y ahora se había ido.

Los caballos avanzaban sin descanso hacia las vagas siluetas de los árboles. Miró la maleza que la rodeaba. Hierba de pelusa y arbustos de yodo. Pasto pobre. Habían estado buscando hierba para los animales el último par de horas. Maggie se removió en la silla y Dot la miró.

—¿Qué le harán a Lily?

La pregunta pareció sorprender a Maggie, que continuó mirando el cuello de su caballo durante unos segundos y luego desmontó.

—Dejemos que los animales pasten un rato.

Sacó el reloj de plata de Brake, fingiendo comprobar la hora y estudiando la pequeña fotografía de ella y Brake, temblaba con fuerza. Dot siguió observando su rostro.

—Mamá, ¿por qué no me lo cuentas?

—No quiero contarte cosas que ni yo misma quiero saber —dijo Maggie, poniéndose de cuclillas y apoyando el reloj sobre una roca pequeña; a continuación echó la cabeza hacia atrás para contemplar los cielos.

—Tienes que decírmelo.

Maggie la miró otra vez y luego contuvo la respiración.

—Quizás la vendan.

—¿Como una esclava?

Maggie asintió.

—¿Por qué?

Maggie no dijo nada.

—¿Mamá? —Dot sonó asustada.

Maggie volvió a bajar la mirada a la arena y sacudió la cabeza.

—¿Mamá?

—Para criar.

—No entiendo.

Maggie sacudió la cabeza.

—Solo para criar.

—¿Le harán daño?

Maggie se levantó rápidamente y se apartó de su hija, luchando por silenciar el grito que brotaba de su garganta. Se había olvidado el reloj.

Dot observó los animales pastando un largo rato. La idea de criar le ponía enferma. Debían rescatar a Lily antes de que ocurriera.

Estaban sentadas cerca de sus animales en el terreno llano y arenoso cuando les llegó un ruido procedente de los álamos. El ruano y la mula aguzaron las orejas y observaron las sombras al borde de la línea de árboles. Maggie y Dot se quedaron petrificadas y luego, lentamente, se arrodillaron y miraron por debajo de la barriga del caballo en dirección al ruido.

—¿Has visto algo?

—Tengo localizado el lugar —dijo Maggie en voz baja—, pero no puedo ver nada. ¿Y tú? —se puso de pie y deslizó silenciosamente el rifle en la silla de montar, por debajo del estribo.

—No.

—Lo más probable es que no sepan que estamos aquí. Y mejor que siga siendo así. Aprieta las cinchas mientras vigilo. Nada de ruidos. Luego, nos vamos de aquí.

Dot se levantó y rebuscó nerviosamente en el interior de su alforja durante unos segundos, y al final sacó algo pequeño y de aspecto sucio y lo sujetó en la mano.

—¿Qué es eso?

Dot vaciló.

—La garra de águila que el abuelo le dio a Lily. Ayuda a una persona a huir del peligro.

Maggie no dijo nada en ese momento. Solo continuó escudriñando las oscuras siluetas de los árboles en la distancia; luego giró la cabeza y miró a través de la oscuridad a su hija hasta que los ojos de ambas se encontraron antes de hablar.

—Tira esa cosa —dijo con firmeza—. Venga. Antes de que te hagas daño con eso.

El acechador había dejado a la cautiva y a su hijita herida montadas en una posición cruel en el caballo; había atado un nudo corredizo con fuerza alrededor del cuello de la mujer, con la cuerda tensada de manera que la mujer estaba forzada a cabalgar inclinada sobre la niña para evitar ahogarse. Luego había atado juntas sus muñecas con tanta fuerza que la mujer ya no podía sentir las manos; las correas estaban atadas al cuerno de la silla con la suficiente holgura para que

podiera sujetar a su hija. A duras penas.

La mujer estaba desesperada. Había intentado suplicarle, pero en cada ocasión él la golpeaba o pateaba con fuerza el flanco de su caballo haciendo que el animal corcovease. Ella dejó de intentarlo, temiendo que se le cayera la niña. Sabía que si eso sucedía, él la abandonaría allí para que muriese.

No podía dejar que muriese. La niña ahora gimoteaba y la mujer comenzó a cantar con una voz alucinada, preguntándose por qué su esposo no había regresado del establo.

El apache estaba torpemente agachado sobre su pierna deforme e investigó el lugar donde había escuchado voces. Su medicina era buena: a pesar de la oscuridad, el pequeño reloj brilló. Lo recogió, encendió una cerilla y examinó la imagen del hombre y la mujer; su corazón comenzó a latir más rápidamente, sintiendo que ya había visto antes a los dos. Luego la cerilla se apagó y dejó de estar seguro. Había algo en sus rostros. Algo. Se tensó cuando sus pensamientos volaron hacia el viejo gigante.

Rápidamente avanzó renqueando sobre la arena, explorando el terreno en círculos cada vez más amplios. No encontró nada que le indicara que el delgado estuviera cerca; sus pensamientos regresaron a los espíritus de la gente de la fotografía, encendió otra cerilla y observó sus rostros. ¿Por qué le habían traído a la memoria al viejo? No lo sabía. Frustrado, levantó la mirada, observó a la mujer luchando por sujetar a su hijita herida y se sintió mejor.

Maggie y Dot habían cabalgado sin parar durante varias horas cuando el borrón amarillo de la luz de una hoguera entre los árboles las detuvo en seco. Dot sintió que Alice se encorvaba preparándose para rebuznar y saltó hacia delante para sujetarle el hocico a la mula.

—Ni se te ocurra —susurró al animal en la oreja—. No tenemos ni idea de quién es. Como no tengas cuidado, Alice, puedes acabar hecha filetes antes de que amanezca.

Maggie desmontó y sacó la pistola, entornando los ojos hacia la luz y escuchando.

—Más de una voz —dijo.

—Una es la del abuelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Alice está temblando. Siempre lo hace cuando está cerca de él. Debe de haber acampado con alguien —se calló unos segundos—. Aunque no es propio de él —se escuchó un tono de preocupación en su voz.

—Eso es lo que estoy pensando —dijo Maggie.

Retrocedieron sobre sus pasos con el caballo y la mula por el sendero casi una milla, manearon y ataron a los animales en un bosquecillo de sauces, lo

suficientemente lejos para que, incluso si Alice rebuznaba para ahuyentar serpientes, el sonido no llegara al campamento. Convencida de que era una hoguera de hombres blancos, Maggie obligó a Dot a limpiarse el pigmento rojo de la cara y los brazos. Luego regresaron sigilosamente y observaron el manchón de luz amarilla que todavía ondeaba suave y amenazadoramente a través de altos árboles, y escucharon las voces subiendo y bajando de volumen entre las sombras. Maggie encabezó la marcha con la pistola desenfundada.

Samuel Jones estaba sentado sobre la torda, tenía los brazos fuertemente atados a la espalda. Todavía llevaba el taparrabos, el peto y el penacho lakota. La mayoría de la pintura en su cara y cuerpo estaba emborronada, pero quedaba suficiente para darle un aspecto de criatura salvaje y bestial. La vieja yegua estaba atada a un árbol y dormitaba. Chaco estaba sentado detrás del anciano, gruñendo de vez en cuando. Había una docena de hombres blancos de pie alrededor de un gran fuego, discutiendo.

—Colgadlo.

—¡Quemadlo! —gritó otro.

Dot comenzó a correr.

—¡Es mi abuelo!

Los hombres que estaban en el círculo se quedaron petrificados durante un segundo y luego, en una explosión, saltaron tropezándose en busca de refugio. Miraron con atónita sorpresa a la joven enfurecida que tenían ante ellos. Chaco le gruñó.

—Abuelo, ¿estás bien?

El anciano se giró, la miró y asintió.

—¿Qué demonios haces aquí en medio del campo? —preguntó uno de los hombres.

—Estoy buscando a mi abuelo —dijo ella, y las palabras sonaron desafiantes.

Los hombres la miraron y luego miraron a Jones. Uno de ellos, un hombre grande con aspecto de barril añejo y barba pelirroja, se acercó a ella.

—¿Ese de ahí es tu abuelo? —dijo, guiñando a los otros.

—Eso es.

Sorprendido por la respuesta, el hombre dijo:

—No, ese anciano es indio.

Dot dio unos pasos atrás como si se preparara a embestir.

—Es mi abuelo. En realidad no es indio. Solo cree que lo es. Déjenlo marchar.

Dot intentaba decidir si debería apuntarles con su escopeta cuando captó movimiento por el rabillo del ojo.

—Déjenlo marchar —repitió Maggie en voz baja y con la pistola apuntada directamente al pecho del hombre frente a Dot.

Llevaba el sombrero colgando alrededor del cuello por un cordón y su largo cabello

castaño caía sobre los hombros. Al mirarla, Dot volvió a darse cuenta de lo mucho que la amaba. Siempre podía contar con ella y con su gran fortaleza. Su abuelo las miraba.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

—Soy la madre de la niña. Y ese es su abuelo.

Los hombres las miraron con recelo, y unos cuantos se giraron para observar al anciano inmóvil y en silencio sobre el poni indio, y luego de nuevo a Maggie y a Dot. No se lo creían. Parecía imposible.

—Tal vez es que no les gustan los ahorcamientos, Henry —gritó alguien detrás del grupo.

—Desde luego, a mí no —replicó Maggie—. Especialmente si es el de alguien de mi familia —se calló unos segundos—. Y mataré a cualquiera que lo intente.

—Este viejo es un maldito indio. Mírenlo. No es familia suya —el hombre llamado Henry resopló—. ¿A qué juegan?

Totalmente centradas en los hombres, ni Dot ni Maggie advirtieron la mirada de advertencia en los ojos de Jones. Ocurrió todo de repente. Dos hombres se aproximaron sigilosamente por detrás y las agarraron, desarmándolas y forzándolas a sentarse.

—¡Quíteme las manos de encima! —exclamó Maggie fieramente.

—Señora, ¿quién demonios es y qué pretende? —preguntó el hombre de barba roja al tiempo que destapaba una pinta de whisky y echaba un trago—. Somos legales. Tenemos permiso para matar a hostiles.

Maggie lo miró furiosa.

—Mi nombre es Margaret Baldwin y esta es mi hija. Mi esposo tiene un rancho en Nuevo México. Mi hija mayor fue secuestrada hace una semana y hemos estado intentando recuperarla. Y ahora, ¡déjenos marchar!

—¿Y ese es su padre?

Maggie asintió.

—¿Y por qué va vestido como un maldito hereje si es blanco? ¿O es que usted es mestiza?

—Soy totalmente blanca, y él también —hizo una pausa—. Solo es un excéntrico, eso es todo.

—¡Y tan excéntrico, demonios! —gritó alguien.

—¿De qué parte de Nuevo México? —preguntó un hombre alto y delgado.

—Chimayo.

—Y entonces, ¿por qué no está el sheriff Bob Wills buscando a su hija? —preguntó el hombre, examinando el rostro de Maggie como si no la creyera.

Maggie se levantó y se sacudió la tierra de los pantalones.

—Lo mataron intentándolo.

—¿Wills está muerto? —preguntó el hombre de la barba pelirroja.

—Los indios que se llevaron a mi hija y dispararon a mi esposo le tendieron una

emboscada.

—Eh, Henry —gritó alguien—. Esta es la mujer caritativa del rancho donde cura a todos los perros callejeros y delincuentes que pasan por allí. Demonios, solo intenta salvar a este.

—¿Es eso cierto?

—¿Que yo curo a gente? Sí. Pero este hombre sigue siendo mi padre.

—¿Y esos hostiles se dirigen hacia el sur con su hija?

Maggie miró a Jones. Él seguía mirándola pero sin ninguna emoción visible. Estaba sintiendo aquel extraño hormigueo otra vez.

—Señora, le he hecho una pregunta.

Maggie asintió.

—Cabalgan hacia el sur.

—No me creo que el Cochise este sea parte del árbol familiar —gritó alguien—. Desde luego no parece un indio por encargo.

Los hombres se rieron.

—¡Es un maldito perro soldado sioux... o quizás un sodomita!

Un pequeño grupo de ellos se había apiñado alrededor de Jones y la torda. El anciano los ignoró.

Dot no podía apartar la mirada de él y se mordía el labio inferior mientras observaba el rostro curtido y los pequeños ojos negros del anciano. Parecía en paz. Se preguntó por qué todavía se preocupaba por él después de haber visto todos aquellos cadáveres en el cañón. No importaba el porqué. Simplemente era así. Temía por la vida del anciano. Aquellos hombres estaban borrachos y enfadados. Recordó la advertencia de la señora Abby acerca de su vestimenta. Lo único que respondió él fue: «No me verán». Pero le habían visto. Supuso que su medicina ya no funcionaba, como él había dicho. Sobre eso no había mentido.

—¿Son ustedes texanos? —preguntó Maggie para que los hombres siguieran distraídos hablando—. No ha habido problemas con indios en estas tierras desde hace tiempo; entonces, ¿por qué quieren arrestar a mi padre?

—Señora, o nos está tomando el pelo o es que no se ha enterado de las últimas noticias. Un grupo de apaches huyó de la reserva hace un par de semanas en dirección a México. Nos dirigíamos allí para ayudar cuando dimos con su pista. Llevamos ya tres días persiguiéndolos. Deberíamos atraparlos mañana, o pasado mañana.

Durante unos segundos, Maggie calculó las posibilidades de que aquellos hombres estuvieran rastreando a los mismos apaches que se habían llevado a Lily. No era probable. Entonces alguien lanzó una soga por encima de una de las ramas.

—¡Déjenlo marchar! —gritó Dot.

—¿Has matado alguna vez a un hombre blanco?

Un hombre con el pelo rubio sucio gritó a Jones. El anciano lo ignoró.

—¡Maldita sea, di algo!

El hombre golpeó el hombro de Jones con una fusta de montar haciéndole sangrar. Chaco se puso de pie temblando durante unos segundos, luego dio un gran salto desde la grupa de la torda y embistió las botas del hombre haciéndole bailar. Finalmente, el hombre golpeó al perrillo en un costado, propinándole una fuerte patada y enviándolo al chaparral. El pequeño terrier no regresó de los matorrales.

—¡Déjenlos en paz! —chilló Dot.

Alguien la sujetaba por la espalda y ella le daba patadas hacia atrás luchando por zafarse.

Maggie forcejeaba con otro hombre.

Ya habían colocado el lazo de la soga alrededor del cuello de Jones.

—Te lo pregunto de nuevo —siseó el hombre de pelo rubio—. ¿Has matado a algún hombre blanco?

—No, no lo ha hecho —gritó Maggie.

—No te estoy preguntando a ti, zorra.

Jones se giró lentamente y bajó los ojos hacia el hombre con una mirada que, a pesar de estar al borde de la muerte y a tan solo una palmada en la grupa de ser ahorcado, pareció amenazadora.

Bajó la voz a un susurro.

—No vuelvas jamás a hablarle de esa manera.

Los ojos de Maggie se dirigieron al rostro de su padre.

—¿Y qué piensas hacer? —le espetó el rubio.

Jones no respondió inmediatamente, solo miró los ojos del hombre hasta incomodarlo y este apartó la mirada y se giró.

—Como vuelvas a hablarle así otra vez —repitió—, te rebanaré desde el ombligo hasta la nariz.

La gente se rio agradeciendo el comentario, aún más al saber que provenía de un hombre condenado. El hombre de pelo rubio se sonrojó.

—¡Colguémoslo! —gritó.

—Entonces, sacadlas de aquí —dijo Jones en voz baja, señalando con la cabeza a su hija y a su nieta.

—¡Y tanto que lo haremos! —dijo alguien bromeando.

Los hombres intentaban conducir a Maggie y a Dot fuera del campamento, ambas gritaban y luchaban.

—Soy india —les gritó Dot—. ¡Ahorcadme a mí también!

Maggie sacudió los hombros, se zafó y se quedó mirando a su padre embargada por la emoción. Todos los movimientos y sonidos parecieron esfumarse y su cuerpo temblaba al pensar que estaría muerto en unos minutos. Los hombres se la llevaron a rastras.

Intentó verlo a través de los árboles, pero no pudo. Le llegaban unos sonidos. La gente volvía a moverse, y recordó lo orgullosa que se sintió de él en otro tiempo. Pero aquel sentimiento de orgullo había desaparecido. Ahora solo quedaba añoranza.

El anciano giró sobre sí mismo con fuerza, buscándola, y la torda dio un respingo y saltó; los hombres agarraron a la yegua y la inmovilizaron.

—Eh, viejo cabrón. Tenemos que hacerlo bien. No queremos que te asfixies y babees y te arranques la lengua de un mordisco y te mees encima de nosotros. Un golpe limpio es lo correcto.

Jones no les prestaba atención mientras escudriñaba la oscuridad con la mirada en busca de Maggie. Pero ella había desaparecido.

Maggie dejó de forcejear y permitió que el hombre la empujara a través de la oscuridad; tiró apresuradamente de uno de sus guantes de montar mientras se movía. Esperó. Esperó hasta que las manos que la agarraban por los hombros se relajaron un poco. Luego, volvió a esperar. Solo tendría una oportunidad. Y entonces, ocurrió: el hombre que la sujetaba echó una mirada por encima del hombro hacia el campamento. Era su única oportunidad. Maggie se paró bruscamente, el hombre se chocó y ella levantó la bota y le pisó con fuerza el pie, luego se giró y le hundió la rodilla en la entepierna.

El hombre tenía sobrepeso, expulsó el aire con fuerza y gimió, doblándose por la cintura. Maggie calculó rápidamente la distancia y dio un paso atrás, bajó el hombro, cambió el peso a su pie derecho, apuntó y lanzó el puño enguantado con toda la fuerza de sus cincuenta y cinco kilos de peso, descargándolo directamente contra su cabeza, tal como le había enseñado Brake. Los nudillos impactaron con una dolorosa sacudida en la sien del hombre. Este pareció quedar suspendido en el aire durante unos segundos, luego tropezó y se derrumbó sobre las rodillas. Erguido, pero noqueado. Maggie le quitó la pistola y salió corriendo frenéticamente hacia su padre.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —gritó una voz en algún lugar delante de ella.

Maggie se abrió paso a través del grupo apiñado y agarró las bridas de la torda, sujetó al animal y apuntó la pistola a los hombres que la rodeaban.

—Debíais esperar en El Paso —dijo el recién llegado—. ¿Qué ha ocurrido?

Maggie sujetó con más fuerza a la torda mientras Dot se subía detrás de su abuelo y le quitaba la soga.

—¿Estás bien, abuelo?

La respuesta fue débil, pero sin un atisbo de temor.

—Estoy bien, niña.

—Pensé que nunca te cansarías de jugar al faro, John —dijo alguien al recién llegado—. Así que nos desviamos al sur. Sabíamos que nos alcanzarías.

Maggie lo vio de pie al borde de la muchedumbre. Era paticorto y de caderas anchas, con un sombrero de hongo negro sobre un rostro de suaves rasgos. Iba impecablemente vestido, pero su atuendo estaba bastante lejos de resultar impresionante. Sin embargo, la ira en los ojos de aquel hombre atrajo su atención.

—¿Os desviasteis hacia el sur para ahorcar a un hombre sin someterle antes a un juicio?

Nadie respondió, el tono de la voz del hombre no fue de mucha ayuda. Se abrió

paso entre la muchedumbre, se quedó quieto mirando a Maggie y se levantó el sombrero. Maggie se dio la vuelta y señaló a Jones.

—Ese es mi padre.

El hombre miró a Jones y luego otra vez a ella, y sonrió.

—¿Su padre? —preguntó el hombre. Iba con una extraña indumentaria para cazar indios en plena naturaleza: un traje de negocios de tres piezas, cuello rígido y corbata. El traje llevaba unos elegantes botones de madreperla que atraieron la mirada de Maggie. No vio pistola, pero entrevió fugazmente una chapa de sheriff en el chaleco.

Ella asintió otra vez.

El sheriff alzó la mirada hacia Dot, que estaba sentada detrás del anciano, lista para luchar.

—Tu abuelo, supongo.

—Sí. Y ustedes no deberían tratarlo así. No ha hecho nada. Y uno de ellos —añadió, señalando con furia al rubio— ha herido a su perro.

—¿Es eso cierto?

—Jesús bendito, John. ¿Vamos a soltar a un indio porque nos lo ordenen una niña medio india y una mujer bonita?

El sheriff ignoró el comentario.

—Dejad en paz ahora mismo a estas personas.

Echó la vista atrás hacia Jones y explotó en una risotada. El anciano lo ignoró enfáticamente. El agente de la ley se colocó frente a la torda, sonriendo y rascando las orejas del animal. Finalmente, dijo:

—Samuel, con esas pintas pareces un maldito pavo con un puercoespín cepillándole la cabeza —luego se calló y miró a Maggie y a Dot—. ¿Cuántas esposas tienes?

Maggie parecía incómoda. Jones no respondió.

—Conozco a una india —continuó el sheriff—. Ahora parece evidente que también tienes a una blanca.

Sacó una navaja del bolsillo y cortó la soga que sujetaba a Jones. Luego dejó de reír y se quedó un rato examinando al anciano.

—No tienes muy buen aspecto.

Jones bajó la mirada hacia el hombre.

—¿Qué apaches huyeron?

—Mantente al margen de esto o los chicos te lincharán. Y yo les ayudaré.

Se dio la vuelta y caminó hacia la hoguera. Jones observó la espalda del hombre.

—¿Está él con ellos? —insistió.

El sheriff se detuvo y se dio la vuelta.

—No lo sé, pero mantente al margen. ¿Me oyes? Da igual. Si está, entonces él tomó la decisión de hacerlo y tendrá que pagar por ello.

El sheriff examinó a Jones durante unos segundos más y su rostro dejó entrever un sentimiento de compasión, luego se dio la vuelta y caminó hacia la hoguera.

Dot y Jones se agacharon y rebuscaron entre los matorrales para buscar al pequeño terrier. Lo encontraron inconsciente y sangrando por la boca. Jones lo recogió con cuidado, luego volvió a montar y azuzó a la torda en dirección al hombre de pelo rubio y dijo:

—El rifle.

—¿Se lo tengo que dar? —preguntó el hombre al sheriff.

—Sí.

Jones comprobó su viejo Sharps como si fuera una sofisticada pieza de relojería, luego volvió a mirar al hombre y dijo:

—Si muere mi perro, volveré a por ti.

El hombre se abalanzó hacia él. Jones levantó rápidamente el pie y golpeó al hombre directamente en el cuello en plena embestida; el hombre se encogió en el suelo jadeando frenéticamente como si le faltara aire y sin fuerzas. Dot había visto peleas antes, pero ninguna acabó de forma tan limpia como esta.

El sheriff bebía café y sonreía a Samuel Jones. Luego dijo a los hombres:

—Dejad al señor Jones en paz antes de que mate a alguien —miró a Maggie—. Venga a comer con nosotros. Y hablemos sobre su hija perdida.

Jones estaba sentado en silencio sobre la torda con sus enormes manos sobre el cuerno de la silla grande plateada y la mirada clavada en la arena junto a la yegua. Maggie y Dot escuchaban al sheriff. El agente de la ley intentaba convencer a Maggie de que se quedara con la patrulla, prometiéndole que buscarían a Lily. Luego se levantó y se acercó al indio que estaba sentado a solas sobre una roca. Los dos hombres hablaron durante un rato. Maggie imaginó que era uno de sus rastreadores. Navajo, por la apariencia de sus collares y pendientes de piedra.

Cuando el agente de la ley volvió, dijo:

—Mequecito dice que rastreamos a apaches. Es bueno interpretando las señales —el hombre miró a Maggie—. Quédese, encontraremos a su hija... y estará más segura con nosotros que cabalgando por las colinas en la oscuridad. Incluso teniendo a ese anciano como guía.

Maggie detectó respeto por su padre en el comentario del sheriff y se preguntó de qué lo conocía. Observó a Jones hablando con el navajo, luego volvió a mirar al sheriff.

—Mi hija no está con ellos —dijo—. Están siguiendo a otro grupo.

—Se agruparán más pronto o más tarde —dijo el sheriff mientras se liaba un cigarrillo—. Siempre lo hacen. Se dispersan como lobos y luego se juntan. Ecurridizos como el mercurio.

Dot se arrimó a su madre.

—Mamá, tenemos que irnos con el abuelo —susurró—. Él encontrará a Lily.

—Si Lily está allá abajo —dijo Maggie, manteniendo la voz baja—... lo que

dudo todavía; estos hombres la encontrarán mucho antes de lo que jamás podría hacerlo tu abuelo.

—Por favor, mamá.

Maggie se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones.

—Déjeme que lo piense, sheriff.

Una hora más tarde, Jones seguía montado en la vieja torda y parecía reacio a marcharse. Maggie y Dot estaban cerca de la hoguera, descansando contra unas rocas. Dot miraba a su abuelo con tristeza. El sheriff estaba sentado cerca, fumando y bebiendo una taza de café, pero también observaba al anciano.

—Ama —dijo Jones.

Maggie le miró.

—Tenemos que encontrar a Lily.

Ella negó con la cabeza.

Él la miró durante unos minutos más y luego dijo:

—Alice podrá encontrarme.

A continuación, azuzó a la torda y partió hacia la oscuridad. Dot estaba moqueando.

—Por favor, vámonos con él.

—No. Vamos a por nuestros sacos de dormir.

—Samuel Jones —le llamó el sheriff.

Jones giró la torda y se quedó mirando al agente de la ley.

El hombre no dijo nada durante unos segundos. Luego se aclaró la garganta y dijo:

—Cuídate, ¿me oyes?

Jones le miró a través de la ondeante luz de la hoguera y a Dot le pareció que algo invisible fluía entre ellos. Amistad, recuerdos. Algo. Luego su abuelo asintió y volvió a girar la torda.

El sheriff y los hombres observaron a Jones y su pequeña yegua desaparecer en la noche. Nadie dijo nada durante un rato; la mayoría de ellos sentían, a su pesar, respeto por el anciano y por la manera en la que se enfrentaba fríamente a su propia muerte.

—¿Es tan duro como parece? —preguntó un tipo calvo.

El sheriff derramó su café sobre el suelo, asintiendo.

—Ya le blanquean las agallas, pero en otro tiempo... —pareció sonreír al recordar algo—. En otro tiempo me habría pensado largo y tendido tocarle el hombro para echarnos un baile.

Se lio otro cigarrillo.

—Si es el infierno desatado, ¿cómo es que nunca hemos oído hablar de él? —le preguntó el rubio desafiante.

Maggie y Dot regresaron al círculo de luz y se sentaron en la arena al calor de las llamas.

El humo que manaba del cigarrillo del sheriff se rizaba lentamente en el frío aire de la noche.

—Vivía la mayor parte del tiempo en México. Lejos de las ciudades.

—Maldita sea, John —replicó Red—. Estábamos linchando al hijo de perra correcto.

Tanto Maggie como Dot le fulminaron con las miradas. Red dio una patada a una piedra.

—¿Es mestizo? —preguntó el hombre calvo.

—No —respondió Maggie—. Es tan blanco como usted.

—Pero es indio en su corazón —dijo Dot desafiante; luego bostezó. Maggie le rodeó los hombros con un brazo.

—Oí que fue a la universidad. ¿Es eso cierto? —preguntó el sheriff mientras apartaba una nube de humo frente a su cara.

Maggie asintió.

—En Boston. Después enseñó en una escuela de Connecticut, luego vino al oeste a comerciar con los indios para una compañía de St. Louis —hizo una pausa—. Después de eso trabajó un tiempo en la granja... —su voz se apagó.

El sheriff sacudió asombrado la cabeza por el cambio de circunstancias del anciano.

—Cuando lo conocí solo era un hombre de squaw —el sheriff se sirvió café recién hecho—. ¿Era su madre? —preguntó.

Maggie se sonrojó.

—No. Mi madre era de St. Louis. No sé quién era esa otra mujer.

El sheriff lanzó la colilla del cigarrillo al fuego y echó un trago de café.

—Una apache de las White Mountains. Una chica guapa... no mucho más grande que una garrapata de ciervo.

Maggie sintió calor por detrás de las orejas al oírle hablar de aquella mujer que había destrozado su vida. Sin embargo, se sorprendió a sí misma deseando que continuara hablando. Pero, como no dijo nada más, se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia la arena a sus pies.

—¿Quién era ella?

Intentó que la pregunta sonara tan casual como fuera posible, al tiempo que arrimaba a su hija dormida contra su cuerpo.

El sheriff sujetó la taza de café con ambas manos, inclinó la cabeza hacia atrás y miró las estrellas. A Maggie le gustaba.

—Déjeme que recuerde —dijo—. Yo era sheriff de Anthony, cerca de la frontera en los años cincuenta. Ellos venían desde México para comerciar dos o tres veces al

año. En aquellos tiempos un apache podía estar en una ciudad americana sin que le dispararan —se rascó la nuca y reflexionó otra vez—. De una cosa estoy seguro, ella no era chusma.

La curiosidad de Maggie iba en aumento.

—Era la hija del jefe de una tribu de las White Mountains. Realeza entre los apaches. Y lo parecía. Bonita. De mirada inteligente. Y cierto orgullo. Siempre iba vestida con limpias pieles llenas de cuentas de colores. Era una mujer muy agradable. Me gustaba. Me gustaba su valor. La gente en Anthony consideraba a los apaches escoria. Ella lo sabía, pero nunca dejó que se notara. Siempre se mostraba agradable. Hablaba un poco de inglés. Supongo que Jones se lo enseñó —el sheriff miró a Maggie y sonrió—. Usted habría estado orgullosa de ella —dijo, intentando ser amable e ignorando el dolor que sus palabras le causaban.

Los pensamientos inmediatos de Maggie eran confusos. Podría sentir muchas cosas, pero orgullo por aquella mujer india no era una de ellas.

—Esa mujer diminuta amaba a su padre —dijo el sheriff—. Algo raro entre las mujeres apache... amar a un hombre blanco.

—¿Por qué? —preguntó Maggie, sorprendiéndose al hacerlo.

—Son un linaje estricto. No tontean con blancos ni mexicanos. No se casan con hombres de otras tribus. Así que supongo que lo suyo fue algo poco habitual —volvió a reír bonachonamente—. Su padre hacía caso a aquella pequeña mujer, en cualquier circunstancia.

Bebió otro trago de café y contempló el fuego mientras recordaba aquellos años.

—Jesús bendito, John —gruñó Red—. Cabalgó con los malditos apaches y le hemos dejado marcharse de aquí como si fuera un pastor baptista.

El sheriff dio otro sorbo de café mientras examinaba el rostro abotargado del hombre por encima del borde de su taza. Finalmente, dijo:

—Si tantas ganas tienes de atraparlo, Red, sal galopando tras él. Pero ve solo. La mayoría de estos hombres tienen esposas e hijos que los necesitan.

Red reflexionó unos segundos; luego, con voz hosca dijo:

—Demonios. No es un tipo tan duro. Pero esto no es nada personal entre él y yo.

—Recuerdo una noche de agosto —dijo el sheriff dirigiéndose a Maggie—, cuando cuatro vaqueros texanos agarraron a su mujer en la acera y se pusieron a bailar con ella. Era una cuadrilla peligrosa. Corrían rumores de que habían asesinado a un hombre en Kansas, y yo mismo había tenido problemas con ellos unas horas antes en uno de los salones. Al principio solo bailaron con ella en la calle, sujetándola por las muñecas para que no pudiera escapar. Pero estaban borrachos y comenzaron a tirar de su ropa, hasta que consiguieron abrirle los cordajes de la camisa.

El hombre volvió a mirar las llamas con los ojos entornados.

—Otro indio fue a avisar a Jones y cuando llegó al lugar las cosas se habían puesto feas. Había una ley que prohibía llevar pistolas en la ciudad. Pero no cuchillos.

Y uno de aquellos chicos sacó el suyo y rajó a Jones. Supongo que pensaron que le habrían asustado. Ya lo habéis visto vosotros mismos esta noche, chicos. No se asusta fácilmente —dijo el sheriff—. Gran error. Antes de que yo llegara, Jones ya había matado al que le había herido.

El sheriff hundió las manos con fuerza en los bolsillos de sus pantalones y se quedó abstraído mirando el fuego.

—¿Y? —preguntó el hombre calvo.

—Les ordené que pararan. Disparé la pistola al aire. Y la disparé hacia el suelo cerca de sus pies. Pero Jones no estaba dispuesto a parar. Algunas mujeres del pueblo se apresuraron a llevarse de allí a su mujer.

El sheriff frunció el labio inferior hacia fuera y lanzó la mirada a la noche. Sacudió la cabeza, sonriendo, como si el recuerdo aún le sorprendiera.

—No paré de gritarles y de disparar alrededor de ellos. Demonios, disparé tantas veces que tuve que parar y cargar dos veces.

Los hombres sonreían y sacudían la cabeza.

—Yo parecía un mulo, gastando munición y desgañitándome, y nadie me prestaba atención. En una de esas, sin quererlo, le di en el pie, pero él no paró. Continuó cojeando tras aquellos vaqueros.

El sheriff alargó los brazos hacia el cielo y agitó los dedos. Los hombres y Maggie esperaron.

—Todos habían sacado sus cuchillos. Así que no estaba dispuesto a saltar en medio de ellos a saludar. Pero tenía que acabar con aquello —el sheriff sonrió con expresión avergonzada—. En aquella ciudad el sheriff era nombrado por votación.

Los hombres aullaron de risa.

—Los texanos ya habían recibido bastante y empezaban a palidecer. Pero él no —el agente de la ley dejó escapar una risilla, señalando en la dirección por la que el anciano se había alejado—. No. Él estaba empeñado en acabar con ellos. Nunca jamás vi unos vaqueros más perjudicados en mi vida. Disfruté bastante esa parte.

—¿Cómo lo paraste? —se aventuró a preguntar alguien.

—Le disparé en la pierna. Cayó como una vaca decapitada.

El sheriff dejó de hablar y parecía que ya había acabado por esa noche.

—¿Así de fácil? —preguntó alguien.

—Ni lo sueñes.

Los hombres silbaron y patearon el suelo con los pies aplaudiendo el valor de Jones.

—Ese hombre al que estabais a punto de linchar... se levantó del suelo y salió corriendo otra vez tras aquellos chicos. Un disparo en el pie, otro en la pierna... y acuchillado, pero todavía estaba dispuesto a luchar —el sheriff hizo una pausa y estiró los brazos otra vez, tan lejos como pudo.

—Jesús bendito, John —gimió el calvo—. No sabes la diferencia entre contar historias y un cubo lleno de meados. ¿Qué demonios ocurrió?

El sheriff miró a Maggie, que lo observaba con tanta atención como los demás.

—Su mujer llegó corriendo —hizo una pausa—. En aquel momento yo estaba pensando que aquel búfalo estaba loco y que iba a tener que sacrificarlo. Cuando de repente llega su mujer, una chica diminuta, tal vez me llegara hasta aquí —dijo colocando la mano justo por debajo de su pecho—. No era más alta.

Maggie supuso que debía de medir un poco menos de metro y medio.

—Y con una voz que apenas llegué a escuchar, ella dijo: «Samuel» —el semblante del sheriff se arrugó en una amplia sonrisa y sacudió la cabeza, como si acabara de contar una mentira que no esperaba que nadie creyera—. Y así acabó todo —continuó—. Solo dijo «Samuel». Como si estuviera llamándolo para cenar. Todo lo cortés que se pueda imaginar.

»Y su padre se echó hacia atrás... y cruzó la calle cojeando hasta colocarse al lado de ella. Como un perro grande —el sheriff se rio—. Jamás vi algo igual antes, ni después. Fue tan sorprendente como sacar a un bulldog de una pelea —dijo—. Eso es amor.

«Amor. Madrastra. Inteligente. Bonita». Maggie no podía sacarse aquellas palabras de la cabeza. Parecían quemarle por dentro como la sosa cáustica de su jabón de lavar ropa. Se quedó mirando el fuego durante un largo rato.

—Mah-gee...

El cabello húmedo se derramaba por la frente empapada de Maggie y sus ojos se movían nerviosos bajo los párpados cerrados. Tenues ruidos en su mente. Aquella voz infantil susurrada otra vez...

—Mah-gee...

Se revolvía en su saco de dormir sobre el suelo, la noche era fría pero su cuerpo estaba cubierto de una pátina de sudor.

—Mah-gee... —la voz parecía suplicarle.

Dio una patada con ambas piernas y chilló asustada. Sus ojos se abrieron súbitamente. Maggie se quedó tumbada en un charco de sudor, sin moverse. Escuchaba el ventoso silencio del campamento en el desierto. Dot estaba dormida junto a ella. El sheriff y el resto de hombres estaban acostados en distintos lugares alrededor de la hoguera, que ya no era más que un montículo de brasas brillantes. Se secó la cara con la manta y sonrió. Un sueño. Nada más. Un sueño demente. Se incorporó intentando unir sus fragmentos.

Solo un sueño, se repitió. Aquella voz le resultaba familiar. Surgía del cielo nocturno revelándose a ella. La misma voz que había escuchado en sueños durante casi toda su vida.

¿De quién era?, volvió a preguntarse. Después de todos esos años jamás había encontrado la respuesta. Maggie se frotó los labios suavemente con las yemas de los

dedos y miró con expresión abstraída la manta, reflexionando sobre los extraños susurros. La voz de un niño. Un niño indio. El acento se escuchaba claramente.

Gracias a Dios que no fue como la primera vez. Todavía recordaba aquella noche, hace tantos años, cuando fue sacada abruptamente del sueño por el terrible grito de su nombre... y luego un oscuro silencio. Nunca volvió a oír aquel grito, como si el sonido se hubiera perdido flotando en el universo. Ahora, solo escuchaba la débil voz.

Maggie tembló violentamente y se subió la manta hasta el cuello. Esta noche la voz solo dijo una cosa: «Huye».

Maggie luchó contra el instinto tanto tiempo como pudo; luego, se calzó las botas, despertó a Dot y la condujo apresuradamente hacia los caballos. Era una locura obedecer una voz incorpórea. Pero la había asustado. Siempre lo hacía.

Y, curiosamente, sus consejos generalmente acertaban. Le susurró que se casara con Brake. Le advirtió la mañana en que los apaches asesinaron a Thelma y Julia. Volvió a temblar en el frío aire de la noche. Había aprendido a escuchar a aquella débil voz en su cabeza. Era la única cosa india que respetaba.

Dot se limpió las legañas durante unos segundos y luego se montó felizmente en Alice y observó a su madre ajustar la cincha del ruano.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Maggie no se giró.

—Solo la voz de un pequeño ángel.

Dot sonrió. Cansada pero feliz.

Le dieron alcance a Jones cuando la torda trotaba por una llanura desértica salpicada con oscuros pedazos de roca volcánica. Dot cabalgaba junto a su abuelo y Maggie cerraba la marcha. Entre las rocas, la polvorienta llanura estaba cubierta de arbustos de creosota y descendía suavemente. La tierra estaba agrietada y parecía muerta. Chaco seguía inconsciente y Jones lo sujetaba en los brazos. Ladraba débilmente en su sueño febril.

—¿Cómo está, abuelo?

—Malherido.

Dot examinó con atención el perfil del extraño rostro del anciano. Finalmente, molesto por la persistente mirada, preguntó:

—¿Qué?

Los ojos de la niña se entrecerraron como si estuviera sopesando algo.

—No sé qué pensar sobre esa gente de los carromatos.

Él se paró y untó pigmento rojo en la cara y los brazos de Dot. Maggie le lanzó una mirada furiosa desde el ruano, pero no dijo nada.

—¿Lo hiciste realmente? —preguntó Dot, de pie y con los ojos clavados en él.

Podían verse las caras en la tenue luz. Él parecía estar mirando a través de ella, luego asintió.

Dot no respondió, tan solo se giró y volvió a montarse en Alice. Cabalgaron durante un rato sin hablar, hasta que ella volvió a mirarlo.

—No existe nada, nada en el mundo por lo que tuvieras que hacerlo.

Él no respondió.

Había aumentado la distancia entre ellos y la patrulla cuando Dot habló otra vez. Podía enfadarse con su abuelo, pero no podía permanecer enfadada mucho tiempo. Era extraño.

—Rezaré para que Dios te perdone.

Maggie se acercó al anciano y cubrió al pequeño perro con una camisa de franela.

Él no dijo nada.

Soplaba una brisa fría y tanto Maggie como Dot llevaban puestas chaquetas forradas de piel de borrego. Jones cabalgaba tan solo con taparrabos y teguas^[4], aparentemente insensible al frío. Alice había vuelto a ocupar su lugar habitual detrás de la grupa de la torda, dejando a Maggie sola junto al anciano. Cabalgaron en silencio. Dot se había quedado dormida en la silla y Maggie temía que se cayera al suelo y se perdiera en la oscuridad.

—Necesita descansar —dijo.

—Parad vosotras. Yo continuaré. No le queda mucho tiempo a Lily.

Maggie sacudió la cabeza.

Los caballos avanzaban lentamente a través de un bosquecillo de ocotillos leñosos cuando Jones volvió a hablar. Sus ojos estaban clavados en la penumbra frente a ellos.

—Gracias por lo que hiciste en el campamento.

Maggie lo miró; el enjuto perfil apenas era visible en la noche.

—Por favor, no te molestes. Intenté evitar que te ahorcaran para que así no murieras convertido en un héroe ante los ojos de Dotty. Nada más.

Maggie sujetó las riendas del ruano y continuó cabalgando junto a Alice.

Escalaban a buen ritmo al romper el alba, subiendo a paso regular por una serie de cañones rocosos y asustando a unos carneros de las Rocosas que pastaban té mormón y paja del desierto sobre los salientes. El anciano parecía totalmente agotado y el cansancio ocultaba cualquier emoción de su rostro lleno de profundas arrugas. El perro seguía inconsciente.

Maggie desmontó en un claro arenoso. Estaban rodeados por escarpadas paredes de arenisca. Se paró en parte por la ira que sentía y en parte por su decisión de que debían dejar descansar a Dotty y a los animales. Encendió una pequeña hoguera con ramitas y comenzó a preparar el desayuno mientras su mente daba vueltas a la

historia del sheriff sobre la mujer india y su padre. Pero había algo más en su mente que le preocupaba.

Su padre le había preguntado al sheriff sobre otro indio. Le preguntó si había huido o no de la reserva con los fugitivos. Las preocupaciones de Maggie se centraban en el peligro de que él decidiera encontrar a ese hombre, conduciéndolas tal vez a la guarida del enemigo. Podría hacerlo. Sería capaz.

Dot estaba sentada en la arena con la barbilla apoyada sobre las rodillas dobladas, observando a Jones mientras este desmontaba cuidadosamente con Chaco en los brazos, y de pie junto a la torda se orientaba tomando las colinas como punto de referencia. Los movimientos del hombre eran rígidos y podía ver que le dolía el hombro herido.

Más tarde, Maggie le llevó a Dot un desayuno ligero de alubias rojas cocidas y un poco de jamón. Luego cogió una taza de café y se apoyó contra una roca grande a unos pocos pies, observando abstraída la pared de piedra que flanqueaba el cañón. Dot comió y la miró.

—¿Piensas en papá?

Maggie sonrió levemente y asintió.

—Sí. Y en James.

—Yo también. Quizás deberías irte a casa. Tenemos dos personas por las que preocuparnos. Lily y papá. Podríamos dividirnos. Tú te encargas de papá. Yo de Lily.

Maggie sonrió.

—Muy típico de ti, Dorothy Baldwin, siempre vas a lo práctico. Gracias, pero no. Nos iremos a casa cuando te quedes tranquila por Lily.

—Eso no ocurrirá hasta que la encontremos —la voz de Dot reveló más confianza que la que realmente sentía.

Maggie sorbió café al tiempo que examinaba el delgado rostro de su hija por encima del borde de la taza, resignándose poco a poco a la idea de que, después de todo por lo que había pasado su hija pequeña, Dot no podía abandonar a su hermana. Al tiempo que asumía la idea de que Dot lucharía costara lo que costara, lo cual provocaba un miedo que era incapaz de entender, sintió gran amor y admiración por aquella niña. Se irguió totalmente y golpeó la arena con una rama.

«Dios», rezó en silencio mientras sus pensamientos se tornaban cada vez más desesperados. «Sácanos de esta. Estoy perdiendo a Dotty. ¡Por favor!». Cerró los ojos y esperó alguna señal. No hubo ninguna. Sin embargo, estaba convencida de que Jones se equivocaba, de que había algo. Que Dios no la abandonaría. Volvió a mirar a Dot y forzó una sonrisa.

—Solo prométeme que si al final te tienes que enfrentar a la pérdida de Lily, lo aceptarás. De lo contrario, te pasarás el resto de tu vida persiguiendo fantasmas. Y Lily no querría que eso sucediera.

—Sí, mamá.

Maggie desvió la mirada hacia Jones, observando cómo regresaba cojeando hacia

ellas mientras acunaba a Chaco en los brazos. Por su lento y torpe paso se podía ver que estaba casi consumido.

—Vive en sueños —dijo tristemente—. A él le encantaría que te unieras a él en ellos.

Jones se acuclilló junto a su nieta y colocó delicadamente el perrillo sobre la arena, tras lo cual se sirvió una taza de café. Jadeaba como si le faltara el aire y gotas de sudor como resina le cubrían la frente. Dot esperó a que él dijera algo, sabiendo que no le gustaba que le forzaran a conversar. Observó la dificultosa respiración del perro.

Por fin, Dot se aclaró la garganta.

—¿Vivirá, abuelo?

—No lo sé.

Dot calló un segundo.

—¿Qué cañón debemos seguir?

—Tampoco sé eso —farfulló con una voz que sonó vaga e insegura.

No la miró, solo echó un pausado trago de café, tras lo cual lanzó el resto a la tierra. Luego se levantó y buscó una manta; se arrodilló, la colocó sobre el animal y acarició la cabeza del pequeño perro.

Cuando levantó la mirada, su nieta estaba de pie hablando con la torda, cepillando y arrancando garrapatas de la cabeza de la vieja poni y luego hundiendo la cabeza en su crin. Unos minutos más tarde, se giró y caminó lentamente por el estrecho cañón. Jones sabía que los sueños de la pequeña la empujaban a salvar a su hermana, pero él estaba perdiendo todas las habilidades que pudieran servirle de ayuda. Podía oír la aguda regañina de un arrendajo y se preguntó si el ave estaría enfadada con él. Lo único que quería era dormir. La confusión y la duda lo envolvieron.

Samuel Jones se sentía débil y febril. Tenía un corte profundo en el hombro causado por la fusta; le quemaba y se tumbó en el suelo presionando la herida contra la tierra para que esta la curara. Lo había hecho así desde que vivió con el Pueblo de las montañas brillantes y lo aprendió de sus hombres medicina. Miró a Chaco con la cabeza apoyada cerca de la del pequeño perro, recordando los momentos que habían pasado juntos. La niña no había regresado.

Los vericuetos de su mente le llevaron una vez más al Cojo. No podía dejar de pensar en aquel hombre. No estaba seguro del motivo. Solo sentía que poseía poder. Quizás era eso lo que le atraía hacia él. No, había algo más. Pero estaba demasiado cansado para tratar de resolverlo.

Sus pensamientos vagaron sin rumbo, como si volaran de un lado a otro en aquel desierto empujados por un viento caliente. El sheriff no había podido confirmarle que Kayitah hubiera escapado de la reserva con los otros. Era posible. Se frotó la nuca. No lo había visto en los dos últimos años.

—Kayitah, ten cuidado —susurró.

Maggie llevó su botiquín y se acuclilló junto a él. No le miró, simplemente abrió su bolsa y sacó algunas cosas.

—Deja de comportarte como un idiota... vas a conseguir perder el brazo si dejas que se infecte.

Él sacudió la cabeza.

—Ama. La tierra cura.

—Ya te he pedido varias veces que no me llames así. No tienes derecho a hacerlo. Y no estoy nada impresionada con tus conocimientos indios. Siéntate.

La miró durante unos segundos, luego se incorporó con dificultad hasta quedarse sentado. Tras quitar la compresa de barro de la herida, Maggie la examinó de cerca. El tacto de aquellos dedos contra su piel era algo maravilloso, pensó él. Ella le sostuvo el brazo, examinó la herida, hermosas manos, suaves pero fuertes, y cálidas, y su cabello olía a almendras. Podía sentir su cuerpo tembloroso.

Maggie abrió un poco más la herida, luego vertió alumbre molido sobre ella para cauterizarla. Él se sorprendió al ver su propio miembro escuálido... hasta qué punto había llegado. Estaba casi totalmente consumido. Jones escuchó la respiración regular de Maggie y la observó mientras trabajaba... eficiente y amable, decidida a realizar el trabajo aunque doliera. Ella no dijo nada. Jones no protestó. Cuando su hija se durmiera él volvería a presionar la herida contra la tierra para curarla.

Cuando acabó, ella cerró la bolsa con un débil clic que sonó cortante y definitivo. Él se aclaró la garganta.

—Ama —hizo una pausa—. Quiero contarte por qué me fui.

Ella se levantó rápidamente.

—No hay ninguna razón lo suficientemente buena —se dio la vuelta y se alejó dirigiéndose a los caballos.

Maggie contempló los barrancos cercanos y se sintió extraña, al tiempo que una fina capa de sudor frío le cubría la piel. Ama. El nombre le trajo recuerdos. Mientras permanecía allí de pie, recordó el tiempo en que él también había curado a enfermos. La planta medicinal que curó a la mujer mexicana y a sus hijos ya había despertado aquellos recuerdos, pero entonces los ignoró.

Pero ahora, tras haberle limpiado la herida y haber tocado su piel ajada, y tras haber sentido las últimas gotas de su energía y vida en sus manos, los recuerdos parecieron inundar su mente y en esta ocasión tuvo la sensación de que se ahogaba en ellos.

Se enderezó y permaneció rígida mientras echaba la vista más de treinta años atrás. Sus puños se cerraron involuntariamente y sintió deseos de golpear con ellos o de sujetar algo con fuerza. Su padre había suministrado medicinas y cuidados como ella había hecho en el rancho. Tembló, expulsando las similitudes de su cabeza. Todo el mundo había sido bienvenido, incluso los pobres. Algunos solo desesperados. Cualquiera que lo pedía era atendido. De nuevo, pensó en las similitudes con su propio trabajo, y no se sintió cómoda.

Recordaba a su madre terriblemente enfadada con él. Él nunca discutía, pero tampoco dejaba de hacer su trabajo. El sheriff tenía razón, era una criatura muy testaruda. Pero por aquel entonces lo había admirado por ello. Ahora lo único que pensaba era que su testarudez no era más que estupidez. Se dio la vuelta y se alejó unos pasos, como si pudiera huir de sus pensamientos al moverse.

A pesar de las airadas protestas de su madre, él la había empleado como enfermera. Incluso ahora no podía evitar sonreír al recordarlo... una enfermera de verdad a pesar de ser tan solo una niña, y no le ahorró nada en cuanto a lo que la pequeña oía o veía. Él la había tratado como si fuera una mujer adulta. Maggie vaciló y recordó lo orgullosa que se había sentido. Él le había llamado «Ama», que era la palabra mexicana para referirse a una enfermera de niños. Ella amaba ese nombre. Pero ya no.

Susan se había opuesto; decía que era demasiado joven para estar expuesta al cuerpo humano. Demasiado joven para el dolor y el sufrimiento; para los moribundos. Él siempre le respondía lo mismo: «El alma de Ama es más vieja que su vida».

Allí de pie y rememorando aquel tiempo, volvió a recordar el profundo orgullo que había sentido. Un «alma madura»... lo suficientemente madura para poder ayudar a su padre, aunque el trabajo fuera sangriento o concluyera en muerte. Él nunca había vacilado. Y ella nunca le había fallado. Su fe en ella había sido demasiado grande.

Esa fue la razón de que Maggie nunca entendiera por qué les había abandonado, y nunca lo entendería. Y por qué odiaba a la mujer india. Daba igual lo que dijera el sheriff. Nunca podría olvidarlo... aunque la mujer fuera bonita e inteligente. No cambiaba nada. No justificaba lo que ella había hecho. El viejo y familiar dolor regresó. Ya no era un héroe ante sus ojos... solo un ser patético, un alcohólico arruinado que había tomado el camino fácil hacia su perdición. En el fondo de su corazón Maggie sentía que no tenía padre, un hecho que todavía lamentaba profundamente.

Sin padre. La mujer india jamás entendería eso. Nunca sabría cuánto daño le había hecho. Maggie cerró los ojos con fuerza para evitar aquellos recuerdos.

El día que se marchó, ella esperó despierta su regreso durante toda la noche. Asustada y sin saber qué hacer, preparó las galletas preferidas de él de la manera en que su madre le había enseñado. Y esperó. Esperó junto a la mesa de la cocina, mientras oía a su madre llorar... sin creer que se hubiera marchado realmente. Diciéndose a sí misma que era imposible que las abandonara. Que él la quería. Y que ella le quería a él.

En una ocasión, él le dijo que el amor era la fuerza más poderosa del mundo. Y ella siempre había creído todo lo que él decía. Hasta esa noche.

Cuando amaneció y en la casa reinaba un silencio que le dolía, salió al establo y se quedó de pie frente a su banco de trabajo. Simplemente se quedó allí de pie. Quieta

y observando sus herramientas, habló con él; le suplicó que regresara, que se acordara de que ella le amaba. Pero él no regresó. Nunca. Incluso ahora, el pensamiento hizo que se le encogiera el corazón. Cerró los ojos.

Se quedaron en la granja un año más hasta que la perdieron. Durante ese tiempo, ella nunca dejó de pedirle que regresara. Todas las noches, después de limpiar con su madre la cocina, Maggie encendía una vela, se dirigía al establo y permanecía allí a la temblorosa luz de la llama frente a su banco de trabajo y le suplicaba. En ocasiones, cogía sus herramientas y las sujetaba como él las había sujetado. Le hacía sentirse cerca de él. Pero nada de lo que hizo, ni sus oraciones o súplicas, jamás lo trajeron de vuelta a casa.

La mujer india jamás entendería cómo fue aquello. Ni las excusas de su padre podrían llenar el vacío que había dejado en ella.

Dot se había subido a un pequeño encinillo y estaba sentada en una de las ramas, con los ojos cerrados e intentando creer con todas sus fuerzas, intentando recuperar aquella sensación de ir a la deriva como en un sueño que había sentido antes. Contuvo la respiración. El sol, abrasador, le daba de lleno en la cara. Intentó respirar rápidamente y luego de forma más lenta. Cantó. Tarareó. Nada. Su corazón latía con más fuerza. Si ella y su abuelo tenían razón, este día o el siguiente, como muy tarde, sería la última oportunidad que tendrían de dar con Lily antes de que desapareciera al otro lado de la frontera en la neblina distante de haciendas, pueblos y ciudades de México; la última oportunidad antes de que se evaporara en el polvo seco de aquella tierra extraña. Dot gemía. Adoraba a Lily y quería que regresara a casa.

Temía que su madre tuviera razón cuando afirmaba que su visión de la libélula y la cruz no eran reales. La posibilidad la aterraba. Alzó la mirada hacia el cañón, intentando desesperadamente aclarar su mente. Se le reveló el inquietante pensamiento de que si la visión no era real, si estaban realmente perdidos, entonces también lo estaba Lily. Perdida para siempre. Suplicó a la libélula que la ayudara, sabiendo que a su madre le disgustaría. Pero tenía que hacerlo. Lily se desvanecía de sus vidas y la libélula les había conducido hasta allí.

Examinó el problema inmediato al que se enfrentaban. Había cuatro aberturas estrechas en el cañón frente a ellos. Según su abuelo, una tenía salida y las otras tres estaban cortadas, pero no sabrían cuál era la correcta hasta que hubieran cabalgado al menos ocho o nueve horas entre las paredes escarpadas del estrecho cañón. Si se equivocaban y tenían que retroceder, sería demasiado tarde.

La idea de perderse en aquel laberinto de piedra y de no encontrar a Lily comenzó a penetrar lentamente, fría y cristalina, en su consciencia.

Se apagaba ya la tarde y las sombras de las rocas emergían de las paredes del cañón como criaturas vivas, cuando Dot bajó del encinillo y regresó donde se encontraban Jones y su madre. El anciano estaba sentado con las piernas cruzadas en la arena, observando sus teguas desgastadas y sujetando su brazo en el nuevo cabestrillo. Parecía medio muerto. Maggie estaba ensillando a Alicia.

—Sé cual es —dijo Dot—. O, al menos, sé como averiguarlo.

Maggie la miró sorprendida por cierto tono en la voz de Dot. Estaba haciéndose mayor y esta tragedia aceleraba el proceso, haciéndola madurar más de lo que era habitual a su edad. Detestaba verlo. Detestaba a aquel anciano, su padre, que estaba haciendo a su hija lo mismo que le había hecho a ella. Se acercó a Dot y puso la mano sobre el delgado hombro.

—Dot, no existe ninguna magia india de abracadabra. No hay nada más que las oportunidades que te dé la vida. Busca a tu hermana, pero recuerda que solo es eso, una búsqueda.

Jones se había levantado y ajustaba trabajosamente la silla en la torda con el brazo sano. Cuando acabó, lanzó una pierna y montó mientras las observaba, listo para cabalgar. Maggie se giró y levantó la mirada hacia el demacrado rostro del anciano. La mujer le miró suplicante.

—Por favor —dijo, mirando primero a su hija y luego otra vez a él—. Dile que eso que vio no significa nada. Dile que hemos perdido a Lily. Por favor. Por mí.

Samuel Jones se quedó mirando el rostro de Maggie durante un largo rato. Por fin, ella le pedía alguna cosa. Después de todos estos años. Él apartó la mirada hacia las colinas distantes y pensó en Yopon y los niños.

—No puedo —dijo lentamente.

Dot azuzó a Alice y comenzó a trotar hacia el cañón. Jones la siguió. Maggie se montó lentamente en su caballo.

A unas cuantas yardas de donde las cuatro grietas sombrías dividían la pared de granito, Dot desmontó y sujetó la cabeza de Alice entre sus manos, apoyando su propia cabeza en el cálido pelaje y acariciando el carrillo enjuto de la mula. Alice la empujó suavemente. Jones se quedó montado en la torda, adormilado. Más allá, Maggie esperaba montada en el ruano.

—Eres una buena mula —susurró Dot al animal—. Encontraste al abuelo. Sabes lo que significa buscar a alguien a quien quieres —miró fijamente los ojos castaños de la mula—. Necesito que me ayudes, Alice. El abuelo dice que el Poder reside en los jóvenes, así que no puedo pedírselo a la torda —Alice mordisqueó los bordes de la blusa de Dot—. No hagas eso —le regañó—. Te hablo en serio.

La vieja yegua se aproximó lentamente y se quedó parada junto a ellas, como si estuviera escuchando. Jones estaba dormido sobre ella. Dot rascó distraídamente la cabeza de la vieja yegua con una mano, mientras examinaba los ojos de la mula.

—Lily está metida en serios problemas. Alice, tenemos que encontrarla. El abuelo dice que los animales pueden ser espíritus —el anciano continuó dormitando—. Creo que eres... —Alice resopló como si discrepase del pensamiento—. ¿Qué camino nos llevará hasta Lily?

La mula se quedó inmóvil mirando inexpresivamente a Dot.

—Alice. Por favor. Necesito tu ayuda —el animal siguió sin moverse—. Tómame tu tiempo —añadió Dot.

Unos minutos después, mientras Alice seguía mirando fijamente a Dot, la vieja yegua avanzó y se adentró en la segunda abertura de la pared. La niña la observó, y la mula tiró de ella intentando seguir a la torda. Dot agarró las riendas de Alice y la detuvo.

—Alice, espera —dijo, volviendo a mirar en sus ojos—. No podemos equivocarnos. ¿Es esta tu elección o tan solo sigues a la torda? —la mula balanceó la cabeza y miró en la dirección por la que se había ido la yegua—. ¿Alice?

La mula volvió a girar la cabeza y miró a Dot, luego se dio la vuelta y avanzó hacia el lugar por donde la torda y Jones habían desaparecido. Dot no sabía qué pensar ahora. Miró atrás desesperada hacia su madre. La torda era vieja. El Poder disminuía en las criaturas viejas.

Dot vaciló unos segundos y luego corrió tras la mula y subió a la silla, dejando que Alice se saliera con la suya. Si Jones entendió lo que acababa de pasar, jamás cuestionó la elección de la torda. Simplemente cabalgó sobre ella, cantando suavemente a Chaco y contento de volver a moverse, como si el movimiento le mantuviera vivo.

La cabeza de la torda caía laxa todo el tiempo y Jones estaba preocupado por ella. Intentó ir andando tanto como pudo, sintiendo que el gran corazón de la yegua estaba fallando. Le hablaba sobre sus hazañas, sobre las ocasiones en las que ella había hecho grandes cosas. Los recuerdos tal vez no la mantuvieran viva, pero Jones sentía que merecía escuchar un reconocimiento de su grandeza.

—Abuelo, ¿cuánto más va a poder aguantar? —preguntó Dot con tristeza mientras observaba a la yegua luchando valerosamente por escalar un sendero estrecho y rocoso.

—Tanto como necesite.

Dot sabía en el fondo de su corazón que el anciano tenía razón. La torda era una luchadora... Dot había acertado la primera vez que la vio. Sin embargo, le dolía observar a la pequeña yegua luchando tan duramente. Dot sugirió dejarla atrás y montar a Alice por turnos; luego se dio cuenta de que la torda no pararía aunque lo hicieran. Les seguiría. No lo hacía porque la obligasen, sino porque amaba al anciano y tenía mucho valor, y todo estaba de alguna manera ligado a él. La lealtad que se tenían era algo asombroso, pensó Dot. Sentían por el otro lo mismo que ella sentía

por Lily y su madre. Y eso la hizo feliz por un instante.

Continuaron cabalgando al anochecer y bastante entrada la oscura noche, escalando, luchando por coronar pendientes de rocas, subiendo angostos senderos enrevesados que hacían bufar y patear nerviosamente a los animales, atravesando rápidos donde un pequeño arroyo había quedado atrapado en el estrecho cañón, subiendo más y más alto en las montañas. La torda se derrumbó dos veces y tuvieron que esperar un buen rato para que recuperara fuerzas. Las rodillas de la vieja yegua estaban en carne viva y sangraban y Dot cortó una manta e hizo unas rodilleras, luego las colocó sobre las heridas con algodón.

Cuando hubo acabado, rodeó el cuello del poni con el brazo.

—Ojalá aún conserves tu poder y hayas elegido el cañón correcto.

Dot esperó alguna señal de la yegua que pudiera apaciguar sus temores cada vez mayores. El corazón de Dot latía con más fuerza, había escuchado un sonido que procedía del animal; luego se dio cuenta de que la yegua simplemente roncaba.

Lily ya no tenía ninguna noción del paso del tiempo, solo sabía que estaba oscuro y que se moría de hambre. Eso es en lo único que pensaba en esos momentos. En eso y en el agua. Intentaba no mirar el cadáver. Su mente vagó de nuevo a la pregunta de cuánto tiempo tardarían en morir de hambre. Había otras cinco mujeres apiñadas en la cueva con ella. Ninguna había comido nada desde hacía dos días, algunas quizás más. El hambre le ayudaba a distraerse del pequeño cuerpo que yacía en la tierra a unos pocos pies de ella.

Lily intentó parar el temblor de sus piernas y sus brazos, echando un vistazo fuera de la cueva a los apaches agrupados alrededor del fuego. Las otras mujeres estaban dormidas. Todas menos la madre de la niña muerta. Estaba sentada en el otro extremo de la cueva, con la mirada perdida en sus propias manos, hablándoles como si fueran personas.

Había perdido la cabeza, pensó Lily. Y tras echar un vistazo a su camisón manchado de sangre, entendió por qué. Los apaches eran bestias. Muerta o no, no deberían haber tirado el cuerpo en la cueva. Uno de ellos dormía en la parte trasera. Lily deseó poder atacarle. Pero sabía que era una quimera. Sentía terror hacia ellos. No haría nada, aunque tuviera la ocasión de hacerlo. Era una cobarde.

Se aferró a la pequeña navaja que encontró en los pantalones de Mannito. Quería llorar... pero no podía. Tenía miedo. Sacudió la cabeza hacia delante y hacia atrás con fuerza, como si intentara desenganchar algo de su cabello. Incluso tenía miedo de llorar. Temía empezar a llorar y no ser capaz de parar jamás, y entonces la matarían. Gimió.

Lily se obligó a ordenar sus pensamientos, sabiendo que era su única oportunidad de sobrevivir. Examinó a los indios allá fuera. Faltaban tres. Dos de ellos habían

sacado a rastras a la mujer pelirroja bajo la noche unas horas antes; la chica no era mucho mayor que ella misma y les había suplicado que la dejaran en paz, diciéndoles que estaba casada y que tenía un hijo; les suplicó hasta que uno de ellos la golpeó con fuerza en la cara y le rompió la nariz. Lily se sentía sucia. No había pronunciado ni una sola palabra, solo fingió dormir. Ninguna de ellas dijo nada. Todas eran cobardes.

Algunas, como la mujer pelirroja, habían sido violadas. Lily no, pero sabía que ocurriría. Todas habían sido golpeadas... con bofetones, patadas y puñetazos al capricho de sus captores. Las tiraban al suelo por cualquier pequeña ofensa. Ellas suplicaban constantemente por agua y comida. Lily se sentía como una clase de animal: un animal huidizo sucio y llorón.

Lily miró durante unos segundos a la niña muerta, luego se obligó a apartar la mirada, recordando los sucesos de aquella tarde. Había estado sentada bajo el abrasador calor fuera de la cueva, sin ver nada, solo pensando en su familia y el rancho —cuánto los añoraba, qué maravillosos eran— cuando, de repente, vio una pequeña mariposa descendiendo por las rocas de arenisca que luego se alejó revoloteando sobre la tierra yerma. No había ni una sola flor a la vista.

Fue una visión extraña, aquella delicada criatura vagando a la deriva en el calor seco del vasto desierto. Lily la contempló hasta que desapareció. Era como si el insecto simbolizara todo lo bueno y decente que había en su interior... alejándose de ella. La pérdida de su bondad. Su madre le dijo en una ocasión que las personas podían perder la bondad de su corazón si no tenían cuidado. Ella la creyó. Bondad. Era algo tan impreciso.

Su mente vagó hacia Mannito. Era un hombre bueno y valiente. Gimió y cerró los ojos con fuerza. Mannito. El hombrecillo había luchado desesperadamente para salvarla. Había muerto por ella, negándose a abandonarla cuando tuvo ocasión de hacerlo. Los salvajes le apalearon hasta tumbarlo... y no dejaron de golpearlo. El hombre gritó: «El *viejo* te encontrará». Por algún motivo, Mannito apreciaba al anciano.

Sentada en la oscuridad de la cueva, desesperada por el hambre y la sed, desesperada por ayuda de cualquier tipo, hervía con furia preguntándose dónde estaba «el viejo». Lo sabía demasiado bien. La ira se le agolpaba en la garganta. Sabía que el anciano no era bueno, solo un sinvergüenza en busca de comida gratis. Preocupado solo por él mismo. No iba a ayudarla, al igual que no ayudó a su madre.

Lily había visto a la patrulla que intentó rescatarla. Había pasado a unas pocas yardas de donde ella estaba inmovilizada con un cuchillo en el cuello. Los había visto. Había visto a su madre, a sus vecinos y al sheriff... pero no a él. Lily tenía derecho a odiar a Samuel Jones.

De pronto se puso tensa. El apache que estaba al fondo de la cueva se había levantado y estaba de pie frente a ella, estirando los brazos por encima de la cabeza al tiempo que pisaba el brazo de la niña. Gracias a Dios estaba muerta, pensó Lily, temblando por la proximidad del guerrero. Evitó sus ojos, rezando para que la dejara

en paz. Luego lo vio: los dedos de aquella mano diminuta se movieron. ¡La niña no estaba muerta!

Lily miró a la mujer sentada junto a ella.

—No está muerta —susurró frenéticamente.

El guerrero bajó la mirada.

La mujer se dio la vuelta y fingió estar dormida. Lily volvió a mirar la mano de la niña; sus deditos arañaban la tierra. Algo se rompió dentro de ella... se rompió como si el recipiente que contenía su miedo se hubiera hecho añicos y el miedo se alejara a borbotones y este fuera reemplazado por la ira.

—¡Apártate de ella! —gritó Lily, irguiéndose con los pies atados y empujando hacia atrás al apache. Se desequilibró, cayó sobre las rodillas y tiró de la niña hasta colocarla bajo su cuerpo, preparándose para los golpes que sabía que le iban a caer. Pero no fue así. La niña se revolvió débilmente entre sus brazos. Todavía estaba caliente. Lily no se movió y esperó a que el hombre la golpeará o la pateara.

Con cuidado, levantó la cabeza y le miró. El apache no estaba mirándola. Lily esperó unos segundos, luego siguió su mirada. Ahí estaba el otro, el que sabía que vería, estaba allí de pie. Por motivos que no llegaba a entender, aquel indio grotesco la había estado protegiendo durante días, manteniendo a los otros a raya como si fueran perros sarnosos. Estaba de pie en la entrada de la cueva, fulminando al guerrero que estaba junto a ella con la mirada. Lily se deslizó de nuevo junto a la pared en las sombras más oscuras, sujetando con fuerza el cuerpo inconsciente de la niña herida.

El acosador de Lily pareció sopesar sus opciones, luego dio un paso atrás y se escabulló furioso de la cueva.

—¡Dios mío! —susurró Lily, arrastrando hacia sí a la niña mientras se metía más profundamente en la cueva; durante todo el tiempo miraba hacia el hombre monstruoso que la observaba—. ¿Qué es lo que quieres? —murmuró para sí—. ¿Las gracias?

Mientras contemplaba a aquella criatura grotesca, tan solo podía sentir repugnancia. Su cabeza, desproporcionadamente grande, con la piel picada y los rasgos torcidos, descansaba sobre un cuello y unos hombros enormes. Por debajo de la cintura, el cuerpo se torcía inusualmente; estaba apoyado sobre una pierna normal y otra marchita, por lo que parecía estar siempre a punto de hacer una reverencia.

Había algo en el semblante de aquel hombre —la negrura alrededor de sus pequeños ojos salvajes y la mueca en la boca— que le provocaba miedo. Un miedo profundo. Su rostro revelaba locura. Él la observó unos segundos y luego desapareció en la noche.

Lily examinó a la niña. Tendría unos seis o incluso siete años. Le habían disparado en el estómago. Ardía por la fiebre y la sed. Si no la atendían pronto, moriría. Lily miró en la penumbra hacia la madre de la niña. La mujer todavía observaba sus propias manos. Lily abrazó con más fuerza a la niña, le acarició el

cabello y le habló. Luego alargó el brazo, recogió la muñeca y abrazó a ambas, prometiéndole a la niña promesas que no podría cumplir.

Dot no estaba segura de cuándo sintió por primera vez que algo no iba bien. El pensamiento simplemente apareció de repente en su mente. Cabalgaban a través de un estrechamiento de la garganta, cuando súbitamente le asaltó aquel sentimiento inquietante de temor que la atravesó como si fuera una ventisca de arena. Luego su abuelo y la torda pararon abruptamente delante de ella; el viejo seguía sentado rígido en su silla de plata, atento a la noche y agravando la sensación de alarma de Dot.

El cañón era de arena yerma y piedra, y aquel lugar no parecía diferente a las millas de desfiladero que ya habían dejado atrás. Pero al observar a Jones, la forma en la que sostuvo el Sharps en alto por encima del cuerno de la silla y con ambas manos, Dot supo que el anciano esperaba que hubiera problemas. Incluso Alice estaba tensa, con las orejas echadas hacia delante y escuchando atentamente. Luego la torda bufó y comenzó a recular. Jones apretó los flancos y la yegua se quedó quieta.

Dot escudriñó la oscuridad que les rodeaba con ojos y oídos, preocupada de que hubiera una pantera en las alturas entre los peñascos moldeados por el viento. Sujetaba a Chaco acunándolo con un brazo y rápidamente se desabotonó la blusa y metió al pequeño terrier dentro, en contacto con su piel. Luego sacó la escopeta de la funda y la sujetó con fuerza, paseando su mirada cuidadosamente por las rocas y los pliegues de los riscos, buscando algo —el movimiento fugaz de una cola, un reflejo amarillo de ojos felinos—, cualquier cosa que apaciguara los malos presentimientos que la invadían. Nada. Las cosas parecían bastante normales. Pero las cosas no eran normales. Alice inhaló aire y lo retuvo, de la manera que Dot sabía que las mulas hacían cuando estaban asustadas o enfadadas. Pudo oír la débil llamada de los gansos que migraban en el telón de neblina sin nubes en las alturas, un sonido solitario y extraño en aquel desierto.

—¿Abuelo?

Él no dijo nada.

—Abuelo, ¿qué ocurre?

—Hombres.

—¿Dónde? —preguntó y sus ojos recorrieron rápidamente la oscuridad más profunda de las paredes del cañón. Pero no vio nada extraño.

Él no le respondió.

—¿Cómo lo sabes?

Jones siguió ignorándola, concentrado en el silencio, y luego dijo:

—Por los grillos, sus movimientos y sus pausas —dijo, como si hablara consigo mismo. Continuó escuchando.

Ella pensó que era una locura. Nadie podía saber nada de nada por el sonido de un insecto, ni siquiera su abuelo. Se giró y miró a su madre mientras esta estiraba el brazo y así lentamente la culata de su pistola, una acción que la asustaba tanto que Dot no quería ni pensar en ello. Miró a su abuelo en busca de algún consuelo.

—Pero eso es una tonte... —comenzó a decir.

Jones levantó la mano y la hizo callar. Dot contuvo la respiración e intentó escuchar en la oscuridad circundante aquello que le preocupaba tanto a él como a sus animales. Pero no había nada. Ni viento. Ni voces. Solo el chirrido de los grillos y los crujidos del cuero de las sillas de montar. Entonces el ruano de su madre comenzó a hacer rodar el filete en la boca y a caracolear nerviosamente y Maggie sujetó las riendas con fuerza. Dot sintió un escalofrío. La oscuridad era como boca de lobo y resultaba asfixiante. Podía oír el delicado trino *chit-chit-chit* de un gorrión sabanero en algún recoveco entre las rocas más cercanas.

Dot mantuvo la mente ocupada preguntándose qué hacía aquel pequeño pájaro en el cañón estrecho y rocoso cuando normalmente los de su especie vivían en praderas verdes. Luego advirtió una enorme masa sombría cerca de la arenisca a su derecha que parecía diferente al resto y cuya silueta resultaba extraña. Fijó la mirada en aquella sombra y cuando se movió se dio cuenta con una sensación de náusea en el estómago de que el ruido no provenía de un gorrión. Su abuelo tenía razón. Era un hombre. Cuando los hubo localizado a todos, contó hasta cuatro hombres. Dos delante y dos detrás. Mexicanos. Por su apariencia desaliñada supo que eran bandidos y distintos a Mannito. Uno de ellos encendió una antorcha y la luz de la llama se reflejó en las paredes del estrecho cañón, iluminando el lugar desolado en el que se hallaban.

El bandido que estaba detrás de Maggie saltó sobre la grupa del ruano clavándole al tiempo el cañón de su escopeta contra la sien. Dot tiró de Alice para que girara y así apuntar con su propia escopeta al hombre de rasgos toscos, pero Jones alargó el brazo y sujetó las riendas de Alice.

—Nada de juegos —dijo con firmeza—. Déjala. Ahora. Lentamente —mantuvo los ojos clavados en el rostro de la chica hasta que estuvo seguro de que le obedecería. Luego volvió a mirar al hombre que tenía delante y sonrió revelando su diente de oro.

Los mexicanos examinaban a través de la oscuridad la extraña indumentaria del anciano de semblante malvado y la pintura roja en el cuerpo de Dot, y parecían confusos.

—*Fusil, señor* —dijo el hombre que se encontraba delante de Jones, mientras señalaba cautamente con su rifle de repetición Henry hacia el Sharps.

La voz del bandido sonó amistosa y suave, pero sus ojos eran duros y se movían de un lado a otro bajo una gorra azul desvaída de caballería, y Dot presintió que algo no era normal en aquel hombre. Tenía un tic muscular en el cuello; intermitentemente su cabeza se hundía y los hombros se elevaban hasta chocar con ella, al tiempo que su

rostro se retorció en una extraña mueca que le hacía parecer un demente.

Llevaba unas chaparreras con enormes solapas de resistente cuero mexicano, sujetas en el cinturón a media altura y atadas a sus piernas, que colgaban como un delantal hasta el borde superior de sus botas de caña alta. De aspecto desaliñado, el hombre era grande y fuerte y su rostro parecía cincelado, pero sin que revelara ninguna dignidad o refinamiento. Ahora paseaba furiosamente por delante de Jones y las enormes espuelas de sus *chihuahuas* tintineaban en el aire de la noche. Con impaciencia, dirigió de nuevo el cañón de su rifle al Sharps.

—*Fusil.*

La palabra y el gesto eran más amenazadores en esta ocasión.

Jones se inclinó hacia delante sobre su silla y levantó el rifle por el cañón y se lo ofreció al hombre. Dot se quedó pasmada al ver que le entregaba el arma tan fácilmente. Imaginó que el anciano simplemente estaba demasiado exhausto. La frustración creció en el pecho de la joven hasta que comenzó a dolerle. Giró la cabeza hacia el hombre que estaba detrás de su madre; la estaba manoseando y Maggie le abofeteó.

—¡Déjala en paz! —gritó Dot.

—No te metas —dijo Jones con firmeza.

Dot se calló, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

El anciano había desmontado y se había colocado delante de la torda, con el torso desnudo y tan solo cubierto por su largo taparrabos y las botas. Su viejo revólver Colt colgaba en un costado. El mexicano grande volvió a apuntar con el cañón del Henry a Jones y dijo:

—*Pistola.*

De nuevo, el anciano entregó su arma sin pestañear. Dot se estremeció. Ahora dependían de la buena voluntad de aquellos hombres... y sabía que, en este caso, no iban a mostrar ninguna. Jones permaneció erguido tan solo con su hacha de guerra colgando de un costado y media botella de whisky. Echó un trago. Dot sintió vergüenza por lo que había hecho su abuelo, una vergüenza que jamás pensó que sentiría por nada de lo que hiciera. Estaban a punto de ser atacados y probablemente algo peor por unos bandidos. Uno de ellos agarraba a Maggie y él había entregado sus armas, y le ordenó a ella que hiciera lo mismo, y ahora se emborrachaba. Dot se volvió a girar hacia el hombre que estaba detrás de su madre, lo fulminó con la mirada intentando recuperar el coraje y así evitar que su cuerpo temblara. Jones chasqueó los dedos hacia ella y la joven se volvió a girar.

—¿Qué clase de indios sois? —preguntó el líder.

—Apache.

—No —dijo el hombre sonriente—. Indios locos.

Sus amigos se rieron.

—Como gustes, frijol —Jones levantó la botella y echó otro trago.

Los ojos del hombre estaban clavados en el whisky.

—*Alto* —dijo señalando la botella con el rifle.

Jones echó un último trago al mescal. El mexicano se acercó a él para arrebatarse la botella, alargó su mano rechoncha y la agarró. El anciano no se resistió.

—¿Qué quieres? —preguntó Jones, subiéndose el taparrabos y limpiándose la cara.

—*Todo... todas las cosas* —el hombre sonrió—. *Las señoritas.*

Jones asintió como si fuera una petición de lo más normal por su parte. Mantuvo el ante de su taparrabos arrugado en un puño cerca de la cintura, luego lo dejó caer. Dot lo estaba observando, no porque quisiera hacerlo, sino porque no quería mirar a los otros; entonces detectó algo... un destello plateado bajo la parpadeante luz de la antorcha, como si Jones hubiera atrapado un pececillo de río con su enorme mano. Luego, el brillo desapareció.

Jones permaneció de pie observando al hombre junto a él, esperando a que inclinara la cabeza hacia atrás para beber; los ojos de los compadres del forajido estaban clavados en el fluido de la botella. Jones levantó su enorme mano, lentamente, como si le doliera ver al hombre bebiéndose su whisky, como si quisiera recuperar la botella. Luego desvió la dirección de su brazo ligeramente, colocando la mano cerca de la sien del hombre. Dot dio un respingo cuando algo parecido a un relámpago brotó de los dedos de Jones. El pelo del mexicano se agitó violentamente, y luego escuchó la explosión de la pequeña pistola escondida y vio la cabeza del hombre retroceder por la detonación.

Con un limpio movimiento, Jones se giró y disparó al segundo hombre en el centro de la frente, justo por debajo del borde del sombrero; un puntito rojo que parecía un granate apareció de repente encima de sus ojos sorprendidos. Era un arma de dos disparos, así que Jones dejó caer la pequeña pistola y desfundó con fuerza el hacha de guerra. A pesar de estar enfermo y viejo, todavía sabía moverse.

El hombre sobre la grupa del ruano cometió un error: juzgó mal a Maggie al intentar tirarla de la silla con una mano mientras con la otra giraba el cañón de su escopeta para apuntar al anciano. Ella no iba a permitir que tal cosa ocurriera. No iba a ir a ningún sitio, solo a por el bandido que estaba junto a ella; le golpeó y se aferró testarudamente al cañón de la escopeta hasta que, por fin, el hombre, desesperado, le pegó un puñetazo, la noqueó y la tiró al suelo. E incluso en ese momento ella continuó aferrada a su pierna.

Al darse cuenta del tiempo valioso que había perdido, con ojos desorbitados y en blanco, el bandido se volvió de nuevo hacia Jones al tiempo que giraba el pesado cañón de la escopeta y recibía el impacto de la hoja del hacha en el esternón con un sonido hueco. El ruano corcoveó, el arma detonó en el cielo nocturno y el bandido cayó hacia atrás.

Maggie, tambaleante y aturdida, se acercó a trompicones y le arrebató la escopeta; a continuación, apuntó con ella a la espalda del último forajido mientras este escalaba frenéticamente el cañón. Dot se estremeció y apartó la mirada,

conteniendo la respiración y esperando. El disparo jamás se escuchó. Dot lo agradeció.

El mexicano con el hacha clavada emitía unos gritos horribles, como los berridos del cerdo azul de James cuando le aplastó el carromato de mercancías. Dot se asustó muchísimo. Parecía demasiado joven para morir. Pero sabía que era absurdo. La gente moría a todas las edades. Intentaba respirar desesperadamente. Maggie estaba arrodillada junto a él.

Se levantó, corrió a su silla y regresó con el botiquín, buscando dentro vendas y tijeras. Jones ahora estaba a su lado, ayudándole a cortar la camisa del mexicano, mientras la sangre manaba en finos hilillos sobre sus brazos y sus caras. El hombre siguió emitiendo aquel grito agudo mientras le curaban, con los ojos clavados en Maggie, como si fuera a morir si dejaba de mirarla. Abrió y cerró la boca, pero no emitió ningún sonido y Maggie se inclinó sobre él sin dejar de taponar la herida.

—*Manos* —gimió el hombre—. *Manos*.

Maggie vaciló, luego hizo una señal a Jones con la cabeza para que se colocara en su posición, alargó los brazos y sujetó las manos del hombre entre las suyas. El hombre las apretó con fuerza, con los ojos todavía clavados en su rostro, y un terrible gorgoteo comenzó a crecer en el agujero de su pecho. Jones continuó luchando para evitar que el hombre siguiera desangrándose. Maggie le miró y luego volvió a mirar al mexicano.

—Tengo que dejarte marchar —dijo ella suavemente en español.

El hombre simplemente le apretó las manos con más fuerza. Maggie echó una mirada a Jones. El anciano asintió. Maggie volvió a bajar la mirada al rostro aterrado. Lo miró durante unos segundos, luego intentó sonreír tranquilizadamente, se aclaró la garganta y dijo:

—Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dot estaba de pie, sujetando a los animales en la oscuridad del cañón. Cuando Maggie terminó de rezar, el mexicano comenzó a gritar otra vez. Jones se acercó y tomó las manos del hombre quitándoselas a Maggie.

—Hijo, escucha —el mexicano dejó de gritar, hizo un esfuerzo por respirar y miró a Jones—. Piensa en algún lugar que te gustara cuando eras pequeño... y ve ahora allí. Ve con tu mente —los ojos del hombre recorrieron lentamente el viejo rostro de Jones—. Siéntate en ese lugar y escóndete. Allí estarás seguro. Quédate callado y escóndete. Tus dioses te encontrarán.

Jones alzó la mirada a Maggie.

—Llévate a Dot y continuad por el cañón.

Ella le miró a los ojos durante unos segundos y luego asintió. Maggie volvió a mirar al mexicano y le embargó la tristeza. Tantas muertes.

—¿Tienes una esposa? ¿Una madre? ¿Un hijo? ¿Alguien a quien quieres que escriba?

—Me duele... Virgen santa, me duele —gimió en voz baja; ahora la sangre salía a

borbotones del pecho.

—Ve —dijo Jones; luego bajó la mirada al joven—. No lo estás intentando. Encuentra tu lugar secreto. Ve ahora. Lo conocías desde niño.

El hombre dejó de luchar y pareció recordar otros tiempos.

Se alejaron cabalgando. El mexicano seguía gimiendo y gritando mientras agonizaba. No era capaz de encontrar su lugar secreto, pensó Dot. Miró hacia atrás para ver si su abuelo seguía sujetando las manos del hombre y hablándole pacientemente en español.

—Mamá, ¿puede el abuelo ayudarlo?

—Se está muriendo.

Dot volvió a girarse hacia delante, observó las orejas de Alice e intentó acallar en su mente el sonido de las estremecedoras súplicas del hombre. Cuando hubieron avanzado tan solo unos cien pies por el cañón, les llegó el informe de la pequeña pistola. Los gritos cesaron como si hubieran sido arrancados del cielo nocturno. La mirada de Dot voló hacia el rostro de su madre. Maggie se tensó pero continuó cabalgando.

—El abuelo le ha disparado —dijo Dot en voz baja.

—Estaba sufriendo. No había ninguna esperanza.

Dot no respondió y sus finos hombros parecieron hundirse ligeramente. Cabalgaron a través del cañón silencioso durante un rato más, y ninguna de ellas hablaba cuando Jones las alcanzó a paso lento. Las hizo detenerse y desmontar, luego cogió un trapo y agua y se limpió la película de sangre de la cara y los brazos. Cuando hubo acabado, examinó el moratón en la sien de Maggie, donde la habían golpeado.

Lentamente, Maggie levantó una mano y la puso sobre la de Jones.

—Gracias por salvar a Dot —susurró.

Estaba de pie con los ojos cerrados y sujetando la enorme mano del anciano sobre su cabeza. Luego se separó y volvió a montar en el ruano.

La mente de Dot bullía. Por las muertes. Por Lily. Por la elección de la torda. Estaba preocupada y se preguntaba si aquel era el pasaje de roca que les conduciría a Lily o a una pared sin salida.

La respuesta la obtuvo unas horas más tarde. Era una noche oscura como una cueva, pero no faltaba mucho para que amaneciera. Se encontraban sobre una extensión llana, en lo alto de la montaña y casi al final del cañón. Tanto Jones como Dot creyeron que habían llegado al lugar que aparecía en el sueño de la libélula... que el poder de la torda había funcionado.

Maggie pensaba que estaban locos. Entonces recordó la débil voz que había estado escuchando a lo largo de los años y se preguntó si ellos podrían estar experimentando algo similar. Descartó esa posibilidad. Lo suyo no era como si Dios

le hablara, ni como lo que fingía su padre, con sus visiones y misticismos. La suya era solo la clase de voz mental —una especie de sensación en los huesos— que la gente experimenta cuando tiene una corazonada sobre algo. Se tensó. Y se preguntó por qué la voz de su cabeza siempre sonaba como la voz de un niño indio. No tenía respuesta.

Dot desmontó de un salto, se acercó a la torda y le sujetó la cabeza.

—Gracias —le susurró.

La yegua de ojos amables la acarició con el hocico. A pesar de que no veía mucho en aquella oscuridad, Dot estaba convencida de que habían acabado la travesía. Podía oír agua más abajo.

Maggie desensilló las tres monturas, luego se apartó a un rincón, se envolvió en una manta y rezó, con la mirada puesta en el cielo nocturno. Seguía conmocionada por la emboscada y las muertes. Pero incluso más por el hecho de que ella y su padre hubieran asistido juntos otra vez a una persona moribunda, y hubieran trabajado codo con codo como habían hecho tantas veces antes, hace tantos años. Era como un ritual sagrado que se habían comprometido a compartir. Pero Maggie no estaba segura de querer hacerlo otra vez.

Se obligó a pensar en Lily, recordando pequeñas cosas cotidianas sobre su hija y observando el vacío de oscuridad que había más allá del borde del barranco para ver a Lily en su mente.

Jones y Dot se sentaron exhaustos en el borde de las rocas que descendían a cientos de pies. La torda estaba tumbada sobre las rodillas, roncando apaciblemente. Alice arrastraba una de las mantas de Jones juguetonamente por el pequeño claro. Maggie reflexionaba otra vez sobre la voz que había estado escuchando durante años. ¿Qué era en realidad? Nada más que la intuición de cualquier mujer, concluyó. Luego se durmió.

El anciano sostenía a Chaco en los brazos y el perrillo gimoteaba en sueños. Dot examinó la oscuridad allá abajo. El silencio era denso y profundo. Sus pensamientos vagaron hacia Lily, preocupada por si habían llegado demasiado tarde, o por si la cuadrilla de apaches no fuera a cruzar por allí. Cuanto más tiempo permanecían sentados a la espera, más preguntas y miedos invadían su mente.

—Abuelo, ¿dónde está México?

—Donde los pájaros cantan —dijo, dirigiendo la mirada hacia la oscuridad.

—¿Allí? —Dot prestó atención al parloteo de unos pájaros que no identificó y señaló hacia el oscuro vacío al otro lado del barranco.

Jones asintió, al tiempo que se estremecía al sentir el aire del amanecer.

Aliviada, se levantó y sacó una manta de la parte trasera de su silla y la echó sobre los anchos y huesudos hombros del anciano. Este estaba sentado con los ojos cerrados. Dot dio un salto hacia atrás. Una tarántula se arrastraba lentamente sobre la pierna desnuda de su abuelo. Dot se inclinó y cogió una vara.

El anciano levantó una mano y la detuvo.

—No —dijo—. Ha venido para recordarme una promesa. Nada más —hizo un movimiento circular en el aire con la mano abierta sobre la criatura—. No la he olvidado.

Dot observó la tarántula mientras bajaba de la pierna de su abuelo y se escabullía tras las rocas y la arena en la sombría noche.

—¿Qué promesa? —preguntó ella.

Él permaneció en silencio durante un rato y luego dijo:

—A un amigo.

Dot pensó que debía ser algo importante si una tarántula había llegado hasta aquel rincón del mundo para recordárselo. Deseó que el anciano viviera el tiempo suficiente para hacer eso por su amigo. Y a ayudarla a salvar a Lily. Pero lo dudaba. Estaba demasiado débil. Y todo lo que estaba ocurriendo parecía tan extraño e inverosímil. ¿Cómo podría algo en su cabeza decirle dónde iba a estar Lily en algún momento del futuro? Y pedir ayuda a una vieja yegua... y una tarántula entregando un mensaje. Su madre tenía razón. Era una locura.

Después se durmió.

Dot se despertó lentamente con el amanecer anaranjado y se frotó los ojos. La manta que había colocado sobre los hombros de su abuelo estaba cerca de ella, tirada sobre la roca, y Chaco estaba tendido en el centro. Le preocupaba el pequeño perro. No le gustaba, pero estaba preocupada por él. Apenas se había movido desde que le dieron la patada. Jones se había ido. Pudo oír a su madre tarareando suavemente detrás de ella. Se estiró. El sol de la mañana había traspasado el lejano horizonte con brillantes haces de luz y estos se derramaban cálidos en su rostro.

Ahora ya estaba totalmente despierta.

—Dios, protege a Lily —dijo.

Se volvió a preguntar si Dios y el Poder eran lo mismo. Sabía que su madre no lo creía. A pesar de ser una idea confusa, ella pensaba que podrían ser lo mismo. ¿Pero cómo podía estar segura? ¿Era pecado creer en cosas indias?, se preguntó. El pecado era difícil de definir. Y dejó de intentarlo.

Dot se puso en pie, giró lentamente en círculo, su corazón se aceleró de repente y la sorpresa invadió su mente mientras miraba por el borde del barranco. Si había tenido dudas sobre su visión, estas se desvanecieron con una primera mirada. Había visto todo aquello antes. Lo había visto en su mente.

Colgada a unos cuatrocientos pies del lugar donde los dos ríos se cruzaban, dejó que su mirada recorriera lentamente el agua y las rocas que la rodeaban y el desierto más allá. Todas estas cosas habían aparecido en su sueño. El Poder había funcionado. Se acercó a la torda y le dio las gracias otra vez, temblando mientras acariciaba el

cuello de la yegua, colmada de felicidad. Pronto estarían con Lily. Estaba convencida de ello.

Maggie estaba acucillada delante de un pequeño fuego de ramitas, friendo beicon. Dot sonrió, se ciñó el abrigo con fuerza y se arrodilló frente al fuego. Su madre le pasó una taza de café.

—Mamá, este es el mismo lugar —dijo Dot, sonriendo por encima del borde de la taza.

Maggie ignoró el comentario.

Dot levantó la mirada cuando la cabeza del anciano apareció por el borde de la cuesta.

—Buenos días —exclamó alegremente.

Él se puso la mano delante de la boca y le indicó que bajara la voz. Dot asintió. Entonces la embargó el primer momento de emoción genuina desde la desaparición de Lily. Su abuelo dejó un ramillete de flores del desierto junto a Maggie, luego se sentó y arrió las manos al fuego. Maggie no miró las flores.

—Buenos días, Margaret —dijo con un tono educadamente formal. Se sujetaba el brazo herido.

—Buenos días —dijo ella, pero las palabras no sonaron cordiales... aunque tampoco hostiles.

Dot sonreía al anciano.

—Es este, abuelo. El lugar que vi.

Jones asintió.

Dot examinó su rostro entornando los ojos, súbitamente preocupada.

—¿Hemos llegado a tiempo?

—No han cruzado —dijo, sirviéndose café.

Dot sonrió a su madre.

—¿Verdad que es maravilloso?

—¿Qué? ¿No se ven huellas allá abajo? —Maggie vaciló y luego dijo en voz baja —. No van a cruzar por aquí. Jamás.

—Mamá, este es el lugar con el que soñé. Todo lo que vi en mi sueño está aquí.

—Pues a mí solo me parece un lugar de miseria.

Jones construyó un parapeto de ramas secas de mezquite cerca del borde del alto barranco para camuflarse, luego se sentó a esperar, mirando constantemente el río más abajo y apenas moviéndose o respirando. De vez en cuando hojeaba un par de libros, pero su atención no estaba puesta en la lectura. Su plan, tal como lo había trazado vagamente, era esperar hasta que los secuestradores cruzaran el río, y luego los seguiría a México, rescatando a Lily en cuanto se presentara la ocasión.

Dot se acercó a su abuelo; su presencia, a pesar de estar enfermo y tembloroso, le resultaba extrañamente reconfortante. Durante un rato pensó en su padre y en su hermano. Luego en Lily. Su vida familiar había sido maravillosa. Pero dudaba que volviera a ser la misma.

Chaco estaba echado en la manta entre ellos dos. Durante el día, en varias ocasiones, Maggie había dado de beber al perro herido. Parecía que apreciaba al pequeño animal. Cada vez que Jones observaba los cuidados que le dispensaba al perro... la miraba como si fuera una santa, como si todo lo que hacía, cada uno de sus movimientos, fuera de suma importancia en la evolución de la tierra. Dot también advirtió que Maggie había colocado las flores en una pequeña repisa de roca junto a las mantas. Eso la sorprendió.

A medida que se aproximaba la noche, Dot empezó a sentir que la tristeza volvía a invadirla, alargó los brazos y sujetó con ambas manos la de su abuelo. El anciano no apartó la mano, aunque no le hubiera extrañado que lo hiciera. Dot se sintió segura, sujetando la mano vieja y ajada entre las suyas. Más tarde, esa noche, su madre hizo algo extraño que la sorprendió incluso más que lo de las flores. Llevó dos mantas; una la puso sobre los hombros de Dot y la otra sobre los de Jones. Le hizo a Dot sentirse extraña. Bien, pero extraña.

La fina luna creciente flotaba en lo alto sobre el desierto y Maggie estaba sentada cerca de los caballos, observando las estrellas allá arriba, cuando Dot se levantó y bajó la mirada al semblante espectral de su abuelo. Con aquella cabeza tan delgada y una piel fina como papel apergaminado adherida sobre sus huesos, en ocasiones le asustaba mirarlo directamente a los ojos. En esas ocasiones, le daba la impresión de que ya estaba muerto. Y ahora ese era su aspecto. No le gustaba hablar con él cuando se sentía así, pero tenía que hacerlo. Su nerviosismo iba en aumento. Los apaches ya deberían estar allí. Ya habían pasado más de tres días. Su sueño le dijo tres días. Algo había ido mal.

—¿Abuelo? —susurró Dot.

Él no le respondió, pero había estado tosiendo suavemente, amortiguando el sonido con un trapo, y ella sabía que estaba despierto.

—¿Dónde están?

La duda volvió a colarse en sus pensamientos. Jones no le respondía. Dot estaba empezando a sentirse frustrada con él; hablaba tan poco y muy pocas veces confiaba en ella.

—Encontré mi medicina —insistió Dot.

—Te visitó tu espíritu de medicina. Eso fue todo.

—Es lo mismo.

—Hasta que no puedas controlar las cosas de esta vida, no habrás encontrado nada.

Dot reflexionó sobre esto durante un rato, observando una delgada nube que se deslizaba sobre la luna, luego se giró y lo miró.

—No comprendo.

—Ya te lo he dicho una vez —dijo él impacientemente.

—Dímelo otra vez.

Él la miró durante unos segundos, luego se giró para contemplar el vacío oscuro frente a ellos.

—Controla la vida a través de tus creencias, luego... y solo luego... lo posees.

Eso es imposible, pensó ella, pero no lo dijo.

Dot regresó a las mantas y se durmió.

Jones sacó su diario encuadernado en tela y buscó entre sus páginas desgastadas durante un rato, observando fijamente las páginas a través de sus pequeñas gafas y entornando los ojos bajo la débil luz de la luna. Parecía estar contando y calculando algo. Cuando hubo acabado, el anciano se levantó, cogió la botella y dos tazas y las colocó delante de Maggie.

Ella le miró.

—Bebamos por tu madre.

—¿Por qué?

—Porque no debemos olvidarla.

Maggie continuó examinando los rasgos del hombre.

—Yo nunca la he olvidado.

Ninguno de los dos habló durante un rato y, finalmente, Jones dijo:

—Tú naciste una noche como esta —permaneció en pie mirando las estrellas sobre su cabeza—. La madre de Susan estaba muriéndose. Intentábamos llegar allá cuando tu madre empezó a dar a luz. Montamos un campamento apresuradamente —hizo una pausa—. Sangró mucho y ninguno de nosotros pensó que fuera a sobrevivir. Durante días estuvo entrando y saliendo de un estado delirante. Cada vez que se despertaba, me hacía prometerle que te diría que ella te amó más que a nada en la vida.

Maggie clavó la mirada en la arena.

Él le ofreció una taza.

Maggie sacudió la cabeza.

—Ama, esta semana es su aniversario, creo. He perdido un poco la cuenta. Pero son fechas cercanas.

Maggie se tensó, luego hizo sus propios cálculos moviendo los labios y los dedos en la oscuridad. Lentamente, alargó el brazo y cogió la taza que él le ofrecía. Jones la rellenó de whisky.

Jones apoyó la botella en el suelo y se aclaró la garganta.

—¿Te importa? Recito algunos versos de Tennyson todos los años.

Ella sacudió la cabeza.

Jones se aclaró la garganta otra vez y se irguió aún más. Maggie observó un

chotacabras común volando a toda velocidad por delante de la luna.

*Ella viene, solo mía, mi cielo;
si fuera un paso tan etéreo,
mi corazón la escucharía y latiría,
si fuera tierra en un lecho terroso,
mi polvo la escucharía y latiría,
aunque hubiera yacido muerto durante un siglo...*

Jones levantó su taza hacia la noche estrellada.

—Susan. Por ti, por nuestros hijos y por lo que tuvimos en el pasado.

Bebió un trago. Maggie apartó el rostro para que él no pudiera ver sus ojos y dio su propio largo trago de mescal, a punto de ahogarse con el líquido abrasador, y volvió a reflexionar sobre el anciano... quién era y qué había hecho, y qué sentía por él. Y reflexionó sobre algo más: todas las noches que había escuchado a su madre sollozar en su habitación en cien ciudades distintas, hablándole a él como si estuviera allí con ella. ¿Podría ser que él, también, estuviera sentado en algún lugar de ese vasto desierto hablando con ella? Quizás. Quizás su madre en realidad no se volvió loca. Ese pensamiento le hizo sentirse mejor.

El anciano se sentó en la arena junto a ella y ambos pensaron en sus recuerdos por separado, y bebieron en silencio.

—Hubo razones por las que me fui. Razones que tienen que ver con la gente del cañón.

Maggie no dijo nada durante un rato, mientras el alcohol la adormecía; luego dijo:

—Solo háblame de madre.

—¿Qué quieres saber?

—Qué era ella para ti. De qué hablabais. Ese tipo de cosas.

Jones la miró y asintió.

Permanecieron despiertos la mayor parte de la noche, hablando y compartiendo mescal. Se emborracharon. Rieron un poco recordando viejas anécdotas y se contaron cosas sobre Susan. Hablaron sobre su pandowdy^[5] y sus estofados con pimientos; sobre lo mucho que le gustaba bailar las contradanzas e ir en trineo por ríos congelados las noches de invierno iluminadas por la luna. Sus teorías sobre la vida y la felicidad. Su valentía e ingenio. Sus excentricidades. La forma en la que se vestía, discutía y reía. Luego Maggie le contó cómo, un día, Susan renunció a la vida, se tumbó en su cama y murió. Lo dijo sin amargura. Ninguno de ellos habló durante un rato. Y en algún lugar, en lo más profundo de la noche, Maggie sintió que volvía a sentir algo por Samuel Jones. Algo que creía que había muerto para siempre.

Aunque hablaron de muchas cosas, nada se dijo acerca de por qué se marchó. Por algún motivo, Maggie temía escuchar la razón, temía escucharle decir que había amado a otra mujer, a una india, más que a su madre y a ella. Sabía que él percibía su miedo. Ella también sabía lo importante que era esa explicación para su padre. Pero

él no lo volvió a mencionar. Fue un detalle por su parte ahorrarle ese trago, pensó Maggie.

Jones suspiró profundamente con los ojos clavados en la arena bajo sus pies.

—Cuéntame cosas de Thelma.

Maggie esperó unos segundos y luego habló de su hermana pequeña durante un largo rato. Describió su altura, el color oscuro de su hermoso cabello, sus maneras delicadas y amables y la forma en la que hablaba a toda prisa cuando estaba nerviosa o feliz. Su amor por la escuela y la música. Su risa y la bondad de su corazón. Y él la escuchó atentamente, considerando cada palabra y lo que todas ellas le decían de aquella hija suya que no conoció. Hizo muchas preguntas y ella intentó responderle a todas.

Había algo dolorosamente hermoso en el hecho de poder hablar con su padre sobre su hermana, aquella mujer a la que tanto había querido. Era como si estuviera presentando a unos extraños que se hubieran visto de lejos y se hubieran enamorado, aunque nunca llegaran a conocerse. Y durante un instante, se sintió abrumada por un sentimiento maravilloso y revitalizante... la sensación de que Thelma estaba flotando en el aire nocturno sobre ellos, escuchándola hablar y sonriendo. Pero eso era una tontería.

Ella levantó la mirada y encontró los diminutos ojos de Jones observándola atentamente. Él se removió silenciosamente sobre la tierra junto a ella.

—¿Sabía ella algo sobre mí?

Maggie se aclaró la garganta.

—Madre le contó cosas —hizo una pausa y le miró a los ojos—. Te mantuvo vivo para nosotras.

Maggie volvió a bajar la mirada al suelo.

Jones se estremeció, algo aparentemente se rompió dentro de él al pensar en aquella mujer abandonada manteniendo lealmente su recuerdo vivo para sus hijas. Esperándolo. Buscándolo.

—Susan —fue lo único que susurró al cielo de la noche.

Si Maggie le oyó, no dijo nada. Sus pensamientos se confundían por las nuevas emociones que bullían dentro de ella. Echó la cabeza hacia atrás y contempló las estrellas, tragando saliva con fuerza un par de veces.

—Merecimos algo más. Al menos, madre lo mereció.

—Lo siento.

—No quiero oír tus disculpas —dijo con tristeza—. Solo quiero olvidar.

Las manos de Maggie temblaban con fuerza.

—¿Cómo murió Thelma?

Maggie no respondió.

—¿Ama?

—No creo que quieras saberlo.

—Sí, sí quiero saberlo.

—Indios, apaches —respondió ella—. Mataron también a la mujer de Mannito —vaciló unos segundos observando el arrugado rostro del anciano—. Ellos han acabado con la mayoría de las cosas que amo... de una u otra forma.

Jones comenzó a cantar suavemente.

Seguía cantando cuando Maggie cayó dormida. Soñó con su madre, y con Thelma y Lily. Era la primera vez desde lo que parecía toda una vida que se sentía otra vez completa. No del todo, pero casi. Sin embargo, cuando se despertó por la mañana, la maravillosa sensación de bienestar había desaparecido y había sido reemplazada por un irritante sentimiento de culpa de haber sido de alguna forma desleal a su madre. Y el viejo sentimiento de frialdad hacia su padre y la mujer india regresó.

Jones empezó a mostrar unos sutiles síntomas de nerviosismo al mediodía; se inclinó ligeramente hacia delante y escudriñó la arena y los árboles, como si estuviera empeñado en invocar por voluntad propia a los secuestradores, y luego se levantó rígidamente encorvado y regresó a la torda, tosiendo con fuerza y escupiendo sangre. Cogió el trapo y lo apretó contra los labios. Cuando se hubo recuperado, dijo:

—Volveré a inspeccionar el río para ver si cruzaron por la noche —las palabras salieron de sus labios en susurros.

Maggie observó la roca bajo sus pies y sacudió la cabeza lentamente, como si lo que él había dicho fuera la cosa más estúpida que jamás hubiera oído. Y en algunos aspectos, reflexionó Dot, lo era. Mientras miraba a su madre, captó un movimiento fugaz por el rabillo del ojo y se giró rápidamente para examinar el lugar allá abajo. Se le encogió el corazón. Nada.

Jones había visto el movimiento abrupto de su cabeza y se movió rápidamente, acuclillándose junto a ella para poder fijar el lugar.

—¿Qué?

—Nada. Creí ver algo moverse allí junto a aquel tocón.

—Quédate quieta —su tono de voz era terriblemente grave.

Esperaron casi una hora antes de ver al hombre. Este salió cabalgando de un matorral de árboles de la langosta que bordeaban el extremo más alejado de la orilla arenosa, avanzó con el caballo un par de yardas por la arena, luego paró y examinó el río. Era un apache.

—¿Es uno de ellos, abuelo? —dijo Dot con un susurro nervioso de voz.

El anciano no respondió. Maggie se había acercado y estaba de pie detrás de ellos con una extraña expresión en el rostro.

—Abajo —dijo él. Ella se acuclilló.

—¿Es uno de ellos? —volvió a preguntar Dot.

—Está nervioso —dijo Jones en voz baja, como para sí mismo—. Sabe que algo marcha mal —miró a Dot y a Maggie—. No le miréis directamente a él. Pensad en otra cosa. Y no os mováis —susurró; luego miró hacia el indio—. Paz y serenidad,

viajero. La seguridad te espera al otro lado del río. Condúcelos hacia allí. Cruza —dijo en voz baja, dirigiendo sus palabras y pensamientos a la figura inmóvil más abajo.

—Dios —susurró Maggie—. Esto no puede estar pasando.

De vez en cuando apartaba la mirada del indio dirigiéndola a Jones, examinando su rostro, como si lo viera por primera vez y no entendiera algo. Y se retorció las manos.

El indio permaneció inmóvil montado en su caballo durante media hora. Dot no podía ver lo que hacía, se lo impedía la maleza, pero concluyó que su abuelo debía tener razón, e intentaba comprender qué inquietaba a aquel apache. Escuchó al anciano aplacando el miedo y las dudas del alma del extraño. Animándolo a conducirlos al otro lado del río.

—Lily está allá abajo —dijo Dot, la excitación era demasiado grande para contenerla por más tiempo.

—¿Dónde? —dijo Maggie volviéndose a poner en pie.

—Abajo y en silencio —siseó Jones.

—¿Dónde? —repitió.

—La acabo de sentir.

—Parad las dos de una vez.

Unos minutos más tarde, el indio giró sobre el caballo y desapareció entre los árboles.

—Se está yendo —gimió Maggie, volviendo a ponerse en pie—. Debemos seguirle.

—Margaret... —el anciano la miró unos segundos, luego dijo—: La vida de Lily depende de que te sientes y te quedas callada.

Ella volvió a sentarse, metió la mano en la alforja y sacó la Biblia. Jones la observó para asegurarse de que le había entendido, luego volvió a dirigir la mirada al río.

Maggie no sabía qué creer. Había visto al indio. ¿Era uno de los raptos de Lily? Parecía increíble. ¿Cómo era posible que Dios permitiera semejantes trucos? ¿Qué extraños poderes poseía el anciano? ¿O simplemente tenía razón? Razón acerca de las religiones indias. Razón acerca de la cristiandad. ¿Es que Dios no deseaba ayudar a la humanidad? Ese pensamiento la aturdió y sus manos temblaron. No pudo imaginarse su mundo sin Dios.

Recordó los acontecimientos de los últimos días. Habían cabalgado más de trescientas millas desde el rancho hasta aquel lugar solitario junto al Río Grande después de atravesar un desierto árido y sin caminos, escarpadas montañas rocosas, sin avanzar por carreteras y sin puntos de referencia visibles. Habían llegado allí siguiendo el sueño de Dot. El anciano lo había traducido e interpretado, diciendo que era un mensaje de los espíritus indios. Eso era imposible. Sin embargo, allí estaban. Ella había visto al apache. No era un espíritu.

Se frotó la cara. ¿Era posible que Jones y Dot hubieran adivinado el lugar en sus mentes? ¿Y qué hay de sus propias plegarias? No habían producido ningún resultado. Observó al anciano. Asombrada. Repensó cosas sobre él. Si esto estaba pasando realmente, si realmente habían encontrado a Lily, entonces ella había estado equivocada. Por primera vez en treinta años, él podría posiblemente haber estado a su lado apoyándola. Estudió su perfil enjuto, el puente alto de la nariz, las pesadas cejas.

Cuando el sol estaba a punto de ponerse, Dot miró a su abuelo.

—No vuelven.

Él se dio la vuelta y la miró.

—¿Es eso lo que te dice tu medicina?

—Es solo lo que pienso.

Jones se giró cuando, más abajo, una hilera de jinetes apareció cabalgando lentamente sobre la franja de orilla arenosa en dirección al agua. Dot vio el alegre alazán de su hermana danzando en la larga hilera de caballos.

—¡Es Lily! —gritó.

—¿Dónde? —preguntó Maggie sacando unos binoculares de su alforja.

—¡Mírala! Lleva algo en los brazos.

—¡No! —siseó Jones. Demasiado tarde. Maggie ya se había colocado los binoculares sobre los ojos y el sol poniente se reflejó en el cristal; la luz rebotó sobre la arena y los jinetes.

Los apaches detuvieron a los caballos y Dot oyó que amartillaban sus armas. Pero no dispararon ni salieron corriendo. Tenían coraje... y algo más: mujeres. Era una carta que sabían que tenían en su poder y permanecieron en calma observando el saliente de piedra. Durante unos segundos, ninguna de las partes se movió. Luego un indio corpulento con una pierna deforme avanzó al trote recorriendo la hilera de mujeres, hasta llegar junto a una joven mexicana montada en un caballo castaño greñado. Se giró y miró hacia las alturas del barranco lanzándoles una mirada desafiante, luego agarró las riendas de la montura de la joven y la apartó de las otras. Incluso a distancia se distinguía algo en sus ojos oscuros que asustó a Dot.

Maggie se quedó petrificada mientras la realidad de lo que había hecho la empapaba, inundándola de una gélida culpa. Y temor. Temor por la vida de Lily. Dot miró a su abuelo. No se había movido. Sus ojos seguían clavados en el apache corpulento. Maggie se hundió despacio entre las rocas, con el semblante descompuesto. El lisiado parecía estar retándoles a que le dispararan. Luego levantó la pistola y disparó en la base del cuello de la joven, a punto de decapitarla. Durante un segundo, dio la sensación de que la joven se apartaba de un salto del apache y los caballos, para aterrizar boca abajo sobre la arena. El impacto de la explosión retumbó en el barranco y Maggie palideció.

Sin embargo, el jinete no se movió y sus ojos siguieron clavados en ellos. Se quedó así sentado durante un buen rato y Dot pudo sentir que su abuelo luchaba por controlar la ira que le embargaba. Por fin, el indio se giró y cruzó lentamente el río;

los otros le siguieron trotando sobre sus caballos en una sola fila; cada uno de ellos cabalgaba con una cautiva entre él y el saliente. El caballo sin jinete les siguió y la arena bajo la joven muerta comenzó a oscurecerse. Dot no podía apartar la mirada de ella y de su hermana.

De repente, Maggie no pudo soportarlo más.

—¡Lily! —gritó al tiempo que se lanzaba a por su rifle.

Jones la detuvo allí, sujetándola y tapándole la boca con la mano. Ella le mordió, pero él mantuvo la mano sobre su boca.

Luego una voz nítida se elevó desde el río y el sonido hizo que todo por lo que habían pasado valiera la pena en la mente de Dot.

—¡Madre! —gritó la voz. Era Lily.

Maggie forcejó con más fuerza, pero Jones logró sujetarla.

—Si sigues con esto —dijo Jones—, matarán a otra. Y en esta ocasión, podría ser Lily —observó a Maggie durante unos segundos. Ella dejó de luchar—. Voy a soltarte. No digas ni una sola palabra. Hazlo por Lily.

Cuando la dejó libre, Maggie se acercó tambaleante al saliente y miró una vez más por los binoculares.

—Lily, Lily, Lily —lloró en voz baja.

Los observó hasta que los jinetes desaparecieron tras los mezquites en la otra orilla del río. Había visto a su hija. ¡La habían encontrado! Pero el alivio pronto fue engullido por una sensación de desesperación y vergüenza. La joven que yacía en la arena allá abajo estaba muerta por su culpa. Y podrían haber perdido a Lily. Para siempre.

El Cojo estaba sentado a la sombra de los árboles y examinaba los riscos al otro lado del río. Había visto a la mujer y al viejo gigante. Habían venido a por la chica. Palpó el reloj de bolsillo y abrió el cierre. Allí fue donde había visto a la mujer. El hombre que estaba junto a ella en la fotografía era al que habían disparado el día que mataron al mexicano y se llevaron a Li-Lee. Aún no sabía cómo encajaba el anciano en todo esto. No parecía blanco. No importaba. De alguna manera, encajaba. Bajó la mirada hacia la fotografía y la idea le llegó como una explosión.

Había oído a la chica suplicar a su madre al otro lado del río. La había llamado por su nombre: Mah-gee. Sonrió. Poseía cosas mágicas de ella: su nombre. El ladrón de tiempo. Su imagen espíritu. Era suficiente.

Jones esperó hasta que fue noche cerrada y luego las condujo a buen paso bajando por las laderas de las colinas, en dirección oeste. A

medio galope por terrenos arenosos y trotando por las zonas menos profundas del río, hasta quedar empapados y helados. Se movió sobre rocas escarpadas y luego atajó hacia el noroeste atravesando profundos riscos y alejándose de los apaches. Su mente estaba centrada en el jinete cojo.

Dot no podía explicárselo. Jones se estaba comportando como un loco. La joven azuzó a Alice para acercarse a la torda. La vieja yegua había echado espuma un poco antes y respiraba con un sonido ronco. Jones acunaba la forma inmóvil de Chaco en sus brazos. Maggie se colocó detrás de ellos, desplomada sobre su silla y mirando hacia atrás a cada minuto, como si todavía pudiera ver fugazmente por última vez a Lily.

—No les estamos siguiendo —dijo Dot mientras le castañeaban los dientes.

Él sacudió la cabeza. Aunque seguía llevando tan solo su poncho medicina, el taparrabos y las teguas, y las piernas mojadas con el agua del río, no parecía tener frío.

—¿Por qué? —preguntó Dot.

—Ellos nos siguen a nosotros. Al menos, algunos de ellos.

—¿Por qué?

—Para averiguar quiénes somos. Y luego, cuando descubran que solo somos tres, para acabar con nosotros antes de que alertemos a los mexicanos al otro lado de la frontera.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dot nerviosa.

—Ponernos a distancia... dirigirnos a donde ellos no quieren dirigirse.

—¿Y qué pasa con Lily?

Él dejó de hablar.

—¿Abuelo?

Él la miró, molesto por sus continuas preguntas.

—Espero que podamos recuperar su rastro.

—¿Podremos?

Él no respondió. Solo sujetó el diminuto cuerpo de Chaco con más fuerza y azuzó a la torda hasta ponerla a un trote rápido; la vieja yegua pareció tambalearse, como si fuera a caerse de cabeza, luego se enderezó e inició su habitual traqueteo y paso arrastrado. Dot miró a sus espaldas y de repente le asustó la noche. Frenó a Alice hasta ponerse al paso del ruano. Maggie no la miró. Dot se inclinó hacia delante, agarró las riendas de su madre y azuzó a Alice a medio galope con el ruano siguiéndole.

Dot cabalgó de esta forma, dirigiendo al ruano y obligando a Alice a permanecer junto a la torda, durante varias horas, hasta que Jones paró y se quedó montado examinando la vaga forma de una colina arenosa que se elevaba en la hondonada desértica como una pirámide pequeña. El anciano la miraba atentamente con ojos entornados y parecía incómodo. Incluso la torda parecía preocupada por aquella extraña forma cónica, levantando su cansada testa y mirándola como si estuviera

examinándola.

—¡Abuelo! —gritó Dot.

Jones se giró y vio a Maggie vomitando por encima del cuello de su caballo. Dot humedeció un trapo e intentó pasárselo, pero Maggie la ignoró. Entonces, de repente, comenzó a balbucear. Jones se colocó a su lado y le puso una mano en la frente. Estaba ardiendo. Se giró y miró la pequeña colina una vez más y las extrañas sensaciones volvieron a apoderarse de él. Clavó los talones en la torda.

—Tráela —le dijo a Dot.

Unas millas más allá, Jones las guio por una bajada que desembocaba en una pequeña hondonada, desmontó y regresó andando y mirando a Maggie a los ojos. Dot parecía asustada.

Jones alargó los brazos y con suavidad atrajo a Maggie a sus brazos bajándola del caballo, mientras un reguero de saliva le caía de la boca.

—Extiende unas mantas para ella —dijo Jones, reprimiendo una tos.

—¿Qué le ocurre?

—Solo extiende las mantas.

Maggie balbuceaba en una lengua que a Dot le sonaba india.

Jones le acarició el pelo.

—Duerme, niña —susurró, como si todavía fuera pequeña. Le puso un dedo sobre los labios, pero ella no paró su incesante parloteo.

—Abuelo, ¿qué idioma es?

—Apache.

Dot le miró asustada.

—Ella no sabe apache.

El anciano no respondió.

Estaba preocupado por algo mucho mayor al hecho de que Maggie estuviera balbuceando en una lengua extraña. Los apaches no les habían perseguido. No se explicaba por qué. Había visto sus caballos en el río. Estaban frescos y bien alimentados, y había esperado un ataque antes de que llegaran a la quebrada. Pero nada. Su rastro estaba limpio. Tampoco entendía la inquietud que le embargaba cada vez que pensaba en la pequeña colina arenosa.

Se arrodilló y examinó los músculos que se contraían en el rostro de Maggie, alargó una mano y la posó tiernamente en un lado de su cabeza.

—¿Qué ocurre, niña?

Su piel ardía y apartó la mano rápidamente. Ella no se movió.

Jones cabalgó en la noche y se dirigió hacia la pequeña colina, momentáneamente desorientado. Eso le pasaba en muy pocas ocasiones. Pero por algún motivo no podía recordar dónde estaba situada la colina en forma de cono.

La confusión le cegó. Era como si alguien o algo le hubiera arrebatado la información de su mente. Pero la pequeña torda parecía saber adónde se dirigían, avanzando cuidadosamente pero con decisión a través de cactus, por montículos de arena, bajando llanuras en pendiente. Se movía a un paso constante con el que iba devorando las millas. Los juncos susurraban en la oscuridad a su alrededor. El anciano se untó pigmento rojo fresco en la piel y puso marcas rojas de sus manos en el lomo y la grupa de la yegua.

Cabalgaron al paso constante durante más de una hora. Luego la torda se detuvo y el anciano desmontó. Puso la mano sobre el fino cuello del animal y le dio unas palmadas, asombrado por su fortaleza. Estaba acostumbrado a ella, pero seguía maravillándose. ¿Cómo había sabido regresar a aquel lugar en la vasta noche del desierto? No tenía las respuestas.

Estaban a los pies de la pequeña colina cónica que se elevaba a unos cincuenta pies del suelo del desierto como un templo sagrado en aquella extensa tierra baldía. El anciano comprobó la carga del Sharps y luego comenzó a escalar la ladera arenosa.

Había un pequeño círculo dibujado en la arena: el origen oscuro de sus sueños de círculos. Jones cantó durante unos minutos y luego encendió su pipa y sopló humo cuidadosamente sobre él. Solo entonces se acuclilló cerca del círculo y examinó las cosas que había dentro de su esfera mágica. Se aseguró de no tocarlo.

La pequeña fotografía de Maggie y Brake estaba apoyada contra una pitera de agave en el centro, cerca de los ojos marchitos de alguien. El largo pelo de la cola de un animal, probablemente del ruano, estaba enroscado alrededor de estas cosas, y todo estaba salpicado con polvo de mica y polen de espadaña. Al mirar los globos oculares brillantes y ciegos, Jones tuvo la total certeza de qué tipo de hombre era el Cojo. Su corazón comenzó a encogerse y su temor por Maggie aumentó.

Quemó los ojos, el pelo y la fotografía en una hoguera de mezquite porque el Cojo los había tocado y se había comunicado con esos objetos. Luego corrió ladera abajo hacia la torda adormecida.

Lily supo que tenía que ser en ese momento. La ayuda estaba cerca. Más cerca de lo que iba a tenerla nunca. Y la niña no podía esperar.

Lentamente, cortó la correa de ante con el cuchillo de Mannito; luego esperó a que los apaches cayeran en un sueño más profundo. La niña pequeña volvía a gimotear y gotas de sudor perlaban su frente mientras se aferraba inconsciente a su muñeca. Lily le acarició el pelo y rezó una oración por ella, y pensó en Dot.

—Te quiero, Dotty Baldwin —susurró en la oscuridad.

Entrecerró los ojos y contó otra vez a los seis apaches. Los había estado contando cada dos o tres minutos. Faltaba el lisiado. No era extraño, desaparecía con frecuencia y normalmente regresaba con otra mujer. Observó a la madre de la niña

que dormía sobre la arena. No había recobrado la cordura. Pero tendría que arriesgarse y llevarla con ella. Se levantó lentamente.

Habían logrado alejarse sin ser oídas; la mujer sonreía y seguía a Lily como un perro bien entrenado cuando esta se escabulló entre los apaches durmientes. Afortunadamente, los indios habían estado bebiendo bastante y ahora dormían la borrachera.

Con la niña y la muñeca en los brazos, Lily condujo a la mujer hacia el estrecho arroyo, apresurándose hacia el lugar donde los indios habían maneado los caballos.

La mujer se detuvo.

Lily se giró.

—¿Qué ocurre?

—Mi esposo —dijo en voz baja—. Me está llamando.

La mujer estaba loca, pero tal vez hubiera oído algo. Lily prestó atención a la vastedad de la noche que las rodeaba. Nada. Luego, un segundo más tarde, lo escuchó.

—Solo son los caballos.

Lily colocó a la niña herida en los brazos de la mujer, y observó el rostro de esta para ver si reaccionaba. No lo hizo. Simplemente giró la cabeza y observó la oscuridad que las rodeaba, como si estuviera buscando a alguien entre la multitud. A Lily le entraron ganas de llorar.

Lily estaba ensillando el alazán cuando la mujer echó a caminar despacio hacia el camino.

—No te alejes —susurró Lily.

—Solo voy a recoger las frambuesas que te prometí.

—No necesitamos frambuesas. Quédate aquí.

Pero la mujer desapareció tras las sombras. Lily se dispuso a seguirla, pero se detuvo y regresó a los caballos, suponiendo que tendría que seguirla con los animales hasta lograr que montara. Cuando acabó con el alazán, ensilló rápidamente al mejor animal que pudo encontrar para la mujer, ajustando ambas cinchas con fuerza. A continuación, se dio la vuelta y buscó a la mujer.

—Vámonos —la llamó en voz baja.

Lily creyó oír algo en la oscuridad que se abría frente a ella. Pero dejó de oírlo y no estaba segura de que no fueran simplemente sus propios miedos.

—¿Dónde estás? —la llamó.

Lily trotaba en la oscuridad, buscándolas frenéticamente, cuando se tropezó con el cuerpo sin vida de la mujer. Estaba sentada con las piernas abiertas sobre la arena, apoyada en una roca grande y sujetando sus entrañas y a su hija muerta en las manos,

y contemplando el cielo nocturno, con una sonrisa, como si finalmente hubiera encontrado a quienquiera que estuviera buscando. La muñeca estaba tirada en el barro.

Maggie murmuraba y se reía como una vieja arpía. Tenía el rostro tan inflamado que resultaba difícil reconocerla; ya no se parecía a su hija. Jones estaba sentado sujetando su pipa, y el humo flotaba lentamente brotando de su cazoleta roja mientras la observaba. Dot estaba a punto de sufrir un ataque de pánico, mirando de reojo las pequeñas erupciones rojas que se estaban formando en el cuello y en el rostro de su madre. De repente, Maggie dejó de balbucear y permaneció tumbada contemplando el cielo nocturno.

—¿Dorothy? —la llamó a través de sus labios inflamados.

—¿Mamá?

El rostro de Maggie se contrajo en una mueca.

—Por favor, ayúdame a levantarme.

—¡No! —dijo Jones en tono cortante—. No la toques.

—Ma, ¿qué ocurre?

Maggie sonrió débilmente.

—Solo estoy un poco cansada, eso es todo —dijo con un extraño falsete—. Y veo borroso.

Maggie se incorporó con dificultad hasta sentarse; Jones arrimó una silla de montar por detrás y ella se apoyó. Se acuclilló frente a Maggie y examinó su rostro.

Maggie cerró los ojos como si fuera a dormirse, mientras un temblor la sacudía.

—Ama —dijo él con voz firme.

Maggie miró ciegamente a través de él.

—¿Dónde están? —preguntó.

—¿Qué? —ella ladeó la cabeza al escuchar sus palabras.

—El collar y el polen que te pedí que llevaras.

Reflexionó unos segundos y luego respondió:

—Los tiré. Pertenecían a aquella mujer —los ojos de Maggie se enfocaron durante unos segundos y se clavaron temerosos en los de Jones—. ¿Qué me está pasando?

Jones se levantó rápidamente, se acercó a su silla y desató una bolsita de piel.

—¿Qué le ocurre, abuelo?

—Ama —dijo por encima del hombro—. Debes ayudarme. Además de tu visión. ¿Qué otra cosa va mal?

Maggie volvía a balbucear.

—Ama —dijo con voz más alta—. Escucha mi voz... ¿qué ocurre? Dímelo.

Ella no respondió.

Jones se untó pigmento rojo en las palmas de las manos, le quitó a Maggie una de las botas, cogió una aguja y pinchó la parte de abajo de su pie hasta que brotó sangre. Ella no se movió. Dot abrió los ojos como platos.

—¿Se pondrá bien, abuelo?

—Calla, niña —dijo, reflexionando durante unos segundos.

De repente, Maggie se incorporó con los ojos totalmente abiertos.

—Dot —dijo girando la cabeza y buscando a su hija—. Mi crucifijo.

—No —dijo Jones, levantando la mano para parar a la niña e ignorando totalmente los desvaríos de Maggie—. No te acerques a ella.

Dot salió corriendo y sacó la cruz de la alforja de su madre, luego regresó y permaneció junto a su abuelo.

—Niña. Siéntate cerca de sus pies. Cuando yo esté listo, sigue las instrucciones que te dé. Te avisaré cuándo —miró a Dot; parecía asustada y sus ojos estaban clavados en el rostro de Maggie—. Dorothy, ¿me entiendes?

Ella asintió y alargó el brazo para colocar el crucifijo en la mano de su madre.

—No la toques —dijo él con firmeza—. No está limpia en estos momentos.

—¿Qué quieres decir?

—Su espíritu está cautivo. El Cojo es un pesh-chidin^[6].

Jones sabía que ese era el motivo de que los apaches no les hubieran seguido.

Ahora estaba inclinado sobre Maggie con los dedos untados de pigmento rojo fresco, mientras sus ojos se clavaban en el rostro de su padre.

—No, por favor —dijo, forcejando para moverse.

—¿Qué es un pesh-chidin? —preguntó Dot temblando y observando el rostro furioso de su madre.

—No me importa —murmuró Maggie.

Jones untó el pigmento rojo por la piel de Maggie mientras ella se retorció bajo su mano y recitaba el Padrenuestro.

—¿Qué es un pesh-chidin? —preguntó Dot con voz débil, como si no quisiera saberlo en realidad.

Jones untó el rostro de Dot con pigmento fresco. Cuando hubo acabado, volvió a mirar a Maggie y dijo:

—Un brujo.

—Los brujos no existen —dijo Dot.

Jones la miró hasta que Dot bajó la mirada hacia su madre.

—¿Qué le ocurre?

—El espíritu maligno.

Maggie cerró los ojos y de repente pareció alejarse de ellos con el rostro deformado en una mueca.

—¿Mamá?

Jones agarró a Dot antes de que pudiera moverse y la sujetó unos segundos, luego la colocó a los pies de Maggie, empujándola suavemente hacia abajo hasta que estuvo

sentada sobre la arena.

—Niña, debes permanecer aquí y hacer solo lo que yo haga. Pero no debes tocarla. ¿Lo entiendes? Repite lo que yo diga. Hazlo para salvar a tu madre.

Dot clavó la cruz en la tierra a los pies de Maggie y comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante con un ritmo nervioso al tiempo que recitaba un Padrenuestro.

El anciano ignoró a su nieta. Maggie se marchaba. Agarró frenéticamente el tambor plano de cuero sin curtir y comenzó a tocarlo, entonando una cadencia monótona: *Ugashe, ugashe, ugashe*.

Dot había oído aquella palabra pronunciada por los vaqueros apaches del rancho. Siempre que ella los acosaba con preguntas o interfería en su trabajo, ellos le decían: *Ugashe*. «Márchate». Ahora su abuelo la usaba para intentar ahuyentar a un espíritu maligno del cuerpo de su madre. Era una locura creer que simplemente repitiendo una palabra y untando pintura roja en la piel de alguien se podía curar algo. Se puso a recitar el Padrenuestro otra vez, en voz más alta en esta ocasión.

—Niña —dijo Jones mientras le ofrecía el pequeño tambor y se ponía en pie—. No es el momento para ponerte a discutir con tu dios. Debemos alcanzar a los espíritus y pedirles que nos ayuden. La palabra es U-GA-SHE. Golpea el tambor lentamente y repítela. Piensa en el mal abandonando a tu madre. Piensa en cosas puras. Aléjalo de ella con la fuerza de la palabra y tu bondad. Invoca tu poder. Regresará.

Dot asintió y comenzó a golpear el tambor, recordando la advertencia de su madre acerca de que podría dañar su alma. No sabía a quién hacer caso. Amaba a su madre y generalmente tenía razón. Pero amaba a su abuelo, también, y él parecía saber sobre esas cosas... y, de todas formas, su madre estaba enferma, tal vez muriéndose. Golpeó el tambor con más fuerza. *Ugashe, ugashe, ugashe*.

Maggie se encontraba en peligro mortal y su vida estaba en las manos del anciano. Este se montó en la torda y cabalgó en busca de las cosas que necesitaba. La pequeña yegua fue cubriendo las millas mientras la mente de Jones se centraba en el apache lisiado.

El anciano y la yegua penetraron en tierra árida, a través de bosquecillos de palo fierro y mezquite dulce, buscando las palmas de los dioses y los objetos espirituales que necesitaba para salvar a Maggie. El anciano respiraba con jadeos irregulares. Todos sus sueños morirían si la perdía de esa manera.

Le había azotado la espalda con la vara durante tanto tiempo que Lily ya no podía sentir los latigazos. Cavaba con más ahínco con los dedos cortados y sangrantes y la decisión firme de que tendrían que matarla para

detenerla. Iba a enterrar a aquella mujer y a su hija. Pasara lo que pasase.

El Cojo ya había roto unas cuantas ramas sobre la fuerte espalda de Li-lee; sin embargo, ella no paraba de cavar en la tierra. Estaba decidido a enseñarle una lección. Ella había huido. Había ayudado a huir a otras. Y ahora lo desafiaba. La rama que sujetaba en la mano se rompió y entonces la maldijo y le pegó una fuerte patada en el trasero. Pero ella siguió cavando. Estaba loca, pensó.

Jadeando agitadamente, paró y observó a Li-Lee mientras esta intentaba con todas sus fuerzas meter el cuerpo de la mujer y el de la niña en el agujero. Después colocó a la pequeña boca abajo sobre la madre y empezó a echar tierra frenéticamente sobre ellas. La sangre ya empapaba la espalda de su camisa.

Li-Lee era cabezota. Él no admiraba la testarudez en una mujer. Se la quitaría a palos. Ninguna mujer iba a desafiarle. Nunca. Se inclinó y recogió la pequeña muñeca de trapo y la examinó; luego se la guardó entre sus faldones y se alejó para buscar otra rama más resistente.

Jones había estado ausente el suficiente tiempo para que la luna recorriera todo el cielo nocturno, cuando finalmente regresó a la pequeña quebrada. Estaba magullado y sucio, como si se hubiera arrastrado sobre maleza frondosa. Dot miraba aturdida a Maggie, que estaba cubierta de manchas rojas y empapada de sudor. Jones observó el rostro hinchado durante unos segundos, luego le quitó el tambor a la niña y emprendió otra vez con su cadencia monótona.

Dot también se puso a cantar; luego Jones inició una lenta danza sin moverse del sitio y su voz se convirtió en una jerigonza incoherente con entonaciones que resultaban sedantes. Hipnóticas. Dot luchó por mantenerse despierta e imitar los sonidos. Toda la noche, sin parar, duraron los cánticos y ensalmos. Dot los imitaba hasta que pensó que ya no podía soportarlo más. Maggie ahora sudaba a raudales, pero por lo demás nada parecía haber cambiado. Dot se desmayó. Jones continuó cantando como si le fuera la vida en ello.

Entonces, de repente, se calló. La noche estaba silenciosa y aparentemente serena, a la espera de algún momento de magia. Se desplomó sobre sus rodillas junto a Maggie, sacó un cuchillo largo y se inclinó sobre ella.

—¡Abuelo... no!

Él la ignoró por completo, cortó los pantalones de Maggie desde los muslos hasta abajo y los retiró para exponer las piernas; luego cogió pigmento rojo, dibujó cruces en sus muslos y a continuación espolvoreó polen sagrado sobre ella. Se sentó y comenzó a hablarle durante unos cuantos minutos, luego echó la cabeza de Maggie hacia atrás sobre la arena. Parecía muerta y sus ojos estaban en blanco. Dot gemía detrás de él. Puso polen en la lengua de Maggie y le cerró la boca sujetándosela con vendas, como si tuviera dolor de muelas.

Cantaron hasta el amanecer. Entonces Jones dejó de cantar y el silencio regresó extraño y aprensivo, y después sacó una serpiente viva de algún lugar de su persona. Dot pegó un respingo. ¿Dónde la tenía escondida? Odiaba las serpientes. Al menos esta era pequeña e inofensiva, una gopher amarilla. Jones frotó lentamente la criatura retorcida por los muslos de Maggie y se la pasó por los brazos y el rostro, siseando todo el tiempo como si él fuera la serpiente. Cuando hubo acabado, escupió en el fuego y luego se giró y ofreció el reptil a Dot. Ella se echó hacia atrás asustada.

—Cógela. No te hará daño... pero ahora lleva dentro el espíritu demoniaco. Llévala y déjala en libertad para que pueda vomitar su mal sobre la tierra.

Dot extendió unas manos temblorosas y cogió el cuerpo suave como el cristal del reptil, aterrada por lo que poseía en su interior.

El apache cojo se había despertado violentamente de sus sueños con la imagen del anciano. Sudaba y estaba preocupado. La inquietud se le clavó dentro tirando de él hacia la noche. Algo pasaba. Pensó en la chica, Li-Lee, y cogió la muñeca. Pasó junto a la hoguera del campamento y los otros apaches. Eran como chuchos callejeros, pensó, miraban pero no hacían nada. Siempre era igual. Y lo había sido toda su vida. Miró fijamente sus rostros cuando pasó por su lado, retándolos a detenerle. Sabía que no lo harían.

Se agachó bajo el saliente donde estaban las mujeres cautivas, se acuclilló frente a Li-Lee y examinó su rostro. Ella apartó la cara con una mirada de repulsión en su semblante. Él tuvo la tentación de alargar el brazo y agarrarla, pero la chica estaba débil por la paliza que la había dado. Y tenía que poder cabalgar.

Le ofreció la muñeca con una mueca burlona. Ella la examinó unos segundos, reconociendo poco a poco que era la de la niña muerta y su garganta se contrajo hasta que le resultó imposible inhalar aire; luego su expresión cambió. Lentamente al principio, y luego más rápido, hasta dibujarse en su rostro una furia absoluta.

—¡Hijo de perra! —gritó lanzándose hacia él, arañándole la cara y arrebatándole la muñeca.

El Cojo la agarró por el cuello y apretó hasta que dejó caer la muñeca, gritando de dolor. Fuera de sí ahora, la empujó hacia la arena y se sentó sobre ella a horcajadas, le golpeó la cara con sus pesados puños y luego le rodeó el cuello con las manos y apretó. Lily pegaba patadas y boqueaba intentando respirar, su piel enrojeció y las fuerzas fueron abandonándola poco a poco. Los brazos cayeron sobre el suelo y se desmayó. Él continuó apretando la suave garganta, mientras el Otro le azuzaba para que continuara, hasta que fue consciente de que estaba a punto de perderla y la soltó.

Más tarde, el sentimiento de preocupación que había padecido antes volvió a asaltarle. Esta vez ese sentimiento era similar al miedo. No estaba seguro del porqué... solo que tenía algo que ver con la mujer, Mah-gee, y con el anciano.

Buscaban a la chica. Quizás debería matarla. Y deshacerse así de ellos.

Maggie no se recuperó ese día. Parecía rígida, como si su cuerpo se hubiera congelado, y su piel estaba pálida y translúcida. Apenas respiraba. Jones no decía nada. No cantaba ni tocaba el tambor ni entonaba ensalmos. Sentía que ya no podía hacer nada más. Su poder le había fallado.

Dot estaba asustada.

—Abuelo, ¿cuándo mejorará?

—Debería haber mejorado ya.

—Pero lo hará... ¿verdad?

—He hecho todo lo que sé.

—¡Entonces tenemos que probar otra cosa!

—Niña, estate callada. No hay nada más. No molestes a los espíritus. Si la van a ayudar, lo harán. Ni tú ni yo podemos hacer nada ahora que pueda cambiarlo.

Dot temió haber pecado por sacrílega y que esa fuera la razón de que su madre no se hubiera recuperado. En ese mismo instante decidió abandonar sus hábitos pecaminosos y volver a temer a Dios y creer en Él. Estaba desesperada.

—No lo creo. Tenemos que intentar algo.

Recogió la pequeña Biblia que había sobre la manta y la sujetó entre sus manos temblorosas. Jones la observó pero no hizo ningún comentario.

—Dios, por favor, ayuda a mi madre. Está muy enferma. No sé por qué, solo sé que está muriéndose. Por favor, ayúdala. Si te he enfadado por creer en la magia del abuelo, lo siento.

Dot rezó con todas sus fuerzas durante un largo rato y el anciano la observó.

Estaba impresionado por las fervientes oraciones que recitaba su nieta arrodillada junto a Maggie, balanceando su pequeño cuerpo y chorreando de sudor. Escuchó sus súplicas, los lastimeros gritos pidiendo ayuda que se evaporaron lentamente en el aire del desierto. Aunque él no sabía cómo hablar con el dios cristiano, ella merecía hacerlo. Su corazón era puro. Sin embargo, el dios de ella no se inmiscuía en asuntos humanos. Se sintió mal por la niña.

Cuando el sol llegó al punto álgido de su arco en el cielo azul espliego, fabricaron un travois, colocaron a Maggie sobre él y partieron de nuevo por el árido terreno. Esto no detuvo a Dot. Simplemente continuó rezando sobre la silla de montar, cabalgando junto a su madre y hablándole. Suplicando a Dios y suplicando a Maggie. Y estuvo haciéndolo hasta quedarse tan ronca que apenas podía hablar.

Cabalgó sobre Alice y se colocó junto a la torda.

—Abuelo —carraspeó, las palabras le dolían—, ¿crees que Dios se ha enfadado conmigo?

El anciano negó con la cabeza. Ningún dios, pensó, podría enfadarse con aquella

niña valiente. Sintió pena por ella. Ninguno de sus sueños se estaba cumpliendo. A veces, estas cosas ocurrían. Era una lección que ella debía aprender.

Aquella noche, cuando acamparon, Jones emprendió sus cantos y golpes de tambor una vez más. Pero ya no le quedaba ninguna esperanza. En esta ocasión, Dot se negó a unirse a él y se arrodilló junto a su madre a rezar mientras sujetaba la pequeña cruz. Los dos parecían balancearse hacia delante y hacia atrás sobre el cuerpo de la mujer... cantos paganos y rezos cristianos flotaron y se mezclaron en el aire nocturno.

Dot se paró y alzó la mirada hacia el anciano con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué nada es como era, abuelo?

—No lo sé. Quizás para enseñarnos ciertas cosas que debemos aprender.

Esto la descorazonó definitivamente. Dot sacudió la cabeza con tristeza y retomó sus rezos.

Fue durante las horas más profundas de la noche, cuando el aire se torna frío y las criaturas, tanto las nocturnas como las diurnas, ya no se mueven y la tierra y todos sus habitantes duermen verdaderamente, cuando Maggie gimió. Fue un sonido prolongado y bajo que parecía arrastrar parte de los rezos y cantos, e hizo que Dot se incorporara sentada y temblara.

Jones se acuclilló cerca de los pies de Maggie y le mostró su sonrisa de diente de oro. Ella lo ignoró, enfadada por el pigmento rojo. Podía abrir los ojos, beber y sorber caldo, pero, sobre todo, estaba enfadada. Se limpió las cruces de los muslos, sabiendo que no eran cristianas, y le pidió a Dot que le ayudara a cambiarse de pantalones.

Lo único que fue capaz de decirle a Samuel Jones fue:

—¿Cómo has podido?

Él no respondió. Simplemente la miraba primero a ella y luego a la niña, asombrado por las oraciones cristianas de su nieta. No tenía respuesta. Examinó el crucifijo de plata que Dot había clavado en la arena junto a su madre y reflexionó sobre cuestiones que no se había planteado desde hacía mucho tiempo. De lo único que estaba seguro era de que él no la había curado.

Dot no sabía qué pensar. Había participado en ambos rituales. Solo estaba agradecida de que alguien hubiera salvado a su madre.

Cuando el cielo clareaba por el este y los lobos de la pradera trotaban hacia sus guaridas, Maggie se sintió lo suficientemente fuerte para levantarse. Un rato más tarde podía montarse en su silla, y entonces retomaron de nuevo el viaje avanzando todavía en dirección opuesta al Río Grande y los apaches. Y de Lily.

Maggie pensó en la voz. La había escuchado de nuevo durante su enfermedad, sacándola de la desesperación. No recordaba las palabras. Solo sabía que le había hablado de vida. De la bondad de la vida.

Cabalgaron hacia el rojo amanecer, atravesando un paraje lleno de arbustos de uña de gato y tierra seca, y las espinas de los arbustos rasgaban los pantalones y la carne, y la arena caliente quemaba las pezuñas de los animales. Era un territorio inhóspito. Cabalgaron ahuyentando coyotes, conejos y mochuelos de madriguera. La poca agua que encontraron olía a barro y a minerales. Chaco no se había despertado y Dot estaba empezando a creer que no viviría. No le había gustado antes, pero al observar al diminuto terrier y sujetarlo inconsciente, se sintió más próxima a él. Maggie, cuando estuvo más consciente de las cosas, continuó cuidando de Chaco, obligándole a tomar pequeños sorbos de agua y caldo.

Todos estaban exhaustos, humanos y bestias. Todos menos Alice. La joven mula todavía mantenía un paso vivo. Dot observó a la torda sufriendo con cada paso y sintió un enorme amor y admiración por ella, maravillándose de que el viejo poni y su abuelo pudieran continuar. Aparentemente insensibles al frío y al calor, a la sed y la fatiga, el anciano y su yegua formaban una pareja perfecta en cuanto a determinación y resistencia. De vez en cuando, el viejo poni guerrero se tropezaba, e incluso se caía, pero siempre se ponía en pie y continuaba su avance. Luego, cada vez que paraban, se derrumbaba sobre sus rodillas desgarradas, como un camello, e inmediatamente se quedaba profundamente dormida, y siempre daba la impresión de que por fin había muerto. Pero cuando estaban listos para retomar el viaje, siempre se levantaba y, arrastrando las patas y con la cabeza gacha, lideraba la marcha.

Dot los amaba a ambos... amaba la forma en la que afrontaban la lucha juntos, la manera en la que el anciano la aliviaba trotando resueltamente junto a ella, sujetando el cuerno de la silla con una de sus manos huesudas y empujándola por detrás cuando la pendiente aumentaba. Le daba de beber a ella cuando no había suficiente agua para ambos, la frotaba secándola de noche y le curaba las rozaduras y cortes. Que él amaba y respetaba profundamente al viejo animal era obvio. La yegua debió de ser todo un terremoto de joven, pensó Dot. Ahora solo parecía consumida. Pero también el ruano parecía seriamente exhausto. Alice era el único animal que no había sufrido demasiado desgaste.

Cuando el sol coronó las montañas lejanas, la tierra se inclinó ligeramente y comenzaron a escalar lentamente una pendiente rocosa cubierta de nopales, lechuguilla y cactus cholla. Jones y la torda parecieron recuperar el paso. Había más ímpetu en sus pisadas. Los cactus crecían por todas partes. Lo peor era la lechuguilla. Lo segundo, la cholla. La lechuguilla dificultaba el avance con sus manojos de tallos verdes espinosos que se extendían por el suelo. Dot sabía que la cholla, conocida como «cholla saltarina», se llamaba así porque parecía que saltaba sobre cualquier cosa que pasara cerca.

Estaba arrancando cuidadosamente algunas de estas de la espalda y de la pernera de su pantalón. Alice seguía otra vez a la torda. La vieja yegua avanzaba sola; Jones se había bajado de la silla unos minutos antes, retrasándose ligeramente para inspeccionar sus huellas por el camino recorrido. Había estado haciendo esto

intermitentemente durante varias horas. Dot se preguntó cómo sabía la yegua adonde dirigirse avanzando pesadamente con aparente determinación.

Dot observó a su abuelo que pasaba junto a ella corriendo y saltando de nuevo sobre la silla de montar, haciendo que la pequeña yegua se balanceara precariamente bajo su peso.

—¿Han regresado allá, abuelo?

Él la ignoró. Maggie miraba abstraídamente el cuello del ruano y el sol brillaba sobre su precioso cabello.

Continuaron escalando la pendiente hacia una alta montaña azulada que se elevaba miles de pies sobre el desierto. Poco a poco, el terreno empezó a cambiar. Bebieron primero y luego cruzaron un ancho río de aguas claras. El agave y la creosota dejaron paso a girasoles, hierbas de arroz indio y rosales silvestres. El aire era dulce, de alta montaña, y de un frío estival. La tierra se transformó en un lugar bellissimo; la montaña estaba situada a suficiente altura para que lloviera. Había mirlos de alas rojas y mariposas de color amarillo azufre, y pequeñas plantas crecían entre las grietas. Manantiales. Y un bosque frondoso.

Siguieron un agradable arroyo hacia las colinas. Las orillas estaban flanqueadas de juncos e invadidas por sauces y álamos, y Dot podía oír patos hundiendo las cabezas en el agua. Vio una garza nocturna despegando desde el agua y aleteando lentamente corriente abajo. Había señales de castores y siluros, y pisadas de ciervos y mapaches. Las amapolas mexicanas proporcionaban pinceladas de colores brillantes por todo el cañón y unos árboles pequeños se erguían por las grietas de las colinas. Era un verdadero paraíso soleado y maravilloso. Dot pensó que podría ser el lugar más bonito del mundo.

La enorme cueva se abría en la pared del cañón. La entrada se elevaba unos setenta y cinco pies y se adentraba unos cien pies más en la montaña, una catedral desorbitada tallada en arenisca roja. Era majestuosa y hermosa. Un interior despejado y aireado, podía alojar fácilmente a unas cien personas bajo su tejado de roca abovedado y el suelo cubierto con una gruesa capa de arena. Había docenas de círculos de piedras que rodeaban los restos chamuscados de hogueras en el centro. Unos dibujos extraños cubrían las paredes. Jones desmontó y avanzó pausadamente hacia las frías ráfagas de sombras; se giró y examinó las paredes y las negras cenizas frías de fuegos apagados hace mucho tiempo, como si vagara en un sueño y viera otros tiempos y a otras gentes.

—Abuelo, ¿conoces este lugar?

—El lugar sagrado —dijo. Estaba todavía girándose en un lento círculo examinando las rocas y la arena, rememorando.

—¿Estamos seguros aquí?

Él la miró con los ojos entrecerrados. Luego volvió a mirar a las sombras,

penetrando aún más en la caverna. Maggie se adentró y envolvió su cuerpo con los brazos. También ella giraba y miraba a su alrededor.

—Este lugar me provoca malas sensaciones —dijo ella.

—El abuelo dice que es sagrado.

—Huele a indios.

Jones estaba de cuclillas en la gruesa arena y cantaba en voz baja.

—Abuelo... —Dot esperó y luego preguntó—. ¿Y Lily?

Él cantó con voz más fuerte.

Jones las dejó solas en las sombras de la enorme cueva. Habían llevado los caballos y la mula a la parte más profunda, luego intentaron borrar sus huellas. Cuando acabaron, comprobaron sus armas y vigilaron nerviosamente la entrada del refugio y la brillante luz del sol afuera. Chaco estaba en el regazo de Maggie, gimiendo. Ella le acariciaba y le hablaba en voz baja.

—¿Dónde crees que está el abuelo?

—Intentando encontrar a sus amigos indios.

—No, no es cierto. Y aunque lo fuera, los indios no son malos.

—¿Por qué crees eso de los indios?

—He leído... —luego, añadió rápidamente—. Son buenos.

—No puedes leer un libro y pensar que es como la vida real. Y no deberías pensar que ellos son como tú.

Dot observó la luz del sol durante un largo rato antes de volver a hablar.

—Mamá, el abuelo es indio. Los indios son buenos. Al menos tan buenos como nosotros.

—Dotty, él es blanco. Nacido en Boston. De padres ingleses. Ya lo sabes.

—Eso no significa nada. Él ha aprendido a ser indio.

—Cierto —dijo Maggie, aclarándose la garganta—. Pero no es algo de lo que él o tú debierais estar orgullosos.

La conversación les había quitado un peso a ambas y simplemente permanecieron sentadas durante un rato, hasta que Dot se durmió lentamente.

Maggie pegó un salto cuando vio a Jones bajando hacia el arroyo para beber y luego subiendo por el sendero que conducía a las montañas. Le observó hasta que desapareció; la curiosidad se le despertó y de repente decidió averiguar qué estaba haciendo Jones. Si había localizado a sus amigos indios, ella quería saberlo. Dot estaba profundamente dormida. Maggie dejó a Chaco sobre la manta y le siguió.

El estrecho sendero rocoso escalaba por la ladera de un barranco de granito, que se alzaba bruscamente en escarpados riscos, y el aire era gélido y calmado. Podía oír agua un poco más adelante. Continuó avanzando hasta pararse a los pies de una

pequeña cascada. El rocío le cubría el rostro y la hizo temblar. No veía a Jones por ninguna parte.

Maggie estaba ya dándose la vuelta para regresar por donde había venido cuando escuchó voces. Se quedó inmóvil, escuchando con atención el débil sonido que llegaba de una grieta en penumbra entre las rocas junto a la cascada. Maggie se acercó sigilosamente e inclinó la cabeza para captar los sonidos que flotaban, atrapando fragmentos de frases, y aunque no podía descifrar su significado, conocía el idioma: apache. Maggie ahora temblaba con fuerza, resistiendo el instinto de salir corriendo.

Como había sospechado, él las había guiado hasta sus amigos indios. Se acercó más. Alguien pronunciaba nombres indios, los repetía una y otra vez: el sonido del duelo. Maggie miró por la grieta de la roca, cegada por las sombras. La voz calló. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron.

Samuel Jones estaba de rodillas, balanceándose hacia delante y hacia atrás, totalmente desnudo a excepción de su taparrabos y unos mocasines apaches altos. El lugar donde estaba arrodillado era pequeño y circular, un rayo vertical atravesaba las gruesas paredes de granito. El viejo comenzó a gemir.

Maggie reprimió el sentimiento de compasión que sentía en su interior, diciéndose que él se había ganado el derecho a sufrir... había condenado su alma para vivir con una ramera india. Había malgastado su vida entre salvajes. Vivía consumido por sus supersticiones y miedos, y actuaba según sus extrañas creencias de brujería y magia, un mundo caótico de espíritus y demonios. Estaba a punto de darse la vuelta para marcharse, pero se paró; los sentimientos despertaron sus pensamientos de nuevo como un soplo de viento entre hojas secas. No podía deshacerse de ellos. Estaba pensando en su niñez con él. Parecía acabado y enfermo y las lágrimas surcaban sus rasgos demacrados.

—Gracias, Ama —dijo con voz temblorosa mientras se giraba para mirarla—. Recé tanto para que esto ocurriera algún día.

—¿Qué?

—Que nos acercáramos.

Sin saber por qué, Maggie se giró de lado y entró en el pequeño cubículo.

—¿Qué? —volvió a preguntar intentando sonar impaciente, pero sintiendo una atracción magnética hacia el anciano.

Jones se levantó con gran esfuerzo y dio unos pasos hacia delante, observando la rendija horizontal en la roca como si contuviera un valioso tesoro. El corte era de unos dos pies de alto y seis pies de ancho y estaba sellado con piedras. Maggie lo observó mientras Jones apartaba rocas de la rendija, abriendo un pequeño agujero y mirando a través de él. Maggie se acercó con el corazón latiendo a toda prisa. Él se echó hacia atrás para que ella pudiera mirar. Dentro había cosas indias: collares, ollas, ropa. Cosas viejas y polvorientas. Luego los vio. Huesos. Pilas de ellos, y tres calaveras.

El anciano cantaba en apache. Maggie se frotaba las manos nerviosamente cuando por fin dejó de cantar y habló:

—Aquí es donde los enterré.

—¿A quién?

—A tu hermano y a tu hermana.

El sonido que produjo Maggie al contener el aliento fue claramente audible.

—Eso es mentira.

—Ellos son lo que los blancos llaman hermanastro y hermanastra.

—No te creo.

Jones volvió a cantar suavemente, al tiempo que recolocaba lentamente las piedras. Maggie no podía apartar los ojos de las sombras dentro de la cueva. Solo sabía de la existencia de la mujer india. Jamás tuvo noticia de ningún otro hijo. El aliento seguía trabado en su garganta. Se mordió el labio y cerró los ojos con fuerza. Siempre había pensado en aquella mujer como una ramera india que le había robado a su padre. El sheriff le dijo que era pequeña, bonita e inteligente; que había amado a su padre y que él la había amado a ella. El cuerpo de Maggie se tensó. Ahora había descubierto lo más difícil de aceptar: que aquella india era la madre de sus hijos. Progenie fuera del matrimonio. Bastardos. Perros mestizos. Y, sin embargo, eran sus hermanos.

—Tenían ocho y diez años.

Maggie no respondió.

—Su madre, Yoapon, está enterrada aquí con ellos. Mi esposa.

Maggie lo miró enfadada.

—Te refieres a la india por la que abandonaste a madre.

Él se quedó en silencio.

Con voz angustiada y hablando solo consigo misma, dijo:

—Me da igual.

Ahora Maggie lloraba en silencio, no por tristeza o ira, simplemente por la frustración ante un pasado inmutable. Permaneció examinando la tumba de piedras, viendo más allá los restos de su propia vida.

—El nombre de tu hermana era Lozen. El de tu hermano, Eskim.

—Me da igual —dijo en voz alta y desesperada. Se sentó en el suelo de piedra y se rodeó las rodillas con los brazos, balanceándose lentamente.

—Les conté historias sobre ti.

Maggie cerró los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué nos mezclaste como si fuéramos una sola familia? No lo éramos. Y no lo quiero ser.

Jones pasó suavemente la mano sobre la superficie de las tumbas.

—Estaban asustados y hambrientos. Nos perseguían y no podíamos encontrar caza ni encender hogueras. Los arroyos estaban vigilados, así que bebíamos lo poco que encontrábamos en las colinas. Muchos murieron de fiebres —dejó de hablar y

examinó las piedras; cuando volvió a hablar su voz sonó lejana—. Fue aterrador para los niños ver a sus amigos y familias consumidos o asesinados. Por eso les contaba historias, Ama, para que pudieran abandonar su mundo y escapar al tuyo.

Maggie se mordió el labio inferior y asintió, incapaz de condenarle por ello.

—Para ellos, tú eras su guardiana espiritual. Creían que tenías el poder de rescatarlos, de apartarlos de aquel horror. Nunca les dije que no podrías hacerlo. Se me hubiera partido el alma —hizo una pausa y miró la pared de roca ante él como si pudiera verlos moviéndose en su interior—. Solían suplicarme que invocara tu espíritu. Querían verte, Ama. Para ver cómo ahuyentabas a nuestros enemigos. Lozen te amaba sin tan siquiera haberte conocido.

Comenzó a cantar y a agitar la carraca otra vez. Cuando hubo acabado se giró y miró el rostro de Maggie.

—De noche, cuando te añoraba, abrazaba a Lozen y fingía que eras tú. Te hablaba. Ella lo entendía. Se quedaba sentada totalmente inmóvil y se prestaba a hacer de diminuto médium espiritual, para que yo pudiera tocar tu corazón y tu alma.

»Tu hermana te amaba profundamente. Casi al final, cuando siempre teníamos hambre y frío, ella me hacía hablar con más frecuencia de ti. Le aliviaba el dolor. Ella creía que mientras tú siguieras viva, ambas viviríais —Jones la miró—. Ahora vive a través de ti.

Maggie sacudió la cabeza lentamente.

Él rebuscó algo en un pequeño saco de piel que Maggie había visto que su padre sacaba de la tumba.

—La semana antes de morir hizo esto para ti —sacó un pequeño collar de bellotas de la bolsita putrefacta. Maggie lo sujetó en la palma de la mano, intentando imaginarse a la pequeña niña india, luego lo guardó en el bolsillo.

Él la miró.

—Le prometí que un día te traería junto a ella. Ella está feliz por este día. Yo estoy feliz.

Habían encendido la hoguera en las profundidades de la cueva, pero su brillo no podía ser ocultado y bailoteaba acogedoramente en el aire como una criatura viva, derramándose en el techo y sobre la arena, arrojando una débil y ondulante ráfaga de luz sobre toda la caverna. Tras una cena frugal de alubias y repollo silvestre del desierto, se tendieron en sus mantas, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos.

Jones había maneado las monturas en un montículo de grama salada cerca de la entrada de la cueva. Maggie podía oírles pastando. Era un sonido apacible. Su padre estaba sentado y observaba las llamas de la pequeña hoguera de mezquite. También ella se quedó mirándolas durante unos minutos, luego levantó la mirada hacia él y vio los ojos del anciano clavados en el crucifijo. Parecía absorto en sus pensamientos. Pensamientos turbulentos. La pequeña cruz se erguía sobre una pequeña piedra junto a la hoguera y arrojaba una sombra temblorosa sobre la arena. Parecía desafiante en la noche, en aquel lugar de dioses paganos.

¿Qué pensaba él? Se preguntó Maggie. ¿En la redención? ¿Podría un hombre como él encontrarla alguna vez? Lo dudaba. El pensamiento la inquietó profundamente. Cerró los ojos y rezó por él. Por todos ellos.

Maggie pensó en Lozen y Eskim, y la mujer, Yopon, y se sintió triste e incómoda. Pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Nada de nada. Desde los once años había desconfiado de los indios. Su padre la había abandonado por ellos. Brake y ella habían luchado contra los indios. Habían perdido a Thelma y a Julia a manos de ellos. Los indios habían matado a Mannito, habían herido a Brake y habían raptado a su Lily. Y ahora, había llegado a aquel lugar solitario para descubrir que tenía una hermana y un hermano que eran medio indios. Nada de aquello parecía justo o correcto, ni tenía ningún sentido.

Poco a poco, empezó a formarse la idea en su cabeza de que, incluso aunque fueran hermanastro y hermanastra, no importaba. No los había conocido y nunca los conocería, nunca tendría que enfrentarse a sus sentimientos. Que el viejo hubiera hecho lo que se esperaba de él, engendrar hijos indios fuera del matrimonio, no la afectaba a ella. Ese pensamiento la hizo sentirse mejor. Lamentaba que hubieran muerto, pero se sentía aliviada de no tener que enfrentarse a lo que ellos significaban para ella y para su vida. Aunque algún día llegara a aceptar la existencia de aquellos hermanos ilegítimos en su mente, sabía que nunca aceptaría a la mujer india, Yopon. Ella había destruido a su madre y Maggie jamás olvidaría ni perdonaría ese hecho. No podía hacerlo y vivir con ello el resto de su vida.

Miró a Jones a través de la débil luz llena de sombras, sus labios articulaban

silenciosamente un canto. El anciano había dejado de mirar el crucifijo, pero siguió con sus ceremonias religiosas. Maggie guardó la cruz en el bolsillo de su abrigo mientras observaba a Jones susurrar su letanía de sinsentidos paganos. No había parado desde que llegaron a la caverna. Él realmente creía que era tierra sagrada. Maggie sacudió la cabeza, recordando lo que le había contado acerca de que los espíritus indios no abandonan el lugar de su muerte... que Lozen, su hermanastra, estaba allí y acudiría a ella. Maggie se removió nerviosamente sobre las mantas, observando las sombras al otro lado de la luz de la hoguera.

Se sacudió de la mente el pensamiento de Lozen, comprendiendo mejor cómo la noche alimentaba los miedos primitivos de la gente. Maggie volvió a mirar al anciano, preguntándose cómo había dejado que esto le pasara. Educado en la universidad y maestro de escuela. Había renunciado a todo. Había renunciado a su derecho de nacimiento, a su esposa y a sus hijos, a su derecho a ser su padre. Todo para poder partir con nómadas errantes. Y al final, había sentido pánico ante la muerte y había regresado menesteroso y buscando el perdón. Este último pensamiento hizo que sus hombros se tensaran.

Sujetó la Biblia con más fuerza. Maggie se consideraba una buena cristiana y sabía que debería perdonarle, pero por mucho que buscara en su alma, no podía encontrar nada en su interior que le permitiera liberarse totalmente del pasado. Cada vez que lo intentaba, recordaba el amor de su madre por él, su lucha por sobrevivir, y la mucha o poca compasión que sentía se marchitaba. Volvió a mirarlo, pensando de nuevo en Lozen y Eskim.

Jones la estaba mirando.

—¿Qué? —preguntó Maggie.

—Me alegro de que sobrevivieras.

—Crees que tu magia india me salvó —dijo ella. Él no respondió—. No tenías ningún derecho a involucrarnos a mí o a mi hija en tu mascarada pagana. Somos cristianas —hizo una pausa—. Tú mismo lo fuiste en otro tiempo.

Él asintió, observando las llamas.

—Ahora crees en plumas y en humo.

El viejo contempló el rostro de la mujer durante unos segundos con un atisbo de agitación en las arrugas de la boca.

—Yo creo en un creador de la tierra y hombre. ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que tú crees? —al ver que ella no respondía, continuó con voz firme—. Ama, dime.

—Tus dioses corren de un lado a otro prestando poderes a los hombres. Estás obsesionado con tus rituales paganos y toda esa parafernalia... con tus cantos, el humo de tu pipa, tus pinturas, tus pólenes, tus collares de cuentas...

—... Tus oraciones, tus ángeles —interrumpió él—, tus cenizas, tu incienso, tu agua bendita —se levantó y puso madera en la hoguera y observó las chispas ascendiendo al techo de la cueva; luego se giró hacia ella—. Tus santos y discípulos que sabían hacer magia.

—Milagros —dijo ella rápidamente.

—Jesús, que andaba sobre el agua y resucitaba a muertos. Tu crucifijo.

—Blasfemia.

—No. Creo que Cristo era verdaderamente Dios. Pero los blancos lo perdieron.

Ninguno de ellos habló durante un rato. Maggie leyó su Biblia, mientras Jones limpiaba el Sharps. El viento soplaba entre las rocas de la cueva, murmurando voces. Maggie sintió un escalofrío, cerró el libro y miró a través de la hoguera hacia él. Maggie no había acabado con la discusión.

—Si crees eso, ¿por qué no eres aún cristiano?

—Ya te lo he dicho, Ama. No sé el nombre de lo que soy. Solo sé que los blancos arruinaron aquella cosa que llamáis Cristianismo.

Sacó un bastoncillo del cañón de la vieja arma y miró dentro para ver si estaba limpio. Aún mirando el cañón, dijo:

—Los blancos perdieron a su dios.

—Eso no es verdad. Yo puedo hablar con mi Dios.

—Hablar, pero nada más. Se ha perdido en algún sitio —examinó el rostro de su hija—. Mi dios ayuda, Ama. Y puede ser invocado. Sus espíritus buenos me ayudan.

—Mi Dios me ayudará.

—Entonces úsalo para encontrar a Lily.

—No le voy a poner a prueba.

—No sabes cómo encontrarle, eso es todo. Yo tampoco lo sabía. Por eso no soy cristiano. Cuando le necesité, Él no estuvo ahí.

Se sentó y reflexionó sobre sus dudas de si Dot había logrado encontrarlo o no. No, no estaba seguro. Esa posibilidad le inquietaba.

Maggie metió la mano en el bolsillo para coger el crucifijo, pero en primer lugar tocó el collar medicina de bellotas que Lozen había hecho para ella. Maggie sacó de golpe la mano.

Jones continuó limpiando su Sharps y pensando en lo que Dot había hecho: la inquietante posibilidad de que hubiera usado al dios cristiano para salvar a su madre.

El fuego se había reducido a brasas y Chaco ladraba suavemente en sus oscuros sueños, cuando Maggie volvió a hablar. Dot se había dormido profundamente y estaba acurrucada junto a su madre, y Maggie tenía apoyada una mano sobre ella. Mirando a su hija, los pensamientos de Maggie retornaron a Eskim y Lozen.

—¿Cómo murieron?

Jones permaneció en silencio durante un rato.

—Mexicanos y blancos —dijo, por fin—. Atraparon a las mujeres y niños aquí, en este lugar. Yo había salido con los hombres a Sonora para vender mulas —hizo una pausa y miró las ascuas—. Cuando regresamos, habían desaparecido. Yo y los otros estaban muertos.

Dio un largo trago de mescal y se sentó escudriñando el fuego como si intentara ver algo en él.

Cuando volvió a hablar, su voz parecía ahogada por el dolor.

—Dos mujeres escaparon con un niño para contarnos la historia. Violaron a las mujeres y las niñas y luego les dispararon, o las molieron a palos hasta matarlas. Luego condujeron a los niños más pequeños hasta una colina alta y les obligaron a saltar —dijo Jones, luchando por reprimir un grito en su pecho—. Tu hermano Eskim era muy valiente. Las mujeres los vieron desde las rocas mientras él sujetaba la mano de su hermana mayor y les decía a los otros que no tuvieran miedo, que se reunirían con sus antepasados. Y luego, saltaron juntos.

Jones se giró, le miró a los ojos y bebió otro trago.

—Cree.

—¿Que crea el qué?

—Que tu hermana todavía camina.

—Eso es absurdo.

—No, es la verdad. Los espíritus habitan en el lugar de su muerte. Lozen está aquí. No estás sola. Ella tiene el corazón alegre. Vendrá a ti. Y creerás. Los muertos no carecen de poder —calló y examinó el rostro de su hija—. Las ancianas decían que antes de saltar, Lozen gritó el nombre de un espíritu: May-re-teet. Pero yo lo supe. Era «Margaret». Tu hermana te llamaba. Creía que tú la salvarías —siguió con la mirada en Maggie—. Lozen te amó profundamente. Da igual lo que sientas por mí... devuélvele su amor. Ella ahora te espera.

Maggie no podía dejar de mirarlo y sus ojos se disparaban de un lado a otro con pánico. Pronunció las palabras lentamente.

—¿Qué has dicho?

—Que Lozen todavía te quiere.

—No. Antes de eso... ¿qué dijeron las mujeres?

—Que Lozen gritó tu nombre antes de saltar.

Maggie bajó la cabeza y la hundió entre sus manos temblorosas con los codos envolviendo sus rodillas, y comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás sobre la arena.

—Ama, ¿qué ocurre?

—Nada —dijo rápidamente—. Ya no quiero hablar más —estaba aturdida ante la mera posibilidad—. No —dijo silenciosamente, una y otra vez.

No era verdad. Pero por mucho que intentara convencerse, no podía evitar pensar en la posibilidad de que fuera cierto. No podía borrar el recuerdo persistente del grito de su nombre que había escuchado en su pesadilla muchos años atrás. Y ahora existía la posibilidad de que pudiera haber sido real. Un grito de ayuda. Un grito agónico de su hermanastra que viajó a través de mil millas de distancia... hasta llegarle a ella... un grito silencioso en su mente. ¿Era la voz de Lozen la que había estado escuchando todos estos años? ¿Había estado su hermana intentando protegerla y guiarla? Maggie

se estremeció.

Jones permaneció sentado observando la lucha de emociones que tenía lugar en su interior. Cuando Maggie hubo recobrado el control, se aclaró la garganta y dijo:

—Después de enterrarlos me uní a los otros hombres y cabalgamos hasta que llegamos a la ranchería de los Chiricahua. Pero nuestros corazones se quedaron aquí. Fue con los Chiricahua con los que tendimos la emboscada a los emigrantes. Me pareció que era lo correcto hasta que vi al primer hombre caer... pero para entonces ya era demasiado tarde. No pude pararlo —se giró y miró el rostro de su hija con una expresión de angustia—. Acudí al cañón creyendo que sus muertes aliviarían mi dolor —miró las brasas como si estuviera reviviendo aquel día—. Pero solo lo empeoró.

Maggie lo miró sin decir nada, luego bajó la mirada hacia Chaco, el pequeño perro que trotaba entre sus brazos y gemía en sueños. Acarició la pequeña cabeza del terrier y susurró una oración silenciosa por Lozen. Sintiendo repentinamente agotada, se tumbó, colocó el perro junto a ella y se sumergió en un sueño inquieto.

Chaco volvía a gemir. Dot se estiró en su manta; luego se sentó y miró al perro, y dijo con voz somnolienta:

—Abuelo, ¿qué le ocurre?

—Nada. Este es un lugar sagrado. El Lugar de los Sueños. Chaco está corriendo con los espíritus. Todos soñaremos.

Dot lo miró nerviosa.

—Yo no quiero soñar.

—No tengas miedo. La sabiduría nos llega en los sueños.

—Abuelo —dijo ella dejando escapar un bostezo—, ¿cuándo partiremos en busca de Lily?

—Cuando sea el momento —dijo en voz baja.

No le dijo que él no era capaz de continuar, que habían perdido a Lily.

Dot se quedó sentada mirando a aquel hombre viejo y borracho que amaba a la suave luz de la hoguera. Él tenía razón. La vida era extraña, algo cambiante, como el caleidoscopio de casa. Formando y volviendo a formar nuevos dibujos, constantemente. Cambios dolorosos. Pero también cambios buenos.

El pequeño Chaco había sido hasta hace poco un animal ruidoso y malhumorado, y ahora vivía una extraña y dulce existencia en un mundo de sombras. ¿Dónde?, se preguntaba. ¿Estaba con ellos? ¿Seguía siendo un perro?

Dot examinó los dibujos oscuros y tiznados sobre la pared de la cueva. Nada tenía sentido. Lily había sido libre y ahora estaba cautiva. Su padre herido. ¿Dónde estaba Mannito? ¿Qué era real para ellos y Chaco? ¿Era real solo lo que se pensaba... de manera que existía una realidad distinta para cada persona?

Esa posibilidad la asustó y se le hizo un nudo en la garganta. Pensó en su padre mientras acariciaba distraída su collar medicina con los dedos, y le contó lo que había sucedido, diciéndole que todo se solucionaría, que encontrarían a Lily y regresarían a

casa. Le prometió esto y se lo prometió por la intercesión divina de Dios. Luego, para asegurarse, se lo prometió por el poder de la libélula. Se limpió una lágrima del ojo y empezó a sentirse amodorrada, como si fuera arrastrada al sueño por una mano invisible. Dot se sumergió lentamente en su amable abrazo. Se levantó el viento y parecía estar preñado de voces de niños.

Jones no podía dejar de mirar a su hija. Pero cuando sus ojos recorrían aquellos rasgos, recordaba a su madre, Susan. Recordaba a Yopon, y también a Eskim y a Lozen, y las largas noches que pasaron apiñados alrededor de hogueras similares. Le dolía el corazón. Kayitah nació en esa cueva. De repente, una rama de pino prendió y ardió con brillantes llamas, dejando escapar chispas hacia el oscuro techo de piedra. Jones observó los rescoldos alzándose en el aire como abejas furiosas, y luego enfriándose hasta morir en la oscuridad y la nada. La cueva sagrada había hablado. Lo mismo ocurría con la vida humana. Era natural. Debía ser aceptado.

Sonrió. Ese lugar sagrado todavía poseía el poder de enseñar a aquellos predispuestos a escuchar. Intentó oír las voces en el viento que se colaba por las rocas agrietadas. Nada. Se preguntó dónde estaría Kayitah aquella noche. Invocó a los espíritus para que le protegieran, y para que le dijeran que Samuel Jones pensaba en él. Jones calculaba que debía tener ya unos treinta años.

Maggie se revolvía violentamente en sueños. Estaba de vuelta en su dormitorio del rancho, mirando a Brake desde los pies de la cama. Se envolvió con los brazos en su sueño y sonrió. Todavía estaba vivo. Chaco se agitó junto a ella en la manta.

La puerta del dormitorio se estaba abriendo lentamente. Maggie la observó, preocupada. Unos segundos más tarde, la vio: una niña pequeña india de pie con los brazos colgando a los lados, mirándola con unos grandes y dulces ojos. Maggie esperó, pero la niña no se movió ni habló. Luego, por fin, la niña alargó los brazos tímidamente hacia ella, sonriendo. Lozen. Era preciosa. La niña estaba a punto de hablar cuando, de repente, Baldwin se sentó de un salto en la cama, apuntando a la niña con una pistola.

—¡No! —gritó Maggie—. Es mi hermana.

Maggie se despertó temblando y permaneció inmóvil en la sofocante oscuridad de la cueva, escuchando atentamente el terrible silencio y preguntándose qué había estado a punto de decirle su hermana. Luego se sintió estúpida. Solo era un sueño... los muertos no hablan. Examinó las sombras. El fuego había quedado reducido a brasas. Aún temblaba por el sueño. ¿Tendría él razón? ¿Había acudido Lozen a ella? Se sacudió el pensamiento de su mente. Luego se tensó. Algo no marchaba bien.

Dot se despertó con los gruñidos de Chaco, creyendo adormecida que el pequeño perro seguía atrapado en la trampa de su mundo de sueños. Comenzó a incorporarse, pero sintió que una mano le tocaba y saltó.

—¿Abuelo?

Chaco saltó de la manta y comenzó a ladrar a la noche. Dot se limpió las legañas de los ojos, luego los músculos de los omoplatos se tensaron y se concentró en las

sombras que se extendían ante ella.

—Abuelo, Chaco está despierto.

El perro continuó ladrando.

—Chaco —dijo Jones en voz baja. El pequeño terrier se calló. El anciano se dirigió ahora a Dot—: Niña, no hables.

Las palabras sonaron bajas y llenas de peligro.

Intentó ver el rostro de su abuelo, pero en la oscuridad de la cueva solo pudo distinguir el contorno. Se giró y miró hacia la entrada. Su corazón se aceleró. Había unas siluetas moviéndose, sombras perfiladas por la luna. Alice rebuznó en algún lugar de la noche. ¿Habían venido los espíritus a por ellos? ¿O es que Dios había enviado a unos ángeles vengadores para castigarla? Se estremeció. Entonces, escuchó que su madre amartillaba su pistola.

—Baja el arma y no digas nada —dijo Jones—. No te muevas o morirás.

De repente, las formas oscuras entraron en la cueva y comenzaron a oírse furiosas voces apaches a su alrededor. No eran espíritus. Jones dijo algo en mexicano. Hubo un intercambio de frases cortas. Dot escuchó a uno escupir y notó algunas gotas.

—Pinda Lick-o-yi —siseó una voz en la oscuridad. Dot sabía por los libros que las palabras significaban Ojos Blancos.

Alguien tiró arena hacia ellos con una patada. Jones no hizo nada.

—No os mováis —dijo en voz baja; su tono no dejaba lugar a dudas de que iba en serio.

Dot sintió un escalofrío, ansiosa por estar en los brazos de su madre, pero temiendo moverse por miedo a ser asesinada. El deseo de llamar a su madre casi sobrepassaba su miedo. Apretó con fuerza los labios.

Jones lanzó un puñado de ramitas sobre los rescoldos calientes y unos segundos más tarde prendieron y aparecieron llamas. Por muy grande que hubiera sido el miedo que sintió en la oscuridad, la luz danzante del fuego y lo que iluminó le produjo un miedo mucho mayor. Había doce o trece de ellos. Jóvenes apaches con trapos alrededor de sus cabezas. Armados y enfadados. En algún lugar de la oscuridad tras ellos, un niño lloraba.

—¿Lily? —llamó Dot débilmente.

—Calla —le ordenó Jones.

Los guerreros se colocaron formando un semicírculo, fulminándolos con la mirada. Jones permaneció sentado con las manos sobre el regazo y el Sharps sobre sus muslos, haciéndoles caso omiso.

Dot examinó sus rostros con el corazón latiendo con fuerza. Los ojos eran oscuros, duros y penetrantes: unos rostros adustamente curtidos. La mayoría llevaban una franja de pigmento que les cubría las mejillas y la nariz, pasando justo por debajo de los ojos y haciéndoles parecer como si estuvieran asomados a una repisa... mirando por encima de algo. Ninguno mostraba ni un atisbo de compasión. Solo una iracunda mirada desorbitada.

Dot buscó unos instantes más a Lily, y luego la realidad la golpeó como un mazazo. Los hombres de la patrulla dijeron que unos fugitivos habían huido de la reserva. Debían de ser ellos. Se sentía aturdida. Chaco estaba sentado junto a Jones, tembloroso y mirando malhumorado a los indios.

Dot miró el rostro afligido de su madre. Cuando se volvió, vio que dos apaches se movían entre la muchedumbre. Uno era alto y llevaba sombrero; el otro era bajito y de pecho fuerte y grueso.

Los guerreros les abrieron paso a ambos. El alto tenía el rostro fino y atractivo, y su cabello negro le caía sobre los hombros; iba tocado con un sombrero hongo inglés nuevo que parecía totalmente fuera de lugar en aquella cueva oscura. Llevaba una camisa de algodón limpia abotonada por las muñecas y unos pantalones blancos de algodón impecables metidos en unas relucientes botas de cowboy; iba hecho un dandi. Ese indio observaba a su madre. Dot apartó la mirada hacia el otro hombre.

Había algo en el hombre más bajo, algo áspero y cruel, que parecía irradiar de su cuerpo. El cabello tupido y sucio, los ojos pequeños, las mejillas hinchadas, la ancha boca aparentemente sin un solo diente; todo ello le hacía parecer una feroz mujer hombruna. Dot había visto a ancianas mexicanas en Santa Fe muy parecidas: arpías. Se estremeció.

Jones se puso de pie con dificultad. El indio arpía no se movió ni cambió la expresión; simplemente se quedó quieto sosteniendo el rifle en unas manos que parecían demasiado pequeñas para el resto del cuerpo y mirando descaradamente a Jones. El anciano echó la vista atrás y agarró su viejo Sharps con ambas manos. A pesar de estar enfermo, Jones parecía listo para luchar.

El aire nocturno era frío, y el guerrero arpía llevaba una camisa de algodón desvaída, una bufanda roja en el cuello y una chaqueta que parecía nueva. Atada alrededor de la cintura llevaba una cartuchera y otro cinto en el que se veía un cuchillo y una pistola con mango de marfil; un taparrabos largo y mugriento le colgaba por debajo de las rodillas. Sus piernas eran oscuras y las llevaba desnudas, e iba calzado con unas teguas desgastadas. A diferencia de su compañero, no parecía prestar mucha atención a su apariencia. La ropa no le importaba, pensó. La vida y la muerte... esas eran las cosas que le importaban.

Dot le miró a los ojos: no se percibía ni un solo atisbo de un mañana en ellos, todo era ahora, hoy, este momento. O ya había sido. Y nunca volvería a ser.

Maggie se sentía igualmente perturbada por la apariencia de aquel guerrero. Dejó que sus ojos se movieran lentamente por aquella figura y su mirada se detuvo en la chaqueta. Parecía totalmente fuera de lugar en plena naturaleza. La chaqueta estaba limpia y los botones eran de nácar. El corazón de Maggie latió más rápido. Entrecerró los ojos. Sí, podía ver la chapa dorada que colgaba en la solapa interior. ¡La placa del sheriff! Maggie contuvo la respiración en la garganta de forma audible y Jones le lanzó una mirada severa.

La voz que la advirtió en el sueño tenía razón. Los apaches habían tendido una

emboscada a la patrulla... al igual que habían hecho con el sheriff y los hombres en casa. Maggie se sentía aturdida. La tristeza la embargaba. El alguacil había sido un hombre bueno. Había salvado a su padre y sabía que intentaba encontrar a Lily cuando fue asesinado. Era como muchos de los agentes de la ley en la frontera: correosos y ariscos, pero honorables y leales. Maggie cerró los ojos y deseó olvidarlo todo... todo lo que había ocurrido y lo que iba a ocurrir. Podía escuchar al guerrero arpa murmurando algo con vehemencia.

El apache hablaba y observaba a Jones con desprecio cuando Maggie abrió los ojos. El indio más alto asintió. Jones dijo algo medio en mexicano, medio en apache, una frase breve y cortante. El guerrero arpa sacudió una mano hacia Dot y su madre y habló en apache. Cuando Jones no respondió, el hombre lo dijo otra vez en mexicano. Dot conocía las palabras mexicanas que le había enseñado Mannito.

—Déjame que me las quede —le había dicho—. Para demostrarme que todavía eres mi amigo.

—Nanata —dijo Jones al guerrero arpa— no necesita ningún regalo de mí para saber que somos amigos.

La muchedumbre se agitó y alguien empujó a un hombre blanco hacia delante; este tropezó y cayó de rodillas. Los brazos del hombre estaban atados por la espalda a una gruesa rama de algarrobo, le habían colocado una correa de cuero sin curtir por debajo de la boca y por la cabeza, como una brida, y lo sujetaban con una larga correa de piel. Era alto y delgado y le habían golpeado, pero aun así Maggie y Dot lo reconocieron. Era el hombre rubio que había golpeado a Jones con la fusta y había dejado a Chaco inconsciente de una patada. Miró a Maggie, suplicándole en silencio.

—Mamá, es ese hombre.

—Déjenlo marchar —dijo Maggie.

—Margaret —dijo Jones con firmeza.

Nanata miró primero a Jones y luego a Maggie y, a continuación, sacudió la cabeza violentamente mientras escupía otra frase corta y bajaba a media altura el rifle apuntando a Maggie. Jones bajó su propia arma hasta que el cañón apuntó directamente al pecho del indio y dijo algo en apache. Nanata examinó el rostro de Jones, sin responder, y luego apartó bruscamente el cañón de su rifle de Maggie. Jones levantó el cañón del Sharps.

Maggie no había apartado la mirada del cautivo. Dot miró al hombre y le entraron ganas de llorar. Se obligó a apartar la mirada. Chaco estaba junto al anciano, gruñendo como si estuviera dispuesto a enfrentarse a todos ellos. Luego se escucharon unas voces en las profundidades de la oscuridad de la cueva y otro guerrero de unos treinta años, bien parecido, con un rostro que atraía la mirada, elegante y de estatura media, salió de entre la muchedumbre y se colocó junto a Jones sujetando un rifle de cañón largo.

También él parecía encolerizado y enfurecido con todo el mundo. De repente gritó al líder indio y después dijo algo igualmente cortante a Jones, y realizó el

mismo gesto con la mano en el aire hacia Maggie y Dot, un gesto limpio y cercenador. Cualquiera que fuera su significado, a Dot le daba igual.

Nanata pegó una patada en la arena arrojándola sobre ellos y luego escupió. Jones amartilló el rifle. Sonó con una aterradora irreversibilidad. Luego el indio que se había unido a Jones saltó entre los dos adversarios, bramando de nuevo al guerrero y pateando el suelo le devolvió la arena lanzada. Sus movimientos tenían una cualidad felina. Su rifle, como el de Jones, estaba listo para disparar.

—¿Por qué matar a esta gente? —gritó en mexicano—. Tenéis al cautivo. Este es Fielito —dijo señalando a Jones—. El esposo de Yoapon, hija de los apaches de las White Mountains.

Dot se imaginó que hablaba en mexicano en deferencia a Jones.

Nanata miró al hombre que gritaba, aparentemente no estaba sorprendido de que se hubiera unido a Jones, luego sacudió la cabeza murmurando algo que Dot interpretó como un insulto. El hombre más joven se tensó y comenzó a moverse, pero el abuelo le agarró por el brazo y lo detuvo. Nanata escupió aire hacia ellos. Dot se percató de que su abuelo se había acercado casi imperceptiblemente al guerrero arpía.

—Quiero al cautivo —dijo en voz baja.

Maggie miró a su padre. Nanata gruñó de forma grotesca.

—Soy un anciano. Quiero al cautivo para que sea mi esclavo. ¿Qué quieres a cambio?

Nanata examinó el rostro de Jones durante unos segundos y dijo:

—La mujer y la niña.

La columna vertebral de Dot pareció congelarse y sus manos comenzaron a temblar.

Luego, en voz baja, Jones dijo:

—Me insultas al pedirme a mi hija y a mi nieta. No lo hagas. Soy viejo y estoy dispuesto a sacrificar mi vida por su honor.

Se miraron el uno al otro como perros enjaulados.

—Quiero al cautivo —repitió a Nanata; después se dio la vuelta, regresó a la hoguera y retiró la manta de la torda que cubría la bella silla de montar; los destellos de plata danzaron a la luz de la hoguera.

—Te cambio al cautivo por esto. Él vale menos.

Nanata se quedó mirando la reluciente silla de montar y Dot pensó que no podía disimular que le gustaba, pero cuando se volvió pareció no estar interesado. Se alejó por la cueva, parándose para mirar hacia atrás a Jones.

—No te voy a hacer daño, Fielito. Esta vez —dijo sonriendo—. Hemos abandonado San Carlos y nos dirigimos a Sierra Madre en México. Únete a nosotros.

Nanata se volvió de nuevo y se alejó. Alguien tiró violentamente del rubio hasta ponerlo en pie y lo arrastró hacia la oscuridad. Emitía un extraño sonido que asustó a Dot, que pudo oler la orina.

—Quiero al cautivo —dijo Jones.

El viejo guerrero se paró y echó la mirada hacia atrás.

—Pon la silla aquí —dijo, señalando un punto en la arena—. Si me apetece, estará esperándote allí fuera por la mañana.

Jones no apartó los ojos de la espalda de Nanata, como si no se fiara de él. Finalmente, cogió la silla y la colocó en el lugar señalado por el guerrero.

Cuando por fin pudo respirar tranquila otra vez, Dot volvió a sentirse tensa. Sus ojos se dirigieron al apache que estaba junto a Jones. El hombre lanzó una rápida mirada de reojo a Maggie y a continuación desgranó un rosario de palabras apaches que no sonaban amables. El anciano hizo el ya familiar gesto en el aire con la mano hacia ellos.

Lentamente, el resto de guerreros fueron apartándose, dispersándose y encendiendo sus pequeñas hogueras por toda la cueva.

—Gracias —dijo Maggie, mirando el rostro de Jones de perfil.

El indio joven la fulminó con la mirada. Jones levantó una mano hacia ella, pero no la miró.

—Ama —dijo—, no hables.

A Dot le impresionó aquel comentario, y se preguntó por qué el guerrero les había ayudado cuando era obvio que no le gustaban. Jones se alejó con él de la hoguera y se sentaron juntos en silencio en un rincón más oscuro. Permanecieron así durante un largo rato sin decir nada. Maggie cocinaba una sopa para Chaco mientras el perrillo la observaba de cerca gimoteando.

—Sí... me alegro de que hayas regresado —le jaleó Maggie.

El animal se contoneó a su alrededor.

Dot vio a su abuelo hacer un gesto hacia ellas otra vez, luego el otro hombre negó con la cabeza. En ocasiones parecía que discutían y luego que reían. No sabía qué pensar. Por fin, Jones abrazó al hombre y regresó lentamente hacia ellas.

Maggie se enderezó sobre la arena y dijo:

—No puedo creer que nos hayas traído aquí.

Las palabras sonaron altas.

—Habla en voz baja —le advirtió él—. Mientras permanezcas aquí, no debes comportarte de forma descortés. No lo tolerarán. Ni yo ni Kayitah podremos salvarte.

Observó su rostro hasta que ella asintió.

—Ese hombre —dijo ella señalando al joven guerrero apostado fuera de la cueva— está más enfadado que los otros, ¿por qué?

—Tú eres blanca. Este lugar es sagrado. No lo hubiera hecho si YoPON y los niños no estuvieran aquí —dijo, evitando responder la pregunta.

Chaco terminó de comer, saltó sobre el regazo de Jones y le lamió la cara. El anciano le dio unas palmaditas en el lomo y dejó que el perrillo le demostrara su alegría.

—¿Por qué no nos apresaron?

Jones esperó un rato antes de hablar.

—Todavía podrían hacerlo. Pero tienen al hombre blanco y están cansados y hambrientos. Incluso Nanata respeta los vínculos de sangre.

El anciano dejó de hablar, se recostó sobre la espalda y se amodorró a la luz de la hoguera.

—¿Entonces no nos mataron porque tú te fuiste con una mujer india?

—La familia es muy importante para ellos —dijo, abriendo un ojo—. Estoy relacionado a través de mi matrimonio con la esposa de Taza, el guerrero del sombrero.

Maggie reflexionó sobre esto, sorprendida al ver un grupo de mujeres entrando en la cueva. Llevaban faldas largas y blusas de colores brillantes y sus espesos cabellos negros caían sobre sus hombros. Algunas eran bonitas, pero envejecían pronto. Sintió lástima por ellas. Luego le invadió el temor por su hija Dotty. Dotty no podía vivir de esa manera. No dejaría que ocurriera.

Unos minutos más tarde, el hombre llamado Kayitah regresó, seguido por un chico delgado y desgarbado de unos nueve o diez años. Se sentaron en un hoyo de hoguera a unas yardas de ellos. El hombre no los miraba, pero el niño les lanzaba tímidas miradas.

Maggie se fijó en el guerrero. Llevaba el pecho desnudo y unos pantalones largos sobre los que caía su taparrabos apache; era atractivo y bien proporcionado y sus brazos parecían hechos con cables de acero. Sentía gratitud hacia él por lo que había hecho y se preguntó qué relación existía entre él y su padre. El hombre se sentó de cuclillas dándoles la espalda y comenzó a preparar su hoguera.

Maggie dejó vagar la mirada por el campamento, sorprendida por los sonidos de felicidad. Había pensado que una banda de hostiles a la huida permanecería agazapada tras las sombras, gruñendo y peleando. Pero el campamento parecía pacífico, incluso atareado... montones de flores de yuca, espadañas y patatas silvestres sobre una lona, y las ollas hirviendo. Los olores se mezclaron agradablemente en el aire haciendo que su estómago comenzara a quejarse.

Un pequeño grupo de mujeres se esforzaba por levantar los cuartos traseros cortados de un caballo sobre unas varas que habían sido unidas con correas. Ningún hombre se movió para ayudarlas, confirmando así sus sospechas sobre los hombres indios: unos inútiles. Era la aparente alegría lo que le sorprendió. Siempre había creído que los apaches eran gentes hoscas e impredecibles. Estas gentes en cambio no parecían ser así en absoluto.

De repente, Maggie se tensó y su mirada salió disparada al montón de carne que colgaba de las varas. Reconoció las marcas del pelaje: el ruano.

—Han sacrificado mi caballo —dijo en voz alta.

Las voces en la cueva callaron y los apaches se giraron para mirarla.

—Cállate —le dijo Jones secamente.

Pero Dot no pudo callarse.

—¿Alice? —preguntó.

Jones hizo un signo a Kayitah para que se acercara. El indio le obedeció de mala gana y se acuclilló. Hablaron unos segundos, luego el joven guerrero salió de la cueva.

Maggie lo miró.

—¿Por qué nos ayuda?

—Lealtad.

Maggie reflexionó sobre ello mientras le veía acercarse e intercambiar algunas palabras con Jones, luego regresó a su hoguera junto al niño.

—Nanata ha prometido que no dañarán a Alice.

Dot sonrió. Maggie se dio cuenta entonces de que no lo había hecho desde hacía mucho tiempo.

Maggie continuó observando a Kayitah a través de la luz reluciente.

—Los otros se han puesto a hacer sus cosas, pero este todavía sigue enfadado —dijo.

—Esta noche es difícil para él —dijo Jones en voz baja.

—¿Por qué?

Jones parecía reacio a hablar.

—Creció odiando a los blancos. Ahora en este lugar sagrado, se ha visto obligado a defenderlos contra su propia gente —Jones dudó—. O peor, ha averiguado cosas que no puede aceptar.

Maggie miró al anciano entrecerrando los ojos, intentando comprender.

—¿Qué cosas?

—Relaciones —Jones observó el rostro de Maggie—. Él es hijo de YoPON —calló durante unos segundos y miró ciegamente el fuego—. No quería decírtelo de esta manera.

—¿Decirme el qué?

—Como Eskim, Kayitah también es hermanastro tuyo. Por eso te protegió. Es una costumbre apache... defender a su clan —Jones hizo una pausa—. Él, como el resto de estas gentes, desconfía de los blancos, así que debes tener cuidado cuando ande cerca. Sin embargo, es tu hermanastro. Y creo que eso es incluso más poderoso que su odio. Él es el chico que las ancianas salvaron el día de la masacre.

—No —fue todo lo que ella pudo decir.

El Cojo estaba poseído por sus sueños. Algo había salido mal. Pero no tenía ni idea de qué era. Incapaz de dormir, se levantó para comprobar que Li-Lee seguía allí, todavía viva. Dormía abrazada a la muñeca. Convencido, cogió una botella de whisky y un botón de peyote y escaló a un saliente desde el que se veía todo el campamento. El viento soplaba apaciblemente. Sentía un deseo acuciante de saber qué había sucedido.

Se acuclilló sobre su pesada pierna, dibujó un círculo a su alrededor en la arena y se puso la máscara. Tras ajustársela, se puso a beber. Cuando la cabeza comenzó a darle vueltas, rompió un trozo de peyote y se lo comió. Era repugnante. Luchó por mantenerlo en el estómago. Gimió y llamó al Otro... Su voz sonaba profunda y penetrante en el silencio entre las rocas. Sorbió más whisky y comenzó a cantar mientras el peyote ardía con un fulgor en su interior. Intentó visualizar el sueño que lo había despertado, luchando por saber qué había fallado pero incapaz de encontrar la respuesta. Lentamente, el peyote tomó posesión de él.

No vio nada. Su mente había vagado a aquel momento en el que supo quién era. Siempre lo había percibido, lo había sentido corroyendo vorazmente su interior, y sabía que los chamanes le miraban con precaución y con sospecha en sus ojos. Pero no fue hasta aquella mañana primaveral en la ranchería cuando lo entendió. Pensó en sus padres.

Los odiaba a los dos. Ellos le toleraban, pero nada más. Era un paria incluso entre su propia familia. Su nacimiento había sido difícil. Demasiado difícil, decían algunos. Había sido arrancado del vientre de su madre por una anciana. Cuando vieron que estaba deforme, lo dejaron sobre la tierra para que muriera. En las historias que se contaban alrededor de las hogueras se decía que se había arrastrado entre las piernas abiertas de su madre como un demonio intentando volver a la oscuridad de su vientre. Algunos no creían en esas historias y afirmaban que la anciana simplemente lo dejó lisiado. Pero la mayor parte de ellos, convencidos de que era hijo de brujos, creían que su cojera lo marcó. Un niño cambiado por los demonios.

La visión del peyote crecía claramente en su mente. Podía verlos como si estuvieran delante de él en ese mismo instante: su madre le espetaba que ya era hora de que viviera por su cuenta. Él tenía nueve años. Todavía un niño.

Dejó que sus pensamientos vagaran aún más en el pasado. Su padre había estado limpiando su rifle. Tras recargarlo, lo apoyó contra su silla de montar. El sudor empapaba la frente del Cojo mientras recordaba. Algunos de sus recuerdos eran borrosos, pero recordó claramente que se concentró en el rifle, ordenando mentalmente al arma que respondiera a su voluntad. En ese momento su padre limpiaba una pistola, ignorando las quejas constantes de su madre. Recordó que la miró a la cara, pero ella no le devolvió la mirada. Nunca lo hizo.

Los ojos del Cojo se habían clavado en el arma y con sus pensamientos le ordenó levantarse de la silla. Esa fue la primera vez que escuchó al Otro. La voz era clara y profunda, aparentemente procedente de algún lugar en su interior. Era la única voz a la que había temido en toda su vida. Le hacía quedarse petrificado.

—Lo haré —fue todo lo que dijo. Y, a continuación, el rifle se disparó y reventó la cabeza de su madre. Recordó el sonido de aquella risa en su cabeza. Desde entonces había escuchado muchas veces esa risa.

De repente, su mente se quedó en blanco. El viento se levantó en el saliente, lanzándole arena. Sus pensamientos giraban en un trance de peyote. Luego vio el

rostro de ella flotando en la noche, y supo cuál era el origen de su temor: la mujer del río, Mah-gee. Ella le miraba desde la negrura, sonriéndole, burlándose de él. Estaba viva. Su magia no había logrado matarla.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía haber fallado en destruirla cuando conocía su nombre y poseía su retrato espíritu y había usado pelo de uno de sus animales? Nervioso, repasó todos los estadios del ritual mágico, el dibujo del círculo, los cantos y los pólenes purificadores. Todo había sido hecho correctamente. Pero había fallado. Su medicina había fallado. Esa posibilidad lo dejó aturdido. El Otro no había logrado derrotar a la mujer... no se había llevado su espíritu vital. ¿Por qué? Era imposible que ella fuera más poderosa que el Otro.

Sus pensamientos volaron hacia el anciano. El viejo gigante conocía las costumbres antiguas, le había observado realizando los rituales en el rancho... había escuchado sus cantos y el sonido sagrado de sus carracas, y había visto sus pinturas de medicina. Pero no. El alto no la había salvado. Sacudió la cabeza para descargar la ansiedad creciente. La medicina del anciano se desvanecía a medida que su vida se acababa. No, el anciano no había salvado a la mujer. De eso estaba seguro. Inhaló aire con fuerza. Y su poder se había debilitado. Solo había una respuesta: ella se había salvado a sí misma. La mujer, Mah-gee, poseía su propio gran poder.

Maggie no podía apartar la mirada de Kayitah. Parecía estar durmiendo sentado. Llevaba dos collares de cuentas blancas alrededor del cuello, sujetaba el rifle sobre el regazo y llevaba su espeso y oscuro cabello sujeto con una cinta de tela color lavanda. Se estremeció al pensar de dónde la habría sacado. Su piel era suave y de un color oliva intenso. Le resultaba incluso atractivo, de apariencia refinada. Sin embargo, eso no probaba nada en absoluto, pensó. El niño pequeño era hijo de Kayitah, le había dicho Jones.

El anciano estaba leyendo junto al fuego, parando a cada rato para mirar primero a Maggie y luego a Kayitah. Maggie se inclinó hacia delante y volvió a colocar el crucifijo sobre la roca, cerca de la hoguera, a modo de guardián espiritual contra los paganos. Cuando volvió a sentarse en su manta se dio cuenta de que los ojos de su padre se habían vuelto a posar en la cruz. Algo en la mirada del hombre, algo perdido y solitario, la conmovió e hizo que se arrodillara, que cogiera la cruz y se la ofreciera en la tenue luz.

Él miró primero el crucifijo y luego el rostro de ella durante unos segundos, como si fuera a alargar el brazo y tomarlo, luego se dibujó una media sonrisa en su cara, sacudió la cabeza y volvió a bajar la mirada al libro. El momento se desvaneció.

Dot estaba tendida en silencio junto a su madre con los ojos cerrados, pero demasiado preocupada por los apaches y por Lily para dormir. Un poco antes, había escuchado a su abuelo hablando con Kayitah y rodó sobre un costado para mirarlo. Él les había salvado, era un héroe ante sus ojos. Miró al chico. Se había arrimado un poco a su hoguera y estaba sentado jugando en la arena y mirándolos tímidamente.

—Eso lo convierte en mi tío —dijo Dot en voz baja, mirando la espalda del hombre—. Y al niño en mi primo.

Maggie no respondió.

Dot observó cómo un círculo de guerreros asaban las visceras del ruano sobre unos maderos verdes colocados sobre el fuego. La joven apartó la mirada. Había sido un buen caballo y hubiera merecido un destino mejor. El niño indio estaba sentado en la arena entre las dos hogueras, mirando a Dot y sonriendo. Ella se acercó y se sentó junto a él. Kayitah no les prestó atención.

—Somos primos —dijo Dot—. *Primo*.

El chico no la entendía.

—¿Cómo te llamas?

Él la miró inexpresivamente.

—Mi nombre es Dot —dijo señalándose a sí misma.

—Dot —dijo él lentamente—. Dot, Dot, Dot... —parecía gustarle el sonido. Ella asintió.

—Sí, Dot. ¿Cómo te llamas? —preguntó señalándole ahora a él. Luego recordó las palabras españolas que Mannito le había enseñado—. ¿Cómo se llama?

Inmediatamente, el rostro del niño se rompió en una sonrisa.

—Ho-nes-co —dijo orgulloso.

—Honesco —repitió Dot.

El chico negó con la cabeza.

—Ho-nes-co —dijo otra vez, dejando una pausa entre cada sílaba.

—Ho-nes-co —dijo ella despacio.

El chico sonrió.

—Dot —dijo señalándola.

Era delgado y nervudo. A Dot le gustó inmediatamente. Le mostró su cuchillo, y él reaccionó de forma educada pero impresionado, sorbiendo aire a través de sus dientes y gruñendo. Dot se rio y sintió que el chico todavía le gustaba más.

—Ho —dijo ella.

El chico asintió entusiasmado.

—Ho —respondió.

Dot supo que algo iba mal al oír a Chaco gemir. El perrillo estaba tumbado sobre la barriga de su abuelo, con el morro hacia arriba y aullando. Maggie lo empujó y examinó el rostro ceniciento del anciano. Un hilo de sangre le caía de la comisura de la boca. Le abrió los párpados: solo era visible el blanco de los ojos.

Kayitah observó a Maggie mientras esta extendía una manta sobre su padre, se arrodillaba otra vez, frotaba sus manos y bombeaba sus piernas. Palpó el débil pulso a un lado del delgado cuello.

—Mamá, ¿cuándo se va a despertar?

—Es viejo y está muy enfermo.

Maggie observó el rostro de Jones. Había visto suficientes muertes para saber que él estaba a punto de irse. Los soles de más de setenta veranos se habían grabado tan profundamente en sus duros rasgos que su piel parecía el propio planeta tierra. De repente, Maggie se entristeció. No podía cambiar lo que le había pasado a ella, o a él. Si tenía algún remordimiento era que no le había dejado explicarse.

Ahora, allí tendido y al borde de la muerte, parecía un acto cruel. Su libro estaba sobre la arena y ella lo cogió: *Madame Bovary* de Gustave Flaubert. Maggie sacudió la cabeza, incapaz de entender quién era aquel hombre que la había engendrado. Debería haber escuchado... eso es lo único que sabía.

Estaba poniendo el libro en la alforja cuando vio el diario encuadernado en tela. Lo cogió y reflexionó; se sentía rara por entrometerse en su mundo privado, no sabía qué iba a encontrar, y eso la perturbaba. De pronto tuvo la necesidad de saber más sobre él... quién era y en qué lugar se situaba en su propio mundo.

Su caligrafía era decidida. Esperaba encontrarse un libro lleno de garabatos, de súplicas estúpidas y absurdas razones, pero, por el contrario, encontró algo que la aturdió como si la hubiera coceado un caballo. Sus manos estaban temblando y un músculo cerca del ojo comenzó a contraerse. Lo que leyó hizo que su imagen del anciano cambiara incómodamente en su cabeza hasta el punto de no estar segura de muchas de las cosas que había creído toda su vida.

Corrió los dedos suavemente por las páginas: cartas. El diario estaba lleno de ellas. Cientos de ellas. Fechadas. Cartas escritas durante muchos años. Se le hizo un nudo en la garganta. Cartas escritas a su madre y a Yopon. Cartas escritas a sus esposas. Pero también, en fechas posteriores, cartas escritas a ella y a sus otros hijos. Cartas nunca enviadas. Nunca fueron escritas para ser enviadas o leídas. Eran cartas a mujeres muertas y niños perdidos. Pero los sentimientos estaban ahí, cuidadosamente anotados... personales y detallados como si continuara una vieja conversación familiar que no hubiera sido interrumpida durante décadas de silencio, tristeza y pérdidas.

Maggie cerró los ojos y se dijo a sí misma que no quería leer ninguna de ellas, que nada de lo que allí dijera podría cambiar nada de su vida; nada de lo que ya había sucedido... y ciertamente nada del futuro. Se quedó sentada allí con los ojos cerrados hasta que escuchó a Dot aclararse la garganta con tono interrogante. Entonces abrió los ojos y miró a su joven hija, que estaba sentada mirándola con una expresión de tristeza. Maggie le sonrió y supo entonces que tenía que leerlas; por ella misma, por su madre y por Thelma, así como por sus propios hijos. Bajó de nuevo la mirada a la hoja. Estaba fechada el 5 de mayo de 1870. Sus ojos recorrieron lentamente la primera frase, examinando minuciosamente cada palabra y los pensamientos expresados, como si en algún lugar hubiera una cuerda secreta que si era tocada accionaría una trampa en su interior.

Temblaba y el sudor le empañaba el rostro. Se secó la frente con el brazo y relejó las primeras frases; las palabras hicieron que los músculos de su espalda se tensaran.

Ama:

Hoy escuché el viento en busca de tu voz. Solía oírte llamándome, pero ahora el sonido se apaga. No sé por qué. Tal vez sean los años que han pasado entre nosotros. Ama, te echo de menos, mi niña.

Todavía te veo como una niña. Es así como veo tu rostro y escucho tu voz. Pero sé que eres una mujer, casada, creo, y con tus propios hijos.

Dudo que te acuerdes mucho de mí. Pero nos amábamos... así que, tal vez, todavía me ames. Me gustaría pensar que es así. Ama, piensa en mí para

que pueda oír tu voz en el viento otra vez. Necesito oír tu voz. La echo tanto de menos.

Es primavera. Los gansos y los patos se han reunido en los ríos para partir hacia el norte. Les he pedido que te llamen desde las alturas, que te encuentren mientras vuelan y que te digan que siempre pienso en ti. Que te pidan que pienses en mí. Piensa en mí, Ama, y volveré a oír tu voz.

Maggie cerró los ojos y balanceó el cuerpo hacia atrás apoyándose en los talones. Pasó las yemas de los dedos suavemente por la tinta desvaída de la carta. No se movió durante un largo rato. Simplemente se quedó sentada y reflexionó, esperando a que el dolor disminuyera. ¿Quién era ese hombre que se preocupaba tan profundamente por ella y por los otros hijos... que se preocupaba tanto por su madre y por la mujer india? Se le hizo un nudo en la garganta. Las manos de Maggie sacudían temblorosas las páginas cuando cerró torpemente el diario.

Maggie encontró cinco diarios similares en sus alforjas. Treinta años de cartas. Las más tempranas habían sido escritas alternativamente a Yo-pon y a su madre y sus hijos durante los años en los que estuvo alejado de la primera, y luego de la otra. Treinta años de soledad y tristeza. Treinta años de dolor garabateado en aquellas páginas amarillentas. Caían sus lágrimas sobre los libros cuando los volvió a deslizar dentro de las alforjas.

El pecho de Dot se contrajo al pensar que iba a perder a su abuelo. Entonces el miedo la invadió y miró a su madre. Maggie estaba arrodillada colocando los libros en las alforjas de su abuelo.

—Si el abuelo no se despierta mañana —dijo Dot—, jamás encontraremos a Lily. Dot se arrimó al anciano.

—Abuelo —dijo suavemente—. Sé que no estás bien. Pero tienes que levantarte mañana. Debemos seguir la pista de Lily. Abuelo, tenemos que hacerlo. Ahora duerme bien —hizo una pausa y luego dijo—: Yo te creo.

—Dotty, se está muriendo.

—No puede —sollozó Dot—. Lo prometió. Prometió que encontraría a Lily.

Dot bajó la mirada al anciano como si estuviera enfadada con él.

Maggie examinó los rasgos marcados y exagerados de su padre unos instantes antes de hablar.

—Intentó hacer lo que prometió —se acercó a él, se arrodilló y limpió su tosco rostro con un trapo, luego se volvió a Dot mientras Ho-nes-co las observaba—. Pero si lo hizo o no lo hizo da igual. El resultado es el mismo. Dotty —añadió—, eres lo suficientemente mayor. Estas gentes no nos dejarán marchar. Nos mantendrán aquí, o nos venderán de la misma manera que aquellos otros hombres venderán a Lily y a las

otras chicas.

—Ma, eso no es cierto. Kayitah es tu hermano. Mi tío. Ho-nes-co es mi primo. Son indios... creen en la familia. El abuelo dijo eso.

El pequeño sonrió al escuchar su nombre.

—Eso puede que evite que nos maten. Pero no nos dejarán libres. Es mejor que lo entiendas y te prepares para ello. Puede que llegue el momento en que tengamos que escapar. Si encuentras la ocasión, aprovéchala. No te preocupes por mí. Solo corre y encuentra el camino de vuelta al rancho. Prométemelo.

—Ma, el abuelo se levantará mañana por la mañana y nos iremos de aquí y encontraremos a Lily. Exactamente como lo planeamos.

—Dotty, prométemelo.

Dot asintió lentamente, pero en el fondo de su corazón sabía que su abuelo se despertaría por la mañana.

Kayitah se acercó en silencio, como si apareciera de la nada, y se arrodilló junto al anciano. Maggie saltó, luego se apartó de su camino. Se ignoraron mutuamente. El indio colocó un collar de cuentas alrededor del cuello del anciano.

Dot lo observó durante unos segundos, después miró a su madre.

—Mamá, cuéntale lo de Lily. Por favor. Cuéntale lo que intentamos hacer.

Maggie miró a su hija durante unos segundos, luego miró a Kayitah.

—La hermana de la niña ha sido robada —dijo en mexicano—. Necesitamos tu ayuda. ¿Nos ayudarás?

La expresión del hombre no cambió. Continuó con la mirada bajada hacia el rostro rígido de Jones.

—Mamá, inténtalo otra vez.

—Kayitah.

El hombre se giró y la miró.

—La hermana de la niña ha sido robada. ¿Nos ayudarás?

Kayitah permaneció erguido y miró a Maggie con ojos fríos.

—*Silencio* —dijo, tras lo cual regresó a su hoguera.

Dot corrió tras él. Maggie no se movió, con el rostro sonrojado.

Kayitah se sentó junto a su hoguera, contemplando la mezcla de llamas y sombras. Dot se arrodilló junto a él, esperando a que la mirase. Pero no lo hizo.

—Entiendo algo de mexicano, pero no sé hablarlo —le dijo—. Pero Lily es mi hermana. Tú eres mi tío. *Tío* —dijo, recordando la palabra mexicana que Mannito había usado—. Mi *tío* y el *tío* de Lily.

Kayitah se giró al escuchar la palabra y examinó el rostro de Dot. Animada, continuó.

—¡Por favor! *Tío, por favor*. ¡Ayúdanos a encontrar a Lily!

El hombre volvió a mirar hacia la hoguera. Maggie estaba tarareando “Rock of Ages”^[7] mientras la sombra de su pequeña cruz caía sobre la tierra y sobre el cuerpo inerte de su padre.

Dot abrió los ojos la mañana siguiente preguntándose qué la había despertado. Había estado soñando con la libélula y sabía que estaba en la cueva, pero algo había cambiado. No podía decir exactamente qué. Luego, de repente, se acordó de su abuelo, se volvió y lo miró; con el corazón encogido supo que su madre tenía razón: no se levantaría.

—Te quiero, abuelo —susurró.

Dot se levantó despacio, contemplando asombrada la cueva. Allí no había nadie, solo su madre y el abuelo. Chaco estaba sentado a unas cuantas yardas de ellos, vigilando la entrada como si estuviera en turno de guardia. La silla de montar había desaparecido. Nanata la había cambiado por el cautivo.

—Mamá, ¿adónde fueron?

Maggie estaba preparando el desayuno.

—No se han ido todos.

—¿Quién queda?

—Kayitah y el niño. No he visto al hombre de la patrulla.

—Kayitah nos ayudará —dijo Dot.

Maggie no levantó la mirada de la sartén.

—Supongo que está esperando a que tu abuelo muera. Luego lo enterrará y nos obligará a alcanzar al resto.

—No. Va a ayudarnos a encontrar a Lily. Estoy segura de que el abuelo le contó todo.

—Dotty, escapar de esta gente es nuestra única opción.

Dot sacudió la cabeza, se arrodilló junto al abuelo y le tocó la mano.

—Abuelo. Necesitamos tu ayuda. Por favor, despierta.

Kayitah entró en la cueva conduciendo a la torda, que arrastraba un travois. El animal parecía más frágil y tambaleante que nunca. El hombre la detuvo junto a Jones. La torda intentó acariciar con el hocico al anciano y el indio la apartó. Dot se aproximó y sujetó su pesada cabeza, sintiendo el aliento caliente sobre las piernas. Era una buena yegua con un corazón tremendo, y Dot sabía que estaba preocupada por el anciano.

—Se pondrá bien —le susurró en la oreja.

Comprobó el arnés para asegurarse de que no le rozaba, luego le llevó un poco de heno e intentó alimentarla. No lo comía. Dot levantó la cabeza de la vieja yegua para mirarla a los ojos.

—No puedes morirte. Te necesito. Por favor, come.

Como si no quisiera defraudarla, la torda mordisqueó el heno. Dot sonrió y reprimió las lágrimas.

Maggie estaba arrodillada junto a su padre, intentando sin éxito darle agua. El

apache esperó un momento, luego le hizo una señal a Maggie para que se apartara con un brusco movimiento del brazo. Se agachó, levantó el cuerpo marchito y lo recostó en el arrastre; Maggie colocó una manta sobre él. Dot advirtió que su madre sostuvo la mano de su abuelo durante unos segundos, y que le habló en voz baja. Chaco saltó y se sentó sobre la barriga del anciano, ladrándoles a todos para que se apartaran.

Kayitah dejó claro que se iba y que ellas debían seguirle. Se movieron rápidamente para empaquetarlo todo. El guerrero se marchó y regresó entrando a caballo en la cueva. Permaneció sentado mirando furibundamente a Maggie mientras lo empaquetaba todo, no muy feliz de haber acabado cargando con aquella mujer blanca. Obviamente, él no deseaba formar parte de la vida de ella o de la niña, y aparentemente tan solo controlaba su ira por respeto a su padre.

—Más rápido —dijo en mexicano.

—Si quieres que me dé prisa —le espetó Maggie—, entonces desmonta y ayuda. De lo contrario, espera.

Empezaba a hacer mucho calor y unas gotitas de sudor brillaban por encima del labio superior de Maggie.

—Mamá, para —dijo Dot—. Nos está ayudando.

—¡Perezoso! —gritó ella, ignorando la súplica de Dot—. ¡Perezoso!

El semblante del hombre no se inmutó. Se quedó montado observando a Maggie hasta que ella dejó de echar humo y volvió a guardar los enseres; luego él se dio la vuelta y salió lentamente de la cueva.

—Corre, mamá. Tenemos que alcanzarle. Va a buscar a Lily.

Dot dejó de hablar y miró con la boca abierta a Kayitah, que regresó con dos caballos agotados.

—¿Dónde está Alice? —le preguntó—. Tío... ¿Alice?

Él no respondió.

—¿Mula? —preguntó Maggie.

El hombre las miró durante unos minutos, y luego dijo:

—Nanata.

—Pero él dijo que no le harían daño... ¡y robarla es hacerle daño! —gritó Dot.

Se sentó pesadamente sobre la arena y gimió; su mundo se derrumbaba aún más. Nada duraba. Nada salía bien. Sintió una apremiante necesidad de llorar, pero se negó. Sentía que no había Dios. Ni poder de la libélula. Ho-nes-co se acercó y se sentó junto a ella. Maggie la dejó en paz, sabiendo lo difícil que era para ella la pérdida de la mula.

Cuando Maggie hubo acabado, se montaron en los viejos caballos y siguieron a Kayitah y a la vieja torda fuera de la cueva. Dot retuvo su montura y contempló las sombras a su alrededor, sintiendo que había perdido algo allí. Luego levantó la mirada y vio a Maggie sentada en su jamelgo en la entrada; algo en la forma en que tenía encorvados los hombros le hacía parecer atterradoramente derrotada. Dot se

puso tensa y cabalgó junto a ella, siguiendo la mirada de su madre, y luego luchó por reprimir las náuseas que le crecían en la garganta. La cabeza con cabello rubio estaba clavada en una vara larga de madera cerca de la entrada de la cueva. El guerrero arpía había cumplido su cruel promesa: les había dejado al cautivo a cambio de la silla.

Maggie y Dot se quedaron observando la siniestra cabeza en un silencio abrumado, hasta que Kayitah cabalgó colocándose tras ellas y azuzó con fuerza sus caballos con una soga enrollada.

—Ahora entiendes a los indios —dijo Maggie.

Dot no respondió, pero supo que nunca más podría mirar a Kayitah sin acordarse del hombre de cabello rubio y la cosa tan horrible que le habían hecho. El tío que de forma tan desesperada había querido ver como un héroe ahora no le parecía nada más que un asesino. Intentó reprimir las lágrimas.

Más tarde, cuando Dot hubo recobrado algún control sobre sus emociones, miró a su alrededor y se dio cuenta de que habían abandonado la cueva en la dirección incorrecta. No era hacia el sur por donde debían ir para encontrar a Lily. Se puso al trote junto a Kayitah y señaló con vigor a sus espaldas.

—Lily —el tono de su voz sonó acusador.

El indio la ignoró. Dot tiró del caballo para detenerlo y comenzó a dar media vuelta, pero Kayitah sujetó las riendas y dijo.

—Alto.

Pronunció la palabra en voz baja pero firme y no dejó ninguna duda de que hablaba totalmente en serio. Dot tembló, pensando de nuevo en el hombre rubio, y luego volvió a enfadarse.

—¡Pero este no es el camino!

Él la fulminó con la mirada.

—Venga, adelante... mátame —gritó Dot—. ¡Pero ese no es el camino hacia mi hermana!

Kayitah no le prestó atención, simplemente pasó un lazo por el caballo de Dot y siguió, tirando con fuerza del animal cuando ella intentaba quedarse rezagada o girarse. La vieja torda se esforzaba por tirar valerosamente del travois, seguido por Maggie y después por Ho-nes-co. Dot se volvió y miró a Maggie; su madre parecía perdida en sus pensamientos, suspirando de vez en cuando, cabalgando como si estuviera sola en aquel vasto paisaje desértico.

Más tarde aquella mañana, en un lugar solitario entre dos montañas sin vegetación, cruzaron los surcos de un camino de carretas y en una señal que apuntaba al oeste se leía HOGANVILLE: 40 MILLAS. Maggie detuvo el caballo en medio de la carretera mientras el sol caía a plomo sobre ellos, y se quedó montada como si quisiera quedarse allí para siempre. Kayitah esperó a que se moviera; luego retrocedió y lanzó una cuerda por la cabeza de su montura, y así condujo a ambos animales hacia delante.

Cabalaron a buen ritmo sobre una extensa llanura desierta hasta el anochecer,

cuando las sombras derramaban manchas negras azuladas sobre la tierra que se enfriaba. Dot había pasado todo el día gritando a Kayitah sobre Lily y el hecho de que estuvieran viajando en la dirección equivocada. Le había maldecido en un par de ocasiones, mirando furtivamente a su madre, pero Maggie, si la oyó, no dijo nada. Ni tampoco él. La expresión del hombre no se suavizó ni pareció interesarse por las palabras desesperadas que ella intentaba transmitirle. Dot estaba exhausta de tanto gritar y preocuparse. Maggie no había hablado desde la mañana, aparentemente resignada a algo que Dot no entendía.

En dos ocasiones, cuando pararon a descansar, Ho-nes-co había intentado arrimarse a Dot. Las dos veces, una dura palabra de Kayitah le hacía escabullirse detrás de su propio poni. Dot pensó que entendía cómo se sentía el chico. A ella le hubiera gustado también cabalgar con él. Hacía calor y reinaba una gran sensación de soledad en el sendero. El anciano había gritado algo delirante en una o dos ocasiones, el gemido agonizó y sonó desesperadamente solitario, pero no recobró la consciencia.

El cielo del atardecer era una mezcla audaz de naranjas y rosas anclados sobre un horizonte morado de montañas lejanas tras un desierto de matorrales. Kayitah había elegido un pequeño arroyo para pasar la noche, y aunque Dot intentó convencerle de que volvieran a ponerse en marcha, llamándolo tío y suplicándole por Lily, no sirvió de nada. Estaba decidido a acampar en aquel lugar. Maggie bajó de su caballo y se sentó en la arena con expresión derrotada. Dot se acuclilló a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—No pasa nada, mamá. Encontraremos a Lily. Y regresaremos con papá y James. Maggie siguió sin responder.

—Todavía tengo mi poder.

Al darse cuenta de lo que había dicho, Dot lanzó una rápida mirada a su madre. Maggie no la estaba escuchando.

Un rato después, Maggie se levantó, cogió una cantimplora e intentó dar agua al anciano. Bebió un poco, pero la mayor parte se derramó de su boca sobre el suelo de arena. Maggie le secó la cara, se arrodilló y le habló en voz baja. Dot se preguntó qué le estaría diciendo; ¿seguía regañándole o por fin le había perdonado? Kayitah también observó a Maggie durante un rato, luego cogió el arco y las flechas y escaló un pequeño barranco. Dot se marchó a coger hierba para la torda.

Maggie estaba enfadada y avergonzada de sí misma. Se sentó y examinó las arrugas del rostro curtido del anciano y recorrió con la mirada sus rasgos. Sentía remordimientos. Por muy malo que fuera, le debía al menos la oportunidad de explicarse. Pero se la negó... le negó a un hombre moribundo un simple deseo. Se lo negó a su propio padre. Observó su perfil inmóvil durante un rato, sintiendo que algo duro se rompía en su interior. Lo reprimió.

Había esperado demasiado tiempo, había dejado las cosas enterradas demasiado profundamente. Ella y el anciano habían perdido la ocasión cuando podrían haber hablado. La culpa era de ella. ¿Quién era él realmente? ¿Qué había hecho con su

vida? ¿Qué había querido decirle? Sabía tan poco de él. Su madre había hablado de él después de que se marchara, pero solo de una forma positiva, favorable y reverencial. Nunca hablaron realmente de quién era. Ambas habían jugado a aquel juego: Susan por su amor por él, Maggie por su amor a su madre.

Recordó el nombre que Kayitah había usado para referirse a él: Fielito. El hombre fiel. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía alguien, incluso un indio, pensar en Samuel Jones como un hombre fiel? Se frotó la cara entre las manos y luchó por despejar la confusión en su mente. Permaneció junto a él durante un rato, pensando en su madre y en él, cómo habían reído y hablado. Habían sido felices. Pero si eso era cierto, entonces, ¿por qué se marchó?

—¿Por qué? —le susurró, observando sus rasgos atentamente. Pero no hubo respuesta, ni signo alguno de comprensión—. ¿Qué recuerdas? ¿Mi habitación? ¿La muñeca que me compraste? ¿Las veces que te dije que te quería? ¿Algunas de las cosas que dije? —Maggie hizo una pausa mirando ciegamente la pared arenosa del barranco—. No sabes nada de lo mucho que sufrí. Las noches que lloré para que regresaras a casa. Nunca volviste —Maggie sollozaba suavemente ahora y tomó la mano del anciano entre las suyas—. ¡No te atrevas a abandonarme otra vez! No te morirás hasta que yo te diga que te mueras. ¿Me entiendes?

Se forzó a calmarse y miró hacia el arroyo, a su hija y al niño indio. El odio en su interior había desaparecido, pero no el sordo dolor.

Ho-nes-co estaba agachado junto a Dot mientras esta alimentaba a la torda con suculentos tallos verdes. El chico sostenía un arco pequeño y un puñado de flechas y llevaba un taparrabos de ante y unas botas mocasín. Sonreía mucho y a Dot le gustaba. Él señaló hacia el arroyo, tiró del arco hacia atrás y sonrió. Dot asintió. Había estado preocupada por Lily y por Alice y su abuelo y quería parar de pensar en ellos por un rato. Trotaron por la arena, cazando conejos y ardillas de tierra, o cualquier cosa que fuera comestible. El chico dejó que Dot tirara con el arco dos veces. Tiró sin apuntar y les resultó difícil encontrar una de las pequeñas flechas. Ella le devolvió el arco y dijo:

—Demasiado difícil.

El chico ladeó la cabeza como un perro curioso e intentó comprenderla mientras un brillo de inteligencia danzaba en sus ojos castaños. Luego se rindió y encogió sus finos hombros y retomó la caza. Dot siguió a su primo. Chaco trotaba detrás de ellos.

Ho y Dot reían cuando regresaron al campamento. Kayitah no. Estaba en cuclillas y con una adusta expresión en su delgado rostro mientras removía con un palo una olla grande de agua hirviendo, claramente disgustado por algo. Dot buscó a su madre.

—Mamá —la llamó. Se giró a Kayitah—. ¿Madre?

Él la ignoró con la mirada clavada en la olla y hablando a Ho-nes-co con tono

severo.

—Tío... ¿madre? —dijo ella, su voz delató miedo.

Kayitah dejó el palo en la olla, levantó una mano y colocó a horcajadas el pulgar y el índice sobre su otra mano, el signo de caballo. Dot se giró. Un trozo de papel se agitaba en la brisa cerca de las sillas de montar. Lo cogió y su corazón comenzó a latir con fuerza.

Dotty:

He ido a por ayuda. Da de beber al abuelo en cada parada. Caldo una vez al día. Si muriera, dale enterramiento cristiano. Vendré a por ti. Te quiero.

Madre

Durante un momento fugaz, Dot tuvo una angustiosa sensación de abandono. Luego miró a su abuelo y se sintió mejor. Incluso estando inconsciente, le hacía sentir que de alguna manera las cosas se solucionarían. Cogió una cantimplora e intentó darle de beber. Parecía muerto. Su madre había enrollado una pequeña cadena con una cruz alrededor de una de sus manos. Chaco saltó sobre su barriga y Dot tuvo que apartarlo para poder oír los latidos del anciano porque el perro intentaba morderla. Entonces Dot se sentó junto a él, cerró los ojos y sujetó sus enormes manos nudosas.

—Abuelo. Toma mi poder. Regresa. Tienes que hacerlo. Tienes que encontrar a Lily. Lo prometiste.

Lo miró durante un largo rato. No pasó nada. Reprimió las lágrimas, examinó las manos del hombre y se preguntó qué había hecho con ellas a lo largo de su vida para dañarlas tanto.

—Abuelo. Yo sí creo.

Se limpió la nariz con la manga.

La luz de la mañana bañaba las montañas lejanas, produciendo una cálida explosión de color dorado sobre el paisaje desértico. Maggie había cabalgado por la carretera hacia Hoganville durante las últimas horas y estaba exhausta. Azuzó al animal para que avanzara.

Enviaría un telegrama al Ejército y a las autoridades mexicanas; les informaría de la ubicación de Lily y organizaría a los ciudadanos de Hoganville para rescatar a Dot y capturar a Kayitah y a Ho-nes-co. Lo lamentaba por el chico, pero no por el hombre.

Estaba convencida de que Kayitah se llevaba a su padre a México para enterrarlo en las montañas en las que habían vivido el anciano y la mujer india. Él era un salvaje como el resto de ellos. Desafortunadamente, el chico era igual, ya era demasiado

mayor para poder civilizarlo. Era una pena. Clavó los talones en el caballo.

Maggie vio las afueras del pueblo antes de ver a los hombres. Hoganville era una población pequeña, pero seguía siendo un pueblo y estaba situado a menos de media milla sobre el seco horizonte. Vio a algunos hombres atando los caballos en un corral delante de unas chozas. Tiró de las riendas y se quedó montada examinando los edificios y luego otra vez los álamos, intentando reprimir la sensación de náusea en su estómago. Las sombras colgaban de los árboles. No una sola, sino un grupo entero.

Maggie se dirigió al pueblo obligándose a ignorarlos, cuando vio por el rabillo del ojo la última forma: demasiado pequeña. Volvió a pararse y examinó los cuerpos con más atención al tiempo que se le hacía un nudo en la garganta y el músculo bajo el ojo comenzaba a moverse espasmódicamente. Las sogas emitían un terrible sonido de tensión en el aire. Todo su fuero interno le decía que se diera la vuelta y continuara su camino... todo menos su corazón. No podía hacerlo. Espantosamente asustada, azuzó el caballo en dirección a los árboles.

Se quedó inmóvil durante un rato. Simplemente permaneció montada en el animal y los observó. No llevaban allí demasiado tiempo; los cuerpos todavía presentaban un aspecto bastante normal y el olor apenas empezaba a brotar. Desmontó y vomitó todo el desayuno. Había cuatro. Indios. Al menos, tres parecían indios. La mujer era mexicana. Cuatro personas, una familia: padre, madre, un anciano como Jones y un chico de once o doce años. Una mujer, un anciano y un niño. ¿Por qué? ¿Qué podrían haber hecho para merecerlo? No parecían fugitivos peligrosos.

Ni siquiera eran apaches. Por el diseño de sus collares y el color de sus ropas, adivinó que eran indios pueblo. No habían luchado contra los blancos durante todo este siglo y, sin embargo, les habían ahorcado: un niño y una mujer. No tenía sentido, aunque nada parecía ya tener mucho sentido. Había un cartel de madera clavado en el álamo: LA SOLUCIÓN 100%. La ira se apoderó de ella.

Maggie cortó la rama con un hacha pequeña... la rama se inclinó hacia abajo y los cuerpos rígidos cayeron formando una horrible pila. Luego cortó las sogas y cavó tumbas en la tierra suelta con una lata. La ira le daba fuerzas. Rezó por todos ellos.

—Dios, ¿por qué dejas que pasen estas cosas? ¿Y por qué no me ayudas?

Permaneció sentada un rato observando un gorrión gorjinegro cazando entre las hojas secas. Unos minutos más tarde, recogió dos ramas secas y construyó una cruz de madera uniendo ambas con una correa de cuero sin curtir; a continuación, la clavó en la tierra delante de la tumbas con una piedra.

Luego leyó un pasaje de su Biblia, gritando las palabras. Se imaginó que la mujer mexicana probablemente había sido católica, y el niño también. O algo parecido. También valdría para los hombres indios. Dios es Dios. Esa es la conclusión a la que llegó.

Tras haber acabado, se montó lentamente en el caballo y permaneció sentada observando el pueblo de Hoganville, recordando algo que su padre le dijo cuando era niña: «Tienes que nacer, y renacer, y renacer otra vez, para vivir». No lo había

entendido entonces. Pero ahora creía que sí lo entendía. Una hora más tarde, giró su montura y avanzó lentamente por la carretera por donde había venido. Hubiera lo que hubiese en Hoganville, desde luego no había allí nada para ella.

El sol del desierto calentaba la tierra, haciéndola parecer diferente. Cambiada. Pensaba en las gentes de la cueva y lo que estaba pasando con su mundo. No eran inocentes, pero seguían siendo humanos. Tragó saliva con fuerza y azuzó al viejo jamelgo hasta ponerlo al trote.

Eran ya las últimas horas de la tarde cuando Maggie los alcanzó. Los vio a los tres y también el río cuando coronó una alta colina; se desmontó del caballo y permaneció estupefacta de pie junto al animal. Era el mismo lugar. El lugar por donde Lily había cruzado el río hacía tres días. Pudo ver la tumba que habían cavado en la arena donde enterraron a la joven que fue asesinada allí y se abandonó a un sentimiento de culpa.

—Perdóname —murmuró. Cerró los ojos y se apoyó en la cruz del caballo. Pensó en el milagro de que se encontraran de nuevo allí.

Kayitah lo había logrado, les había conducido de regreso al punto exacto donde vieron a Lily. Pero ¿cómo? La dirección que tomaron al partir de la cueva había sido la contraria. ¿Sería aquella cueva realmente sagrada? Se obligó a dejar de pensar en esos términos. Lo más probable era que su padre simplemente le hubiera dicho cuál era el lugar exacto y Kayitah hubiera tomado su propia ruta.

Maggie permaneció en la cima de la colina observando a Dot y a Ho-nes-co mientras brincaban locamente y dibujaban felices círculos sobre la arena con los brazos extendidos, y a Chaco mordisqueando malhumoradamente sus pies. Kayitah estaba agachado dando de beber a los animales en la orilla del río. Maggie miró a su padre, que permanecía tendido e inmóvil en el travois junto a una pequeña hoguera. Rezó por que no estuviera muerto.

Permaneció allí en el crepúsculo, observando los murciélagos que aleteaban en el cielo cada vez más oscuro sobre el río, escuchando el viento de la noche que brotaba de la tierra seca y pensando en muchas cosas. Principalmente en Lily y en su padre. No había nada en el mundo a lo que no estaría dispuesta a renunciar por recuperar a Lily, por ponerla a salvo. Ahora, gracias a Kayitah, quizás aún tuvieran una posibilidad. Su corazón quedó rendido ante aquel hombre... su hermanastro.

Alzó la mirada más allá del curso de agua hacia la tierra polvorienta del México crepuscular.

—Lily, cuídate —dijo en voz baja—. Ya llegamos.

El sonido de la risa de los niños escaló la colina deslizándose suavemente sobre ella. Luego se escuchó otro sonido. Más nítido. Como una rama rompiéndose en un bosque invernal. Duro e implacable. Durante unos segundos, ninguno de ellos se

movió. Luego vio a Ho-nes-co derrumbarse sobre la arena y a Dot corriendo hacia el niño mientras Kayitah se abalanzaba hacia los dos. Luego llegó de nuevo el sonido nítido hasta la cima de la colina y Maggie lo identificó como fuego de rifle. El caballo de Kayitah cayó al suelo. Luego otro animal chilló y cayó retorciéndose en el agua.

Tres hombres cargaban al galope por la playa hacia Kayitah y Dot, disparando y gritando, clavando los talones con fuerza en los flancos de sus caballos. Maggie levantó el rifle y no dudó; colocó la mira en la muesca en V y apuntó al primer jinete. Sabía que seguían disparando, pero no escuchó nada. Tan solo la pequeña voz que le susurraba una vez más en lo más profundo de su mente.

¿Era Lozen? No estaba segura. Lo único que sabía era que la calmaba, le ayudaba a apartar cualquier distracción, le ayudaba a apuntar cuidadosamente al primer jinete. Vio claramente que era blanco. Daba igual. Dot estaba allá abajo... y Kayitah y Ho-nes-co. Querían matar a su niña. No intentó gritar ni sacudir la mano, simplemente apoyó la cabeza y apretó el gatillo lentamente.

Siempre había tenido buena puntería. Samuel Jones se lo había enseñado. De alguna forma, el hombre se aferró a su rifle, pero Maggie pudo ver por cómo se echaba hacia atrás sobre la grupa del caballo al galope que estaba muerto antes de desplomarse en el suelo. Los otros dos se giraron y galoparon frenéticamente hacia los árboles, disparando ciegamente sobre sus hombros a Kayitah, que se encontraba acurrucado sobre Dot y Ho-nes-co. La voz susurrante se desvaneció.

La bala había impactado en el cuello del niño. Dot y Kayitah abrazaban su pequeño cuerpo sin vida mientras la sangre manaba en largos hilos por los brazos de Dot; ambos emitían extraños gruñidos. Maggie se unió a ellos. Se sentó en la arena y pasó el brazo alrededor de su hija, y también hizo ese sonido; parecía emerger de algún lugar de su interior y mezclarse con los sonidos de los otros.

Allí sentada, escuchando a su hija y a su hermanastro llorando la muerte del niño, Maggie se dio cuenta de que realmente nunca había mirado de cerca a aquel chico. Y ahora no podía apartar los ojos de él. Su sobrino. No lo conocía... solo sabía que había sido feliz y que se entendió rápidamente con su prima. El niño se había arriesgado a la ira de su padre por jugar con ella, y Dot y él se unieron. Los lazos de sangre eran instintivos y poderosos. Las lágrimas llenaron sus ojos. Miró el atractivo perfil de Kayitah, ahora descompuesto por el dolor. Maggie alargó una mano, apartó el cabello del rostro de Ho-nes-co y tarareó un himno religioso.

—*Hermano* —dijo un poco más tarde. Esperó a que la mirara y, cuando finalmente giró la cabeza, dijo en mexicano—: Lo siento.

Kayitah asintió con solemne dignidad y retomó sus gemidos y cantos. De nuevo, Maggie se unió a él. Dot se había acurrucado hecha un ovillo sobre la arena y lloraba a gritos y golpeaba la arena con los puños. Kayitah se arrodilló, sujetando al chico en sus brazos y miró a Maggie. Luego colocó cuidadosamente a Ho-nes-co en los brazos de su hermanastra y caminó lentamente hacia el campamento donde estaba tendido su

padre.

Maggie preparó al niño para el enterramiento. Cuando hubo acabado, Kayitah entonó el canto fúnebre de Ho-nes-co. Dot se unió a él. Maggie los observó. Incluso Chaco mostró el respeto debido, sentado en silencio y observando; luego se alejó trotando para acompañar de nuevo al anciano. Nunca se separaba de él durante mucho tiempo.

Dot eligió el lugar del entierro. Kayitah se había puesto a preparar un lugar entre las rocas cerca del río, pero Dot se acercó a él y sacudió la cabeza. Su tío la observó durante un rato mientras le señalaba el punto seleccionado y luego la siguió. Los condujo a un pequeño claro entre cedros de sal. Era un espacio de arena hermoso e iluminado por la luna y con vistas al río.

Llevaron las piedras al lugar. Luego Kayitah se sentó junto a Ho-nes-co y habló con él en apache. Maggie sujetó a Dot entre sus brazos. Cuando Kayitah hubo acabado, Dot se separó de su madre y se arrodilló junto al cuerpo. Se desató el collar medicina del cuello, lo ató al delgado brazo del niño y dijo:

—Ven conmigo, Ho. Estaremos juntos.

Maggie tradujo las palabras de Dot en mexicano a Kayitah y él asintió emocionado con la cabeza. Apuntó con el dedo índice al aire, rodeando con su otra mano el dedo. «Guardar», significaba el gesto. Parecía profundamente emocionado.

—Lo prometo —dijo Dot.

Dejaron a Kayitah sentado en el frío aire de la noche junto a la tumba y regresaron lentamente por la arena en dirección a los sonidos de los grillos donde Chaco guardaba al anciano. El sol ya se había puesto, el viento de la tarde había amainado y una silenciosa calma reinaba en el río. Era un lugar muy apropiado para enterrar al niño, pensó Maggie. Una pequeña criatura se deslizó en el agua y ella se preguntó si tal vez fuera el espíritu del niño.

La torda estaba echada sobre la arena, durmiendo. Dot abrazó la cabeza de la vieja yegua. Maggie dio a su padre un sorbo de agua, maravillada de que siguiera vivo y agradeciéndoselo a Dios. Luego ella y Dot lo lavaron con un trapo húmedo y lo vistieron con ropas limpias. De vez en cuando, Dot dejaba escapar un largo y fuerte gemido. Maggie lo entendía. Pensó en el niño pequeño, y en Brake y en Lily, e hizo lo mismo.

Después, Dot y Chaco bajaron a la orilla del río para coger el caballo del hombre muerto. Maggie la miró mientras se alejaba con la escopeta en las manos y el pequeño terrier trotando con aires de importancia junto a ella, y se dio cuenta con un nudo en la garganta de que estas tragedias colectivas casi habían convertido a Dot en una mujer madura. Pero en esta ocasión no se lamentó por ello... no sintió lástima porque la joven mujer en la que se había convertido estaba llena de fortaleza y confianza en sí misma, de amor y coraje. Y, sí, de compasión.

Bajó la mirada hacia el rostro del anciano mientras el sonido de las plegarias de Kayitah le llegaba tristemente flotando en el aire de la noche. Al examinar sus rasgos, algunas cosas comenzaron a aclararse en su mente. Él la había abandonado, pero

también le había enseñado cosas sobre la vida. Lo práctico y lo espiritual. Le había enseñado a soñar, a disparar, a curar. Y a no tener miedo. Y estas cosas habían cambiado su vida. Incluso su regreso lo había hecho.

—Padre —dijo, luego dudó—. Quizás nunca estuvimos destinados a comprendernos. Pero nos comprendimos en otro tiempo.

Apartó la mirada hacia el río.

Más tarde, mientras todavía contemplaba las oscuras aguas, dijo:

—Solía intentar recordar aquellos tiempos, intentaba entender, pero el dolor y la ira siempre me lo impedían. Abandonaste a madre y eso la mató. Pero... —su voz se rompió y esperó unos segundos—. Pero también me abandonaste. Y eso mató algo de mí. No es suficiente que me digas que me amas —Maggie se levantó rápidamente. Dot estaba cavando una tumba cerca del agua para el hombre muerto. Maggie echó la mirada atrás hacia Jones y dijo—: Necesito saberlo. Necesito saber por qué me dejaste.

Maggie y Dot habían terminado de enterrar al hombre cuando Kayitah regresó al campamento. Parecía enfadado de que hubieran honrado al asesino de su hijo de esa manera, pero lo dejó estar. Contaban tan solo con el caballo del hombre blanco y la vieja montura de Maggie. La torda estaba a punto de morir. Kayitah escudriñó el rostro de Maggie, sondeándola atentamente con la mirada. Parecía perdido. Ella le entendía... había sentido esa misma desesperación treinta años antes cuando su padre se marchó, y ahora otra vez con Lily. Maggie quería llorar por ese hombre que no podía llorar por sí mismo. Kayitah había cabalgado hasta allí para salvar a su hija, una niña que él no conocía, y había perdido la única cosa de valor en su vida.

—Gracias —dijo Maggie—. Pero ve y encuentra a tu gente —habló en mexicano—. Nosotras buscaremos a Lily. Ya no nos debes nada más.

Kayitah se acercó al caballo del hombre blanco y dijo:

—*Yo cabalgo* —dijo Kayitah. Maggie no le entendió, pero asintió con la cabeza.

Cogió su rifle y montó en el animal. Maggie señaló a Jones y dijo en mexicano:

—Yo lo cuidaré. Si se despierta, le contaré lo que hiciste por nosotras. Por tu familia.

Kayitah formó un puño y señaló con el índice al aire con los ojos hirviendo de ira, luego se impulsó hacia arriba extendiendo la mano hacia delante. Maggie tampoco entendió ese gesto.

El indio desapareció en la noche. Maggie rezó por él y se despidió; luego se sentó y examinó el rostro de su padre. Después de todos esos años, de todos los cambios físicos, todavía le veía como lo había visto la noche que se marchó tantos años atrás. Dot estaba sentada de espaldas a ella, contemplando la noche, perdida en sus propios

pensamientos.

—Padre —susurró Maggie—. Sé que estás a punto de morir. Encuentra a Lily y protégela.

Se tumbó junto a él y pronto se durmió.

La oscuridad era gélida y silenciosa, tan solo habitada por los suaves sonidos del río y las aves nocturnas. Dot no estaba junto a la hoguera cuando Maggie se despertó. La encontró donde sabía que estaría, sentada bajo la luz de la luna junto a la tumba de Ho-nes-co. Maggie se arrodilló junto a ella y no dijo nada durante un largo rato. Las estrellas parecían piedras preciosas en un oleaje de oscuridad allá arriba. Maggie pasó un brazo por los hombros de Dot.

—¿Cómo era?

—Divertido. Solo divertido. Yo le gustaba. No sé por qué.

—Era tu propia sangre —dijo Maggie en voz baja.

Dot escudriñó el rostro de su madre en la oscuridad, asombrada de que hubiera reconocido su relación familiar con Ho-nes-co.

—¿Te estás despidiendo?

Dot sacudió la cabeza.

—No tengo que hacerlo —dijo las palabras de manera casual—. Solo le estoy pidiendo que me ayude.

—¿Para hacer qué?

Dot esperó unos segundos antes de hablar, dibujando sobre la arena con una ramita. Miró a su madre.

—No lo creerás. Y te enfadarás conmigo.

—No me enfadaré.

Dot la miró durante unos segundos, luego bajó la mirada a la tumba de Ho-nes-co y dijo:

—El abuelo me dijo una vez que todo el mundo tiene un poder especial en su interior. Y que cuando una persona está preparándose para morir, pierde su poder. Que este debe ir a otra persona —Dot se paró y miró a su madre, esperando ver ira en sus ojos. Pero Maggie solo la escuchaba—. Bueno, Ho debió de poseer ese poder también. Y estaba pidiéndole que se lo enviara al abuelo, para que pueda despertarse y encontrar a Lily. ¿Crees que eso puede pasar? ¿Crees que Ho puede enviar su poder al abuelo?

Maggie permaneció sentada durante unos segundos antes de responder.

—No lo sé, cielo. No sé nada sobre esas creencias. Pero sé una cosa.

—¿Qué?

—Que si tú lo crees, entonces yo también lo creo.

Dot le sonrió y se arrimó a la calidez de Maggie.

Maggie se levantó pronto, antes de que los grandes murciélagos pardos hubieran cesado su incesante revoloteo, para echar un vistazo a su padre. Se veía el primer atisbo de luz en el cielo del amanecer. Una inmensa quietud invadía la tierra. Examinó el rostro enjuto del anciano durante un largo rato. El poder de Ho no le había alcanzado. Se sorprendió a sí misma sintiéndose decepcionada. Le tapó con una manta extra para protegerle del frío de la mañana y le dio un poco de agua, luego leyó de la Biblia para él. Dot todavía dormía junto a los fríos rescoldos del fuego de la noche pasada. Maggie se sintió más perdida y asustada que nunca en toda su vida.

Estaba sola ahora en plena naturaleza, con un hombre moribundo y su yegua desfondada, su propia montura exhausta, una jovencita y un perro. Sabía que no tenían ninguna posibilidad de alcanzar a Lily. No sabía qué hacer. Sus opciones eran México o Hoganville. Se puso en pie y abrió su Biblia al azar y leyó: «Los hombres siempre deben rezar», y sintió cómo crecía en su interior la ira. Ella había rezado, había rezado sin cesar, y no había recibido nada a cambio, solo dolor y miseria. Maggie cerró la Biblia. Luego se dio la vuelta y lo vio.

Su hermano cabalgaba lentamente por la arena en su dirección sobre el caballo del hombre muerto, conduciendo las monturas de los otros dos hombres que le habían ayudado a matar a Ho-nes-co. A Maggie le recorrió un escalofrío por la espalda. ¿Por qué había regresado? No había nada aquí para él. Debía regresar con lo que quedara de su gente. Pero había regresado y el miedo que había sentido toda la mañana la abandonó y fue reemplazado por nuevas emociones hacia aquel hombre... su hermano.

Kayitah tiró de las riendas del caballo y se quedó sentado mirándolas con unos ojos que todavía ardían con una intensidad que asustaba. Chaco ladró malhumorado.

—Gracias —dijo ella.

Él la miró inexpresivamente, luego señaló con la mano el campamento de forma brusca y Maggie entendió que debían guardar y empacar todo. Asintió y empezó a meter sus pertenencias en las alforjas.

Era un poco antes del amanecer del día siguiente y Maggie temblaba por la emoción. Dot había divisado el rastro de los raptos de Lily en la oscuridad tras detectar un botón de cactus roto. Por mucho que lo intentara, no podía saber lo que significaba, pero Kayitah ya lo había desentrañado. El hombre se acercó y se sentó cerca del lugar, aparentemente mezclando sus pensamientos con la noche moribunda y las estrellas del alba, sintiendo en silencio la presencia de aquellos que habían fallecido.

Lentamente, las estrellas desaparecieron y el cielo del este se iluminó, y las codornices crestiblancas iniciaron su feliz y tenue trino: *pe-cos, pe-cos*. Sin embargo, Kayitah continuaba sentado examinando el rastro. Dot intentó ver lo que él veía.

Nada. Luego le observó atentamente cuando alargó el brazo y posó suavemente un dedo sobre un guijarro que había sido apartado de su lecho. Dot sabía, por lo que Mannito le había enseñado, que estaba calculando la distancia entre este y la huella del caballo... que ese guijarro le indicaba a su tío la dirección, la velocidad y el peso del animal que la había golpeado.

En la tenue luz matinal, Kayitah avanzó lentamente por el duro terreno, leyendo hojas secas rotas, examinando leves hundimientos en la tierra. Se puso a gatas sobre manos y rodillas y bajó la cabeza acercándola a la tierra, examinándola de lado. Luego se puso de pie y pasó los dedos por encima de la vegetación cercana. Comenzó a moverse un poco más rápido, agachándose y examinando la arena y las rocas.

Cuando estuvo seguro de la dirección, inició la marcha con un trotecillo regular, acortando distancias. Cruzaron y volvieron a cruzar el rastro en numerosas ocasiones después de eso, un rastro cada vez más fresco. Maggie estaba henchida de felicidad. No podía creerlo. Los indios deberían haberse adentrado ya en México, donde habría sido imposible alcanzarlos. Pero no era así. Se encontraban lo suficientemente cerca para que Kayitah pudiera leer su rastro mientras trotaba junto a este.

El crepúsculo tintó la tierra de una tonalidad morada oscura cuando se aproximaban a un pequeño valle verde con la forma de la palma de una mano coronada con colinas de arenisca como anillos. Dot podía oír grullas cerca del agua. Le dolían las piernas tras haber pasado todo el día en la silla. Pero sentía por la actitud de su tío que se encontraban cada vez más cerca, así que permaneció sobre el caballo. En muchas ocasiones él se paraba junto al rastro y escuchaba atentamente, como si realmente pudiera escuchar voces. Ella también lo intentó, pero no oyó nada. Solo el silencio de aquellas tierras desérticas.

Kayitah había vuelto a detener su montura y estaba sentado estudiando el silencio con sus oídos. Dot podía entrever el pequeño valle a través de un corte entre las colinas y le entraron ganas de escabullirse e investigar. Pero Kayitah se anticipó y sacudió rápidamente la mano, y Dot se quedó en el sitio. Lo observó mientras bajaba silenciosamente de su montura y se agachaba, presionando un pulgar en la tierra junto a una marca de casco de caballo, examinando atentamente ambas hendiduras. Dot sabía que estaba comparando la edad de las dos marcas. Se levantó y por primera vez desde que se conocieron, sonrió levemente. ¡Los habían atrapado!

—¿Dónde están? —susurró Maggie.

No se escuchaba ningún sonido. No había ninguna señal visible. Kayitah levantó la mano y les hizo señas para que guardaran silencio y desmontaran. Condujo los caballos de regreso por el camino por el que habían venido durante un tramo, luego escondió el travois, cogió a Jones en brazos y comenzó a escalar las montañas.

La luz se desvanecía y el sol poniente cubría las montañas de una pátina rosa. Kayitah había dejado a Jones sobre una manta junto a una pared de arenisca. Dot

estaba sentada cerca del borde de rocas orientado hacia el valle y hacia donde se encontraba Lily. Maggie miraba a Kayitah.

Estaba sentado a unas pocas yardas, abstraído, mirando las rocas del afloramiento, como si estuviera contemplando un desfile desde la lejanía. Una enorme tortuga del desierto pasó lentamente a su lado en la penumbra nocturna. Él alargó una mano y le tocó el caparazón de un modo reverencial y la vieja criatura metió la cabeza. Luego Kayitah retomó sus reflexiones y la tortuga continuó su camino. No era una buena señal. A Maggie le dio la impresión de un hombre a punto de rendirse. A punto de morir. Esa idea la asustó.

—Necesitamos un plan —dijo en mexicano.

Él no respondió. Ella lo vio esparcir sus pocas posesiones sobre una manta: un collar de plata, un brazalete de cuentas y otras baratijas. Luego ambos se sentaron reflexionando por separado en el reducido espacio entre las rocas. No había hoguera y la luna todavía no había salido, solo la oscuridad y las primeras estrellas. Maggie sintió que Kayitah se estaba preparando para ir a por Lily.

—Describe —dijo.

Maggie, con el corazón desbocado, intentó describir a Lily en mexicano. Tuvo que hacer un gran esfuerzo. Kayitah la escuchó y finalmente se levantó.

—¿Qué puedo hacer para agradecértelo? ¿Qué puedo darte?

Lentamente, como si un vago recuerdo retornara a su mente, Kayitah bajó la mirada hacia ella a través de las sombras. Volvía a parecer enfadado.

—Los blancos han robado las piedras y la tierra. ¿Qué puedes darme?

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Por mi padre —la miró fijamente a los ojos—. Y por la *niña* —inclinó la cabeza bruscamente hacia Dot; ella estaba demasiado lejos para oírle—. Ho-nes-co y ella... —Kayitah hizo el signo del amor.

—Primos —dijo ella asintiendo.

—El chico vivirá en ella. Es suficiente.

Kayitah se había untado una franja de pigmento blanco sobre la nariz y las mejillas, pinturas que le hacían parecer amenazador y demonizaban sus bellos rasgos. Solo llevaba el taparrabos, sus botas de piel de ciervo, el cuchillo y la pistola. Maggie contó solo seis cartuchos. Sacó unos cuantos de su cartuchera y se los ofreció a Kayitah. Él sacudió la cabeza.

Kayitah se acuclilló junto a Jones durante un largo rato, hablando en su propia lengua. Cuando hubo acabado, regresó y se quedó de pie mirándola.

—Si no regreso... dale esto —le pasó un pequeño saco de piel. Ella lo cogió y sus dedos rozaron levemente su mano. Dio un respingo y fue consciente en ese momento de que era la primera vez que había tocado a su hermano. Y presintió que iba a ser la única.

—*Hermano* —le dijo, con el corazón encogido.

Él sacudió la cabeza, aunque no bruscamente, como si la palabra le enfadara,

luego volvió a mirar a su padre.

—Si no regreso... —repitió—, dáselo cuando el sol se ponga sobre las rocas.

Kayitah dio media vuelta y se marchó. Maggie no pudo dejar de mirarlo mientras se alejaba.

—Tráeme a mi hija. Tú eres su tío.

Entonces salió corriendo tras él al tiempo que se quitaba el anillo del dedo. Se lo entregó poniéndoselo en la palma de la mano y cerrando las manos alrededor de la suya. Fue una sensación maravillosa para Maggie. Él apartó la mano como si el tacto de ella le resultara desagradable.

—Enséñaselo a Lily y sabrá que te envié yo.

Lily se revolvía y daba vueltas sobre la arena en el lugar donde dormía, sonriendo y moviendo las manos al compás de una débil música que solo ella podía escuchar. Se rio en voz baja y dio media vuelta. Luego empezó a ponerse tensa, al sentir que algo no iba bien.

Abrió súbitamente los ojos y examinó el techo oscuro de la pequeña cueva donde ella y las otras cautivas estaban retenidas, al tiempo que abrazaba con fuerza la muñeca de trapo. Completamente despierta ahora, supo con total certeza que algo no iba bien. Escuchó con atención. Nada. Solo la respiración regular de las otras mujeres. De vez en cuando una de ellas gemía o gritaba débilmente, pero nada más. Volvió a escuchar: captó unas tenues pisadas. Se quedó petrificada. Alguien se movía dentro de la cueva.

Se incorporó de un salto, parpadeó a la noche y se encontró mirando de frente el rostro de un indio. El guerrero estaba acuclillado en la oscuridad, examinándola, como si buscara algo. Ella no le había visto antes. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no gritar. Él le hizo un signo de cuidado con la mano sobre la boca mirando hacia atrás de reojo a los otros indios. Todos dormían alrededor de la hoguera.

Lily examinó su rostro, intentando parecer calmada. Era mejor parecido que los otros, pero seguía siendo un apache. Le hacía signos que no tenían ningún sentido para ella. Entonces, se aproximó ligeramente. Lily apretó la espalda contra la pared de piedra.

—No me toques —dijo nerviosamente.

Él volvió a hacer el signo de cuidado y dijo con un tenso susurro:

—Lily... tío.

Ella se alarmó. ¿Cómo sabía su nombre? Él se acercó más.

—Tío —susurró otra vez.

¿Quién era aquel salvaje? ¿Por qué no paraba de decir «tío»?

Él la señaló a ella y luego se señaló a sí mismo e hizo un gesto amplio con el

brazo que ella interpretó como que se fuera con él. Lily sacudió la cabeza con fuerza.

—Déjame sola —siseó con fuerza.

El indio echó la mirada hacia atrás para ver si los otros indios le habían oído. Por fin, cuando volvió a girarse, la miró agitado.

—Lily... *tío* —dijo con énfasis, y luego volvió a hacer el gesto con el brazo. A continuación, sacó algo de un saquito de piel y se lo ofreció. Lily observó el objeto hasta que finalmente lo reconoció y se lo arrebató: era el anillo de boda de su madre.

—¿De dónde lo has sacado? —gritó Lily, abalanzándose sobre él con los puños. El hombre intentó apartarse rodando por el suelo para sacar la pistola, pero los otros ya estaban sobre él.

Lily escondió bajo la arena el cuchillo que había cogido del cinturón de aquel hombre.

Los gemidos eran incesantes y solo eran interrumpidos periódicamente por sus gritos llamando a «Ho-nes-co», que hacían añicos la quietud del aire nocturno. Pero siempre retornaba a sus incesantes gruñidos. Y cuando ya era muy tarde, cuando Maggie pensó que ya no podía soportarlo más, cuando la brisa nocturna ya había muerto sobre la tierra seca, le escuchó gritar: «¡Lily... *tío!*», y las palabras desgarraron las fibras más profundas de su ser. Los indios estaban de pie rodeándole y riéndose. Maggie bajó los binoculares y se desplomó sobre la roca. Había estado escondida durante horas en la loma sobre el campamento apache, contemplando con impotente terror cómo torturaban a Kayitah.

Ya no gritaba mucho... solo emitía el terrible sonido animal de los gemidos. Maggie se balanceaba hacia delante y hacia atrás contra la roca, golpeando su cuerpo contra la dura superficie para distraer la mente de aquel horror, presionando los labios con todas sus fuerzas para reprimir el grito que brotaba de su interior.

Intentó una vez más bloquear el terrible y penetrante sonido con las manos. No sirvió de nada. El ruido penetraba en ella como el agua en las grietas de la piedra, erosionando algo firme en su interior, evacuando el residuo de su alma.

Maggie había dejado a Dot durmiendo en el campamento y siguió a Kayitah por sí él y Lily necesitaban ayuda en su huida. Pero algo había ido mal. Se abrazó con fuerza las rodillas contra el pecho y de nuevo suplicó ayuda a Dios. No pasó nada.

—Malditos indios —dijo amargamente; luego sacudió la cabeza—. No.

No iba a mancillar la raza de Kayitah. Puede que odiara al lisiado y a los otros, podría maldecir a la amante de su padre. Pero no a todos ellos. Desde luego no a Kayitah. Ni a Ho. Ni a Lozen.

Habían atado a su hermano por las muñecas y los tobillos entre dos pequeños árboles y le disparaban flechas, teniendo cuidado de evitar sus partes vitales. Maggie no pudo mirar por más tiempo. Reprimió la histeria que la invadía y se dispuso a

marcharse, pero lo pensó mejor. No. No le abandonaría. No podía hacerlo... su padre le había enseñado a ser leal. Se dio la vuelta y miró por los binoculares, sollozando:

—Kayitah, abandona esta vida. No hay nada aquí para ti —se secó los ojos, luego hizo la señal de la cruz sobre él—. Te bautizo como criatura del Señor. Que Jesucristo se apiade de tu alma —le observó durante unos segundos, luego dijo—: Hermano. Ve. Encuentra a tu hijo.

Kayitah tiró de las cuerdas que lo sujetaban y gritó.

—¡Fielito! —luego se hizo el silencio y Maggie supo que había muerto.

—Gracias, Dios mío —sollozó.

La mañana se aproximaba en la lejanía cuando la recordó. Maggie buscó frenéticamente la pequeña bolsa que su hermano le había dado y corrió a toda prisa hacia el campamento escondido en las colinas, llorando mientras corría.

Cuando ya despuntaban los primeros rayos de sol sobre las rocas, Maggie colocó la bolsa de cuero en las manos de Jones como le había pedido Kayitah, y apretó hasta que los dedos nudosos se cerraron sobre la bolsita, luego se inclinó hacia delante y le besó la frente.

—Ha muerto —dijo con tristeza—. Kayitah ha muerto —se esforzó en deshacer el nudo en la garganta—. Quería que tuvieras esto. Lo siento.

Se levantó y se dio la vuelta; tenía sus pensamientos puestos en ese hermano perdido que había amado y respetado a su padre tanto que había muerto intentando hacer lo que el anciano le había pedido. Sentía que Kayitah había sabido que iba a morir... que no iba a ser capaz de rescatar a Lily. Y, a pesar de ello, lo había intentado. Sus últimas palabras fueron «Lily... tío», y «*Fielito*». Su familia. Su sangre. Maggie continuó luchando contra el nudo en la garganta. Su hermano había muerto. Había muerto por su hija.

Mientras permanecía allí de pie, de espaldas a su padre, sintió una extraña excitación en el aire y su cuerpo se tensó sin saber por qué. Luego escuchó una voz detrás de ella, se giró y lo miró.

—Santa María, Madre de Dios —susurró.

El anciano se había incorporado sentado en la manta, parpadeando ante el sol matinal.

—¿Estás vivo? —farfulló ella, atónita ante el hecho de que Jones estuviera consciente y moviéndose.

El anciano no dijo nada, solo miró a la lejanía del amanecer como si escuchara su nombre pronunciado por el demonio, con el cuerpo rígido dolorosamente hambriento.

—¡Abuelo! —gritó Dot feliz. Chaco había salido disparado y saltaba alrededor del anciano, ladrando con fuerza. Sin embargo, Samuel Jones no los miró ni dijo nada. Era como si estuviera en un trance profundo, perdido en algún inframundo que

solo él podía percibir.

—Dot —dijo Maggie en voz baja—, creo que será mejor que le dejemos despertarse lentamente. Lleva inconsciente mucho tiempo.

Se sentaron en la arena y observaron al anciano durante la mayor parte de la mañana, maravilladas por su poder de recuperación. Seguía sentado, apoyado contra la pared de la montaña, pero no había hablado ni se había movido. Sus costillas sobresalían marcándose contra su piel apergaminada como las de una vaca famélica; sus extremidades, ya delgadas de por sí, se veían aún más escuálidas; su cuerpo era como una hoja seca y resquebrajada. Esquelético y amojamado.

En una o dos ocasiones, Maggie le ofreció agua. Y en cada ocasión, él actuó como si no la hubiera oído o no supiera que ella estaba cerca. Continuó mirando desde las sombras del saliente al brillante cielo matinal, mirando en la dirección del campamento apache, como si estuviera escuchando atentamente algo perdido en el viento. Maggie sintió que, de alguna manera, lo entendía.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Dot.

—Estuvo al borde de la muerte. Tiene que tomarse su tiempo para regresar de donde estuviera.

Dot lo miró, asombrada.

—El poder de Ho funcionó.

Maggie vaciló y luego negó con la cabeza.

—¿El qué entonces?

—Kayitah.

Dot se giró bruscamente y miró a Maggie, absorbiendo lo que aquello significaba. Sacudió la cabeza con fuerza.

—No. Kayitah va a traer a Lily.

Maggie no respondió y se quedó mirando sus manos.

—¿Mamá? Kayitah fue a por Lily.

—Sí —respondió, mientras se levantaba sacudiéndose los pantalones.

Dot continuó mirándola.

—¿Mamá?

—No lo logró.

—¿Cómo lo sabes? —la voz de Dot se elevó.

—No lo logró —Maggie miraba a su padre.

—Tal vez llegue más tarde. Tal vez estén escondidos en las colinas.

Maggie sacudió otra vez la cabeza.

—No lo sabes con seguridad. Kayitah fue a buscar a Lily. Debía rescatarla —Dot empezaba a respirar agitadamente emitiendo un extraño sonido.

Maggie pasó los brazos alrededor de los delgados hombros de Dot, sujetándola con fuerza, como si quisiera atrapar el sonido en su interior.

—Mamá, es la única posibilidad que tiene Lily. ¡Tiene que hacerlo!

—No, Dot. Está muerto.

—¡No lo sabes! —gritó Dot girándose y corriendo al borde del claro. Permaneció allí y gritó el nombre de su hermana al cielo de la mañana.

Maggie la siguió y volvió a abrazarla.

—Dot... para. Está muerto. Lo vi.

La niña se derrumbó en sus brazos.

Dot ya estaba más allá de las lágrimas cuando volvió a hablar, sentía un nivel de desesperación tal que sus palabras sonaban descarnadas.

—No podemos dejar que se queden con Lily.

Dot todavía lloraba mientras daba de beber a los animales en el cuenco de piedra que Kayitah le había señalado. Luego oyó un ruido, se puso de pie y escuchó atentamente con el cabello erizado en la nuca. Alguien escalaba lentamente el sendero que conducía al río. Demasiado cerca para poder esconder los caballos. Ni siquiera pudo avisar a su madre. Quienquiera que fuese no parecía hacer mucho esfuerzo por pasar desapercibido, rompiendo ramas y golpeando piedras. Dot se arrastró más profundamente en las sombras de un arbusto manzanita, rezando para que fueran Kayitah y Lily... rezando para que su madre se hubiera equivocado sobre la muerte de su tío.

Y entonces Alice coronó trabajosamente la cresta del risco, feliz como siempre, y empujó con la nariz a la vieja torda. Dot sujetó la cabeza de la mula contra la suya, riendo y llorando a gritos.

La joven mula frotó su testa arriba y abajo por el pecho de Dot durante un minuto antes de continuar por el sendero hacia el campamento. Dot sacudió la cabeza. ¿Cómo era posible que aquel animal supiera siempre dónde estaba él? Dot la siguió.

Maggie se había ido. Había dejado una nota diciéndole a Dot que partiera con el abuelo hacia el rancho... que se había ido a por Lily y que ya les alcanzaría. Dot se echó a temblar.

Maggie se tumbó entre las rocas situadas sobre el campamento de la cuadrilla, con el sol a sus espaldas y sujetando los binoculares, segura de que, en esta ocasión, no iba a lanzar destellos. No podía apartar la mirada de él.

—Kayitah —musitó, y las palabras le rasparon la garganta. Su hermano había perdido a su hijo, y luego su propia vida, por salvar a su hija.

Apartó la mirada e inspeccionó el campamento. Un grupo de indios estaba sentado cerca de una ladera arenosa. Maggie supuso que Lily y las otras mujeres estaban cerca. Repasó su plan cuidadosamente, comprobando todos los detalles, luego deslizó el viejo Sharps hacia delante sobre el saliente de piedra, apuntando el largo y azul cañón al indio más cercano. A pesar de estar viejo y cascado, el rifle seguía conservando una mira perfectamente calibrada y entendió por qué su padre lo

había llevado consigo durante todos estos años. Inspiró aire con fuerza por la nariz y se limpió los ojos con el talón de la mano, luego sacó cartuchos del bolsillo y los alineó sobre una pequeña roca donde poder tenerlos a mano. No los usaría todos. Dos, tal vez tres, antes de que los apaches salieran tras ella. Suficiente. Maggie quería disparar al lisiado. Si lograba darle a uno o dos más, perfecto. Cogió el pequeño crucifijo y lo apoyó sobre la piedra mientras lo acariciaba con los dedos.

—Dios, perdóname —cerró los ojos, recordando todos los años pasados de sus vidas: Lily siempre había sido brillante y coqueta; recordó cómo Brake y James bromeaban sobre los vestidos de Lily y los aires de importancia que se daba, y entonces dijo—: Alguien debe apreciar las buenas cosas —hizo una pausa—. Te quiero. Tu padre y tu hermano y tu hermana te quieren. Y tu abuelo. Si hubiera otra manera... —Maggie calló—. Dios, Lily... —las palabras brotaron desgarradoramente de su garganta, como si dolieran, y miró con rabia los cartuchos—. Esto no tenía que haberle ocurrido.

Maggie se secó los ojos y rezó hasta que se le empapó la frente de sudor. Rezó para que lo que estaba a punto de hacer fuera lo correcto. No había otra manera. Sin Kayitah ni su padre, ella y Dot perderían el rastro de la cuadrilla, o serían capturadas. No podía dejar que eso le ocurriera a Dot. No, debía parar aquella locura allí mismo. Apoyó la pistola sobre la roca junto a los cartuchos. Después de disparar a Lily y al lisiado, la usaría para dispararse un tiro ella misma. Dot tenía el coraje y las fuerzas para llegar al rancho. Observó entonces movimiento allá abajo. Cargó el primer cartucho.

—Virgen Santa —susurró—. Viste a tu hijo sufrir. Lo hubieras ayudado... —no pudo pronunciar las palabras, y las manos le temblaban—. Ayúdame. Sé que esto es pecado. Perdóname.

Juntó las manos, incapaz de calmar el temblor constante.

Era importante que pudiera disparar el rifle con puntería. Por muy potente que fuera el arma, también era extremadamente sensible. La mente de Maggie pareció abstraerse. Luego se enderezó.

—Lozen, ayúdame... mis manos —hizo una pausa—. En una ocasión me llamaste pidiéndome ayuda. Pero yo no sabía que tú existías —calló e inspiró profundamente—. Ahora lo sé. Sé que has estado hablando conmigo desde entonces durante todos estos años. Yo...

Maggie esperó escuchar la voz tranquilizadora en su cabeza. Esperó a que su hermana calmara sus manos temblorosas. Pero nada de esto ocurrió.

Las mujeres estaban de pie bajo la luz vespertina cerca de la hoguera del campamento. Maggie enfocó a Lily con los binoculares y la examinó detenidamente. Nunca la había visto tan descuidada... ni tan bonita. Había perdido peso de su grácil anatomía y tenía los ojos hinchados, pero su delgadez, el cansancio y los moretones

solo realzaban su belleza.

Las manos de Maggie ahora temblaban tanto que la imagen de Lily botaba arriba y abajo en los binoculares. Estaba de pie, muy erguida, y sujetaba una pequeña muñeca en una mano. Debía de haber una niña en algún lugar. Maggie sonrió a pesar del dolor, sabiendo lo mucho que Lily amaba a los niños. Se aclaró la garganta.

¿Cómo podía hacerle daño? Era la hija de Brake. Sollozaba desconsoladamente. Habló con Lily durante mucho tiempo. Habló con ella como siempre lo había hecho cuando estaba enferma o tenía miedo. Le dijo lo mucho que significaba para ella. Poco a poco, fue despidiéndose de su hija... le dijo palabras que le desgarraron las entrañas como ninguna otra cosa antes en su vida. Ni después.

Maggie esperó a que las mujeres empezaran a comer, luego dijo adiós a Lily por última vez y amartilló el Sharps. Mientras apretaba el gatillo, la voz infantil sonó claramente en su cabeza; «No», fue todo lo que dijo. Pero fue suficiente.

—Ayúdame —suplicó Maggie, pero al tiempo que pronunciaba las palabras sintió que Lozen no podría ayudarla. Su hermana ya había hablado.

Entonces, repentinamente, Jones apareció allí... y se tumbó junto a ella. Maggie no podía creerlo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar la mirada de él al tiempo que se le humedecían los ojos y se le emborronaba la visión. Él estaba allí... contra todo pronóstico. Sin embargo, las posibilidades de que aquel viejo loco pudiera salvar a Lily eran casi nulas. Apoyó la culata del rifle contra su hombro y se mordió de nuevo el labio.

—Ama —carraspeó él, su voz sonó ronca.

—No hay otra opción.

Él sacudió la cabeza.

—¿Dónde está Dot? —preguntó ella examinando sus rasgos demacrados.

Jones hizo el signo de cabalgar.

—¿Me lo prometes?

Él asintió, volvió a observar el campamento y su cuerpo se tensó ante la visión de Kayitah.

Le dejó que llorara su muerte durante un rato y luego dijo:

—Ho-nes-co también ha muerto.

Maggie pudo ver los labios del anciano moviéndose y sus ojos parpadeando al crepúsculo. Bajó la mirada hacia el viejo rifle mientras agonizaba ante la duda de si podría disparar, y a continuación lo deslizó hacia él.

—Hazlo por mí. Por Lily.

El anciano cogió el arma y dirigió la mirada hacia Kayitah. Maggie le observó durante unos segundos y supo que no lo haría.

La torda se aproximó a paso lento al campamento indio, como si la mitad de aquel lugar le perteneciera; se paró junto al fuego mientras los apaches desenfundaban los rifles, ordenaban a las mujeres que se metieran en la cueva y luego corrían a cubierto. Ahora, el campamento estaba desierto.

Jones sonrió.

—Lo único que va a conseguir es echar a perder nuestra única oportunidad de acabar con esta locura para Lily —dijo Maggie furiosa.

Él no respondió.

—Les alertará y saldrán a buscar a su dueño.

Él sacudió la cabeza casi imperceptiblemente.

—No irán a creer que el animal ha llegado hasta aquí dándose un paseo de domingo desde Santa Fe —dijo Maggie; Jones no se movió.

—Lleva las cosas de Kayitah —las palabras brotaron roncadas en su garganta—. Creerán que es su caballo.

Maggie miró al campamento. Los indios examinaban la carga de la torda, que llevaba flechas y otros enseres. Pudo verlos señalando a Kayitah. Luego se pusieron a bailar y a reír mientras sujetaban algunas botellas en el aire.

—¿Por qué están tan contentos?

—Mescal.

Maggie giró la cabeza, observó con atónita admiración las duras facciones del anciano y la esperanza volvió a brotar en ella. Era un hombre asombroso... Había regresado de entre los muertos y seguía luchando. ¿Habría pasado a su cuerpo el poder vital de Kayitah? Los cristianos no creían en esas cosas, se dijo a sí misma, y luego cuestionó si era lo correcto. Cristo había insuflado el poder de Su espíritu omnipotente en el cadáver de Lázaro. Tembló, alargó el brazo y acarició el crucifijo que estaba sobre la roca frente a ella.

La cueva estaba a oscuras y la única luz provenía de los tenues rayos blancos de luna que se filtraban por la abertura de la entrada, y apenas permitía ver nada. Lily se puso tensa. Había escuchado unos pasos en la entrada. Contuvo la respiración, escuchando con atención y temblando. Creyó haber visto una sombra moviéndose.

¿Había vuelto el lisiado para golpearla de nuevo? Se aferró a la muñeca y sintió la acuciante necesidad de hacerse un ovillo o esconderse, pero sabía que no servía de nada. Luchó contra los temblores que la dominaban. Sicarios de Satán, así escuchó al párroco de Santa Fe referirse a los apaches en una ocasión. Demasiado espléndido... eran simplemente bestias. Nada más. Y el lisiado era el peor.

La había atacado tantas veces que ya había perdido la cuenta... La abofeteaba y golpeaba, y acababa cada ataque con un terrible estrangulamiento. Luchó por controlar sus emociones. Recordó que la última vez deseó que no parara. Ya no podía más. Tenía los ojos casi cerrados por la hinchazón y tenía sabor a sangre en la boca.

Ideó un plan simple mientras observaba la forma oscura moviéndose hacia ella. Le iba a matar y luego huiría. Si la atrapaban se quitaría la vida ella misma. Pero ¿podría? No lo sabía. Lo único que sabía era que ya no podía soportarlo más. Cerró los ojos hinchados, fingiendo dormir, y su mano buscó a tientas el cuchillo bajo la tierra suelta donde lo había escondido.

Podía escuchar su respiración; olía a alcohol y a sudor, y supo que estaba agachado directamente frente a ella. Solo vaciló un segundo, luego decidió que no iba a volver a pegarle nunca más; blandió el cuchillo dibujando un arco con el brazo y lo hundió con toda su fuerza en el costado de la sombra. Pero él lo advirtió y fue lo bastante rápido para repelerlo hacia abajo de manera que se le clavó en el muslo. Se estremeció por el impacto de la cuchillada, gimiendo para sus adentros. Lily sacó la hoja del cuchillo y ya lo estaba levantando desesperadamente sobre su hombro cuando vio el rostro de su abuelo crispado por el dolor.

El anciano le sujetó la muñeca.

—Niña. Déjalo. Ya ha acabado todo.

Jones apretó la boca y los ojos, luchando contra el punzante dolor y aplicando presión a la sangrienta herida en la pierna.

Lily solo podía mirarlo, su presencia le resultaba incomprensible. Había visto a su madre en el río, pero se imaginó que cabalgaba con una segunda patrulla. Nunca habría creído que aquel anciano acudiría.

Jamás en toda su vida. Estaba más allá de su comprensión.

Él alargó la mano y tocó suavemente la hinchazón alrededor de sus ojos.

—Ya estás a salvo, niña —susurró.

—Llévame a casa —sollozó Lily.

Jones hizo un signo de precaución con la mano.

—Lo haré. Di a esas mujeres que van a venirse con nosotros. No hagas ruido.

Lily no respondió, solo escudriñó los rasgos del anciano como si fuera el primer ser humano que hubiera visto.

—Lily.

Jones parecía mortalmente delgado y con las mejillas hundidas. Lily alargó una mano temblorosa hacia él.

—Abuelo, llévame a casa.

—Nos vamos a casa.

Se escuchó un ruido a sus espaldas y Jones se volvió cuando Maggie entró. Entonces Lily se lanzó a los brazos de su madre y Jones les tapó la boca a ambas con sus dos enormes manos para silenciarlas.

Más tarde aquella misma noche, el contorno de cada colina, el sendero, cada surco y cada roca estaban coloreados de gris por la fina luna que flotaba en el cielo claro, un cielo salpicado de delicadas nubes blancas y preñado de estrellas. Nada se movía, solo Jones y la hilera de mujeres. El anciano cojeaba bastante. Se escabullían en fila de a uno a través de la oscuridad hacia la boca del pequeño valle. Antes Jones había recuperado la torda y había robado los otros caballos, y los animales les esperaban a unos cientos de pies por el sendero.

Se colocó al lado de Maggie y le susurró:

—Haz que se monten en los caballos. Regresaré en un minuto.

Jones desató a Kayitah de las correas de cuero y lo tendió en el suelo. Estaba rígido y duro como un tronco quemado y Jones no pudo colocar las piernas y los brazos en su posición normal, de manera que parecía que estuviera cayendo del cielo. El cuerpo estaba tras una hilera de arbustos de romerillo oculto a los apaches, quienes yacían durmiendo la borrachera. Jones los examinó desde lejos. Idiotas. Los habría matado, pero el Cojo no estaba allí y no quería arriesgarse a que regresara.

El anciano se sentó junto a Kayitah y sostuvo su mano, mirando ciegamente hacia la oscuridad de la noche y viendo cosas en ella. Sonreía a través de las lágrimas.

—Yopon. Siente orgullo por tu hijo. Hizo todo lo que un hombre podía hacer. Dio su vida... por su familia.

»Kayitah... —Jones miraba hacia arriba, a una estrella brillante en el bajo cielo del sur—. ¿Recuerdas cuando te di esa estrella? Eras un niño. Dijiste que si morías antes que yo, irías a tu estrella y esperarías. Esperarías hasta que me reuniera contigo; esperarías para que no nos perdiéramos en el vasto cielo. Oh, hijo —hizo una pausa, incapaz de continuar; acarició la mano rígida de Kayitah—. Ve a tu estrella. Espérame allí. Llévate a tu madre, llévate a Lozen, a Eskim, a Ho-nes-co y a los otros, ve allí y espera. Iré a buscarte. He seguido tu rastro por muchos senderos. Deja tu rastro para mí. Márcame bien el camino, para que no te pierda en este último sendero.

Jones se balanceó hacia atrás sobre sus caderas.

—Te quiero, hijo. Di a tu madre, a tu hermana y a tus hermanos que también les quiero. Pronto estaré con ellos. Y, Kayitah, si ves a la mujer, Susan, o a mi hija Thelma, llévalas también a la estrella —vaciló un segundo—. Pero solo si desean ir.

—Ellas querrán ir —dijo Maggie en voz baja.

El anciano dio un respingo y la miró. Maggie se desató el pañuelo que llevaba al cuello. Lily estaba junto a ella con la muñeca en las manos y sus ojos amoratados casi cerrados. Pareció asustarse ante el cadáver. Sin embargo, hizo un esfuerzo por

sobreponerse y sujetó dos esquinas del pañuelo cuando Maggie se lo ofreció. Se movieron alrededor hasta que pudieron colocarlo sobre el rostro de Kayitah. Lily reunió unas cuantas piedras y las colocó en las esquinas del pañuelo para sujetarlo.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Jones—. ¿Que Susan y Thelma querrán venir?

Maggie se arrodilló, sacó el crucifijo del bolsillo y lo colocó en la arena junto al cuerpo de Kayitah. Lily los miró a los dos, a su madre y a su abuelo, luchando contra algo que sentía por dentro y que no lograba entender.

—No tengo ninguna duda.

El anciano pareció profundamente emocionado. Lily también se había arrodillado junto a Kayitah ahora. Levantó el borde del pañuelo con cuidado y bajó la mirada hacia el atractivo rostro.

—Dijo que era mi tío.

Jones miró a Maggie.

—Lo era —dijo Maggie—. Era bueno y valiente. Se preocupó por la familia.

Lily se dio la vuelta y miró a su madre con el rostro contraído por la emoción.

—Yo lo maté.

—Niña —susurró Jones; Lily le miró—. Dile que ahora ya sabes que es tu tío. Que le agradeces que intentara salvarte —Jones esperó unos segundos, serenándose—. Ese era mi hijo. Era apache. Creía en la familia. Le gustaría eso. La muerte ha hecho desaparecer la blancura de tu piel por él. Estáis realmente emparentados... estáis unidos por su muerte.

Maggie susurró unas oraciones por Kayitah, a continuación le tocó la mano y dijo:

—Adiós, hermano.

Luego se apartó hacia las sombras dejando a Lily a solas con el cuerpo. Jones volvió a examinar a los apaches junto a la hoguera y luego comenzó a buscar rastros en la tierra. Se agachó, se puso las gafas y examinó el terreno unas cuantas yardas. Maggie se aproximó y vio las pisadas de mocasín en la arena.

—El Cojo —dijo Jones—. El que asesinó a la niña en el río. El que te maldijo con una enfermedad espíritu. Ordenó el asesinato de Mannito en el rancho. Hizo lo mismo aquí con Kayitah. Intentó llevarse a Lily aquella noche de niebla.

Maggie no dijo nada.

Ahora estaba convencida de que su padre sabía con certeza todas aquellas cosas.

Después de que Lily se alejara del cuerpo de Kayitah, Maggie vio que había colocado la pequeña muñeca sobre el pecho de su tío. Jones se sentó solo durante un rato con su hijo. Luego dejaron al guerrero muerto en la quietud de la noche, avanzando rápidamente hacia los caballos y las mujeres. Jones comprobó las alforjas y luego sacó a la torda de la hilera de caballos, la montó y cabalgó junto a Maggie.

—Os alcanzaré. Sigue el sendero hasta que cruces el río. Luego dirígete hacia las montañas azules en dirección norte. Pase lo que pase, no te detengas.

Maggie se quedó quieta mirándolo mientras escudriñaba el rostro del anciano.

—Estás demasiado enfermo. Te matará. No te devolverá a Kayitah. Tenemos a Lily. Quédate con nosotras. Por favor —le suplicó.

—Debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Por Mannito. Y por mi hijo —observó su rostro unos segundos—. Y para que tú y tus hijos podáis estar seguros.

—Por favor, no lo hagas.

Giró la torda hacia la oscuridad y se apartó de ellas. Maggie y Lily lo miraron hasta que desapareció.

—¿Lo volveremos a ver? —preguntó Lily.

—No lo sé.

Maggie clavó los talones en su caballo y empezó a bajar el sendero.

Una comadreja se escabulló por la arena delante de ella mientras Maggie cabalgaba cruzando las aguas poco profundas del Río Grande, tirando de las riendas para que entrara e intentando recordar todo lo que su padre le había dicho que hiciera. Intentó orientarse hacia el norte y las montañas azules, pero no podía ver nada en la oscuridad. Se preguntó a qué distancia se encontraban. Se preguntó si los apaches habrían salido ya tras su rastro.

Dejó caer la mirada hacia la arena junto a su caballo reflexionando sobre Dot y el largo y peligroso viaje que debía afrontar para regresar al rancho. «Ten cuidado, niña», susurró. Luego levantó la mirada y vio al anciano saliendo de los arbustos de romerillo a unas cien yardas de la orilla. Sonrió. El anciano regresó lentamente, con la cabeza de la torda agachada. Había renunciado a la persecución. A Dios gracias.

Maggie lo miró cuando pasó a su lado.

—¿Lo encontraste? —preguntó nerviosamente.

—No —cabalgó unos segundos y luego dijo—: Él nos encontrará.

—No bromees.

Jones la miró dejando claro que no estaba bromeando. Continuaron avanzando en silencio durante un rato. Maggie intentó no pensar en el Cojo. Sus pensamientos estaban centrados en Dios. No había recibido una señal divina de ningún tipo, ninguna respuesta a sus plegarias. El anciano había salvado a Lily. Era así de simple. Y él lo había logrado por pura suerte, o... ¿O qué? ¿Podría haber algo más en sus extraños rituales, los extravagantes cantos, la pintura y el humo sagrado? ¿Qué significaban esos dioses para él? Examinó el cuello del viejo caballo que cabalgaba y solo supo que no sabía nada.

El cielo estaba comenzando a iluminarse con una fina línea de luz sobre el lejano horizonte. Habían estado trotando con brío durante las dos últimas horas y la pequeña torda resollaba al compás del movimiento.

—Necesitamos descansar —dijo Maggie—. Estas mujeres y los animales están a punto de desplomarse.

—No podemos —dijo Jones.

—¿Por qué?

No respondió.

—Nos están siguiendo... ¿verdad?

Jones asintió.

—No pueden atraparnos —sus palabras sonaron más a pregunta que a afirmación.

Jones detuvo a la torda y se orientó observando el horizonte nocturno, luego volvió a moverse con un trote rápido.

Maggie lo alcanzó.

—No pueden atraparnos. No podemos dejar que eso ocurra.

Jones cabalgaba hacia las primeras luces de la mañana como un hombre poseído mientras Chaco ladraba animando a la hilera de amazonas. Todos los caballos espumeaban babas blancas que caían alrededor de la boca y por los flancos. Maggie tenía claro que su padre había elegido cuidadosamente una sola ruta de escape y que estaba decidido a llegar allí. La torda avanzaba dando tumbos mientras trotaba al borde del colapso, luchando valientemente por el anciano.

Maggie volvió a ponerse a su paso. Chaco realizó un salto perfecto de la grupa de la torda al caballo de ella y de nuevo a la torda, solo para impresionar. La tierra estaba apelmazada y agrietada. Cactus y poco más. Los rayos del sol la acuchillaban.

—¿Nos persiguen?

Jones echó la cabeza hacia atrás en la dirección por la que habían venido.

Maggie se giró en la silla de montar y miró. Forzando su mirada, apenas podía distinguir al amanecer una fina columna de polvo que se elevaba del desierto a unas cinco millas tras ellos.

—¿Pueden alcanzarnos?

—Sí.

Cerca del mediodía Maggie vio el objeto de su incesante galopada: una enorme cordillera de montañas azules, brumosas y temblorosas en la abrasante lejanía. El anciano miró fijamente las escarpadas cumbres como si tuviera miedo de que desaparecieran si apartaba la vista de ellas. El caballo de una de las mujeres cayó vencido con un gemido y se desplomó sobre las rodillas. Con una sola mirada Maggie supo que el animal había muerto. Jones giró haciendo un gran círculo y tiró de la joven por la muñeca lanzándola hacia su espalda —Maggie estaba segura de que la pequeña torda se derrumbaría bajo aquel peso extra, pero simplemente se tambaleó y continuó avanzando—. Luego Jones se deslizó al suelo y comenzó a trotar con un paso largo y renqueante; de su herida manaba un líquido transparente que le caía por la pierna. Lily azuzó al alazán hasta ponerse junto al anciano.

—Sujétate —dijo, señalando el cuerno de su silla.

Sus ojos se cruzaron durante unos segundos, luego él asintió y se sujetó.

—Dirígete hacia aquel corte entre los dos picos altos —le dijo—. Cabalga en línea recta. Ellos irán en zigzag y nosotros no. De esa manera les ganaremos terreno.

Lily asintió.

Maggie cabalgaba al otro costado de Jones. Él tosía bastante. Ella comenzó a deslizarse desmontando de su caballo, pero él le indicó con la mano que volviera a montar.

—Mis zancadas son más largas. Tenemos que llegar a las colinas.

—Te vas a matar.

—Si no llegamos a las colinas, dará lo mismo —dijo con voz ronca.

—La torda no podrá aguantar mucho más —dijo Maggie.

—Llegará a las montañas. Me lo ha prometido.

Lily y Maggie intercambiaron miradas, pero no dijeron nada. Cabalgaron en silencio durante un largo rato, luego Maggie se giró y miró el perfil del rostro del anciano y dijo:

—¿Dónde está Dot? —preguntó con voz asustada.

Jones señaló hacia el noreste. Maggie se cubrió los ojos y miró en la dirección que Jones había señalado, como si pudiera ver a su hija. Sus pensamientos evocaron los cientos de millas de tierra baldía seca y desolada entre su hija pequeña y el rancho... y, por algún lugar, cabalgaba también el apache lisiado. Su corazón comenzó a latir con más fuerza. Luego Maggie pensó en la mula Alice y en el coraje de aquel animal y se sintió mejor. Si había alguien capaz de lograrlo... esas eran ellas dos.

El orgullo la transportó, apartando brevemente el miedo de su mente. Sus hijas eran fuertes, como su abuela. Maggie vaciló. Como YoPON y Lozen. Mirando fugazmente el rostro amoratado de Lily, Maggie por primera vez se atrevió a creer que lograrían llegar a casa. Que lograrían estar juntos otra vez como una familia.

Miró hacia atrás. La columna de polvo era más grande. Los apaches recortaban la distancia rápidamente.

—Rápido —dijo Maggie espoleando su caballo y avanzando al galope.

—No —aulló Jones—. Estos animales se derrumbarán si los fuerzas a correr. Tenemos que recorrer la distancia a un ritmo constante.

El anciano jadeaba respirando agitadamente.

—¡Pero nos están alcanzando!

Jones no respondió. Lily cabalgaba con los ojos clavados en la muesca entre las colinas azules, examinando a su abuelo de reojo, preguntándose cómo iba a desenmarañar toda la madeja de pensamientos que le rondaban la cabeza. Quería decir algo a aquel hombre, pero no encontraba las palabras.

—¡Nos están interceptando! —gritó Maggie, señalando a la derecha, hacia otra columna de polvo más pequeña—. ¿Cómo lo han hecho?

El anciano simplemente sacudió la cabeza y continuó trotando. Nada parecía capaz de apartarlo de su intensa atención en las montañas azules. Una bandada de tórtolas de cola larga salió huyendo con gran revuelo bajo los cascos del alazán de Lily haciendo que el caballo reculara y que Jones se tropezara y fuera arrastrado. Lily agarró el brazo del anciano y le ayudó a retomar el paso, y los ojos de este jamás dejaron de mirar la lejana hilera de colinas.

La columna de polvo a su derecha continuó acercándose, hasta que unos veinte minutos más tarde Jones paró la marcha, se acercó a la torda y desenfundó su Sharps. Maggie desenfundó el suyo y pasó a Lily una pistola. Luego el polvo desapareció y supieron que quienquiera que los estuviera persiguiendo había dejado de galopar y

ahora se aproximaba al paso hacia ellos.

Había un arroyo de un tamaño considerable no muy lejos y Jones se deslizó cuidadosamente allí con una agilidad que contrastaba con sus años y su salud. Maggie examinó el horizonte tras ellos; pudo distinguir puntos negros bajo una nube tostada. Unos minutos más tarde, escuchó unas ramas partiéndose y giró la cabeza otra vez cuando Jones reapareció por el borde de la hondonada, seguido al trote por Alice y Dot.

Jones solo les permitió un minuto para que se abrazaran, Dot se reía y bailaba loca de alegría con su hermana y Maggie sonreía y reprimía las lágrimas. Dot corrió hacia su abuelo y le lanzó los brazos a los hombros y ambos cayeron.

—¡Lo hemos logrado! —gritó Dot.

El anciano mostró su sonrisa de diente de oro. A continuación prosiguieron su frenética galopada.

Horas más tarde sujetaron con fuerza las riendas a los pies de la montaña azul. Maggie podía distinguir ahora a los jinetes que les perseguían, y los colores de los caballos que cabalgaban, cuando Jones las condujo ladera arriba por la boca amplia de un desfiladero rocoso. El pánico iba apoderándose de ella hasta que sintió que le presionaba los pulmones obligándola a jadear para respirar. El resto de las mujeres parecían muertas de miedo también. Solo Jones parecía calmado, aparentemente aliviado por haber logrado llegar a las escarpadas paredes de piedra de las colinas.

Unos precipicios de granito —riscos afilados tallados por los vientos aullantes, finos salientes y elevadas cumbres— se alzaban inhóspitos y despiadados. Maggie no podía entender por qué el anciano se sentía bien. Parecía la peor elección, un lugar para quedar simplemente atrapados. Pero el anciano continuó tropezándose y avanzando como si allí estuviera la mismísima salvación. Había dejado a Lily y estaba trotando por un sendero rocoso mientras la hilera de amazonas se esforzaba por seguirle, llorando y preocupadas por los apaches que estaban a sus espaldas.

El sol comenzaba a descender hacia la tierra, el cielo se tornaba amarillo y los cañones y rocas se tintaban de azul profundo. Los apaches ahora habían desmontado de sus caballos y escalaban tras ellos, a tan solo quinientas o seiscientas yardas. De vez en cuando lanzaban un disparo en su dirección, pero se encontraban fuera de alcance y conservaron su munición. Pronto todo habría acabado, pensó Maggie aterrada.

Observó la delgada anatomía de su padre conduciéndolas sin desfallecer hacia delante, aparentemente con unas reservas físicas ilimitadas. Era asombroso: un hombre al borde de la muerte... ahora la desafiaba magníficamente. El sendero escarpado se estrechaba, amenazando con acabarse al chocar con la cara abrupta de una gigantesca pared de piedra, y la empalizada se disparaba en terraplenes vertiginosamente verticales que ascendían unos seiscientos pies de altura. ¿Adónde

las conduciría ahora?, se preguntó Maggie. ¿O es que al final se había equivocado y las llevaba inconscientemente a una trampa mortal? Jones continuó avanzando lentamente. No había alternativa. Solo una. Y ella la usaría si se veía obligada a hacerlo. Esos apaches no iban a capturarla a ella ni a ninguna de sus hijas. Al menos, no vivas.

Maggie estaba a punto de derrumbarse por el miedo y la fatiga, cuando comprendió por qué Jones las había conducido hasta aquel lugar. Algo se le trabó en la garganta. Jones lo había logrado. Lo había logrado otra vez. Estaba ahí cuando más lo necesitaba.

A las sombras de la pared de piedra había una grieta tan estrecha que los caballos solo podían pasar si les empujaban y sin jinete, uno a uno. Al otro lado del estrecho paso el sendero volvía a ensancharse formando un efecto de reloj de arena. Era el lugar perfecto para repelerlos... Las colinas circundantes, abruptas y desafiantes, eran demasiado escarpadas para ser escaladas. Maggie no podía apartar la mirada de aquel fiero rostro viejo mientras el anciano se afanaba colando los animales por el estrecho paso.

Alice había sido uno de los primero animales en pasar por la grieta de piedra y ahora rebuznaba violentamente. Maggie la miró y supo inmediatamente que algo iba mal; la joven mula se abrió paso a empujones en dirección contraria intentando cruzar de nuevo la grieta, causando el caos en la recua de animales. Jones agarró las riendas de la mula, la giró y la empujó con fuerza por la grupa. La mula tembló, pero no se resistió... simplemente giró la cabeza mirando por encima de Jones hacia el sendero a sus espaldas. Todos se giraron y vieron el motivo.

La vieja torda se había derrumbado sobre las piedras más abajo en el sendero y la mujer que lo cabalgaba saltó de ella y pasó sana y salva a través de la grieta. Jones se dirigió hacia el animal.

—¡No! —gritó Maggie.

Su padre la ignoró y se lanzó cuesta abajo arrodillándose frente al viejo animal. Tenía la lengua fuera y parecía muerta. Maggie lo siguió agachada y con el rifle en las manos, examinando las rocas en busca de apaches. Entonces Dot pasó junto a ella bajando por el sendero y se acuclilló junto a su abuelo. Intentaba convencer a la vieja yegua y le suplicaba que se pusiera en pie.

—¡Por favor! —suplicó Dot.

—Dotty, regresa atrás —dijo Maggie.

Las balas comenzaron a silbar en el aire. Maggie vio una explosión de polvo en el sendero cerca del caballo y corrió hacia delante, cayendo sobre sus rodillas y encima de su hija al tiempo que examinaba las rocas hasta que vio movimiento. Se colocó el rifle contra el hombro y disparó. Entonces Lily corrió sendero abajo y se agachó junto a la vieja yegua, empujando su grupa con fuerza. Dot se unió a ella mientras Jones tiraba de la cabeza del animal. La torda gruñía.

Maggie amartilló el rifle y se lo colocó en el hombro al ver un apache moverse

sobre las rocas a unas doscientas yardas ladera abajo. El disparo detonó con fuerza en el silencioso aire de montaña. Aunque no le había dado, la bala pasó cerca y el apache se tiró hacia atrás fuera de su rango de visión.

—¡Rápido! —les gritó Maggie por encima del hombro.

—¡Vamos, caballo! —gritó Lily frenéticamente—. Levántate.

Jones hablaba en voz baja a la torda en apache. A continuación, el resto de mujeres se les unieron y pronto el grupo completo levantó a la yegua y a trompicones la introdujeron por la grieta. El animal intentó apoyarse en las rodillas otra vez, pero el grupo la sujetó en el aire. Finalmente atravesó el estrecho paso y Maggie disparó a ciegas y corrió. Jones permaneció en el cuello del sendero con su Sharps hasta que su hija estuvo a salvo en el otro lado; luego él y Dot y Lily empujaron desde la ladera una enorme piedra que les llegaba hasta la cintura y la colocaron en el hueco para que les sirviera de barrera en la parte más estrecha. Maggie condujo a las mujeres y a Dot sendero arriba, reuniendo y poniendo los caballos a resguardo para que no les alcanzara alguna bala perdida.

Jones miró a Lily. Estaba de pie junto a él, mirando ciegamente a través de la estrecha grieta en las rocas. No la había visto realmente con suficiente luz desde su estancia en el rancho, y allí había ido siempre tan vestida que no se había dado cuenta antes. Ahora, incluso con los ojos hinchados, estaba asombrado de lo mucho que se parecía a Susan, hasta qué punto poseía la belleza casi mágica de su abuela. Y también su maravilloso espíritu de lucha.

Puede que a aquella joven mujer le gustaran las cosas elegantes en la vida, pensó, pero siempre sería capaz de valerse por sí misma. La admiraba por ello. La hermana pequeña poseía esas mismas cualidades. Y también Maggie. Susan engendró un linaje de mujeres guerreras. Se sonrió.

—Gracias por ayudar a la torda —dijo.

La noche caía rápidamente sobre las colinas.

Lily lo miraba atentamente y parecía querer decirle algo, pero no lo hizo. Él le pasó el Sharps y se arrodilló junto a la vieja yegua y acarició su cuello durante un largo rato, hablándole otra vez sobre su vida y todas las hazañas heroicas que había logrado. La vieja yegua parecía totalmente consumida. Le habló de las enormes praderas barridas por el viento al final del último sendero. Hizo el sonido de un sabanero, pues sabía que a ella le gustaba ese sonido. Luego Dot llegó corriendo e intentó darle agua de su sombrero.

—Gracias, niña, pero no sirve de nada. Se está muriendo.

Dot comenzó a sacudir la cabeza con fuerza. Alice se había acercado y permaneció con la nariz pegada a la vieja yegua; el suave aliento de la mula agitaba suavemente el pelaje gris.

—¿Por qué se tiene que morir ahora?

—Es el momento adecuado. Hoy ha hecho una gran cosa. Ella lo sabe y está orgullosa. Solo las montañas viven para siempre.

—No. No es el momento. Nunca es el momento adecuado.

Dot se inclinó hacia delante y enterró la cara en el lomo de la yegua.

—Niña, no la molestes. Déjala marchar en paz y gloria, orgullosa de lo que ha hecho. Ha sufrido por eso; debes honrarla ahora con dignidad. Ella nos ha dado todo lo que había dentro de su corazón.

Jones comenzó a cantar en voz baja.

Chaco se arrimó y saltó sobre la grupa de la torda como si fuera a insuflarle vida. Pero la vieja yegua se sacudió una vez, y luego murió. Alice le clavó el hocico con más fuerza.

—Oooh, mamá —lloró Dot.

—Piensa en el camino que hemos recorrido juntos —le dijo el anciano—. Recuérdalo siempre y ella vivirá.

Sacudió su pequeña carraca sobre el caballo.

Maggie desató la silla de la torda y la apartó, y a continuación cubrió la cabeza del animal con la manta. El anciano acercó a Dot hacia sí y se sentó con ella, señalando la brillante estrella del sur. Tosía mucho y Dot pensó durante unos segundos que su abuelo iba a perder la consciencia. Pero luego paró y recobró el aliento.

—Ella y Ho-nes-co, y los otros nos esperarán allí —dijo señalando al cielo—. Todos nosotros nos reuniremos allí.

—¿Mamá y todos los demás?

—Todos. Somos familia.

—¿Pero cómo la encontraremos?

—Kayitah marcará la ruta. Lo sabrás.

Tanto Maggie como Lily miraban fijamente la reluciente estrella, pensando diferentes cosas. Luego Maggie se agachó junto a la torda y posó la mano sobre el lomo de la yegua, pensando que nunca habrían logrado llegar hasta Lily sin su gran coraje. Había llevado al anciano a través de cientos de millas, eso le rompió el corazón. La pequeña poni, Kayitah y su padre le habían devuelto a su Lily.

Maggie se inclinó cerca de la cabeza bajo la manta.

—Gracias —susurró.

Maggie ayudó a Dot a levantarse y caminó con ella hacia la hoguera que habían encendido las mujeres y donde estaban cocinando algo de comida. Había un orificio de drenaje con agua limpia cerca y Dot fue allí y dio un largo trago. Después se sentó mirando el cielo nocturno, a la estrella en el cielo del sur. Maggie la observó durante un rato antes de girarse de nuevo hacia la vieja yegua y Jones. El anciano hacía trenzas con la crin de la yegua y ataba plumas y cuentas de colores en ella. Lily se había sentado junto a él y hacía lo mismo. Ver a ambos juntos, a su padre y su hija mayor, le produjo a Maggie la maravillosa sensación de que el cielo finalmente derramaba su dulce luz sobre ella.

Más tarde, los apaches comenzaron a gritar y burlarse ladera abajo. Jones recogió

el Sharps y observó por encima de las rocas. Lily se le unió. Incluso en la lejanía, Maggie podía sentir el miedo en su hija. Jones debió de sentirlo también y le pasó un arma. Ella la tomó reticente, y Maggie pudo ver al viejo gigante hablando con su nieta... hablándole como solía hablarle a ella mucho tiempo atrás; se dejó llevar por un maravilloso y cálido sentimiento de plenitud familiar y de lazos de sangre.

Lily disparó la enorme arma dando un respingo hacia atrás por el impacto del fuerte retroceso. Jones se rio. La risa pareció romper las últimas reticencias de Maggie. Lily recargó, apuntó y disparó otra vez. Ahora los dos reían.

Los apaches estaban en silencio. No atacarían de noche, pero Maggie sabía que tampoco se irían. Eran como lobos persiguiendo a una bestia herida. Seguirían apostados en el sendero hasta derrotarles. Maggie pensó en el Cojo y le recorrió un escalofrío.

Después de que anoheciera y que la luna iluminara el cielo, y los sonidos de la noche se hubieran afianzado, Maggie se acercó al anciano y se sentó a su lado. Este miraba a la yegua muerta, con Chaco en el regazo y Alice en pie junto a él. El perro le gruñó. Jones chasqueó los dedos suavemente y Chaco paró. No hablaron durante un rato. Maggie observó un cucarachero de cactus en una cholla cercana. El pajarillo estaba preparándose para pernoctar, moviéndose lentamente y con determinación entre las ramas espinosas; su *chug, chug* rompía el silencio.

Lily y Dot estaban sentadas muy juntas cerca de las brasas encendidas del fuego, hablando en voz baja. Era una visión tan hermosa, pensó Maggie. Dot se reía en el frío aire de la noche; su sueño se había hecho realidad... contra todo pronóstico. Se había hecho realidad gracias a su abuelo. Maggie observó el rostro de su padre. Parecía una máscara mortuoria. Él había estado ahí realmente cuando lo necesitó. Mientras escuchaba su dificultosa respiración, pensó que ahora sabía por qué los apaches le llamaban Fielito. Se lo merecía. Había luchado por permanecer con vida el tiempo suficiente para salvar a su nieta. No, eso no había sido todo, Maggie lo sabía. Había luchado también para aproximarse a ella. Maggie contempló la noche estrellada durante un rato y pensó en Brake, en Kayitah, en Ho-nes-co y en Mannito.

Cuando volvió a mirar al anciano, él articulaba algo silenciosamente a la noche. Esperó a que acabara y luego dijo:

—Dime.

—¿Que te diga qué? —dijo Jones tras aclararse la garganta.

—¿Por qué me dejaste?

Jones se quedó sin palabras durante un rato. Un urogallo cantó desde algún lugar del cañón. El aire estaba frío. Se ladeó en la arena sobre el dolor que horadaba su pecho.

—No lo hice —hizo una pausa—. Simplemente regresé con ellos.

Maggie escuchó el viento en las montañas, esperando a que él dijera algo más.

—De joven comerciaba con las tribus, con los lakota sioux, los crow, los paiutes, los cheyenne, viví con ellos antes de que comenzaran a odiar a los blancos. Aprendí sus lenguas y costumbres —reflexionó unos segundos, luego se movió de nuevo sobre la arena, intentando evitar el dolor implacable—. Quizás permanecí con ellos demasiado tiempo. Se convirtieron más en mi gente que los blancos. Creía en lo que me enseñaban. Obtuve cosas importantes, para mí, de cada uno de ellos —alargó una mano y acarició el lomo del perrillo—. Yo las pongo juntas y con ellas creo lo que yo llamo mi «religión personal» —Jones le sonrió.

Se escuchó un ruido en las rocas por encima de ellos, miraron y vieron los grandes ojos somnolientos de un rintel mirando hacia abajo. Jones sonrió.

—Que se te dé bien la caza, hermano —dijo en voz baja, y el pequeño mapache con el rostro soñador se alejó—. Viajé al sur en 1838 para comerciar con los navajos y los zuni, y establecí un puesto fronterizo en territorio mexicano. Comercié mucho con ellos. Los negocios iban bien. Entonces, un día, una cuadrilla de apaches de las White Mountains vino a comerciar y la vi. Veinte años, ya mayor para ser una apache soltera. Era hermosa.

—¿Yopon?

Jones asintió.

—Era una mujer inteligente y digna y se resistió a mis torpes intentos de cortejarla durante mucho tiempo —dejó de hablar, miró a Maggie y acarició su cabello suavemente con su enorme mano; ella cerró los ojos—. Pero yo estaba enamorado de ella. Desesperadamente enamorado. Cuando la cuadrilla se marchó, vendí mi parte del puesto a mi socio y me fui con ellos. Al principio no me aceptaron. Los jóvenes se peleaban conmigo individualmente y luego en grupos para intentar que yo saliera corriendo —sonrió, recordándolo—. Supongo que aguanté más que ellos y finalmente se cansaron de pelearse conmigo.

—¿Por qué no te mataron?

—En aquellos tiempos los apaches trataban a los blancos bastante bien. Era a los mexicanos a quienes odiaban —hizo una pausa—. Más tarde, comenzaron a odiar a los blancos.

Jones se quedó en silencio, Maggie dijo:

—¿Qué ocurrió?

—Algo mágico.

Empezó a toser con fuerza con los ojos llorosos por el dolor.

—¿Qué fue?

—Yopon se enamoró de mí —dijo con su sonrisa de diente de oro y conteniendo la respiración—. Nos casamos —se secó los ojos con el talón de la mano—. Tuvimos dos hijos.

—Eskim y Lozen.

—No. Dos chicos. Nolo e Ishpia.

—¿Dónde están?

—Los dos están muertos. Cuando eran pequeños, los mexicanos iniciaron una campaña para expulsar de sus tierras del norte a los apaches. Al mismo tiempo, los norteamericanos transitaban por estas tierras, en busca de oro y plata, matando indios —hizo una pausa y bajó la mirada al suelo—. Después de un ataque en nuestra ranchería por mexicanos, intenté convencer a YoPON de que se viniera conmigo y con los niños para vivir entre blancos.

Dejó de hablar y sonrió; Maggie le miró a los ojos y no pudo evitar sonreír al ver la extraña sonrisa que se dibujó en el feroz rostro del anciano.

—¿Qué te hace gracia? —le preguntó ella.

—Solo que siempre he estado rodeado de mujeres fuertes.

Ella le examinó unos segundos y luego dijo:

—Tú las elegiste.

Él no le respondió y se miró las manos mientras recordaba cosas del pasado. Su rostro comenzó a ensombrecerse con oscuros pensamientos. Ella esperó.

—YoPON no estaba dispuesta a irse. Temía lo que los blancos pudieran hacer con sus hijos —hizo una pausa—. Las cosas empeoraron. Había matanzas por todas partes. En ambos bandos. No podíamos ser vistos en territorio mexicano sin que nos disparasen. Nos convertimos en el búho y el coyote, en criaturas de la noche. Luego ocurrió lo que había temido: a nuestro hijo mayor, Nolo, le asesinaron unos mexicanos. Sin embargo, YoPON seguía negándose a marcharse. Y algo en el mundo cambió para mí con la muerte de Nolo. Dejé de preocuparme por las cosas de la vida.

»Fue como si yo, también, hubiera muerto. Podía viajar por la tierra pero mi espíritu no me acompañaba... se quedaba atrás, junto al niño. Si relajaba mi mente, él aparecía en mis pensamientos. No podía escaparme de aquel hijo al que amaba y que ya no estaba. Comencé a beber. Pero el alcohol no evitó que siguiera soñando con el cuerpo de Nolo bajo tierra, que recordara cómo había sido y las cosas que le habían gustado. Su voz... —las palabras se apagaron en la oscuridad—. En una de mis borracheras, me pareció oírlo llorar y cabalgué hasta su tumba y lo desenterré. Y ahora no puedo recordar cómo era su rostro... solo aquel terrible rostro de muerte que vi en la tierra.

Jones se puso de pie con dificultad, pareció sacudirse los recuerdos y fue a comprobar el sendero, permaneciendo bajo las sombras durante un buen rato antes de regresar donde ella le esperaba. Se sentó bruscamente, respirando con cortas bocanadas.

—Algo se rompió en mi cabeza. El mescal era mi única paz. Entonces, un día fui capturado por una patrulla americana en un abrevadero con dos apaches y me encerraron en una prisión de Arizona durante dos años. Cuando por fin salí en libertad, busqué a YoPON y al niño durante más de un año.

Dejó de hablar y reflexionó unos segundos. Luego le miró a los ojos como si acabara de recordar que ella estaba sentada a su lado.

—Otros apaches me contaron que las bandas de las White Mountains habían sido

aniquiladas o encerradas en reservas. Pasé otro año buscando en los campamentos. Pero nada. Intenté quemar mis recuerdos de ellos con whisky. No podía vivir por más tiempo en estas tierras y me dirigí al este, a St. Louis, y compré nuestra granja.

Se sentó y observó la tierra durante un largo rato. Luego se volvió y la miró.

—Tu madre vivía a unas cuantas millas. Yo bebía más.

Escuchó un búho ululando en la oscuridad y se tensó ligeramente. Luego el ave calló.

—Pensé que había dejado atrás mis recuerdos de Yopon e Ishpia. Pero no era así. En una ocasión, un año después de conocer a Susan, volví a buscarlos. Debía saber si seguían con vida. De nuevo, los apaches con los que hablé me dijeron que todos los White Mountains habían sido asesinados. Regresé a la granja creyendo que finalmente habían muerto.

—Y tú y madre os casasteis.

—Sí —dejó de hablar y miró a Maggie—. Debes saberlo: nunca dejé de amar a Yopon —reflexionó un segundo—. Las amaba a las dos. ¿Puedes entender eso?

Maggie lo pensó unos instantes y dijo:

—Sí.

Chaco saltó sobre el regazo del anciano. Maggie removió la tierra con una rama.

Jones examinó el rostro de su hija durante un rato, maravillándose por el amor, su asombrosa vulnerabilidad y su pétrea perdurabilidad. El dolor desplegó sus oscuras alas sobre él. Jones esperó hasta que pasó y luego dijo:

—Tú naciste. Los años pasaron. Entonces un día recibí una carta de mi viejo socio en la que me contaba que las cosas se les estaban poniendo feas a los apaches. Que había visto a Yopon y a Ishpia en el puesto. Que Ishpia estaba enfermo. Que las rancherías estaban destrozadas, sin alimentos y asaltadas constantemente por mexicanos y blancos en busca de cabelleras.

Se aclaró la garganta y contempló las estrellas.

—Yo había estado leyendo para ti en tu habitación. Te quedaste dormida y saqué la carta de mi bolsillo, donde la había llevado sin abrir durante toda una semana. Sabía que era de mi antiguo socio y no había querido revisar de nuevo aquellos recuerdos dolorosos —se removió en el suelo—. Tras leer la carta, no podía dejar de mirar tu cara. Me quedé sentado allí toda la noche junto a tu cama. Simplemente, mirándote —se calló y tosió con fuerza durante un rato—. Te amaba. Amaba a tu madre.

Volvió a moverse con gran dificultad.

—La vida nunca debería poner a un hombre ante ese dilema. Amor contra amor. Nunca —susurró.

La miró a los ojos.

—Pensé que Susan se volvería a casar... y que vosotras dos tendríais una vida nueva.

Dejó de hablar durante un rato.

—Ama. Me fui porque ellos luchaban por sobrevivir.

Maggie golpeó la arena con la rama otra vez.

—¿Qué ocurrió con Ishpia?

—Nunca lo supimos. Un día salió a cazar y nunca regresó.

Maggie se hizo un ovillo con los brazos alrededor de su cuerpo y rezó una oración por aquellos hermanos muertos que no sabía que existieran hasta aquella misma noche. El anciano la miraba.

—Te amé. Cada día de mi vida. Aunque no creas nada más, cree en eso.

Maggie no habló. Miró el hocico de la yegua muerta y pensó en ese hombre y sus esposas e hijos. Todos habían muerto excepto ella. Ahora, al mirar su rostro y sus manos, supo por qué estaban tan estropeados. Había luchado por todas sus esposas y sus hijos, de distintas maneras.

Cuando le miró, las lágrimas brotaban en sus ojos y dijo:

—Papá... tengo frío. ¿Me abrazas?

Samuel Jones emitía un extraño sonido en la garganta cuando estiró los brazos y envolvió con ellos a su hija. Se quedaron así sentados durante horas, sin hablar. Maggie apoyaba suavemente la cabeza sobre el pecho del anciano, escuchando los latidos de su corazón, empapándose de aquello que había deseado desde la noche de tanto tiempo atrás. Luego se quedó dormida.

En esta ocasión, cuando la voz añorada de sus sueños habló, ella sonrió. Lozen la llevaba a algún lugar. Maggie reconoció su antigua granja. Saltaron por encima del vallado del prado, corrieron y rieron hasta llegar a la cima de la colina que se alzaba detrás del establo. Era un día soleado y hacía calor y el cielo brillante estaba lleno de finas nubes pasajeras. Maggie y Lozen estaban unidas con los brazos por sus cinturas. Luego Lozen se paró, se soltó y se dio la vuelta. Maggie miró su rostro durante unos segundos. Su hermanastra sonreía y Maggie siguió su mirada abajo hacia la pradera.

Durante unos instantes no pudo creer lo que veía. Estaban juntas. Andando por el campo y cogidas de la mano. No había ira ni dolor. Solo risas y palabras. Luego Lozen bajó corriendo por la colina hacia ellas y Maggie de repente se sintió inundada de felicidad.

Al mirarlas —a su madre y a Yopon— cogidas de la mano y andando juntas, y hablando en aquella verde pradera, algo que había estado doliéndole la mayor parte de su vida se sanó. Maggie no podía apartar la mirada de ellas. Parecían tan felices juntas. Ahora supo que ninguna de ellas hizo daño a la otra. No había celos... ni dolor. No eran esa clase de mujeres.

Compartían algo bello y secreto. Algo maravilloso y misterioso en esta vida: su amor por el mismo hombre. Las unía para la eternidad. Hijos perdidos, dolor y amor. También compartían esas cosas.

Maggie se despertó sintiéndose parte de todo ello.

Su padre le sonreía.

—¿Tienes algo de Yopon? —preguntó.

—Sí.

—Me gustaría tener algo de ella.

Jones examinó su rostro durante un largo rato, incapaz de hablar. Luego asintió y rebuscó en su alforja, y finalmente sacó un marco pequeño de madera con un cierre de bronce. Lo abrió. Dentro había un mechón de pelo negro y dos fotografías. Maggie miró las fotografías. Era la misma mujer que había visto con su madre en el sueño. Yopon. Tan bella y delicada como le había dicho el alguacil. La sonrisa de ella provocó su sonrisa.

Jones se aclaró la garganta.

—Toma esto —dijo sacando una de las fotografías.

—No.

—Por favor. Ella querría que la tuvieras —examinó la fotografía durante unos segundos y luego se la pasó a Maggie—. Os hubierais gustado.

Maggie acunó la pequeña fotografía en sus manos, luego se levantó lentamente y se alejó hacia la hoguera. Cuando regresó, sostenía el marco de plata que Jones le había dado el día que se fue del rancho. Lo abrió y miró la vieja fotografía de ellos tres y luego deslizó dentro la fotografía de Yopon en el cristal vacío opuesto.

Jones rozó con las yemas de los dedos el mechón de pelo.

—Esto también —dijo, pasándole la mitad de los cabellos.

Maggie los sostuvo en la palma de la mano, tocándolos suavemente.

—Tenía el pelo suave.

—No es de Yopon.

—¿De quién es entonces?

—De Lozen.

Las manos de Maggie temblaban mientras acariciaba el suave pelo negro de aquella niña pequeña que había conocido solo en sueños. Lo sostuvo durante unos instantes y luego lo colocó entre las fotos y cerró el marco.

Después de recobrar la calma, se volvió, miró al anciano y dijo:

—Había comenzado a creer que tenías razón.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de que Dios no respondiera mis oraciones —hizo una pausa—. Pero sí lo hizo.

—¿Cómo?

—Te envió a ti.

El anciano la miró con la sonrisa de diente de oro.

—No te rindes nunca.

Maggie le devolvió la sonrisa durante un segundo, luego su expresión se tornó seria.

—Temo por tu alma.

—No lo hagas —respondió Jones sacudiendo la cabeza suavemente.

Maggie se recostó sobre su pecho y cerró los ojos.

Jones estaba acuclillado en la oscuridad sobre la ancha repisa de granito que sobresalía del precipicio. Avanzó unos pasos y miró hacia el oscuro abismo. Habría unos setecientos pies de caída. Respiró profundamente y escuchó los sonidos de la noche sin estar seguro de qué impulsos le habían llevado hasta allí; solo sabía que era el lugar donde el Cojo y él se encontrarían. ¿El destino? No lo sabía. No importaba. Lo único importante era que él destruyera a aquel pesh-chidin. Si fracasaba, nada importaría.

Jones solo llevaba su taparrabos, el hacha de guerra y el cuchillo en su funda adornada con cuentas. Las pistolas no servían. No contra los pesh-chidin. Estos debían ser derrotados según las viejas costumbres. De lo contrario, la gente de Jones —Yopon, Susan, Ama, Kayitah, Thelma y los otros— se perderían. Se perderían para toda la eternidad.

Se ajustó las pequeñas gafas temblando en el frío aire e inspiró profundamente, ignorando el penetrante dolor en sus pulmones y escuchando una vez más la noche. Jones había invocado su poder, pero lo sentía débil. Sin embargo, algo le había guiado a aquel lugar solitario.

Aguzó el oído al detectar un leve sonido. Se puso alerta. Había algo o alguien cerca de él. Podía sentir su presencia. Se giró lentamente en un pequeño círculo sujetando con más fuerza el mango del hacha. No había nada más que oscuridad.

Un búho ululó y Jones creyó detectar a alguien en el sonido, un intruso. Luego el mosquito que había estado volando a su alrededor, buscando en vano un lugar sin ungüento en su piel, voló hacia su nueva presa... y entonces Jones supo con certeza que el ser humano estaba cerca en la oscuridad.

Lo vio por el rabillo del ojo; una sombra corpulenta que se movía con un extraño paso tambaleante y más rápido de lo que hubiera imaginado. Jones se giró demasiado tarde: el garrote con cabeza de piedra impactó contra su clavícula haciéndolo caer de rodillas. El dolor se expandió desde el cuello y dejó caer el hacha; sentía su brazo derecho repentinamente pesado e inservible. Se tambaleó en el aire, luchando por permanecer erecto y consciente.

Por alguna razón, quizás simplemente por saborear su victoria, el ser humano no acabó con él, sino que se retiró tambaleante hacia atrás unos cuantos pasos y se quedó mirándolo. Jones fue consciente de una sensación de ligereza y supo que estaba desmayándose. Parpadeó para despertarse.

El Cojo lo observaba por debajo de una capucha negra; era un hombre mucho más pesado de lo que Jones había imaginado, enorme desde su grotesca cabeza hasta su ancha cintura. Desproporcionado y monstruoso. Fuerte como un toro. Jones sintió que le recorría un escalofrío: fue consciente de que sería bastante improbable que

pudiera derrotar a aquella siniestra criatura.

Como Jones, solo llevaba un garrote y un cuchillo. De su rostro, solo los ojos eran visibles, y estos se movían rápidamente tras las pequeñas ranuras de la capucha. Mannito y Kayitah habían mirado aquellos ojos. Habían visto el reflejo de sus días en ellos.

Jones permaneció en calma. Intentó mover el brazo derecho. No obtuvo respuesta. Vio que los ojos del apache se movían hacia el flácido balanceo de su brazo inerte mientras intentaba moverlo.

Sabiendo que podía jugar un rato con él, el apache se apartó a un lado y, describiendo lentamente un círculo con su renqueante paso, se colocó junto al brazo inservible y forzó a Jones a girarse sobre sus rodillas hacia él. Ninguno habló. No era necesario. Ambos sabían por qué habían ido allí y lo que debían hacer. Era un ritual tan antiguo como el Pueblo. Se estiró irguiéndose un poco más y recogió su hacha con la mano izquierda. No se rendiría. Si el destino lo permitía... entonces, lo que pasara ya habría sido escrito en los vientos y en la arena y las piedras. Nada lo cambiaría. Y él debía cumplir con su parte.

De repente, Jones comenzó a retorcerse con convulsiones, tosiendo sin control. Las gafas se le cayeron de la cara. El ataque de tos no cesaba. Se desplomó apoyándose sobre las manos y rodillas y volvió a dejar caer el hacha. El apache avanzó. Luego, cuando el guerrero estuvo directamente frente a él, la tos de Jones paró tan abruptamente como había empezado, el anciano pivotó con fuerza sobre su mano izquierda y lanzó una de sus largas piernas. La violenta patada alcanzó al guerrero en el costado de su pierna buena, empujándolo descontrolado sobre el granito y hacia el barranco.

Jones agarró el hacha y rodó hacia las sombras más oscuras. Esperó, respirando con fuerza y escudriñando la noche. El saliente estaba vacío. Sabía que le había sorprendido y que habían estado lo suficientemente cerca. Pero ¿había caído al vacío? Jones esperó, observando la noche. No veía masas de sombras. Lentamente, se puso en pie y avanzó con precaución. Se inclinó hacia delante para observar la profunda oscuridad. No pudo ver nada. Estaba ya enderezándose cuando el garrote impactó con fuerza en sus costillas, rompiéndole los huesos y aumentando el penetrante dolor del pecho. Rodó hacia la izquierda, muy cerca del barranco. El pesh-chidin lo siguió gruñendo y renqueando, torpe y maligno como un ave de presa en tierra.

El hombre estaba ahora sobre él. Le descargó otro golpe con el garrote. Luego otro, que consiguió repeler. Jones gateó desesperadamente hacia la pared, cayendo hacia atrás sobre las piedras. Esquivó un golpe demoledor dirigido a su cabeza. El pesh-chidin respiraba fuerte. Aquella criatura le dio una patada en el costado. A punto estuvo de caer. Jones ya no podía evitar los golpes. Vio el cuchillo y sintió el fin.

—Kayitah... ve a la estrella—susurró.

El hombre estaba sobre él. Jones miró hacia abajo y vio sangre saliendo a borbotones del hombro y la hoja del cuchillo roja. No sentía nada.

—Jesús Bendito, lo intenté —las palabras le parecieron extrañamente reconfortantes y volvió a pronunciarlas—... Jesús Bendito.

Jones intentó moverse. No servía de nada. Miró hacia arriba al rostro encapuchado.

—Pesh-chidin —dijo, esperando a que cayera el cuchillo sobre él; luego escuchó un sonido que jamás había oído en toda su vida. El Cojo giró y encaró la oscuridad. Ahora reinaba el silencio.

Entonces, de entre las sombras apareció una pistola deslizándose inofensivamente sobre la piedra plana y hacia el espacio vacío, seguida de la propia Maggie tendida sobre la superficie de granito. El pesh-chidin temblaba de espaldas a Jones.

Se levantó lentamente... distraído por aquella mujer. La mujer de la fotografía espíritu. La mujer que ni siquiera el Otro podía destruir. El apache estaba temblando. Levantó el garrote. Ella era más rápida que el viejo. Peligrosa. Sabía que poseía una medicina tan poderosa como la suya.

Jones tomó aire para aplacar el dolor y se impulsó hacia arriba, hasta sentarse en el saliente, y a continuación hundió el cuchillo con toda su fuerza en la parte trasera de la rodilla buena del pesh-chidin, sacudiéndolo de un lado a otro con fuerza, intentando desesperadamente cortar un ligamento o una arteria. El hombre rugió, se sacó el cuchillo de la pierna y cayó hacia atrás. Sus ojos seguían clavados en la mujer.

Maggie había dejado de gritar y el silencio pareció desplomarse sobre el lugar. Estaba de pie ahora y sus ojos se movían de un lado a otro buscando sobre la superficie de granito algún arma, o una piedra, o un palo, o cualquier cosa. No había nada. Su padre levantó la cabeza y la observó, aturdido. Maggie pudo ver la sangre y presintió que todo había acabado. Él murmuraba algo. Ella quería acercarse a él, para acompañarle en su final. Pero el apache se interponía entre ellos. Jones estaba hablando otra vez. Ella aguzó el oído para oírle.

—Jesús Bendito... —dijo, y su cabeza cayó hacia atrás.

Maggie observó al anciano, conmocionada: las palabras eran una oración atendida. Sintió una mezcla de esperanza y miedo persistente. La esperanza de que su padre buscara a Dios, y un miedo sobrenatural de que aquel pagano destruyera sus almas. Ahora supo que su padre tenía razón... había algo terriblemente maligno en aquel hombre.

Maggie sacó el crucifijo y lo sostuvo sobre su cabeza en dirección a su padre. Este se había apoyado sobre los codos y la miraba a través de los rayos de luz de luna. Maggie se dio cuenta de que el anciano en realidad estaba mirando la cruz. A pesar del miedo que la atenazaba, esto la calmó y le trajo cierta luz entre tanta oscuridad. Volvió a mirar a la criatura encapuchada. Esta había saltado hacia atrás cuando Maggie sacó el crucifijo y ahora la miraba a ella y a la cruz con precaución.

Maggie dio un paso vacilante hacia delante. El apache volvió a saltar hacia atrás al tiempo que levantaba el garrote hacia ella con ademán amenazante, pero, extrañamente, más asustado de ella que ella de él. Entonces Maggie lo vio: el reloj de

Brake. Aquel demonio tenía el reloj de Brake colgado del cuello.

—Dámelo —dijo con calma, tendiendo una mano hacia él.

Él se echó hacia atrás.

—¡Dámelo!

Maggie vio que el apache la miraba nervioso a través de las aberturas de la capucha, podía sentir su miedo. No lo entendía. Pero le daba igual. Él echó la mano atrás, sacó algo y se lo ofreció como un obsequio para apaciguarla. La mirada de Maggie se clavó en aquel objeto y, tras observarlo unos segundos, la ira creció en su interior.

Maggie entrecerró los ojos con fuerza a la luz de la luna. Sí. Estaba segura. Era la misma. La ira que sintió al ver el reloj de Brake se multiplicó por mil cuando reconoció la pequeña muñeca. La muñeca que Lily había colocado entre las manos de Kayitah. La muñeca que había pertenecido a la pequeña asesinada. Lily le había pedido a Kayitah que le llevara la muñeca a la niña. Y aquella cosa frente a ella, aquella criatura que había torturado a su hermano y a Mannito, la había robado.

Cualquier miedo que hubiera podido sentir hasta ese momento se disipó cuando fulminó con la mirada a aquel ser corrupto que le ofrecía una sangrienta muñeca de trapo como pago por todas sus miserias. Maggie sujetó con más fuerza el crucifijo y lo levantó hacia él.

—¡Cómo te atreves! —gritó, temblando violentamente—. ¡Torturaste a mi hermano! —Maggie estaba gritando y el hombre retrocedió otro paso; ella ahora estaba frente a él—. Me robaste a mi hija. La golpeaste. Golpeaste a mi niña. Y la hubieras vendido como esclava. ¡Y heriste a mi padre! —la ira de Maggie explotó en la noche.

El indio retrocedió otra vez, lanzando la mirada de un lado a otro en busca de una salida, alguna vía de escape de aquella mujer demonio. Nunca en su vida se había enfrentado a un humano que le gritara desafiante.

—¡Mírate! —gritó ella, volviendo a dar un paso adelante—. Escondido tras una máscara. Tienes miedo.

Maggie dejó de gritar de repente y permaneció en pie temblando y jadeando con fuerza y con la mirada fija en los ojos nerviosos tras la capucha. El hombre estaba medio agachado, como si fuera a salir huyendo o a cargar. Maggie no sabía qué iba a hacer. Le daba igual. Solo sabía que la ira seguía ardiendo en su interior, alimentada por algo sobre lo que ella no tenía ningún control.

Se sentía extraña... respiraba agitadamente, como si quisiera reunir los vientos de los cuatro confines de la tierra. Se estaba preparando. Nunca antes se había sentido así en toda su vida.

Maggie dio otro paso. Ahora se encontraba al alcance del garrote que sostenía el apache. No le importó. Le acercó el crucifijo como si fuera un arma. De nuevo, el indio se echó hacia atrás con los ojos desorbitados. Maggie vaciló y luego, con un alarido que pareció proceder de algún rincón secreto en su interior, gritó:

—¡En nombre del Señor, márchate!

El grito pareció partir al hombre en dos, empujándolo hacia atrás. Su pierna herida cedió y le hizo tropezar hacia atrás, como si de repente hubiera perdido cualquier sentido de equilibrio, cualquier control sobre sus brazos y piernas... su pie deforme buscó apoyo en la roca pero tan solo encontró un espacio oscuro. Su cuerpo se desplomó violentamente y cayó atropelladamente en la noche.

Jones cerró los ojos y se acostó sobre el saliente de piedra.

El destino.

Jones permitió que Maggie le taponara la hemorragia del hombro, pero no quiso regresar al campamento hasta que descendió al fondo del barranco y encontró el cuerpo roto del pesh-chidin. Él y Maggie lo cubrieron con ramas de mezquite seco y luego le prendieron fuego. Era la única forma de acabar con él.

De regreso al otro lado del paso estrecho, Jones encendió otra hoguera de artemisa e hizo que Maggie se le uniera en su humo purificador. Ella se abrazó a él para evitar que el anciano cayera, y lloró. No se movieron durante un rato. Maggie temblaba violentamente mientras el humo le abrasaba los ojos. Finalmente, se giró hacia su padre.

—¿Crees ahora? ¿Rezarás conmigo?

Jones no respondió. Luego bajó la mirada hacia ella y dijo:

—No estoy preparado. Pero sujetaré la cruz y te escucharé rezar; que tus oraciones sean para Susan y YoPON, y tus hermanas y hermanos. Y yo sentiré tus palabras. Y creeré que son escuchadas más allá de este mundo.

Maggie sacó el crucifijo y lo colocó en las manos de su padre, cerrando sus manos sobre las del anciano. Ella le miró a los ojos.

—¿Pero crees que Él es el único Dios?

—He buscado al Creador de la tierra durante toda mi vida. Sin duda, eso no es algo malo.

Jones dibujó su sonrisa de diente de oro y apartó suavemente el pelo de la cara a su hija.

Ella asintió y apoyó levemente la cabeza contra su pecho. Estaba lo bastante cerca.

—Dios es Dios —susurró ella.

Las aves nocturnas chillaron. Maggie lo sentó sobre su manta cerca de la yegua muerta y le curó las heridas. Tenía huesos rotos y navajazos, pero ninguno lo suficientemente grave para matarlo, y se imaginó que todavía podría cabalgar. Cuando hubo acabado, vio una gran tarántula apoyada sobre su pierna. Sacó un guante del bolsillo para apartarla, pero él sacudió la cabeza y sonrió.

—Mannito —fue todo lo que dijo.

Samuel Jones estaba dormido a la luz matinal, apoyado contra las rocas, cuando Maggie y Dot se acercaron a caballo, tirando de un caballo ensillado. Dot estaba montada en Alice. Chaco estaba sentado en el regazo del anciano. Lily estaba de pie con el Sharps examinando el sendero ladera abajo.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó Maggie.

—Vi uno hace un rato. No se rinden.

Maggie sujetaba una taza de café y se la pasó a Dot, la cual a su vez se la pasó a su abuelo. El anciano las miraba con los ojos entornados.

—Es hora de cabalgar —dijo Maggie—. Les podemos sacar bastante distancia. Lily y Dot compartirán este animal —señaló un bayo de aspecto robusto.

Jones intentó levantarse, pero estaba demasiado débil y se volvió a sentar en la arena. Cogió la taza de café y dio un trago. Miró a su alrededor.

—Hermosa mañana.

A Maggie no le gustó la forma en que lo dijo, por un motivo que no llegaba a comprender.

—Padre, necesitamos ponernos en marcha.

—Sí. Llévate a tus hijas y las mujeres y cabalgad.

Lily fue la primera en decirlo.

—No.

—Abuelo, tienes que venir —dijo Dot con voz temblorosa.

—Vosotras cuidad de vuestra madre.

—No —dijo Lily con énfasis.

Maggie no dijo nada, simplemente se quedó montada en el caballo mirándole. Parpadeó con fuerza un par de veces y tragó saliva con dificultad. Luego se giró en su silla y levantó la mirada al cielo sacudiendo la cabeza lentamente.

—Te acabamos de encontrar, padre —dijo, por fin.

—Lo sé. Pero ahora debéis cabalgar. De lo contrario os alcanzarán. De esta forma, me aseguro de que lo lograréis. Kayitah, Ho-nes-co, el pequeño mexicano, y la torda, todos murieron para que pudierais vivir. Tenéis que hacerlo. Por ellos. Por mí.

Dot había enterrado la cabeza en el lomo de Alice y lloraba violentamente mientras la joven mula se giraba y mordisqueaba su camisa.

—No —dijo Lily otra vez.

—Sí. Como la torda, ya ha llegado mi momento de partir. Es algo maravilloso... poder hacer esto. Debes entenderlo. Y alégrate.

Dot ahora aullaba con fuerza. Lily simplemente sacudía la cabeza y continuaba repitiendo «No».

Maggie lo miró durante un largo rato.

—Niñas —dijo, por fin—, montad en los animales.

—No, mamá. No puedo dejarlo aquí —protestó Lily.

—Monta —dijo Maggie con firmeza.

Lily la ayudó a montar a Dot sobre Alice y luego montó en el bayo. Ambas lloraban en silencio. Alice caminó hacia el anciano y le empujó con el hocico. Chaco se apartó y le mordisqueó los talones. El anciano se inclinó hacia delante y sujetó la cabeza de la mula contra su pecho durante unos segundos, y luego le dio unas palmadas.

Dot fue la primera en bajar de Alice y saltar a los brazos de su abuelo, seguida de Lily y Maggie. Los cuatro permanecieron abrazados durante un rato y tan solo se separaron cuando oyeron una bala silbando a través del estrecho paso, rebotando contra las rocas a sus espaldas. El anciano las empujó suavemente hacia sus caballos. Maggie vaciló, luego sacó el crucifijo y lo deslizó entre las manos del anciano. A continuación, se ató el collar de bellotas de Lozen en el cuello. Él le sonrió con los ojos brillantes.

Samuel Jones abrazó a cada una de ellas y luego las vio subir a sus monturas. El anciano miró al pequeño perro y le dijo algo en apache, luego lo levantó hasta su cara. Chaco le lamió. Jones lo dejó en el suelo y miró a Maggie.

—Tuerce la punta del pie un poco hacia fuera e inclínate a un lado.

Cuando ella lo hizo, Jones miró al perrillo sentado junto a él temblando bajo la luz del sol de la mañana, y asintió. Chaco no lo dudó. Dio dos saltos, tocó ligeramente la bota de Maggie, golpeó su muslo y luego aterrizó en su lugar habitual sobre la grupa del caballo. Comenzó a balancearse y a ladrar con fuerza al anciano. Jones le hizo un signo que nadie entendió y el pequeño perro se sentó y gimió.

Maggie no podía dejar de mirar el rostro del anciano.

—Cabalga —dijo él con voz ronca.

—Soñé contigo todos los días. Pensé en ti. Recé para que vinieras a casa. Te quise —Maggie se secó los ojos—. Ahora te quiero, padre.

—Y yo te quiero a ti. Recuerda la estrella del sur. Nos reconoceremos cuando nos encontremos allí.

Alice se dio la vuelta sin que fuera necesario convencerla e inició el ascenso por el sendero. Dot le miró desde la montura.

—Búscame cuando la luna esté sobre el maíz —le gritó él—. Estaré allí en el viento y en las sombras.

Dot hizo el signo de «mal». Jones hizo el signo de «amor» y «tú». Ella le devolvió los mismos signos y se giró hacia delante.

Maggie cabalgaba junto a Lily y posó la mano sobre el hombro de su hija y partieron por el sendero. Chaco volvió a gemir.

Los caballos de las otras mujeres les siguieron formando silenciosamente una hilera. Cerca del borde de la roca, Maggie escuchó el gemido y supo que había comenzado a cantar su propio canto funerario. No... Su canción de vida.

Chaco le contestó con sus ladridos.

FIN



El interés por la obra de THOMAS EIDSON (Kansas, 1944), cuya producción literaria cuenta tan solo con seis novelas, no ha dejado de crecer en los últimos años. Recientemente, la productora Dreamworks ha adquirido los derechos de dos de sus tres primeras novelas, *St. Agnes' Stand* (1994), película que dirigirá Scorsese o Winterbottom, y *All God's Children* (1996). La originalidad de Thomas Eidson como autor de westerns estriba en que sus novelas no se limitan a recrear de un modo más o menos objetivo la historia del Viejo Oeste; también se interesan por el aspecto religioso, los códigos culturales, el enfrentamiento entre cristianismo y paganismo y la existencia de lo sobrenatural en aquellos días turbulentos.

Notas

[1] En español en el original. En cursiva en el resto del libro. (N. de la T.) <<

[2] Muñecas de los hopi que representan a los Kachinas, seres sobrenaturales que bajan de sus reinos en las nubes a visitar a las tribus varias veces al año y aparecen en muchas danzas Kachina. (N. de la T.) <<

[3] Choza de los indios navajos y otras tribus. (N. de la T.) <<

[4] Teguas: botas de ante. (N. de la T.) <<

[5] Pandowdy: postre especiada de manzana endulzado con azúcar, melaza o sirope de arce y cubierto con una gruesa costra. (N. de la T.) <<

[6] Pesh-chidin: según las anotaciones del capitán J. G. Bourke en su obra *The Medicine of the Apache* de 1892, *pesh-chidin* etimológicamente significa espíritu/brujo/fantasma de hierro; el autor explica que era el nombre que se les daba a los herreros apaches por ser aliados de los espíritus. (N. de la T.) <<

[7] Himno cristiano escrito por Augustus Montague Toplady en 1763. (N. de la T.) <<